PREDICANDO CON FRESCURA

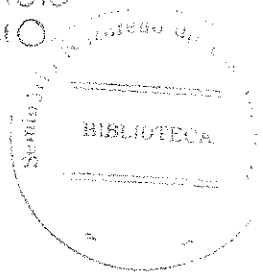
BRUCE MAWHINNEY

EDITORIAL PORTAVOZ

Desarrollo Cristiano Internacional

C
251.01
M462p

1. PREDICACION
2. MINISTERIO



Desarrollo Cristiano Internacional
28-6-99. $ 3.200

Título original: *Preaching with Freshness*, © 1997 por Bruce Mawhinney. Publicado por Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan.

Título en castellano: *Predicando con frescura*, © 1998, por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

En coedición con Desarrollo Cristiano Internacional, San José, Costa Rica.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de ninguna forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de porciones breves en revistas y/o reseñas.

Diseño de la portada: Alan G. Hartman
Traducción: José Luis Martínez

EDITORIAL PORTAVOZ
Kregel Publications
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 EE.UU.A

Correo electrónico: Portavoz@portavoz.com
Visítenos en: www.portavoz.com

DESARROLLO CRISTIANO INTERNACIONAL
Apdo. 204-2150 Moravia
San José, Costa Rica

ISBN 0-8254-1474-1

1 2 3 4 5 edición/año 02 01 00 99 98

Impreso por Cargraphics S.A. – Imprelibros
Impreso en Colombia – Printed in Colombia

A Carol,
mi crítica literaria más sincera y amorosa,
quien me impulsa con su estímulo y acerca
hacia la excelencia mediante su ejemplo.

BIBLIOTECA
SENDAS
5193

Reconocimientos

Siento especial gratitud por los siguientes caballeros, quienes me permitieron entrevistarlos para conocer sus perspectivas con respecto a la predicación: los doctores James Boice, James Kennedy y Joel Nederhood, el reverendo Kennedy Smartt y los doctores R.C. Sproul y Jayn White de la Universidad Ginebra.

Estoy en deuda especialmente con el doctor Jayn Gertsner, quien está ahora con el Señor. El haber sido su alumno y uno de los muchos jóvenes «Timoteos» en su vida ha sido un don precioso que el Señor, en su gracia, me prodigó. Su vida, ministerio y predicación adornaron de verdad el evangelio de Dios y fueron para mí una fuente inmensa de aliento y convicción.

A todos mis amigos y colegas del Grupo de Comunión Reformado, quienes respondieron tan amable y favorablemente a mis primeros hallazgos, muchas gracias.

Quiero dar también las gracias al doctor Jay Adams por su gran estímulo y ayuda a lo largo de todo el proyecto, por sus consejos en relación con la redacción del libro, y por su voluntad de estar a mi disposición cada vez que lo necesitaba.

Agradezco mucho la visión y la generosidad de mis hermanos en Cristo, los miembros de la iglesia presbiteriana Nueva Esperanza, de Monroeville, Pennsilvania, por permitirme llevar a cabo este proyecto y usarlos semanalmente como mis conejillos de laboratorio.

Por supuesto, un esfuerzo que demanda tanto tiempo y energía no puede realizarse sin el apoyo paciente de la familia. Mi amor y gratitud de manera especial para Carol, Paul y Susan.

Contenido

Prólogo / 13
Prefacio / 15
1. El Consejo de diáconos / 17
2. El reencuentro con el doctor Ocampo / 21
3. La prioridad del predicador / 29
4. La importancia de comenzar temprano / 37
Planifique la semana para la preparación del sermón
Planifique tres semanas por adelantado
Planifique un año completo de predicación por adelantado
5. Redima el tiempo / 51
Haga un estudio detallado de cómo usted usa el tiempo
6. Un día en la vida / 57
Anote cómo usted usa el tiempo durante el día y la semana
7. Rifles y escopetas / 65
La importancia de tener un propósito claro dirigido cuidadosamente al blanco
El peligro de los «sermones con asociación de palabras»
La declaración de propósito como destino del sermón
El uso de los aforismos en la predicación
8. Predique con aforismos / 73
La definición de aforismo
El uso que hizo Cristo del aforismo en su predicación
9. Los ronquidos de Jonás / 77
El uso de sonidos «fuera del contexto denotativo» para animar la predicación

10. Ajuste el propósito hasta lograr un aforismo / 81
Reescriba la declaración de propósito en la forma de un aforismo conciso y memorable
Aprenda a escuchar cómo se usa los aforismos a su alrededor
Transforme los clichés desgastados en declaraciones aforísticas actuales
11. Cambie de vehiculo / 87
Desarrolle bosquejos claros y fáciles de seguir
Use diferentes clases de bosquejos para lograr variedad y novedad
12. Persuasión y procedimiento / 93
Los sermones dirigidos a la persuasión
Trate temas difíciles y polémicos desde el púlpito
Sermones de procedimiento: cómo cambiar y enfrentar dificultades, etcétera
13. El poder de la sorpresa / 99
Aproveche el poder de las declaraciones sorprendentes en las Escrituras
14. La creación de un diálogo interno / 105
Plantee preguntas que motiven a que la audiencia lleve a cabo un «diálogo interno» con el predicador
Utilice adivinanzas y rompecabezas para mantener el interés
Use las aparentes contradicciones de las Escrituras para anticipar las respuestas de la congregación y desafiar su pensamiento
15. El proyecto Nehemías / 113
Venza la tiranía de lo urgente
Trabaje con el Consejo de diáconos para redefinir la descripción de cargo del pastor y reordenar las expectativas de la congregación
16. Peticiones sorprendentes / 121
Desarrolle relaciones estilo Pablo-Timoteo con otros pastores
17. Una reserva de poder / 125
Una reserva de las Escrituras, erudición y oración
El estudio que va más allá de la preparación semanal del sermón
La importancia de estudiar los sermones de grandes predicadores
18. Una visita al cementerio / 133
19. Las tres «Rs» de la predicación / 137
La importancia y uso correcto de los recordatorios en la predicación
La importancia y uso correcto de la repetición en la predicación
La importancia y uso correcto de la reiteración en la predicación

20. Las seis facetas en el camino de lectura / 147
Lea y recopile ilustraciones e ideas de seis diferentes categorías de libros
21. Iluminando el sermón / 155
Ilustraciones de sermones
22. ¿Apelar al esnobismo o a los sentidos? / 161
Evite palabras que sólo sirvan para exaltar al predicador
Use palabras que apelen a los cinco sentidos
Cómo crear imágenes vívidas y actuales
23. Luz en la niebla / 167
La importancia y el lugar que ocupa la aplicabilidad en la predicación
24. Reflexiones sobre la predicación / 175
El uso de símiles y metáforas
El lugar del humor en la predicación
El uso de juegos de palabras
25. La experiencia con las grabaciones / 183
El uso de la segunda persona para expresar mayor urgencia
La importancia de analizar el sermón
Escriba la introducción, la conclusión y los pensamientos clave
26. ¡Al fin en casa! / 189
Los peligros de repetir viejas ilustraciones
La importancia de usar nuevas ilustraciones del poder que tiene el evangelio hoy
27. La llamada nocturna / 199
28. Una promesa cumplida / 207
29. Los resultados / 213
La importancia de que la vida del predicador «adorne» el evangelio
La importancia de alentarse mutuamente en el ministerio
30. Un seminario acerca de la predicación renovada / 223
La importancia de mantener una lista para verificar los principios a manera de recordatorio
Lista de verificación para el sermón
Lista de verificación en una página
El seminario de Pablo acerca de la predicación

Prólogo

Es un gran placer escribir el prólogo del libro del doctor Bruce Mawhinney: *Predicando con frescura*. Otros estudiantes del programa doctoral en *Westminister Theological Seminary* me lo han pedido con frecuencia y algunas veces lo he hecho con cierto desgano. ¡No esta vez! Puedo recomendar de todo corazón el libro que tiene en sus manos.

Cuando el pastor Mawhinney se propuso escribir acerca de la predicación renovada, le advertí que el tema elegido requeriría que lo abordara de una manera diferente y *refrescante*. En el momento de hacer ese comentario, yo no tenía idea de cómo llevaría a cabo la tarea; simplemente sabía que le resultaría difícil. Pero él ha satisfecho por completo mis expectativas. No solamente nos proveyó de nuevas ideas acerca de lo que hace que una predicación tenga un sabor fresco, sino que lo ha hecho en la forma de una atractiva novela.

Una novela acerca de la predicación es, en sí misma, algo nuevo. Antes de seguir adelante, permítame decirle rápidamente que, *aun si usted no es un predicador e, incluso, no le interesa aprender nada acerca de la predicación, ¡va a disfrutar leyendo este relato!* Aunque sea sólo por la trama, debería adquirir este libro.

Como primera obra del pastor Mawhinney esta es realmente un auténtico éxito. Confío en que siga cultivando su talento como novelista y siga bendiciendo al mundo cristiano con otros escritos acerca de temas difíciles de esta misma forma. ¿No sería interesante leer nuevas hazañas del pastor Fernández, en las que enfrenta las enseñanzas de la Nueva Era, aborda problemas complejos de consejería o, quizá, —superando al Padre Brown de Chesterton— resuelve algunos misterios?

Quizá los prologuistas disfruten de la prerrogativa de ser tan audaces como les sea posible en lo que dicen; elogian la obra de

otro, y a veces se exceden. Creo sinceramente que no he exagerado al encomiar los esfuerzos del doctor Bruce Mawhinney. En cuanto comience a leer este libro se dará cuenta de lo mucho que cuesta dejarlo. Se verá a sí mismo atraído por su lectura, tratando de llegar al conmovedor y cálido momento culminante. Sin embargo, no vaya primero a las últimas páginas, perdiéndose el desarrollo tan valioso de la trama.

JAY E. ADAMS
Enoree, S.C.

Prefacio

Éste es, ante todo, un libro sobre predicación escrito para predicadores. Sin embargo, sucedió un fenómeno interesante cuando varios laicos revisaron el manuscrito para verificar la corrección gramatical y la claridad de los pensamientos. Cada uno de ellos respondió con entusiasmo al contenido de la obra, compartieron conmigo que tenían la intención de usar y aplicar varios de los principios aprendidos. En mi enfoque a los predicadores, había pasado por alto una serie de aplicaciones para otras personas involucradas en el trabajo de la iglesia.

Algunos comenzaron a implementar inmediatamente los principios sobre la predicación en sus ministerios de enseñanza: clases de escuela dominical, grupos de estudio bíblico, como predicadores laicos e, incluso, en mensajes para niños. Los líderes de la iglesia (que en mi denominación son llamados ancianos y, en otras iglesias, diáconos) lo vieron como una herramienta efectiva para entender mejor el llamado de sus pastores y su propio papel al trabajar con ellos en llamamiento tan importante.

Por último, hubo aquellos que simplemente reaccionaron con entusiasmo a la narración misma, a su mensaje de esperanza e inspiración. Una hermana de la congregación dijo: «Éste es un libro que todos los cristianos deberíamos leer, no sólo los pastores y maestros».

Mi propósito al escribir un libro acerca de cómo hallar frescura y nueva vida para los predicadores y su predicación era doble: ser fiel a la Palabra de Dios, y ofrecer consejo práctico en el proceso.

Cada principio que aparece expuesto en las páginas siguientes está apoyado por un precedente bíblico. Mi examen de la Palabra de Dios no fue hecho con el propósito de ver *qué* verdades enseña la Biblia, sino *cómo* las enseña. En particular, ¿qué principios inspiró el Espíritu Santo a los profetas y a los apóstoles para que los

usara en su predicación? ¿Cuáles utilizó el Maestro, predicador por excelencia, quien es la Palabra misma?

Al estudiar la Biblia para ver *cómo* dice lo *que* dice, el predicador adquiere un mayor grado de autoridad al predicar. No solamente se basa el contenido del sermón en la Palabra de Dios, sino que los métodos y principios usados están también basados en ella.

La elección del estilo narrativo añade otra dimensión al libro. En vez de comunicar la enseñanza desde el aula, la narración lo lleva a las trincheras del mismo pastorado. ¿De qué sirve una lista de principios acerca de la predicación renovada si en realidad no puede ser usada por el predicador común y corriente?

Aunque este relato es ficticio, es real a la vez. Los principios que van apareciendo a lo largo de la narración han sido probados y experimentados en mi propio ministerio, con resultados positivos altamente significativos, aun con efectos repentinos y dramáticos. Otros pastores también han cooperado conmigo en probar estas ideas antes de que me decidiera a escribirlas y publicarlas.

Sin embargo, como suele ocurrir con todo nuevo instrumento o herramienta, algunos de los principios pueden parecer al principio difíciles o inadecuados. El predicador puede, incluso, experimentar un declive temporal en su efectividad hasta familiarizarse con las nuevas técnicas. No se desanime luego del primer intento, sino pruebe cada una de ellas varias veces, hasta llegar a dominarlas.

Finalmente, en mi deseo de dar a los predicadores y maestros de la Palabra, a menudo muy ocupados, un instrumento de referencia fácil, al que puedan regresar sin complicaciones, he incluido una sección escrita en forma de seminario acerca de la renovación en la predicación, la que recoge y bosqueja todas las ideas que aparecieron esparcidas a lo largo de la narración.

¡Quiera Dios bendecirle muy ricamente como me ha bendecido a mí por medio de estas verdades!

BRUCE MAWHINNEY

1

El consejo de diáconos

Era ya la medianoche cuando Pablo Fernández llegó a su casa. Entró procurando no hacer ruido y de puntillas subió las escaleras. Susana y los niños llevaban ya buen rato durmiendo, de manera que recorrió a tientas en la oscuridad el conocido camino.

La perra le dio una amistosa bienvenida desde el pasillo, azotando el suelo con su cola. Allí estaba montando guardia, como todas las noches, a la entrada de los dormitorios de la familia.

Al final de la escalera, Pablo se agachó para acariciarla. Para entonces sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad del corredor, de forma que pudo verla, con sus manchas blancas y negras, acurrucada en una cómoda manta de colores.

«Si tú hubieras sido miembro del Consejo de Diáconos» —susurró Pablo— «habría tenido asegurado, al menos, un voto favorable.»

Fisgona (así llamaban a la perra), movió otra vez la cola, golpeando el suelo al sonido de la voz amable de su amo.

Pablo la esquivó con mucho cuidado para dirigirse a su cuarto, pero primero echó un vistazo a sus dos hijos que dormían a pierna suelta en sus camas. Después de poner el despertador para las 5:15 de la mañana y dejarlo sobre la mesilla de noche, se metió entre las sábanas sin hacer ruido.

—¿Cómo te fue en la reunión? —preguntó Susana con voz queda.

—¡Ay, me asustaste! —saltó Pablo—. Pensaba que estabas dormida.

—No, sólo adormilada. ¿Fue una reunión muy difícil, verdad?

—«Difícil» no es suficiente para describirla. Desastrosa podría definirla mejor.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Susana, ya completamente despabilada.

Apoyándose sobre la almohada y retirándose el pelo de los ojos, fijó su mirada en Pablo, esperando la respuesta con algo de ansiedad.

—Mi amor, no tengo muchas ganas de hablar ahora. He puesto el despertador temprano pues tengo un desayuno con Ignacio Ramos a las 6:15 de la mañana.

—Pablo, ¿tenía que ver contigo personalmente? —insistió ella.

—Llevo en el ministerio diez años, pero me siento ahora más inseguro acerca de mí mismo que nunca antes. Cabe suponerse que a estas alturas debería tener ideas más claras.

Pablo se agarró la cabeza con ambas manos. El dolor había comenzado al principio de la reunión y había aumentado a medida que avanzaba. Ahora que yacía en la cama, sentía que la cabeza le iba a estallar.

—¿Qué quieres decir, cariño? —preguntó ella, con un tono de voz que intentaba afirmar a su esposo, pues no tenía ninguna intención de prolongar la confrontación que había experimentado en la reunión de diáconos.

Pablo encendió la lámpara, se levantó de la cama y dijo:

—Si de verdad quieres saber lo que pasó, te contaré lo más borrascoso. Pero primero déjame tomar algo para este dolor de cabeza.

Susana esperó impacientemente mientras él buscaba algún analgésico. Después de encontrarlo, bajó a la cocina por un vaso de agua. A Susana le pareció una eternidad el escaso tiempo que él tardó en regresar y meterse de nuevo en la cama.

—Para comenzar, Antonio Gómez va a dejar de congregarse con nosotros —dijo bruscamente, mientras se tapaba con las sábanas. Sabía que la noticia le dolería a Susana tanto como le había dolido a él.

—¡Estás bromeando! No creo que haga eso. Él era el presidente del Comité de púlpito cuando la iglesia nos llamó.

—Antonio se culpa ahora por su papel en llamarme a ser el pastor de la iglesia. Cuando todo iba bien se sentía muy orgulloso de su sabia decisión, pero ahora le llueven las críticas por su gran error. Parece que es demasiado débil para manejarlas, de manera que dejó de asistir.

—Yo sabía que llevaba un tiempo sin asistir a los cultos, pero nos dijo que saldría de vacaciones.

—Sólo estuvo de vacaciones una semana. En las tres últimas semanas ha permanecido en su casa, sin venir al templo. De hecho,

mi secretaria, de camino al templo el domingo pasado en la mañana, lo vio trabajando en el jardín de su casa.

—Antonio Gómez —dijo Susana, pensativa y triste.

Ambos permanecieron mudos por un momento, mientras Susana digería el impacto de la noticia.

Al fin logró recuperarse y dijo en un tono algo más animado:

—Al menos, Pablo, podemos contar con la familia Hernández. Ellos han venido al templo a adorar a Dios con nosotros durante las últimas cuatro semanas seguidas.

—Ya no cuentes con ellos —replicó él.

—¿Cómo así?

—Llamé a la señora Hernández hoy para conversar acerca de su interés en integrarse a nuestra iglesia. Quería poder decir a los diáconos esta noche que la familia se uniría a nuestra congregación.

—¿Qué dijo ella? ¿No quieren ya congregarse con nosotros?

—Me temo que no. Me dijo que tenían la costumbre de visitar una iglesia durante un mes seguido antes de decidir unirse a ella o seguir buscando.

—Y han decidido seguir buscando.

—Estaban satisfechos con todo en nuestra iglesia, excepto con la predicación. «La predicación no parece ser muy importante para usted, ¿verdad pastor?» —dijo Pablo citando a la señora Hernández e imitando su tono de voz agudo y nasal.

—¡Qué ignorantes son algunas personas! —exclamó Susana, golpeando el colchón con el puño.

—Las noticias acerca de Antonio Gómez y de la familia Hernández prendieron la llama de una gran discusión acerca de mi predicación. Era obvio que los diáconos habían estado recibiendo muchas quejas acerca de ello últimamente.

—Debes admitir que llevas cierto tiempo sin poner el corazón en la predicación —replicó ella en un tono no condenatorio.

—Es cierto —reconoció Pablo—. Después Ricardo Peña propuso la idea de invitar al doctor Robles para que predique una serie de mensajes en nuestro templo.

—El hermano Peña ha pedido eso varias veces antes.

—Sí, pero esta noche insistió mucho en ello, y logró convencer al resto del Consejo de diáconos antes de que se terminase la reunión. Postergaron la decisión hasta que Peña averigüe si el programa del doctor Robles le permite comprometerse por varias semanas. Es un predicador muy popular. Tú sabes cuán amigos son Peña y Robles —dijo Pablo con tono sarcástico.

Susana pudo percibir un profundo dolor en la voz de Pablo.

—Mi amor, ¿qué vamos a hacer? ¿Tú crees que éste sea el momento de trasladarnos a otra iglesia?

—No lo sé; pero parece que sí. Sé que tengo que hacer algo. Supongamos que tuviera el mismo problema en otra iglesia, ¿qué haríamos entonces? ¿Desarraigar a nuestra familia cada vez que la gente se canse de mi predicación? Quizá deba abandonar el ministerio de una vez y para siempre y dedicarme a vender autos o seguros; pues para eso es para lo que sirve un ex predicador.

Pablo hizo un gesto de dolor y se agarró la cabeza por el repentino golpe de dolor que lo tomó de sorpresa.

—Me desagrada la idea de trasladarnos, Pablo. Me gusta nuestro hogar. Nuestros niños se ven muy contentos en la escuela cristiana. Esta comunidad es ideal para criar nuestra familia.

—Ya lo sé. Pienso igual que tú, pero no sé qué hacer al respecto.

Mirando el reloj, Pablo se dio cuenta que eran ya la 1:35 de la madrugada.

—Creo que conviene que durmamos un poco. Tengo una cita a las 6:15 con nuestro director de la escuela dominical.

Pablo estiró la mano y apagó la luz.

Unos pocos minutos después, Susana rompió el pesado silencio:

—Mi amor, todo saldrá bien.

La serena confianza de su voz hizo que Pablo se olvidara de sí mismo por primera vez en toda la noche. Buscó la mano de ella y, apretándola, dijo:

—Nunca dejas de maravillarme. Tener un pastor por marido no es lo más cómodo ni fácil del mundo.

—Tengo que admitir que a veces me gustaría que fueras dentista u oftalmólogo, pero ser la esposa de un pastor no es tan malo. Además, ¿qué me has dicho que dijo Spurgeon acerca de los pastores?

—Dijo: «Si Dios te ha llamado a predicar el evangelio, no te rebajes en el camino para convertirte en rey.»

—Eso hace que yo esté por encima de las reinas. ¿Por qué, pues, me voy a sentir mal por ser la esposa de un pastor?

—Mi amada reina, esas palabras eran más inspiradoras cuando estábamos en el seminario. Esta noche suenan un poco vacías.

—Mañana sonarán mejor.

—No sé si eso será así, pero gracias por escucharme y ser tan amable. Lo último que necesitaba esta noche eran más críticas.

—Está bien. Cada vez que necesites consejo pastoral ven a verme a mi oficina —bromeó ella.

2

El reencuentro con el doctor Ocampo

El pastor Fernández llegó sólo con tres minutos de retraso a la cita. Fue durante el desayuno cuando se dio cuenta de la fecha que tenía apuntada en su agenda: 4 de junio. Mientras el hermano Ramos le hablaba acerca de las dificultades que estaba encontrando en los departamentos de la escuela dominical, la mente de Pablo voló a los eventos que tuvieron lugar hacía exactamente diez años. Era el décimo aniversario de su ordenación. Hacía diez años que había comenzado su ministerio en la Iglesia del Calvario. Diez años atrás, los líderes de la iglesia habían orado y le habían impuesto las manos, apartándolo para dedicarlo al ministerio. ¡Qué diferencia entre entonces y ahora!

Ramos siguió hablando, pero la mente de Pablo no estaba allí. Veía moverse los labios de Ramos y, de vez en cuando, asentía con la cabeza, pero sus pensamientos estaban ahora centrados en aquel momento tan especial diez años atrás.

Entonces Ramos hizo un comentario que lo trajo de vuelta a la realidad presente.

—Pastor, algunos de nuestros maestros de escuela dominical se han venido quejando de que están cansados de enseñar. He tenido prácticamente que rogarles que sigan un año más. No sé si usted se da cuenta de lo que significa preparar una nueva lección semana tras semana.

—Ay, claro que puedo identificarme muy bien con ese problema —intervino Pablo.

—¿De veras? ¿Ha sido maestro de escuela dominical alguna vez?

—No, pero tengo el desafío de la preparación de nuevos sermones cada semana —dijo Pablo sonriendo.

Para sí pensó: «Es interesante: si los maestros se cansan y se desgastan, les pedimos que sigan adelante, pero si el pastor no renueva y actualiza su predicación, amenazan con despedirlo».

—Nunca había pensado de esa manera en relación con los sermones —confesó Ramos—. La hermana María García se siente tan agotada que me ha hecho prometerle que ella será la primera maestra a quien voy a reemplazar. Pero no sé a quién pedir que la sustituya.

Después de una pausa, Ramos continuó:

—Pastor, usted sabe que la situación de los laicos es diferente.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, su tarea es una posición de asalariado a tiempo completo. La gente espera que usted trabaje duro y se mantenga al día. Pero estos maestros son sólo voluntarios. ¿Cómo puedo esperar lo mismo de ellos?

—Entiendo lo que quiere decir, hermano Ramos, y tiene toda la razón en lo que se refiere al pastor. Sin embargo, ¿se puede imaginar a nuestros maestros de escuela dominical un día en la presencia de Dios diciéndole: «Señor, recuerda que yo sólo era un voluntario. ¿Qué esperabas de mí?»

—Veo lo que quiere decir, pastor. Creo que todos debemos cumplir con nuestra tarea «sirviendo de buena voluntad, como para el Señor».

De repente el director de la escuela dominical miró su reloj, tomó la cuenta y se levantó apresuradamente de la mesa.

—No me di cuenta de cuán tarde es. Yo me encargo de pagar el desayuno. ¡Hasta luego!

Mientras el pastor Fernández movía la mano despidiéndose de Ramos, le pasó por la mente una idea: «¿Por qué no acercarme al seminario? No está lejos en realidad».

El pastor Fernández no sentía con deseos de escuchar otra queja, ni saber de otra persona que dejaba la iglesia u oír algún problema similar. De manera que subió a su viejo auto y se dirigió hacia el seminario. Por coincidencia, éste se hallaba en dirección opuesta a su oficina en el templo.

El viaje fue agradable. Brillaba el sol, la temperatura era ideal. El cielo tenía un intenso color azul, con unas pocas nubes que parecían figuras de algodón. Al acercarse al seminario, Pablo apenas podía creer cuán bien ya se estaba sintiendo. Incluso el dolor de cabeza que lo había atormentado la noche anterior había desaparecido.

Dejó su auto cerca del edificio de la administración. El jardín del seminario tenía un césped abundante y bien cortado, con macizos de flores que ofrecían una rica variedad de colores. Grandes robles elevaban sus ramas hacia el cielo, mientras sus hojas brindaban una fresca sombra.

El *campus* se hallaba tranquilo. Los cursos de verano no empezarían sino hasta la semana siguiente. Pablo vio sólo tres personas caminando de un edificio a otro.

El hecho de ver a tan pocos no desalentó para nada su buen estado de ánimo. Por el contrario, le aliviaba pensar que nadie lo reconocería y empezaría a hacerle las preguntas habituales acerca de: «¿cómo le va en su ministerio?»

En el edificio de la administración se encontró con algunos empleados y vio caras conocidas, a quienes saludó, pero no se paró a conversar.

Se detuvo a leer las noticias frente al tablón de anuncios. Las fichas azules que informaban de iglesias sin pastor estaban bien ordenadas, conforme a la filiación denominacional. Fue en aquel mismo lugar donde él supo por primera vez acerca de la Iglesia del Calvario. Una cierta emoción corrió por todo su ser al revisar la lista de iglesias sin pastor.

Repentinamente reaccionó. «¿En qué estoy pensando? Yo no deseo en realidad dejar la Iglesia del Calvario. Me pueden forzar a hacerlo, pero yo no quiero hacerlo.»

Después de disfrutar de un poco de agua fresca del mismo surtidor que tanto había frecuentado en sus días en el seminario, Pablo salió del edificio. Se detuvo el tiempo suficiente para ajustar su vista al brillante resplandor del sol y después dirigirse hacia la biblioteca, para descubrir que también se hallaba vacía, sin estudiantes ni profesores.

Al entrar al edificio se encontró con un nuevo dispositivo electrónico instalado en la entrada. Trató cautelosamente de evitarlo, pero al hacerlo el dispositivo emitió un ruido denunciador.

—Es una puerta de seguridad —le explicó una voz desconocida al notar su sorpresa—. Suena una alarma si alguien intenta salir con un libro de la biblioteca sin haber pasado por el control correspondiente.

«Qué necesidad tan extraña para una escuela cristiana», dijo Pablo para sí mismo.

—¿Qué decía? —preguntó la nueva bibliotecaria.

Su voz no sonaba con el característico tono quedo de las bibliotecarias.

—No, nada, que me pareció extraño que se necesitara una

puerta de seguridad en un seminario cristiano —dijo Pablo en voz más audible.

—Se sorprenderá de saber que hemos descubierto incluso a profesores llevándose libros escondidos en sus portafolios —respondió la mujer con un inquietante tono oficial.

—No se preocupe por mí —agregó Pablo riéndose y levantando sus brazos en gesto burlón de rendirse—. Tengo suficientes problemas como para pasarme también unos 10-20 años en la cárcel por robo bibliotecario.

Al intentar caminar hacia las estanterías, ella lo paró en seco advirtiéndole:

—Señor, tiene usted que identificarse antes de que lo deje pasar.

Pablo pudo convencerla pronto de su condición de ex alumno, y ella le entregó un pase temporal.

—Como antiguo alumno del seminario tiene el privilegio de disfrutar plenamente de la biblioteca siempre que lo desee —le explicó ella con un aire profesional—. Puede recoger su tarjeta permanente de la biblioteca al salir hoy.

Armado con su nuevo distintivo, Pablo disponía ahora de todos los requisitos legales para husmear de nuevo entre las conocidas estanterías y hojear los libros. Se rió entre dientes al recordar el dramático encuentro con la joven bibliotecaria.

No tenía en mente ningún plan en particular al ir a caminar entre las estanterías de la planta baja.

Además de la bibliotecaria y de una asistente, Pablo empezó a pensar que él era el único que andaba por allí. Subió por las escaleras de mármol hasta el segundo piso. Al doblar la esquina al final de la escalera, divisó su salón favorito.

Aceleró el paso con los ojos fijos en la cafetera, de cuya jarra de cristal emanaba un exquisito aroma a café recién preparado. Debido a que éste era el único lugar de la biblioteca donde se les permitía comer y beber a los estudiantes, él había hecho buen uso del lugar durante sus tres años de seminario.

Tan absorto estaba pensando en el café que iba a disfrutar, que no se percató del bastón de madera que sobresalía del sillón donde estaba apoyado. Pablo tropezó con él, pero se las ingenió para no perder el equilibrio. El bastón cayó al suelo con un ruido seco.

Al volver su mirada al bastón, Pablo se dio cuenta de que un viejo amigo estaba sentado en el sillón del salón.

—¡Doctor Ocampo! —exclamó, mientras se enderezaba y se volvía para mirar al anciano—. Doctor Ocampo, ¿se acuerda de mí? Soy Pablo Fernández. Usted fue mi profesor de homilética hace doce o trece años.

Seguidamente agregó:

—Confío en que no haya dañado su bastón —se disculpó Pablo, mientras lo recogía del suelo.

El anciano sonrió amablemente y se levantó del asiento. Su condición artrítica había empeorado considerablemente en los últimos años, haciendo dolorosos hasta los más simples movimientos.

—Sí, hombre. ¡Claro que me acuerdo de ti! Tú fuiste uno de mis estudiantes favoritos —dijo, mientras extendía su débil mano para estrechar la de Pablo—. Incluso recuerdo aquel excelente sermón que predicaste en la capilla. Fue sobre el cuerpo de Cristo y estaba basado en 1 Corintios 12.

—Me sorprende que me reconozca, más aún que recuerde mi predicación —se rió Pablo—. Tengo menos pelo, y mis lentes y cintura han aumentado de grosor.

—¡Tonterías! ¡Tú eres todavía un joven! Si quieres saber cómo son los viejos, mírame a mí.

El doctor Ocampo hizo una pausa y después agregó:

—También me acuerdo de otro estudiante de la clase, un íntimo amigo tuyo.

—Se refiere a Jorge Ramírez.

—Sí, él, Jorge Ramírez. ¿Cómo le va? ¿Dónde anda?

—Dejó el ministerio hace unos cinco años. Lo último que supe de él es que andaba vendiendo seguros.

—¡Cuánto lo siento! Ramírez era un hombre con muchos dones. Tenía mucho potencial, pero eso es lo que suele suceder cuando alguien piensa que puede salir adelante sólo con sus habilidades —observó el doctor Ocampo.

—¿Qué hace usted aquí? Quiero decir, pensé que el año que enseñó en mi clase era el último para usted aquí. ¿No se jubiló debido a su salud y se mudó al desierto?

Pablo difícilmente podía contener su alegría al ver a su antiguo profesor.

—¿Te recuerdas de todo eso con respecto a mí? —respondió el doctor Ocampo con su característica de modestia.

»El traslado fue un gran error. La mejoría para mi espalda y articulaciones casi no la noté, pero sí la manera en que el aire seco y el polvo afectaron mis pulmones y bronquios. Casi me muero tratando de respirar allí. Después de unos pocos años Emilia y yo nos trasladamos a la costa, pero la humedad y el calor eran insoportables. Cuando Emilia falleció, hace unos meses, decidí regresar a vivir aquí.

—Todavía recuerdo su linda casa de ladrillo. ¿Dónde vive ahora? —preguntó Pablo.

—Aquella era una casa muy bonita, ¿verdad? Hizo una pausa para aclarar su garganta y agregó: ahora tengo un pequeño departamento en un edificio para jubilados que está en la calle Sexta.

—Eso queda cerca del seminario —señaló Pablo—. ¿Cuán a menudo viene usted aquí?

—Con franqueza, no vengo mucho. Un colega ha insistido en que lea su último libro sobre homilética, y he venido aquí para usar el ejemplar de la biblioteca. Pienso que esperaba que yo comprara mi propio ejemplar, ¿para qué necesita un viejo como yo un nuevo libro sobre predicación? Pensaba echarle una mirada mientras andaba por aquí hoy.

—Quizá yo necesite comprar ese libro —dijo Pablo, tratando de reír mientras lo decía.

—¿Qué quieres decir? ¡Tú eres un buen predicador!

—Gracias, doctor Ocampo, pero eso no es exactamente lo que piensa mi congregación. He estado escuchando muchas quejas últimamente. Anoche Susana y yo estuvimos hablando acerca de trasladarnos a otra iglesia. Me desagrada pensar en ello, pero parece que no me queda otra alternativa —dijo Pablo, mirando al suelo y moviendo sus pies nerviosamente.

—Pablo, hay una alternativa a trasladarse.

—¿Cuál? ¿Vender seguros para Ramírez? —respondió Pablo, sonriendo débilmente.

—¡No! Por supuesto que no. Es quedarte donde estás y darle nueva vida y vigor a tu predicación. Si te trasladas, puedes terminar repitiendo el mismo patrón en otra iglesia. No, creo que te debes quedar donde estás ahora. Trabaja tu predicación. Mejórala. Revitalízala.

Sus palabras sonaban alentadoras, pero Pablo protestó:

—Doctor Ocampo, puede que tenga que trasladarme. Tal vez mi iglesia no tenga ya paciencia con un veterano de diez años en el ministerio. Probablemente piensen que a estas alturas ya debería haber resuelto este asunto de la predicación.

—¡Tonterías! Eres todavía joven. Aún tienes mucho que aprender sobre el ministerio. Demasiados jóvenes predicadores salen del seminario llenos de entusiasmo y visión, sólo para perderlos al cabo de unos pocos años. Ese ánimo inicial puede mantenerte durante los primeros años en la iglesia, pero tarde o temprano tienes que aprender a renovarte. El ministerio no es una carrera de cien metros, sino un maratón. El joven Timoteo no había pasado mucho tiempo en el ministerio cuando el apóstol tuvo que animarle a reavivar su don, ¿no es así?

—Doctor Ocampo, ¿realmente cree que hay esperanza para mi predicación? Está muy pasada de moda, huele a rancia. Mi gente tiene razón para quejarse. Pienso que si yo fuera miembro de la iglesia, también querría marcharme.

—Por supuesto que hay esperanza para tu predicación. Puedes reavivar la llama y renovar la vida del púlpito. Créeme, Pablo —dijo el doctor Ocampo, poniendo su mano sobre su hombro—. Los miembros de la iglesia verán también la diferencia.

Tarde o temprano tienes que aprender a renovarte. El ministerio no es una carrera de cien metros, ¡sino un maratón!

Su rostro irradiaba confianza al hablar. Era la medicina que Pablo necesitaba para levantar su espíritu de nuevo y, repentinamente, un pensamiento se apoderó de él: el doctor Ocampo podía ser la respuesta a sus oraciones.

—¿Doctor Ocampo, está usted muy ocupado en estos días? Perdóneme, sé que usted es un hombre ocupado. Lo que quiero decir es, si tendría un poco de tiempo para ayudarme con mi predicación, algo como ser tutor.

—Me gustaría mucho ayudarte. ¿Qué te parece si nos reunimos cada lunes para hablar sobre tu sermón del domingo anterior?

—¡Eso sería estupendo! Quisiera comenzar ya.

—¡Excelente! Empecemos la próxima semana. ¿Qué te parece el lunes por la mañana en mi departamento, a las 10:00 en punto?

—Allí estaré el lunes a las 10 de la mañana.

Pablo llenó dos tazas con café, una para el profesor y otra para sí mismo. Mientras disfrutaban del café, conversaron un poco más. Después Pablo se despidió y bajó las escaleras hacia la entrada principal. El profesor volvió a retomar el libro de su colega.

Al pasar por el detector de la biblioteca, Pablo experimentó un extraño alivio cuando la alarma no sonó. Todo lo que escuchó fue un suave sonido.

—¡Espere! —le gritó la bibliotecaria cuando abría la puerta de salida.

La mujer corrió hacia él.

—¡Se está olvidando su nueva credencial de la biblioteca! —le dijo, mientras se la entregaba.

—¡Disculpe el olvido, por favor! ¡Muchas gracias! —Pablo sonrió al examinar su nombre en la tarjeta plastificada.

—¡Acuérdese de usarla! —añadió ella—. Muchos de nuestros alumnos nunca se benefician de su biblioteca como podrían hacerlo.

—Lo tendré muy en cuenta. En realidad, es probable que la vea la próxima semana —rió Pablo.

Al encaminarse hacia su casa, le pareció que el cielo estaba incluso más luminoso que antes.

«Quizá haya esperanza para un predicador cansado y agotado como yo», pensó, recordando la seguridad que el doctor Ocampo le impartió. Dentro de sí empezó a preguntarse cuánto tiempo le llevaría renovar su predicación.

3

La prioridad del predicador

La mañana del lunes llegó muy pronto. La semana había transcurrido rápidamente desde el encuentro en la biblioteca. Pablo titubeó en el pasillo poco iluminado afuera del departamento, después llamó. Una voz lo invitó a pasar.

Al abrir la puerta percibió el olor limpio de una casa recién pintada. Se quedó parado un momento en el umbral e inspeccionó el lugar. Se veía sencillo y ordenado. Cada habitación estaba pintada con un tono blanco. Al entrar en la sala vio cordones localizados en varios lugares de las paredes.

— Estos son por si me llegara a caer y necesitara ayuda —comentó el doctor Ocampo, quien parecía leer los pensamientos de Pablo a medida que examinaba el cuarto—. Dan un cierto sentido de seguridad a los que vivimos solos.

Hasta que no lo oyó hablar, Pablo no se había dado cuenta de la presencia del anciano profesor, quien se hallaba sentado en el comedor.

—Buenos días, doctor Ocampo. Disculpe la demora. Creo que no calculé bien el tiempo que tomaría llegar hasta aquí.

Esa no era la única disculpa que Pablo había ensayado en el auto durante el recorrido desde su domicilio.

El doctor Ocampo le hizo señas de que se acercara y se sentara con él a la mesa. En el centro se veía una jarra de cristal llena de té helado, que recogía la humedad del aire del verano. Gotas de agua escurrían por los lados, dejando rastros de condensación. Al lado

de la jarra se hallaban dos vasos y un plato pequeño con rodajas de limón.

—Ponte cómodo y sírvete té helado. Veo que te recordaste de traer tus materiales.

El rostro de Pablo se sonrojó.

—Aquí están, pero no tuve mucho tiempo para preparar el sermón de ayer. En verdad, no es muy bueno.

—¿Qué te tuvo tan ocupado la semana pasada?

Pablo tenía su excusa bien ensayada.

—El lunes tuvimos reunión del Consejo de diáconos. El martes pasé la mayor parte del tiempo en esta zona, fue cuando me encontré con usted en la biblioteca. Miércoles y jueves me ocupé de asuntos administrativos, preparando el boletín para la secretaria y atendiendo varias llamadas telefónicas. El viernes por la mañana, al empezar a trabajar en el sermón, me llamaron de emergencia del Centro Médico al otro lado de la ciudad. Uno de nuestros miembros internados allí había sufrido un ataque cerebral.

—Ese centro hospitalario está a buena distancia de tu oficina —recordó el doctor Ocampo.

—La señora Vázquez vive desde hace varios años con su hija al otro lado de la ciudad, pero la familia todavía espera que yo la visite periódicamente. Ella es uno de los miembros fundadores de la iglesia y me lo recuerdan de vez en cuando para que no lo olvide. Cuando regresé del hospital era ya media tarde, de manera que visité a algunos miembros más y se acabó el día. Pasé el sábado con mi familia, pues no los había visto en toda la semana.

—¿Cuándo comenzaste a trabajar en tu sermón?

—Empecé a eso de las nueve de la noche del sábado anterior, después de que los niños se fueron a la cama.

El doctor Ocampo hizo un gesto de desaprobación, mientras Pablo continuaba explicando.

—Trabajé hasta la medianoche, después me levanté dos horas más temprano el domingo para terminar. Puede ver los resultados de mi esfuerzo en esta hoja de papel.

Sacó una arrugada hoja de papel que llevaba guardada en la Biblia, y se la entregó al anciano profesor. El doctor Ocampo desdobló el papel y empezó a estudiar su contenido. Echó un vistazo al bosquejo, girándolo en un ángulo, quizá para ver si entendía mejor lo escrito.

El sonrojo de Pablo aumentaba. Una frase de las Escrituras que había memorizado de pequeño apareció repentinamente en su mente: «Como obrero que no tiene de qué avergonzarse». El doctor Ocampo dejó el bosquejo a un lado y levantó su vaso con té

helado. Su frágil mano temblaba al llevárselo a los labios. Después de un largo trago dejó lentamente el vaso sobre la mesa, miró amablemente a Pablo y comenzó a hablar.

—La predicación, a fin de que sea concreta y vital, requiere mucho trabajo. La tarea puede ser a veces extenuante. En realidad, cuanto más tiempo lleves en el ministerio, más disciplina y determinación necesitas para hacerlo bien. Ese es un principio importante para recordar. Si yo fuera tú lo escribiría en mi cuaderno de notas. Cuanto más tiempo lleves en el ministerio, más esfuerzo disciplinado se requiere para predicar con frescura y vitalidad.

El rostro de Pablo ardía de vergüenza, de manera que agradeció la oportunidad de evitar el contacto visual. Abrió el cuaderno de notas que el doctor Ocampo le había pedido que llevara, y escondió su cabeza en él a medida que escribía.

—Pablo, ¿puedes recordar lo que dijimos el primer día de la clase de homilética? Les pedí a todos que subrayaran en sus Biblias los primeros versículos de Hechos 6. Se trata del momento en el que algunos creen que se nombró el primer consejo de diáconos en la iglesia.

—Sí, recuerdo que subrayé esos versículos en mi vieja Biblia, pero hace dos años tuve que adquirir una nueva.

—Bien, abre tu Biblia en Hechos 6:2, 4 y subraya de nuevo esos versículos.

Pablo subrayó en su nueva Biblia Hechos 6:2, 4:

> No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas... Nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra.

—Este ministerio está siempre en oposición al príncipe de las tinieblas —continuó el doctor Ocampo—. Él hará todo lo que esté a su alcance para entorpecer tu trabajo. Te hará correr de un lado para otro haciendo mil cosas pequeñas con el fin de evitar que cumplas con las dos tareas realmente importantes: la oración y el ministerio de la Palabra. Todos tus esfuerzos deberían encaminarse hacia esos dos aspectos del ministerio. Nada de lo que hagas debería distraerte de ello. Ese es tu llamamiento, «tu descripción de funciones», si así lo prefieres.

»Me doy cuenta de que yo soy un profesor, y tú un predicador. Se dice que los profesores son los idealistas y los predicadores los realistas, pero la semana de tareas que me acabas de describir tiene poco que ver con tu verdadero llamado a la oración y al ministerio de la Palabra.

Pablo se iba poniendo cada más a la defensiva. Podía pensar en docenas de excusas para esas mil tareas que lo distraían de su alto llamamiento, pero se mantuvo en silencio mientras el profesor seguía hablando.

—Henry Ward Beecher pronunció una vez una conferencia en la Universidad de Yale que tituló: «La predicación: la prioridad del predicador». Escucha lo que dijo acerca de nuestras limitaciones humanas.

El doctor Ocampo abrió su viejo cuaderno de notas. Buscó una página entre aquellas amarillentas hojas y leyó lo que hacía años había escrito con su puño y letra:

> Ninguno de ustedes está más capacitado para hacer otra cosa que predicar... El hombre que quiera tener éxito en la predicación debería hacer que toda su vida se orientara hacia el púlpito... Cuando un hombre está en el púlpito y todas las corrientes lo alejan de él en dirección a otras cosas, el púlpito terminará siendo superficial y seco; pero cuando transforma esas corrientes de los montes vecinos en fuentes y éstas se dirigen hacia el púlpito, disfrutará de abundante provisión... Entonces no estará llevando a cabo tres o cuatro tareas al mismo tiempo. Estará cumpliendo con la tarea; y recibirá centuplicados los recursos y energías para realizarla.

El doctor Ocampo hizo una pausa y observó el rostro de Pablo; después dijo con mucho énfasis: «Una tarea: predicar. Eso es todo lo que un pastor es capaz de hacer si es que quiere hacerlo bien».

El Príncipe de las tinieblas hará todo lo que esté a su alcance para entorpecer tu trabajo. Te hará correr de un lado para otro haciendo mil buenas cosas con el fin de evitar que cumplas con las dos tareas realmente importantes: la oración y el ministerio de la Palabra.

Pablo empezó su protesta:

—¡Pero eso no es realista! Mi iglesia espera que yo vaya al otro lado de la ciudad para visitar enfermos en los hospitales, en los hogares, que dirija los Consejos de diáconos, que cumpla con tareas administrativas, que sirva en asuntos de la comunidad, etcétera.

—¡Espera! ¡Espera un momento! —interrumpió el doctor Ocampo—. Eso es lo que es irreal, amigo mío. Nadie es capaz de hacer todas esas cosas y hacerlas bien. Beecher no está diciendo que te dediques sólo a predicar. Lo que está diciendo es que todo lo que hagas tiene que tener la predicación como meta. Para usar su propia metáfora, esas otras cosas deben ser como corrientes que fluyen hacia el púlpito, y no que te alejen del púlpito.

El doctor Ocampo tomó una hoja de papel del cuaderno de notas de Pablo y dibujó dos maneras diferentes de ver la predicación. Una era una reserva de agua con corrientes fluyendo hacia afuera; la otra, un embalse con todas las corrientes convergiendo a él.

—¿Ves la diferencia entre las dos? —preguntó—. Una saca todo del púlpito, dejándolo seco. La otra canaliza todo hacia el púlpito, aumentando constantemente la reserva de recursos y energías para llevar a cabo la tarea. Hay aquí una enorme diferencia.

—Parece como si estuviera pidiéndome que «reorganizara» toda mi vida, y programa, si es que quiero encontrar la frescura y vitalidad que he perdido a lo largo de los años. ¿Es así como encontraré el tiempo para «llenar la reserva de agua», siguiendo con su misma analogía?

—Sí, te estoy pidiendo que organices de otro modo todo tu programa de trabajo. Durante diez años las corrientes de tu ministerio han estado alejándose del púlpito, no fluyendo hacia él. Tu actual programa de trabajo te está agotando.

El doctor Ocampo se dio cuenta de la mirada triste de Pablo, pero continuó rápidamente:

—Cualquiera quedaría agotado, Pablo. El Señor sabe que hay miles de predicadores en este mundo que se hallan agotados y desalentados. La mayoría de ellos trabaja con toda su alma después de salir del seminario, pero en unos pocos años se les acaban los recursos que acumularon. Para usar la analogía de Beecher, sus reservas se agotan. Muchos de ellos dejan el ministerio. Tú lo sabes mejor que yo, si es que has estado en contacto con tus condiscípulos.

—Como Jorge Ramírez. Al mirar retrospectivamente, me doy cuenta de lo que está diciendo. Cuando Ramírez se graduó del seminario estaba lleno de entusiasmo con el ministerio. Me imagino que se secó al cabo de cuatro o cinco años.

—Él es un ejemplo perfecto. Ramírez fue probablemente el mejor predicador que jamás tuve en mis clases de homilética. Tenía

un potencial enorme; pero nadie sobrevive en el ministerio sólo con potencial.

»La predicación es una de las tarea más difíciles que conozco. Demanda el todo del predicador. Es una tarea dura y agobiante; no es trabajo físico, sino la angustia mental y espiritual que proviene de luchar contra poderes y principados satánicos. La predicación bíblica es una declaración de guerra contra el reino de las tinieblas. Satanás no se queda con los brazos cruzados. Cuando encuentra a alguien que es fiel y diligente en el ministerio de la oración y de la Palabra, lo ataca sin cesar.

—Doctor Ocampo, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo puedo empezar? Lo primero que tengo un historial de diez años de hábitos y un programa de trabajo al que la gente está acostumbrada. Ellos esperan que siga haciendo las cosas que siempre he hecho. Parece que la única respuesta es dejar la iglesia y empezar de nuevo en otra parte —su voz reflejaba frustración y desesperación.

—No, no necesitas encontrar otra nueva iglesia; simplemente busca la manera de cumplir con el ministerio exactamente donde estás. Pero primero debes reconsagrarte con un compromiso total a la predicación, debe convertirse en tu prioridad número uno. Tienes que estar dispuesto a presentarte en el púlpito renovado y vivificado, listo para predicar mensajes bien preparados.

—Quiero hacerlo, pero todavía me parece muy poco realista.

—Piensa en la oración y en el ministerio de la Palabra como dos grandes filtros por los cuales deben pasar todas las demás tareas. En vez de andar tomando decisiones sobre qué tareas agradarán más a los miembros de la iglesia, filtra esas decisiones sobre la base de lo que debes hacer para agradar a Dios. Todo debe pasar por el filtro de la oración y del ministerio de la Palabra. Absolutamente todo.

El doctor Ocampo esperó un momento, mientras sus palabras hacían efecto en su amigo. Pablo se hallaba sentado en silencio al otro lado de la mesa, imaginando todos los cambios y desafíos que involucraría un compromiso así.

—Pablo, ¿estás dispuesto a comprometerte? Sé que estás preocupado con cómo van a reaccionar las personas si recortas ciertas áreas de tu ministerio, pero yo estoy más preocupado acerca de tu *Señor*. Cuando comparezcas delante de él para responder por tu trabajo... por un trabajo como éste (tomó el bosquejo del mensaje de Pablo y lo sostuvo en alto), ¿qué excusa le vas a dar por ello?

Las palabras del doctor Ocampo le dolieron, mucho más que las de la señora Hernández cuando hablaron por teléfono la

semana anterior. Pero eran necesarias. La medicina sabía amarga, pero el amor y la amabilidad del anciano hicieron que fuera más fácil de tragar.

—Predicar no es sólo tu más alta vocación, Pablo, sino que *es todo* tu llamamiento. La predicación es la tarea prioritaria del predicador. ¿Estás dispuesto a comprometerte totalmente con ello?

La insistencia del doctor Ocampo en comprometerse le recordaba a Pablo una invitación de Billy Graham. Sentía como si el coro estuviera en la cuarta estrofa del himno «Tal como soy». Si no se decidía a pasar al frente, el himno terminaría pronto. Pablo pensó para sí mismo: «No sólo la música, sino quizá el ministerio también acabará».

Después de una larga pausa, rompió el silencio y preguntó:

—¿Cómo empiezo, doctor Ocampo?

—Tengo una idea. Vamos a almorzar juntos, yo invito. ¿Te permite tu programa de hoy almorzar conmigo?

El cambio brusco de la conversación fue un alivio para Pablo. Se sintió como el paciente que acaba de despertarse de la anestesia y al que informan que la operación quirúrgica ya terminó.

—¿Cómo puedo rechazar una invitación así? —dijo con ánimo. Sin embargo, permítame primero cancelar una cita que tengo para esta tarde. La presidenta de la Unión Femenil desea hablar conmigo con respecto a los planes para reformar el salón social del templo. Quiere que le dé mi opinión sobre las cortinas que ha elegido.

—Lo ves, ya estás poniendo en orden tus prioridades: comer con el médico en vez de conversar sobre cortinas.

Ambos rieron con aquel toque de humor, al tiempo que Pablo se levantaba para hacer la llamada telefónica.

—¿Te das cuenta, Pablo, en los próximos meses te vas a convertir en un predicador diferente... las cosas van a cambiar realmente en tu vida ¡Tú y la congregación van a contemplar algunos cambios importantes!

Pablo miró al profesor y vio el brillo y el entusiasmo en sus ojos, que relucían detrás de sus lentes bifocales. Sus observaciones le dejaban desconcertado y a la vez entusiasmado. Se quedó mirando al profesor, anticipando que quizá diría más acerca de los cambios que podrían venir.

—¡Date prisa en hacer esa llamada! —apremió el doctor Ocampo señalando hacia el teléfono—. ¡Ya tengo hambre!

4

La importancia de comenzar temprano

La elección de restaurante que hizo el doctor Ocampo sorprendió a Pablo, él no esperaba que le gustara tanto la comida italiana. Después de elegir y ordenar sus respectivos menús, Pablo se dedicó a examinar el lugar. No había cambiado mucho desde sus días en el seminario. Todavía usaban los mismos manteles con grandes cuadros rojos y blancos, las mismas lámparas suspendidas sobre cada mesa e, incluso, el mismo color de pintura para el techo.

—Confío que sea de tu agrado comer aquí —dijo el doctor, interrumpiendo la inspección del lugar que estaba haciendo Pablo.

—¡Claro que sí! Éste era uno de mis restaurantes favoritos cuando estaba en el seminario. Debo admitir, sin embargo, que nunca me lo imaginé a usted comiendo pizza.

El doctor Ocampo rió de buena gana, al tiempo que respondía:

—No se lo digas a nadie, pero después de comer voy a llevarme el resto de la pizza para desayunar mañana. Aunque esté fría y sea del día anterior, me sabe mejor que los huevos con jamón.

—Es sorprendente —observó Pablo— que a menudo la comida en estos pequeños restaurantes sea mucho mejor que la que sirven en lugares más caros, donde se paga por el nombre y el ambiente.

—Lo mismo sucede con los predicadores —respondió el doctor Ocampo aprovechando la oportunidad para regresar al asunto que traían entre manos—. Algunos tienen todo el «ambiente» apropia-

do para sus mensajes, pero cuando examinamos el contenido del alimento espiritual que ofrecen, se descubre que no es muy bueno.

—Recuerdo que cuando estábamos en el seminario, Jorge Ramírez solía comentar acerca de un prestigioso predicador de la ciudad: «No dice nada, pero lo dice muy bien».

—Eso es lo que sucede muchas veces, pero no ignores sus métodos. Esas personas son con frecuencia maestros en la técnica de la oratoria, aunque no digan nada con sustancia ni valor eterno. Estudia sus métodos, Pablo. Aprende de esos predicadores en el área en la que son excelentes. Sucede a menudo que aquellos que tienen un alto concepto de la Palabra de Dios piensan, erróneamente, que no necesitan ser diligentes en la preparación de los sermones. Simplemente entregan el mensaje a la congregación como primero les viene a la mente.

—Por ejemplo —prosiguió el doctor Ocampo—, ¿cómo reaccionarías si el mesero nos trajera la comida sin cocinar y sin preparar? Primero, la pasta de pizza; segundo, la salsa de tomate, los ajos, el pimiento, el orégano y, por último, la salchicha sin cocinar. ¿Cómo reaccionarías?

—¡No me la comería, por supuesto!

—¡Exacto! ¿Te sorprende, entonces, que los miembros de tu iglesia se resistan a comerse el alimento espiritual que les sirves? Si el mensaje no está preparado, no se puede digerir.

—Escuché una vez a otro profesor de homilética hacer la misma comparación, pero usando carne de res como ilustración —agregó Pablo—. Nos dijo a los predicadores presentes: «Su esposa puede ir a la carnicería y comprar la mejor carne, la más tierna y jugosa, pero si ella simplemente la pone en el plato todavía cruda y sanguinolenta, usted no se la va a comer. Tiene que ser preparada de la mejor manera posible, con el fin de conseguir darle la mejor presentación visual, olor y sabor».

—Por supuesto, sólo un caníbal la comería de esa manera. Éste es, pues, tu primer secreto para la renovación. Cuando el estudio de los comentarios y la exégesis han terminado, todavía tienes que hacer el arduo trabajo imaginativo de preparar el sermón con aquellos ingredientes crudos.

Pablo hizo una anotación en su cuaderno en el momento en que el mesero se acercaba ya con comida. El doctor Ocampo había pedido una pizza mediana. Pablo había ordenado media porción de lasaña y media de ravioles con queso.

La conversación cesó por un tiempo, mientras los dos disfrutaban de su respectivo plato. El único comentario vino del doctor Ocampo, quien señaló lo bueno que era no comer solo.

Sucede a menudo que aquellos que tienen un alto concepto de la Palabra de Dios piensan, erróneamente, que no necesitan ser diligentes en la preparación de los sermones. Simplemente entregan el mensaje a la congregación de cualquier forma que les llegue a la mente.

Después de saciar un poco su apetito, prosiguieron las lecciones. El doctor tomó su servilleta de papel, la desdobló y empezó a dibujar una gráfica con su bolígrafo. Entre bocado y bocado de pizza le fue explicando el significado de la gráfica.

—Demasiados predicadores quedan atrapados en el círculo vicioso de la preparación de sermones a última hora. Este hábito no sólo malgasta sus talentos, sino que también perjudica al pueblo de Dios. Además de eso, tiene sus consecuencias en la estructura emocional y física del pastor.

Le dio la vuelta a la servilleta para que Pablo pudiera ver bien la gráfica y estudiarla. Pablo dejó de comer y empezó a copiarla en su cuaderno, haciendo anotaciones debajo de ella.*

La barra horizontal representa los días de la semana, comenzando con el domingo por la noche que lleva hasta el sermón de la semana siguiente. Observa la gran reducción de tensión después de terminar la predicación del sermón en sí. Te sientes aliviado y relajado de nuevo. Si el sermón fue malo, te puedes sentir deprimido, pero la tensión ha desaparecido.

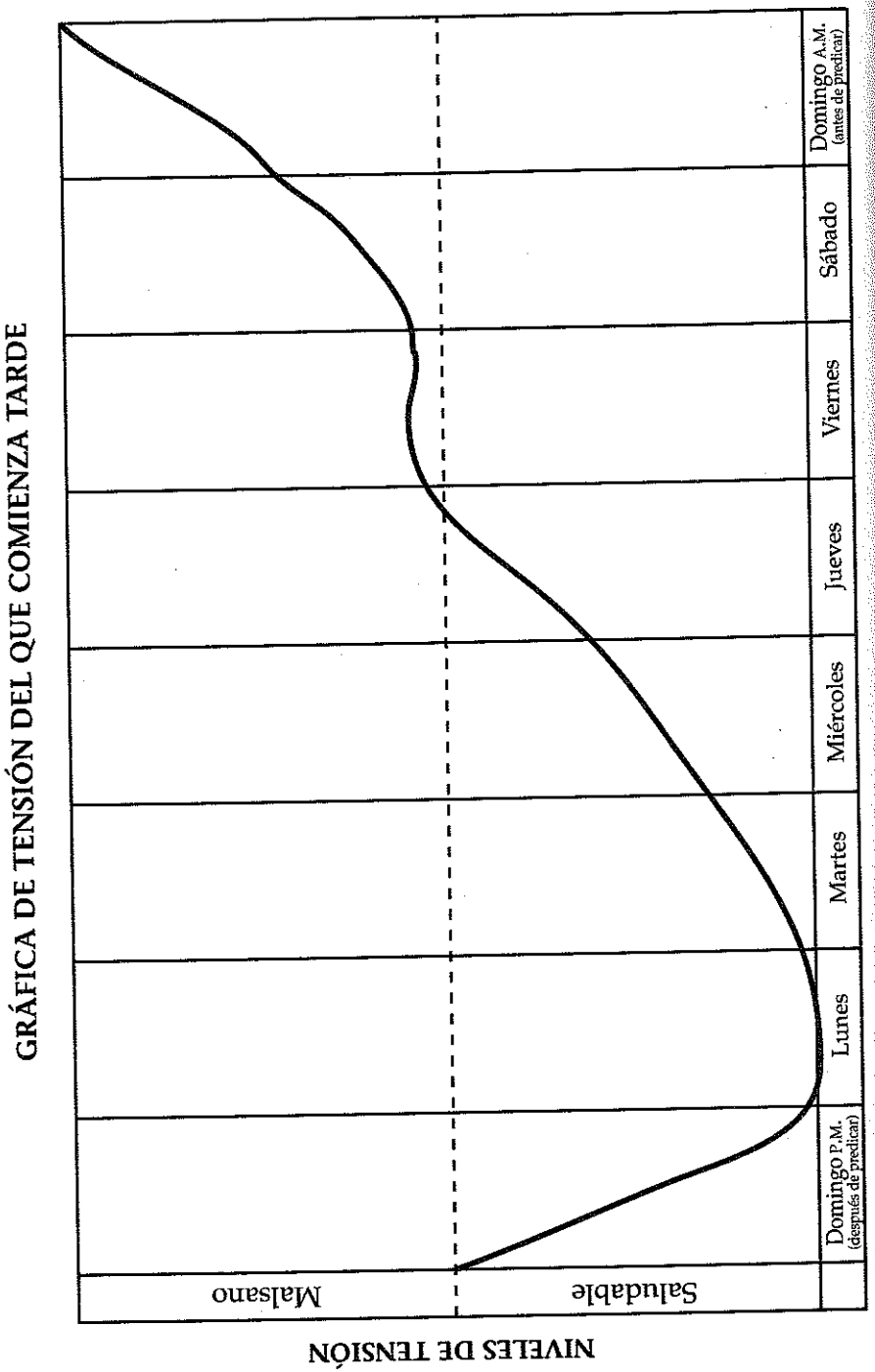
Pablo asintió y continuó copiando.

—A medida que progresa la semana se empieza a elevar la tensión hasta que llega el momento cumbre del domingo. Por lo general no somos conscientes de esa elevación de tensión interior hasta tarde en la semana, pero en realidad empieza de nuevo inmediatamente después de pasar el domingo. Viernes y sábado llega hasta las nubes, especialmente si la persona empieza a prepararse a última hora.

—Soy el ejemplo perfecto de lo que está describiendo —comentó Pablo—. En realidad, si no estoy bien preparado, el sábado por la noche suelo dormir bastante mal e incluso tengo sueños extraños.

—Es natural. Tu cuerpo está cansado, pero tu mente lucha por

*Ver gráfica en la página 40.



permanecer despierta a fin de terminar con lo que ha quedado a medias. Háblame de tus sueños, Pablo.

—Casi siempre involucra la incapacidad de vestirme a tiempo para ir al templo. A veces lo consigo y otras nunca logro llegar allí. Si alcanzo a llegar a tiempo para predicar, me examino a mí mismo cuando estoy en el púlpito, y me doy cuenta de que estoy vestido a medias. A veces llevo sólo la camisa y la corbata, pero no los pantalones.

—No presumo ser como el José del Antiguo Testamento, pero parece bastante obvio que tus sueños no son mera coincidencia. El verte vestido a medias está relacionado con tu temor de estar en el púlpito sólo parcialmente preparado.

—Mi esposa dice exactamente lo mismo y tengo que darle la razón. Eso sólo me sucede cuando me voy a la cama el sábado en la noche sin un mensaje completamente preparado en mi mente.

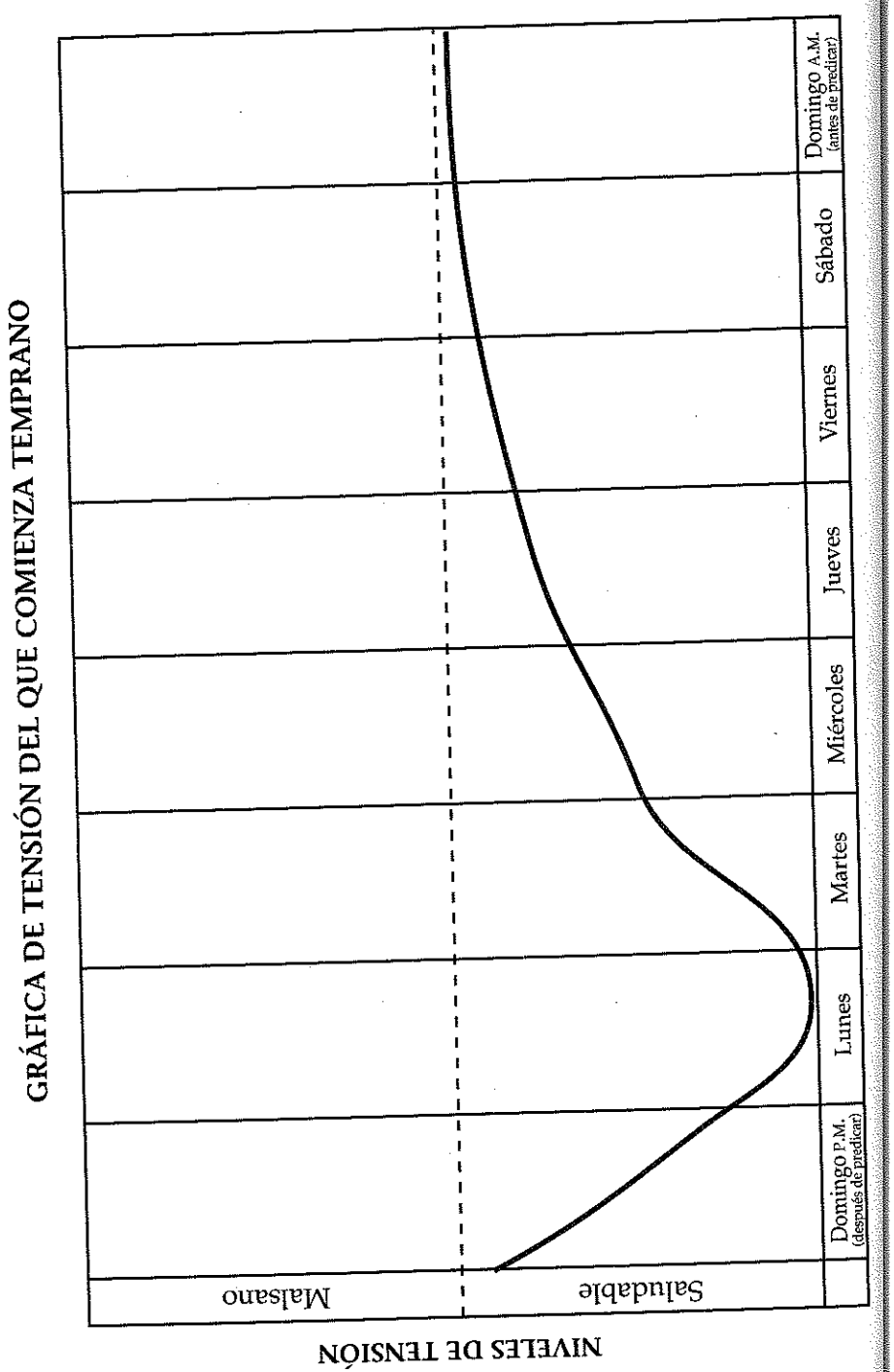
—A eso exactamente me refiero con esta pequeña gráfica. Tu mente está siempre trabajando, incluso cuando no la estás usando conscientemente. La tensión es una energía valiosa. Al igual que otras clases de energía puede ser canalizada para bien o, por el contrario, correrá descontrolada. Si no se controla y aprovecha, se tornará destructiva en diversas maneras. Por eso, el comenzar tarde perjudica tanto a la congregación como al pastor. Algunos predicadores terminan en el hospital con úlceras y otros con dolor en el pecho. No te engañes, el círculo vicioso es destructivo. Piensa en lo que le hace también a la familia del predicador. ¡Cuánta atención y demostración de amor se pierden por las preocupaciones pastorales!

—Sé exactamente de qué está hablando, doctor Ocampo. Soy un ejemplo vivo de todo lo que está diciendo.

—Por eso debes romper el círculo. Ponte a trabajar temprano. Comienza el lunes o, a más tardar, el martes. De esa manera controlarás la tensión natural dentro de ti, de forma que tu energía se pueda usar productivamente. Al empezar temprano también la mantendrás bajo control, de manera que no subirá hasta las nubes al final de cada semana, haciendo estragos en tu cuerpo. Comenzar pronto es de vital importancia.

—¿En qué manera ayuda el comenzar temprano a controlar la tensión? —preguntó Pablo.

—Piensa en tus sueños de los sábados por la noche. Toda esa energía está siendo dirigida hacia el sermón del domingo; pero debido a que el sermón está mal preparado, mucha de esa energía se pierde en preocupación y angustia en vez de en el mensaje mismo.



—Mira esta segunda gráfica —indicó el doctor Ocampo señalando de nuevo sus dibujos en la servilleta—.* ¿Qué sucede si empiezas tu estudio el lunes en vez del sábado por la noche o incluso el viernes por la mañana?

—Pienso que la mente tiene algo con lo que trabajar durante toda la semana —respondió Pablo.

—¡Exacto! En vez de derramar tus energías en el vacío, las estás volcando en la organización de un conjunto de materiales. No sólo eso, sino que la tensión es saludable, más relajada. Es una tensión positiva que le dice a tu estómago y a tu corazón: «¡No se preocupen, todo está bajo control! ¡Tenemos algo definido y concreto con lo que trabajar y estamos ocupados en ello ahora mismo!»

Las luces se estaban encendiendo en la mente de Pablo. Era una explicación bien simple. ¿Cómo es que él no lo había visto tan claramente durante todo este tiempo?

—De manera que —añadió Pablo—, a medida que la semana avanza, la mente tiene algo en qué reflexionar. Estoy canalizando todas mis energías naturales para hacer el trabajo que me han estado pidiendo hacer.

—En realidad es algo más que tus energías naturales las que están incitándote, Pablo. El Señor te ha ungido con su Espíritu para predicar la Palabra. El Espíritu te impulsa a empezar el trabajo temprano y a hacerlo bien. Tu propio espíritu es movido por el Espíritu Santo.

»Déjame decirte algo más antes de que lo olvide: La *exégesis* temprana evita caer más tarde en la *eisegesis*. Creo que deberías escribir eso sobre la gráfica.

Pablo lo fue repitiendo lentamente mientras lo escribía: «La exégesis... temprana... evita... caer... más... tarde... en... la... eisegesis».

—Tu sermón de la semana pasada es un ejemplo perfecto de lo que estamos diciendo —el doctor Ocampo esperó lo suficiente para que Pablo terminase de escribir antes de hacer este comentario. Sabía que Pablo lo olvidaría si no lo hacía así.

El rostro de Pablo enrojeció inmediatamente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Predicaste acerca de la glotonería, y para ello te basaste en Filipenses 3:19, donde se habla de aquellos «cuyo dios es el vientre». ¿Verdad?

—Sí, creo que la Biblia enseña claramente que la glotonería es un pecado —dijo Pablo un poco nervioso.

---

*Ver gráfica en la página 42.

—Estoy de acuerdo. Tengo ahora un pequeño sentimiento de culpa después de comer como lo estoy haciendo —dijo el doctor Ocampo, riendo para hacer más suave la amonestación—. Debes hacer tu trabajo a fondo con respecto a Filipenses 3. El apóstol no está hablando de la glotonería, sino de los judaizantes que se oponían al evangelio e insistían en observar las leyes dietéticas del Antiguo Testamento y de la circuncisión para ser salvos. Él sigue diciendo: «Cuya gloria es su vergüenza». No creo que se esté refiriendo a la crasa inmoralidad, como las notas de tu sermón sugieren. Se refiere a enorgullecerse de su circuncisión.

El doctor Ocampo hizo una pausa mientras le sonreía amablemente a Pablo. Continuó diciendo:

—Pareces desconcertado. Confía en mí, Pablo. Yo también prediqué ese mensaje una vez. Después tuve una embarazosa discusión con una señora de la iglesia que podríamos decir que era muy... muy robusta. Ella conocía bien la Biblia y me corrigió en frente de toda la congregación: «¡Ahí no se está hablando de las personas obesas! Se refiere a los judaizantes», dijo con enojo, y seguidamente se marchó.

—¿Volvió otra vez al templo?

—En realidad sí, aunque nunca más volvió a ser muy afectuosa conmigo —dijo el doctor Ocampo sonriendo.

Los dos rieron juntos, y después Pablo regresó al tema de comenzar temprano.

—El lunes es generalmente mi día de descanso. ¿Me está sugiriendo que debería cambiar mi día de descanso?

—Cada uno es diferente. Tú tienes que decidir eso, pero quizá te interese cambiar. Cuando yo estaba en el pastorado...

—¿Cuándo estuvo usted en el pastorado, doctor Ocampo? —interrumpió Pablo.

—Los primeros ocho años, después de salir del seminario, los pasé ministrando en una pequeña iglesia rural. Quería saber con experiencia de primera mano, lo que significaba predicar semana tras semana antes de dedicarme a enseñar en el seminario. Incluso cuando estaba enseñando serví a menudo como pastor interino, con el fin de seguir metido en medio del fuego.

—Me agrada mucho saberlo —respondió Pablo—. Eso explica por qué tenía usted una comprensión del pastorado superior a la de otros muchos profesores que tuve en el seminario.

—No puedo hablar por mis colegas, pero déjame que termine de decir lo que tengo en mente. Me era difícil tomar el lunes como mi día de descanso porque tendía a ser un día decepcionante. Me lo pasaba refunfuñando, dando vueltas por la casa, hasta que un

día mi esposa me dijo: «¿Por qué no te vas a trabajar? ¡Si no puedes disfrutar de tu día de descanso, no lo tomes!»

—¿Así que dejó de tomar su día de descanso?

—No, me di cuenta que si hacía mi trabajo de preparación del sermón temprano en la semana, podía disfrutar del fin de semana mucho mejor. De forma que cambié a los viernes, y después terminaba la preparación del sermón el sábado en la mañana. Debes experimentar con la semana y ver qué es lo mejor para ti.

—Generalmente, no me gusta estudiar los lunes. No puedo imaginarme a mí mismo estudiando cada lunes.

—¡Tú lo estás haciendo ahora mismo conmigo! Además, te olvidas de un factor clave. La razón por la que no te sientes con ganas de estudiar el lunes es debido a que te atiborraste con información el sábado tarde en la noche y el domingo por la mañana. Te encuentras agotado el lunes. Pero romperás ese círculo vicioso si empiezas temprano. Iniciarás el domingo mucho más descansado por haber logrado empezar temprano. Ese descanso se evidenciará en tus sermones, y la congregación notará la diferencia.

—¡Ataca temprano y ataca a diario! —repitió el doctor Ocampo—. Tienes que invertir cada día en lo que es tu llamamiento primario como predicador del evangelio. Predicar es tu prioridad. No sólo eso, te irás viendo a ti mismo en un patrón de ataque-descanso-ataque-descanso. Cada día irás acumulando más información y energía para tu mensaje. Durante toda la semana estarás llenando tus reservas, no disminuyéndolas.

—Veo, no obstante, un problema con su consejo —replicó Pablo.

—¿Cuál es?

—A menudo he pasado la primera mitad de la semana tratando de decidir qué voy a predicar el domingo. A veces estudio un pasaje durante varias horas, y entonces lo dejo a un lado y busco otro.

¡Ataca temprano y ataca a diario! Cada día irás acumulando más información y energía para tu mensaje. Durante toda la semana estarás llenando tus reservas, no disminuyéndolas.

—Los profesores de homilética tenemos el temor de que haya por ahí criaturas como tú corriendo de un lado para el otro. ¿Es que no planeas tu predicación con anticipación?

—A veces sí, cuando predico acerca de un libro de la Biblia, ten-

go una idea de lo que viene después —confesó Pablo sonrojándose—. Pero muchas veces no empiezo a pensar acerca de lo que voy a predicar hasta después del domingo anterior.

—No sé cómo decir esto, Pablo, pero déjame relatarte cómo planeaba y preparaba yo mis sermones. No quiero cargarte con demasiadas cosas tan pronto, pero quizá quieras archivar esto para futuras referencias. De alguna manera, a lo largo del camino vas a querer hacer algo así.

»Después de cambiar el día de descanso del lunes al viernes —continuó, mientras seguía dibujando en una hoja de papel en blanco—, decidí hacer del lunes un día de reflexión y preparación de sermones, un día para meditar sobre el sermón y el servicio del domingo anterior y para recargar mis baterías espirituales. Aparté suficiente tiempo para el estudio y la oración.

»Busqué un plan razonable para la preparación de sermones. Al final me decidí por uno en el que empezaba a estudiar con tres semanas de antelación todo sermón que predicaba.

—¡Tres semanas de antelación! —dijo Pablo, atorándose con un trago de agua—. ¿A eso lo llama usted razonable?

—Ya te dije que no quería darte demasiado, tan pronto —dijo el doctor Ocampo riendo—. Ten paciencia conmigo. No soy un profeta, pero me atrevo a predecir que algún día estarás tan dedicado a la predicación que tú mismo harás algo similar.

—¡Tres semanas de antelación! —repitió Pablo con incredulidad—. ¡Lo creeré cuando lo vea!

—El primer lunes hacía la exégesis del pasaje. Eso era todo lo que hacía en esa semana sobre aquel pasaje en particular. El segundo lunes empezaba a estudiar varios comentarios, pasajes paralelos y materiales relacionados. Para el final de la segunda semana tenía ya elaborado un bosquejo preliminar del sermón. En la tercera semana ya le ponía al bosquejo la carne de las ilustraciones y una fuerte introducción y conclusión. También utilizaba el tiempo en que tenía que usar el auto como tiempo de práctica del sermón, en el que predicaba porciones del mensaje en voz alta para ver cómo sonaba. El sábado generalmente me plantaba en el púlpito y practicaba todo el mensaje de principio a fin.

—Eso me parece estupendo, doctor Ocampo, pero yo tengo que predicar cada semana. No puedo darme el lujo de dedicar tres semanas a preparar cada sermón. ¿Quién predicaba por usted las dos semanas entre sermones?

—Sé que estás bromeando, Pablo —dijo sonriendo el anciano—. En realidad trabajaba con cuatro sermones cada semana. El primer

lunes del mes empezaba revisando el sermón que había predicado el día anterior. Aun con toda la preparación anticipada que hacía, procuraba estar abierto a la dirección del Espíritu Santo. Sucedía con frecuencia que el bosquejo que había preparado no era exactamente el mensaje que había predicado. Nuevos pensamientos e ideas me podían venir incluso cuando lo estaba predicando.

»No quería olvidarme de lo que el Espíritu me había llevado a decir. De manera que el lunes por la mañana le agregaba las notas correspondientes. Después lo archivaba cuidadosamente para futuras referencias. Nunca te deshagas de todo ese valioso trabajo. Bien puede ser que lo vuelvas a usar en ocasiones futuras.

—¿Predicar sermones ya usados? ¿Es que no se da cuenta la gente?

—Probablemente no, a menos que uses las mismas ilustraciones. Sucede que si repites una ilustración en otro sermón a lo mejor te acusan de estar repitiendo el sermón. Sin embargo, si predicas un viejo sermón cambiando las ilustraciones, seguramente nadie se dará cuenta.

»Dicho sea de paso, ése es un gran recurso, especialmente en ocasiones importantes. A veces sucede algo de repente y al día siguiente tienes que predicar un sermón. Puedes echar mano de un buen mensaje archivado y adaptarlo para la ocasión. Hablaremos más de esto en otro momento.

Pablo asintió con la cabeza. Su mente empezaba a dar vueltas con todo lo que el doctor Ocampo había compartido.

—Así que repasaba el mensaje del domingo anterior y lo archivaba. Segundo, hacía la exégesis del mensaje que predicaría en tres semanas. Eso era todo lo que hacía con aquel pasaje esa semana. Lo tercero que hacía era empezar el estudio de comentarios y el estudio de pasajes paralelos para el sermón que predicaría en dos domingos. Avanzaba todo lo que podía en esa mañana, después dejaba el estudio durante unos 45 minutos a una hora antes del almuerzo. Ése era el tiempo que dedicaba a estar en oración con el Señor.

—¿Cómo manejaba las interrupciones? —preguntó Pablo

—Fácilmente. Me escondía en la biblioteca del seminario, donde podía controlar las interrupciones. Mi esposa sabía cómo localizarme en caso de emergencias, dado que no tenía el lujo de disponer de una secretaria que me ayudara.

—¿Y a la gente no le molestaba que usted desapareciera todo el día?

—Al principio algunos se quejaron, pero pude llevarlos a comprender por qué hacía lo que hacía. Les dije que ellos habían teni-

do su día de alimento espiritual el domingo, yo necesitaba el mío los lunes. No era un día de descanso, sino un día de adoración y estudio de la Palabra de Dios.

»Trabajaba toda la semana en aquel sermón hasta que lograba sacar un bosquejo apropiado. Entonces, después del almuerzo, empezaba a trabajar con el mensaje del siguiente domingo. Sacaba el bosquejo que ya había elaborado y empezaba a buscar la manera de afinarlo y completarlo.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Con afinarlo me refiero a hacer el bosquejo más vigoroso, claro, suave en las transiciones y fácil de seguir. Por completarlo quiero decir buscar ilustraciones apropiadas, palabras y frases poderosas que comunicaran bien la intención del mensaje. Encontré que en las tardes podía trabajar un par de horas en ello, y después usar el resto de la tarde para echar un vistazo a algunas revistas de inspiración, o dar un paseo alrededor del *campus* del seminario para meditar y orar. Hacía incluso buen uso a media tarde de la mesa de pinpón como un descanso del trabajo mental. Eso es si podía encontrar algún compañero de juego.

—¿Pero cuándo escogía usted los pasajes sobre los que en realidad iba a predicar? Como le dije antes, me paso a menudo horas tratando de decidir acerca de qué predicar.

—Hay una solución simple para ese problema. No sólo reducirá tu nivel de tensión todavía más, sino que también te ayudará bastante en la búsqueda de ilustraciones y en la preparación general del sermón.

»En realidad sólo se requieren tres palabras para describir la solución: *planea con antelación*. En otras palabras, empieza incluso antes.

—¿Pero cómo voy a planear aún con más antelación? —preguntó nervioso el estudiante—. Primero me dijo que empezara el lunes; después que lo hiciera con tres semanas de anticipación. ¿Y ahora qué? ¿Empezar un año antes?

—¡Exacto! ¿Cómo lo adivinaste?

—Fue por casualidad —contestó Pablo en forma de queja.

—¡Vamos, hombre, que no es tan difícil la cosa! ¿En qué época del año sueles estar más desahogado de trabajo?

—¿Yo? Creo que los meses de verano. Muchas de las actividades regulares siguen el calendario escolar. El verano suele estar menos cargado, a excepción de la Escuela Bíblica de Vacaciones.

—Pues toma dos o tres semanas y le dices a tu secretaria y al Consejo de diáconos que sólo estás disponible para casos de emergencia. Te vas a algún lugar retirado —como puede ser la

biblioteca de tu antiguo seminario— y planeas todo un año de predicación. Dejas a tu esposa y a la secretaria un número de teléfono para emergencias y te sumerges en tu trabajo.

—Eso me suena como otro asunto acerca del cual tengo que convencer al Consejo de diáconos que es parte de mi llamado.

—¡Una parte vital de tu llamamiento! Primero, haz un pequeño inventario de lo que has predicado en tu iglesia en los últimos diez años. Busca áreas que hayas pasado por alto. Después examina cuáles son las necesidades de la iglesia en ese momento. Pon las dos juntas y busca entonces en las Escrituras los sermones o las series de sermones que necesitas predicar durante el año siguiente.

»No dispones de tiempo para hacer toda la exégesis para el año completo, pero busca un comentario digno de confianza sobre el libro de la Biblia que planeas predicar. Sumérgete en la Biblia y en ese comentario. Al ir estudiándolo, busca las divisiones naturales entre las secciones de los versículos. Organízalas y distribúyelas para el año siguiente con un calendario frente de ti. Trata de pensar en un título de sermón apropiado, o al menos anota el tema del sermón. Eso será un recordatorio para ti durante el año siguiente.

—¿Pero qué si quiero predicar acerca de temas más que hacer un estudio versículo por versículo?

—Entonces tendrás que trabajar aún más. Tendrás que hacer buen uso de una concordancia y estudiar las varias facetas de las Escrituras en torno a un cierto tema. Trata de encontrar un plan de sermones que surja de los pasajes escogidos. Busca después una fuente confiable de estudio de esos pasajes que planeas usar.

»Pablo, si de verdad quieres hacer algo así, te sugiero que prepares una hoja para cada semana del año. Recuerda señalar los domingos que tengan un énfasis especial, a fin de que no te encuentren desprevenido. Traza entonces varias columnas: «Fecha», «Escritura», «Tema», «Ideas clave», «Himnos». Mantén la lista en un lugar prominente a lo largo del año para recordarte a ti mismo hacia dónde vas en tu predicación. Eso te mantendrá al tanto en la búsqueda de ilustraciones apropiadas. Pero hablaremos más acerca de las ilustraciones en el futuro.

Había llegado el momento de pagar por el almuerzo. Al levantarse de la mesa Pablo recordó, de repente, el comentario que le hizo el doctor Ocampo cuando iba a hacer la llamada para cancelar su cita de la tarde.

—Doctor Ocampo, usted mencionó antes que me iba a decir cómo compartir con la congregación los cambios que iban a tener

lugar. ¿Qué quería usted decir con eso en realidad? ¿Debo prepararme para anunciar este próximo domingo a la congregación mi nuevo compromiso con la predicación?

—Me parece que deberías empezar compartiéndolo con el Consejo de diáconos. Pero antes de hacer eso, tienes trabajo para realizar primero. Podemos hablar de esto en nuestro camino hacia el automóvil. Déjame primero pagar por el almuerzo.

Pablo sacó su billetera, pero el doctor Ocampo insistió en que era su invitación. Finalmente, permitió que Pablo se encargara de dejar la propina para los camareros.

5

Redima el tiempo

Los seres humanos tienen limitaciones naturales. La artritis hace que éstas sean aún mayores. Al ir los dos amigos caminando hacia el auto, el doctor Ocampo se paró después de unos pocos pasos para descansar, apoyándose sobre su bastón, a fin de recuperar las fuerzas y determinación para continuar.

Usó también esos momentos de descanso para conversar sobre el asunto que le intrigaba tanto a Pablo: hablar con el Consejo de diáconos acerca de los cambios.

—Pablo, el Consejo te ha facilitado ya las cosas para discutir con ellos la necesidad de hacer cambios en tu trabajo.

—¿Cómo es eso? —replicó Pablo, pues nada relacionado con el asunto le parecía fácil.

El doctor Ocampo le dirigió una mirada pícara antes de empezar a explicarle la estrategia.

—Ellos ya han sacado a relucir el asunto de tu predicación —dijo—. Ahora puedes volver a ellos con una actitud de: «Estoy contento de que ustedes hayan planteado este asunto. Yo también tengo algunas preocupaciones al respecto que quisiera conversar».

—¿Cuáles son exactamente esas preocupaciones? —preguntó Pablo.

Tuvo que esperar para recibir la respuesta, pues el doctor Ocampo había empezado a dar unos pocos pasos más hacia el estacionamiento. Pablo había ofrecido recogerlo en la puerta del restaurante, pero el profesor había declinado la oferta. Se esforzaba por caminar siempre que le fuera era posible, a fin de no perder la capacidad de movimiento que todavía le quedaba.

Al pararse otra vez, respondió a la pregunta de Pablo descansando sobre su bastón.

—Primero, tienes que hacer tu propio trabajo antes de saber exactamente cuáles son tus preocupaciones. Te será necesario pasar las próximas dos semanas haciendo un seguimiento detallado de tu cronograma de trabajo. Toma una hoja de papel para cada día y divídela en cuatro columnas. En la cabecera de la primera columna escribe «Tiempo»; en la segunda, «Actividad»; en la tercera, «Para hacer», y en la última columna, «Otras personas deben hacerlas». Asegúrate de escribir cada actividad que realices a lo largo del día, o de lo contrario perderás algunos elementos importantes. Detente a intervalos regulares para completar tu registro de tareas. No esperes hasta el final del día o a la mañana siguiente.

—Estoy empezando a ver la estrategia. Usted quiere que yo recoja los datos y la información necesarias para demostrar al Consejo de diáconos aquellas áreas en las que necesito que otros hagan la tarea. De esa forma puedo liberar tiempo para cumplir con mi verdadero llamamiento: la oración y el ministerio de la Palabra.

—Ése es el plan. Después de todo, ¿qué valor tiene aprender los principios de una predicación renovada si nunca vas a tener tiempo para usarlos? Saber lo que tienes que hacer pero no tener el tiempo para llevarlo a cabo sólo añade mayor desaliento al ya acumulado. Debes romper con ese círculo vicioso. Ahora mismo estás dedicando tiempo a hacer muchas cosas buenas, pero no dispones del suficiente para cumplir bien aquello para lo cual has sido llamado. Recuerda, el primer paso para lograr una predicación renovada es tomar la decisión y comprometerte a hacer todo lo que sea necesario para lograrlo.

Al caminar hacia el auto, Pablo no pudo dejar de observar la determinación y dedicación que le exigía al doctor Ocampo el llegar hasta allí. Se dio también cuenta de los gestos de dolor del anciano al colocarse cuidadosamente al lado de la puerta del auto y, entonces, dejarse caer de espaldas en el asiento. Después de apoyar su bastón en medio del asiento delantero, metió su pierna derecha en el interior y se inclinó sobre el lado izquierdo para evitar la puerta a medida que Pablo la cerraba.

El calor del verano acumulado en el interior del vehículo lo había convertido en un horno. Pablo lo puso rápidamente en marcha y encendió el aire acondicionado, gracias a que al fin había encontrado tiempo el sábado para repararlo. «Tiempo», pensó para sí mismo, «siempre tratando de encontrar tiempo...»

—Veo un problema con su plan, doctor Ocampo. Frecuentemente, tengo distintos compromisos en diferentes momentos del año. El verano es algo más tranquilo para mí. Esa es la razón por la que encontré tiempo para estar con usted. Pero en otras estaciones del año mi programa de trabajo puede ser muy diferente del que voy a tener las dos próximas semanas.

—Lo ideal sería que hicieras este estudio en el momento más «normal» del año. Pero incluso ahora puedes conseguir buenos resultados. Algo que puedes hacer para complementar tu estudio es elaborar una lista de las varias actividades y compromisos que sueles tener a lo largo del año. Piensa en los énfasis especiales que trae cada estación.

—Entonces puedo hacer lo mismo con la lista en términos de las cosas que yo haría y de las cosas que otras personas pueden o podrían hacer.

—Exacto. Si yo fuera tú, repasaría los calendarios de actividades de los dos últimos años para elaborar la lista. No confíes demasiado en tu memoria. ¿Conservas todavía esos calendarios?

—Sí, los archivo con otros documentos importantes. No habrá dificultad en encontrarlos.

Pablo salió del estacionamiento e inició los cinco minutos de viaje hacia la vivienda del profesor.

—Hay unas pocas cosas que necesitas recordar acerca del problema del cansancio de la gente con la predicación del pastor —dijo el doctor Ocampo, usando esos pocos minutos para concluir la primera sesión—. Cuando empezaste tu ministerio en la iglesia hace diez años estabas recién salido del seminario, rebosante después de tres años de estudio intensivo de teología, historia de la iglesia, Escrituras y lenguas bíblicas. Tus reservas espirituales estaban llenas de la Palabra de Dios, de ideas para sermones, mensajes especiales e ilustraciones interesantes que apena podías resistir los deseos de usarlas.

»No sólo eso —continuó el profesor—, también estabas lleno de inexperiencia. Aquella falta de confianza y de experiencia te llevaba a trabajar duro cada semana en la preparación de los sermones. La mayoría de nosotros comenzamos el ministerio con el temor de que se nos agoten las ideas y pensamientos después de siete minutos en el púlpito en un mensaje de 25 minutos. Probablemente, en aquellos primeros años dedicabas más tiempo y esfuerzo a la preparación de los sermones que ahora.

—Tiene razón en lo que dice. Dediqué cuarenta y cinco horas a un sermón en el primer mes en mi iglesia. ¡No hace mucho tiempo atrás sólo utilicé cuarenta y cinco minutos en la preparación!

—Debería ser justamente al revés. Cuanto más tiempo se está en el mismo lugar, tanto más esfuerzo se debe dedicar a fin de predicar de manera fresca y renovada. Tienes que profundizar con el fin de decir más y decirlo en forma diferente. No trates de confiar en la inspiración del momento. Eso es confiar en que el Espíritu de Dios va a ayudarte a pesar de la negligencia en la preparación. Hay una gran diferencia entre predicar con fe que confía en el Espíritu y predicar pretendiendo jugar con Él.

»Otra cosa que sucede a medida que pasa el tiempo es que se produce cierto pulimento con la experiencia de los años. Éste brinda una apariencia más profesional, pero también puede mostrar cierta falta de vida. No hay nada que te mantenga más alerta que escuchar a predicadores novatos que no se han pulido. ¡Nunca sabes que es lo que saldrá de sus bocas de un momento a otro! Esa es una de las razones por las que he encontrado la homilética tan agradable. Es mucho más divertido que escuchar a todos esos profesionales que hablan tan refinadamente.

El hincapié que hizo el doctor Ocampo en la palabra «profesionales» mostró su desdén por el término tan popular en ciertos círculos ministeriales. Cuando llegaron al departamento, Pablo estacionó el auto y abrió la puerta trasera para sacar la caja de pizza del profesor. Le ayudó después a que saliera del auto y le acompañó hasta el ascensor en el pasillo principal.

A medida que pasa el tiempo se produce cierto pulimento con la experiencia de los años. Éste brinda una apariencia más profesional, pero también puede mostrar cierta falta de vida.

Mientras el ascensor ascendía hasta el cuarto piso, el doctor Ocampo continuó:

—A los pocos años de haber salido del seminario las reservas se agotan, por lo general casi al mismo tiempo que empieza a decaer el entusiasmo por el ministerio. Es una combinación mortal, que deja al predicador con poco que decir y con aún menos deseos de expresarlo. De manera que empieza a pensar seriamente que es tiempo de salir de allí.

La puerta del ascensor se abrió y los dos salieron al pasillo. El departamento era el primero pasando el ascensor. Mientras buscaba las llaves en su bolsillo, el doctor Ocampo concluyó:

—Imagínate lo que sucede, Pablo.

—El ministro acepta la invitación de otra congregación.

—Exacto. Cuando llega a la nueva iglesia está entusiasmado y ellos también. Su predicación es nueva y diferente, no como la del predicador que se acaba de marchar. Pero lo que ellos no saben es que el nuevo ministro no está diciendo absolutamente nada nuevo ni fresco; sólo está repitiendo lo que dijo en la iglesia anterior. Está siendo repetitivo, pero la nueva congregación no le ha conocido lo suficiente como para darse cuenta de ello.

—De modo que el ministerio se presenta nuevo e interesante, y entonces se va repitiendo la misma historia otra vez —dijo Pablo pensativamente—. Esa es exactamente la razón por la que he vacilado en trasladarme por tantos años. Pienso que el problema no desaparecerá, sino que se trasladará conmigo.

—Lo hará, Pablo, lo hará. Por eso debes romper el círculo vicioso aquí y ahora donde estás, no sólo por amor a ti, sino por amor a las personas y, especialmente, para la gloria de Dios. Por demasiado tiempo la iglesia se ha visto plagada con ministros que repiten su ministerio seis veces en seis iglesias diferentes durante tres años. En vez de dieciocho años de experiencia en el ministerio, tienen en realidad solamente tres años repetidos seis veces. Es un serio problema que ha dañado mucho la causa de Cristo en el mundo. Hay que pararlo, Pablo. Tú debes detenerlo en tu ministerio.

Cuando entraron al departamento, Pablo dejó la pizza en la parte baja del refrigerador. Había mucho espacio vacío. Pablo recordaba cuán lleno estaba de alimentos cuando la señora Ocampo invitaba a los estudiantes a su casa. La advertencia que entonces se le hacía a todo el que abría el refrigerador era: «¡Cuidado con los pies!», pues siempre sucedía que algo caía pesadamente al suelo. La misma señora Ocampo sufrió la fractura del dedo pulgar de uno de sus pies cuando le cayó encima una pieza de medio kilo de carne congelada.

El doctor Ocampo se volvió hacia Pablo y le dijo:

—Recuerda anotar todo lo que haces en estas próximas dos semanas en un buen cuadro de registro de actividades. Tienes que recoger la información para poder presentarla al Consejo de diáconos. No olvides, tampoco, la promesa que me has hecho —y al Señor— de predicar de manera diferente, salir de la rutina, y decir las cosas con entusiasmo, frescura y nueva vitalidad.

Pablo apenas podía creer que ya se les hubiera acabado el tiempo de estar juntos. Estaba tan deseoso de aprender que no quería marcharse, y dijo:

—Doctor Ocampo, son solamente la 1:30 de la tarde. Puesto que he cancelado la reunión que tenía para esta tarde, no necesito llegar a casa hasta las 5:30. Puedo quedarme un rato más, si usted no tiene inconvenientes.

—Lo siento, Pablo, pero no tienes tiempo para quedarte aquí. ¡Tienes mucho que hacer!

—¿Qué quiere decir? —preguntó Pablo sorprendido.

—Ya te has olvidado de una de nuestras primeras lecciones: ¡Empieza pronto! Recuerda que el empezar cuanto antes con la exégesis te evitará después caer en la eisegesis. No te olvides de la pequeña gráfica que tracé en el restaurante. Empieza hoy a dominar la tensión que ya ha empezado a crearse dentro de ti. Haz que trabaje para ti en vez de en contra tuya. Llena tus reservas; no permitas que se agoten.

Pablo se quedó mudo ante el rápido resumen de las cosas que habían tratado juntos.

—No, Pablo, no tienes libre toda la tarde —continuó él—. Tienes una cita en la biblioteca del seminario para trabajar en tu sermón del domingo. Si puedes pasar las próximas tres horas trabajando con los textos bíblicos que vas a usar y estudiando varios de los comentarios allí, estarás en camino de decirle algo realmente significativo a tu congregación. Así que, ¡hasta el próximo lunes a las 10:00 en punto de la mañana!

6

Un día en la vida

A las cinco de la tarde, el pastor Fernández había logrado terminar su traducción de los textos bíblicos y había estudiado varios comentarios acerca de esos pasajes. Limitó su estudio a los comentarios que no tenía en su biblioteca personal, con la intención de leer los suyos a la mañana siguiente.

En el camino a casa, daba vueltas en su mente la conversación que había tenido con el doctor Ocampo. Lo que más le impresionaba era la necesidad de que los pastores en todas partes volvieran a su verdadero llamamiento: la oración y el ministerio de la Palabra. El doctor Ocampo le había urgido a romper con su círculo vicioso de estar excesivamente comprometido en otras áreas. La pérdida del enfoque en su llamamiento había resultado en el deslizamiento gradual de la preparación de sermones de mala calidad y pobre predicación.

La tentación era pensar que, puesto que aquellas eran cosas importantes y buenas, él debería hacerlas. Pero aunque eran necesarias, otros miembros de la iglesia podrían estar haciéndolas, no el pastor. Era un error permitir que aquellas cosas le estuvieran restando tiempo de su llamamiento esencial.

«Qué irónico», pensó Pablo. «Cuanto más importante y necesario me siento, tanto menos percibo que estoy llevando a cabo mi verdadero llamamiento delante de Dios. Todas aquellas cosas 'indispensables' se fueron acumulando al punto de amenazar realmente mi oportunidad de permanecer en la iglesia donde ahora soy pastor. Al estar tan ocupado con tantos asuntos he puesto en peligro mi utilidad en el área principal a la cual me ha llamado Dios.»

Pablo sabía que tenía que pensar en la oración y en el ministerio de la Palabra como *tareas esenciales* y *únicas* de un ministro de Dios. Había descubierto a través de su experiencia personal que Beecher estaba en lo cierto cuando dijo que ningún predicador era suficientemente grande para hacer otra cosa más que predicar.

También pensó en cómo su falta de preparación y carencia de dedicación a la predicación de la Palabra habían contribuido al debilitamiento de la iglesia. Las ovejas no estaban siendo atendidas y alimentadas en la manera que necesitaban, y muchas sufrían de desnutrición espiritual.

Pintó en su imaginación un rebaño de ovejas enfermas y desnutridas, algunas demasiado débiles para mantenerse en pie, balando lastimosamente, pidiéndole al pastor que «hiciera algo para remediar su situación».

Pablo, hablando consigo mismo a medida que la escena pasaba por su mente, dijo en voz audible: «Yo haré algo para remediarlo. ¡Lo haré con la ayuda de Dios!»

Pensó entonces en la iglesia en general. Si él había caído en la trampa de una predicación sin inspiración y sin capacidad de inspirar, ¿cuántos cientos, incluso miles, de otros predicadores estaban en la misma situación? ¿Cuántos otros habían subestimado la predicación de la Palabra y la habían desplazado el orden de prioridades, comprometiéndose con otras mil tareas, a la vez que descuidaban aquello a lo que Dios les había llamado de manera especial?

Pablo pensaba en cómo su falta de preparación y devoción en la predicación de la Palabra habían contribuido al debilitamiento de la iglesia. «Yo haré algo para remediarlo. ¡Lo haré con la gracias de Dios!»

No sólo visualizó en la mente su pequeño rebaño, sino los miles representados por esos predicadores en todo el mundo, incluso a lo largo de toda la historia de la iglesia. Vio un gran número, «una multitud demasiado grande para ser contada», todos balando, tropezando, jadeando, débiles y enfermos, suplicando ser alimentados. Recordaba que en alguna parte del Antiguo Testamento Dios había hablado de hambre por su Palabra. Había en verdad hambre.

En su imaginación, las ovejas estaban más paralizadas y afligidas que el anciano doctor Ocampo, con artritis y todo. El de él era un problema físico, pero el de las ovejas era espiritual. La visión le dejó tan preocupado que no pudo evitar llorar delante de Dios a medida que aceleraba el auto para salir del estacionamiento.

A solas en su auto, pero consciente de que en realidad no estaba solo, Pablo hizo una promesa en voz alta delante del Señor, casi gritando:

> «Yo, Pablo Fernández, ministro del Señor Jesucristo, renuevo mi dedicación al supremo llamamiento de la predicación de la Palabra de Dios para hacerlo con vitalidad, a fin de alimentar y educar a mi congregación con sermones de sustancia y poder».

Al acercarse a su casa, redujo la velocidad para tomar la salida de la autopista. Parado ante el semáforo reflexionaba acerca del efecto positivo que el empezar temprano ya había tenido sobre su mensaje del domingo. Había comenzado a dominar la tensión y la energía que el doctor Ocampo había diagramado. Su mente jugaba con las maneras diferentes en que podía arreglar las ideas recogidas en el estudio realizado en la biblioteca del seminario.

Más que todo, era el gozo de saber que sólo era lunes. Por lo general, Pablo no habría llegado tan lejos sino hasta mucho más tarde en la semana, pero ahora tenía toda la semana por delante para preparar el mensaje. Por primera vez en muchos meses se sentía realmente entusiasmado acerca de la predicación.

Llegó el martes. Los sucesos de la semana no fueron extraordinarios, pero sí frustrantes. Pablo llegó a la mañana siguiente a su oficina en el templo antes que la secretaria, con la intención de aprovechar la quietud de las primeras horas de la mañana para avanzar en la tarea.

Al entrar se dio cuenta de que la luz del contestador automático del teléfono titilaba, indicando que alguien había llamado. En realidad había varios mensajes grabados. Lo que más preocupaba era que el hermano Tomás Díaz pasaría por la oficina alrededor de las 9:00 de la mañana, porque tenía «unas pocas cosas» acerca de las que quería conversar.

Tomás no tenía empleo y no parecía tener muchos deseos de encontrar uno. Tenía algún tipo de negocio que llevaba por su cuenta, pero sólo trabajaba cuando se sentía inspirado a hacerlo. Parecía que el ángel del Señor descendía raramente para «agitar el agua». «Aunque sólo fuera una vez al año, como en la Biblia»,

Pablo dijo para sí refunfuñando. Tomás no tendría nada importante que decir, pero tendría todo el tiempo del mundo para decirlo.

Pablo se lamentaba para sí mismo, mientras preparaba de prisa una planilla de control de tiempo del martes. La dividió en cuatro columnas así: tiempo, actividad, tareas por realizar y las tareas que otros podrían hacer. Empezó a llenar la planilla a las 7:45 de la mañana y lo primero que registró fue: «Hacer la planilla».

«¡Ajá!», exclamó al ir llenando las columnas. «Puedo pedirle a la secretaria que prepare un modelo y me saque trece copias».

Pablo se regocijaba de su pequeño descubrimiento para ahorrar tiempo, cuando sonó el teléfono. Era Nora, su secretaria. Se había olvidado de avisarle acerca de su cita con el médico esa mañana. También tenía un compromiso familiar, y preguntaba si podía tomarse el día libre para hacer compras.

Pablo le aseguró que no había ningún problema, y seguidamente colgó el teléfono. «Ningún problema para usted, Nora, sólo para mí.» No le pareció muy inspirador tener que responder a todas las llamadas telefónicas sin que fueran filtradas previamente. Registró en la planilla de tiempo: «8:00-8:10: Llamada de Nora». Paró en la columna: «Lo que haría», y se dijo a sí mismo: «Hubiera podido hacer que mi secretaria respondiera a la llamada, pero la llamada vino de ella».

Se acordó entonces de la grabadora, pues había decidido empezar a grabar sus sermones de nuevo. Al menos así podía escucharlos y ver si había mejoría. El doctor Ocampo también le había indicado que le gustaría escuchar algunos de sus sermones más adelante.

Se levantó de su sillón y empezó a buscar la grabadora por todos los salones de clase de la escuela dominical. Y como a menudo sucede, la encontró en el lugar más inesperado.

«Esto es lo que suele pasar; donde menos sospechas que está, allí la encuentras», se dijo para sí mismo.

Empezó después a buscar casetes para grabar. Al no encontrar ninguno, escribió un recordatorio a fin de comprarlos luego, aprovechando la salida para almorzar.

Finalmente, Pablo se acomodó en su sillón, con el comentario en la mano, para empezar el estudio. Eran las 8:30 de la mañana. Pensó que podría aprovechar bastante en media hora antes de que llegara Tomás, pero éste llegó con veinte minutos de antelación.

Pablo se maravillaba de cómo un hombre que no tenía nada que hacer necesitaba tanto tiempo para hacerlo. Se metió sin prisa en la oficina y se dejó caer en la silla enfrente del pastor. Se echó hacia atrás para relajarse mejor y, con una amplia sonrisa de satisfacción, dijo: «¿Cómo va todo por aquí, pastor? ¿Se mantiene ocupado últimamente?»

Eran las 11:15 cuando Tomás por fin salió de la oficina. Insinuó al pastor la idea de ir a almorzar juntos, pero éste respondió que tenía otros compromisos (no le dijo que lo que iba a hacer era comprar algunos casetes). La conversación había incluido una variedad de temas, desde: «Pastor, ¿leyó usted en el periódico lo del derramamiento de petróleo en la costa occidental?», a: «Creo que sé cómo puede usted resolver el problema de que los niños del vecindario no corran con sus bicicletas por el estacionamiento durante los cultos».

Justo en ese momento la señora Pérez apareció repentinamente por la puerta de la oficina y se sentó en la silla que Tomás acababa de dejar. Puso encima del escritorio del pastor una colección de muestras de materiales y empezó a hablar.

—Pastor, sé que usted es un hombre ocupado, pero me desilusionó que cancelara ayer nuestra reunión. Estamos deseosas de pedir las cortinas con el fin de instalarlas antes de que termine el verano. Su esposa nos llamó para decirnos que usted no podía venir. ¿Fue por algo realmente urgente? Confío en que así fuera, porque este asunto es extremadamente importante. Ya llevamos trabajando en esto varios meses.

—Buenos días, señora Pérez. ¿No me vio usted a mí?

Tomás estaba todavía parado en la puerta.

—Ay, disculpe Tomás, tengo muchas cosas en mente. Entonces, pastor, ¿qué piensa acerca de estos modelos de cortinas? Estas son las que nosotras elegimos ayer. Estamos impacientes por conocer su opinión. Por eso me quedé tan desilusionada cuando nos avisó que no podría venir. Había planeado que cuando terminara la reunión ordenaríamos las cortinas. Confío que tuviera una buena razón para no venir, pastor.

La señora Pérez estaba tratando de sonsacar información y regañar al pastor al mismo tiempo.

Rehusando morder el anzuelo, Pablo pensó para sí sarcásticamente: «No, nada importante, sólo el bienestar espiritual de los hijos de Dios. Nada tan importante como las cortinas del salón social de la iglesia».

Mientras tanto Tomás Díaz, que se había quedado mirando cerca de la puerta de la oficina, se ganó una mirada poco amistosa de la señora Pérez. Dándose por enterado, se retiró lentamente y, como de costumbre, le llevó una eternidad en salir del edificio de la iglesia.

—Señora Pérez, lo que las mujeres hayan decidido sobre las cortinas está bien para mí.

—¿Verdad que el tejido es bueno y el diseño es bonito?

—Sí, parece, pero la verdad es que yo no entiendo mucho de cortinas. Tengo que verlas colgadas para apreciar el efecto de conjunto en el salón. Confío en ustedes. Sigan adelante y compren las cortinas.

El sabía que esas últimas palabras eran las que ella quería escuchar.

En ese instante llegó otra integrante de la Unión Femenil. La señora Pérez la había estado esperando. Habían arreglado entre ellas reunirse con el pastor a fin de conseguir su visto bueno, y después ir juntas a comprar las cortinas. Pablo pensó en la manera en que los miembros organizaban sus visitas al pastor sin jamás consultar con él primero. Se hizo una nota mental de uno de los cambios que debería tener lugar si es que estaba dispuesto a disponer de tiempo para atender a su prioridad número uno como ministro.

Al ver llegar a la hermana González, la señora Pérez se levantó de su asiento, diciendo:

—¡Le gustan! El pastor está de acuerdo con las que elegimos. Me acaba de dar su visto bueno para que sigamos adelante con la adquisición de las cortinas. Ya te dije, Hilda, que le gustarían.

Tomó del brazo a la hermana González y se dirigieron hacia la puerta. Hilda González apenas había tenido tiempo de asomar la cabeza por la puerta, saludar al pastor y agradecerle que hubiera dado el visto bueno. Después desapareció con la hermana Pérez camino a la tienda.

Pablo anotó en su planilla de tiempo: «11:55». Bajo «Actividad» escribió: «Almuerzo-comprar casetes». La mañana había desaparecido. La tarde la dedicaría a visitas en los hospitales, y el tiempo después de la cena lo pasaría con su familia.

Todo el resto de la semana transcurrió de la misma manera. ¿Era típico o atípico? Se preguntaba cuál debería ser una semana típica para un pastor. De forma que, a pesar de haber empezado mucho antes, la preparación del sermón se paralizó.

Se vio a sí mismo bregando con el mensaje el sábado por la noche. Esta vez estaba más preparado de lo que había estado por mucho tiempo, pero había algo que no le hacía sentirse feliz con el bosquejo. No sabía exactamente qué era, pero se le acababa el tiempo. Tenía que predicar el mensaje como estaba.

Susana se mostró más satisfecha con el mensaje que Pablo. Ella observó mejoría en el contenido y más entusiasmo en la

predicación. Le pareció que estaba mejor preparado, y sintió que la congregación había notado también la diferencia.

Sus palabras animaron a Pablo, pero todavía se sentía insatisfecho. Quizá el doctor Ocampo podría darle más luz acerca del asunto. Temía escuchar el diagnóstico referente a lo que andaba mal, pero quería saber la verdad por dolorosa que fuera. El análisis crítico de su predicación era como someterse a una operación quirúrgica: cortar el corazón del mensaje era como cortar el corazón del mensajero.

Pablo no anticipó un efecto interesante que tuvo el que volviera a grabar sus mensajes: empezó a correrse la voz en la congregación de que andaba buscando otra iglesia. Algunos especularon que la grabación de los mensajes era para facilitarla a los comités de púlpito y que trabajaba más en los mismos a fin de crear una impresión positiva.

7

Rifles y escopetas

El doctor Ocampo examinó con cuidado el bosquejo del sermón de Pablo, ajustándose los lentes a fin de leer mejor.

—Puedo ver por qué te sentías incómodo con el mensaje —dijo al fin.

Por el rabillo del ojo percibió la rigidez de Pablo, anticipando las malas noticias.

—¡Tranquilo, hombre! —dijo riendo—. Se nota bastante mejoría en relación con la semana anterior. Al juzgar por el bosquejo, éste fue un buen sermón. ¿Notó alguien la diferencia con tu predicación del domingo pasado?

Pablo se relajó un poco.

—Mi esposa la notó, y ella es mi crítico más sincera. Por lo general, es una buena señal cuando ella me felicita. También recibí unos pocos comentarios positivos a la salida.

—¡Estupendo! Éste es un buen mensaje, Pablo.

—Estoy deseoso de escuchar qué es lo que me hacía sentirme incómodo acerca de él —urgió Pablo.

—Tal como está el sermón ahora carece de un propósito dominante claro. En realidad contiene tres o cuatro ideas diferentes que están algo relacionadas entre sí, pero no son exactamente las mismas. Cada una de ellas es lo suficientemente completa en sí misma como para dar base a otro mensaje.

—No me extraña que mi pobre congregación esté cansada de mi predicación. Tienen que escuchar tres o cuatro mensajes a la vez.

—La congregación probablemente ni se dio cuenta de lo que te estoy diciendo. Ellos pudieron sacar buen alimento de tu mensaje. No los enviaste de vuelta a casa hambrientos.

—Creo que entiendo lo que está diciendo, doctor Ocampo. Encontré tantas buenas ideas el pasado lunes en mi estudio del pasaje en la biblioteca que me parece que traté de incluirlas todas en el mismo mensaje.

—Creo, Pablo, que ya te está regresando algo del viejo entusiasmo por la predicación de la Palabra.

—¿Cómo es que en cuanto usted señaló el problema pude verlo inmediatamente, pero cuando estaba trabajando en casa no fui capaz de verlo?

—Por una simple razón: porque esperar hasta el sábado por la noche no te dio tiempo para resolverlo. La mente trabaja a menudo por su cuenta si le das suficiente tiempo de descanso. Otra solución es encontrar otro predicador amigo a quien consideres por encima del promedio y arregles con él llamarlo siempre que te encuentres confundido, como el pasado sábado.

—No creo que fuera bien recibida una llamada a la 1:00 de la madrugada del domingo —dijo Pablo al recordar el pasado fin de semana.

El doctor Ocampo se rió de buena gana y respondió:

—No, creo que no. Necesitas darte tiempo a ti mismo para elaborar bien tu sermón. El sábado por la noche es demasiado tarde.

—¿Qué puedo hacer ahora, doctor Ocampo? Empecé la serie sobre Jonás el pasado domingo. ¿Debo volver otra vez sobre Jonás capítulo 1 o seguir con el capítulo 2?

—Puedes archivar este bosquejo y sacarlo de nuevo en unos años; pero entonces divídelo en tres partes. Tus mensajes serán mucho más directos y poderosos. Recuerda que se puede decir más acerca de menos. Tal como está el sermón ahora se parece más bien a un disparo de escopeta que a un tiro de rifle. Estás disparando en varias direcciones en vez de apuntar cuidadosamente a un solo blanco.

El doctor Ocampo dejó el bosquejo sobre la mesa y tomó su libro de notas. Buscó entre sus páginas hasta que encontró lo que quería.

—Escucha esta cita de Henry Ward Beecher:

> «El sermón no es como los juegos pirotécnicos que son disparados por el ruido que producen. Es como el rifle de un cazador, y a cada disparo debería mirar para ver como cae su pieza».

Leyó la cita una segunda vez, más intencionalmente, poniendo el énfasis en el rifle del cazador. Después cerró con cuidado su gastado libro y lo volvió a dejar en la mesa.

—Lo que Beecher está diciendo es que el sermón debe tener un propósito bien claro y definido. Como un rifle, tiene que ser apuntado cuidadosamente a fin de dar en el blanco.

—Creo que eso es lo que me hizo sentir tan incómodo con mi sermón. No sabía exactamente a dónde iba, qué es lo que quería conseguir con él.

—Sí, tu intuición de que algo no iba bien era correcta. Antes de que lo olvidemos, déjame decirte que hay otro aspecto importante acerca del propósito que quiero enfatizar. Pablo, ¿has escuchado, últimamente, acerca de sermones de «asociación de palabras»?

—Estoy familiarizado con juegos de asociación de palabras, pero no estoy seguro de qué es lo que quiere decir con sermones de «asociación de palabras» —dijo Pablo con una mirada perpleja.

—Hay sermones que están construidos alrededor de una palabra clave en un pasaje de las Escrituras, aunque tienen poco o nada que ver con el pasaje en sí.

Pablo todavía estaba desconcertado.

—Permíteme darte una ejemplo. Hace años, mientras Emilia y yo estábamos de vacaciones, paramos para adorar en una de esas iglesias grandes en las que todo joven predicador sueña pastorear alguna vez. Voy a intentar repetir el sermón que escuché para mostrarte lo que quiero decir. Ya ha pasado un poco de tiempo, pero todavía puedo recordarlo bastante bien.

El doctor Ocampo se levantó lentamente de la mesa de la cocina. Estabilizó su postura y adoptó después una pose como si estuviera detrás de un púlpito imaginario. Hizo brotar una sonrisa cálida y condescendiente, miró hacia adelante como a una congregación imaginaria, y comenzó:

> Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito (pausa). Porque tanto amó Dios al mundo, que dio (pausa de nuevo). Dios dio (tercera pausa).
>
> Dios dio. Usted debería dar también. Dios nos dio lo mejor que tenía. Su Hijo. Su Hijo unigénito. Todos necesitamos darle algo a Dios. Necesitamos darle más a Dios de lo que hemos dado hasta ahora.
>
> Esta semana es la fecha de énfasis en el presupuesto anual de la iglesia. Equipos de hermanos estarán llamando a los miembros de la congregación solicitándole sus promesas de ofrendas para apoyar la obra de Dios. Recuerden, servimos a un Dios vivo, a un Dios que da. Nosotros debemos ser un pueblo que da.
>
> El pasado año nos quedamos cortos en un cinco por cien-

to de nuestro presupuesto, pero este año queremos alcanzar nuestra meta a fin de que la obra continúe. Recuerde, tanto amó Dios al mundo que dio. ¿Ama usted esta iglesia y a este ministerio?

Recuerdo en el evangelio a aquel jovencito que no tenía mucho para dar, pero que dio a Jesús lo que tenía. Tenía cinco panes y dos peces. ¿Recuerdan ese relato? ¿Recuerdan cómo dio todo lo que tenía y Jesús lo multiplicó? Aquella ofrenda del jovencito fue multiplicada milagrosamente por Dios.

Dé ahora a fin de que Dios multiplique sus ofrendas y haga que sucedan milagros por medio de usted.

El doctor Ocampo paró aquí y lentamente se sentó.

Pablo se rió del sermón de «asociación de palabras» del profesor. Él había escuchado sermones semejantes acerca del diezmo a lo largo de los años.

—No quiero decir, Pablo, que sea un mal sermón acerca del ofrendar. Lo que el predicador hizo fue usar Juan 3:16 como un juego de asociación de palabras. Empezó con la palabra «dar» y nunca volvió al texto. El propósito de ese versículo es comunicar el mensaje del evangelio, no nuestra mayordomía sino nuestra necesidad de un Salvador.

—El apóstol Pablo usa el sacrificio de Cristo como una motivación para la mayordomía —replicó Pablo—. Después de todo, dice: «¡Gracias a Dios por su don inefable!»

—Cierto, y el sacrificio de Cristo es la mayor motivación para la mayordomía. Pero este mensaje se olvida por completo del propósito de Juan 3:16. ¿Recuerdas por qué nos dice Juan que escribió su evangelio?

> ...pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (Juan 20:31).

Ése es el propósito dominante. Ése es el sentido que está detrás de Juan 3:16. ¡Cuántos mensajes sobre el diezmo se han sacado de este pasaje y se han predicado en iglesias en las que el evangelio mismo no se predica con claridad!

«La predicación por 'asociación de palabras'», resumió Pablo en su cuaderno de notas, «significa usar una palabra clave de un texto bíblico para arrancar de ahí de manera tangente, sin que esté necesariamente relacionado con el propósito mismo del texto.»

—Es lamentable, Pablo. Los predicadores hablan veinte o treinta minutos sobre cualquier cosa menos acerca del texto. Se atreven a presentarse como representantes de Dios sin apoyar sus palabras con la Palabra divina. ¡Es también peligroso! ¡Imagínate lo que será comparecer ante el tribunal de Dios habiendo jugado con tanta ligereza con su Palabra!

—¿Fui yo culpable de eso en mi sermón? —preguntó Pablo tímidamente.

—No, en absoluto. Tú te ceñiste a las Escrituras. Por eso te sigo diciendo que tu mensaje fue realmente bueno. Pero la predicación por asociación de palabras tiene al menos tres faltas principales. Primero, al alejarse del texto, el predicador invita al error teológico. Segundo, esa clase de predicación le enseña a la congregación a estudiar la Biblia de la misma manera. No nos extrañe que la gente tenga interpretaciones tan extrañas de la voluntad de Dios para sus vidas. Usan las Escrituras en la misma manera que sus pastores lo hacen. Tercero, puesto que el sermón nunca cumple el propósito del texto, los que escuchan pueden sacar la conclusión de que la Biblia es irrelevante para la vida. El predicador sólo la usa como un trampolín para sus propias ideas.

—Y eso puede estimular a que la gente deje de leer la Biblia por completo —añadió Pablo.

—Exacto. La leen con la licencia de hacer los mismos juegos de asociación de palabras que han visto hacer al predicador, o concluyen pensando que en realidad no hay buenas razones para leer las Escrituras.

En este momento el doctor Ocampo, siguiendo lo que parecía era su afición, cambió el tono y la seriedad de la conversación.

—Bueno, yo ya estoy listo para uno de esos bocadillos de atún que has traído.

Susana había preparado unos emparedados de atún para los dos caballeros. También había preparado bizcochos de chocolate. Para complementar, había enviado una deliciosa ensalada de frutas frescas compuesta de rodajas de papaya, melón, manzana, uvas y naranja.

—Susana le pide disculpas por los emparedados de atún, y dice que lo compensará otro día con una comida más completa. Los dos recordamos aquellas fiestas estupendas que su esposa preparaba para los estudiantes del seminario.

—No tiene por qué disculparse por el atún, Pablo. Me gusta mucho y ya se me hace agua la boca pensando en los bizcochos de chocolate.

Pablo pidió la bendición sobre los alimentos y después siguió

un período de silencio mientras los dos disfrutaban de los alimentos. Pasado un rato, el doctor Ocampo prosiguió, entre bocado y bocado, con la enseñanza.

—Pablo, deberías siempre elaborar para tus sermones una declaración de propósito. Te acuerdas de esto desde los días de enseñanza en el seminario, ¿verdad?

—Sí lo recuerdo, pero en realidad me he olvidado de ponerlo en práctica.

—Temo que tú no eres el único predicador que se olvida de algo tan esencial. Esa declaración de propósito debería ser escrita con palabras bien claras, y debería concordar con el propósito que el Espíritu Santo tenía en mente cuando inspiró al escritor del texto.

—¿No cree que es presuntuoso leer la mente del Espíritu Santo? —Pablo no pudo evitar preguntar.

—En absoluto. ¿No es esa la meta de una exégesis cuidadosa: estudiar el texto en su contexto más amplio? ¿Compararlo con pasajes paralelos y referencias cruzadas? ¿Recoger ideas de varios comentarios y libros de estudio? Eso es lo que llamo exégesis y no eisegesis. Tu propósito es descubrir el propósito de Dios en esa porción de las Escrituras. No, Pablo, no es presuntuoso tratar de encontrar lo que Dios quiere decir cuando inspiró ese pasaje. ¿Cómo puede entonces hablar el predicador como si expresara la Palabra de Dios, como nos manda 1 Pedro 4:11 que hagamos?

Al ir Pablo anotándolo, le indicó al doctor Ocampo que estaba convencido.

—Esa declaración de propósito pone una meta delante de tu sermón. Todo tu mensaje debe ser estructurado para dar en el blanco. Recuerda usar tu rifle, no tu escopeta. Para decirlo de otra manera, el propósito es tu *destino*, y la estructura de tu sermón es el *vehículo* que vas a usar para alcanzarlo.

Pablo percibió el valor de la última declaración del doctor Ocampo. Dejó el bizcocho que acababa de tomar en sus manos y se puso a escribir en el cuaderno de notas.

—¿Podría, por favor, volver a repetir la última declaración? Quiero estar seguro de que la escribo correctamente.

—Con mucho gusto. *La declaración de propósito en tu sermón es su destino. La estructura que eliges para el sermón es el vehículo para alcanzarlo.*

Pablo acabó de escribir y trató de cambiar el bolígrafo por el bizcocho, pero el doctor Ocampo lo interrumpió de nuevo.

—Aprovecha que tienes el bolígrafo en la mano para escribir otra palabra en tus notas. La palabra es aforismo. Si tú quieres que tu congregación escuche el propósito del sermón de forma que no lo olvide, dale la forma de un aforismo.

Pablo puso una cara de no saber de qué le estaban hablando, pero escribió con obediencia la palabra «aforismo» en sus apuntes.

—A Jesús le encantaba enseñar con aforismos. En realidad, alguien se tomó la tarea de contar los aforismos que él usó en los cuatro evangelios. Espera un momento, creo que tengo esa cifra por aquí en alguna parte.

Pablo observó cómo los dedos torcidos de su anciano profesor pasaban las hojas del cuaderno de notas buscando el lugar.

—Aquí está. Son 133 aforismos distintos que encontramos en los cuatro evangelios, y 368 cuando añadimos todos los que se repiten en los pasajes paralelos. Cuando se tienen en cuenta todos los versículos del evangelio que aparecen en forma narrativa o tienes en mente a todos aquellos que proclamaron algo, además de Cristo, el número es todavía más sorprendente. Casi todo lo que Cristo dijo, lo dijo en forma de aforismo.

Pablo anotó los números que mencionó el profesor, pero todavía estaba perplejo. El doctor Ocampo parecía tan entusiasmado con el tema que no se dio cuenta.

—De manera que expresa tu declaración de propósito en la forma de un aforismo. Si Jesús —el Maestro de la comunicación, la Palabra hecha carne— los usó, nosotros sus siervos no estamos por encima del Maestro.

Pablo por lo general admitía su ignorancia, pero esta vez ya era demasiado lo que había admitido; su ego tenía dificultades en procesar algo más. Así que sonrió, asintió con la cabeza, y dijo con firmeza:

—Esté seguro, doctor Ocampo, que lo pondré en práctica en mi próximo sermón —aunque en lo íntimo se decía a sí mismo—: ¡No tengo ni idea de lo que es un aforismo!

8

Predique con aforismos

Aquella tarde Pablo empezó su estudio en la biblioteca buscando en la sección «A» de su diccionario. Cuando encontró lo que buscaba, se detuvo y se puso a leer:

> «Aforismo: Una frase breve y aguda que expresa una verdad o precepto; máxima o adagio».

Pablo reflexionó en torno a la definición por un rato, después buscó en el fichero de la biblioteca para ver si había algo acerca de los aforismos de Cristo.

Los comentarios del doctor Ocampo sobre el uso que Jesús había hecho de los aforismos despertó su curiosidad. No sólo eso, sino que Pablo había prometido también «trabajar ese asunto» para su siguiente sermón.

La nueva bibliotecaria fue capaz de dirigirlo hacia una obra de referencia que contenía una lista de los aforismos de Cristo y un cuadro gráfico que mostraba cuáles se repetían en los varios relatos de los evangelios. La lista incluía dichos tales como:

- Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?
- Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro.
- Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

Al ir examinando el cuadro gráfico empezó a reconocer cuánto había confiado Cristo en el poder de los aforismos.

Mirando a la bibliotecaria dijo para sí: «Después de todo, no es tan mala como parecía». En ese instante ella lo miró como si hubiera escuchado sus palabras. Él le sonrió de manera tonta y rápidamente se volvió a su escritorio.

Pablo se dedicó a tomar buenos apuntes de la materia. Descubrió que la palabra «aforismo» procede del griego *aphorizo*, que significa «apartar, separar». De ella procede la palabra «horizonte», esa línea en la distancia que separa la tierra del cielo.

Jesucristo usó el aforismo para enfatizar una verdad en particular y separarla en forma fácil de memorizar. Incluso cuando la multitud o los discípulos no entendían con rapidez lo que les estaba diciendo, recordaron sus palabras mucho tiempo después de haberlas oído.

Pablo leyó el sermón del monte y encontró que casi todas las declaraciones estaban formadas de esta manera. No era de extrañar que los dichos de Jesús fueran tan impactantes que se habían introducido incluso en la manera de hablar del mundo, aunque éste no quisiera saber nada del Señor. Dichos tales como: «Son ciegos guías de ciegos», y «pedid y se os dará».

Al centrarse en la exégesis y estudio de Jonás, se entusiasmó cada vez más con respecto a moldear se su declaración de propósito del sermón en la forma de un aforismo.

Jesucristo enfatizaba ciertas verdades en particular y las separaba en formas fáciles de recordar. Incluso cuando la multitud o los discípulos no entendieran con rapidez lo que les estaba diciendo, recordaban sus palabras mucho tiempo después de haberlas oído.

Volvió a leer el primer capítulo de Jonás, comparándolo con el bosquejo de su sermón del pasado domingo. Pudo ver ahora claramente cómo el sermón que abarcaba todo Jonás capítulo 1 tenía el potencial para ser tres o cuatro sermones en vez de uno.

«¿Por qué tengo que esperar varios años para volver a predicar sobre este pasaje?», pensó para sí. «¿Por qué no volver al capítulo primero y hacerlo ahora?»

Ya había dedicado bastante tiempo al estudio y trasfondo del

libro, compartiendo suficientes comentarios introductorios la semana anterior. También había hecho hincapié en cómo Jonás había intentado huir del Señor y cómo el barco en el que se había subido se dirigía en dirección contraria a la encargada por Dios.

«Hay un sermón que puede surgir del huir de los mandamientos de Dios», pensó Pablo. «Pude haberme detenido ayer al final del versículo 3, pero lo traté con suficiente amplitud de manera que es mejor que empiece en el versículo 4 este próximo domingo.»

Al volver a estudiar el pasaje, Pablo de repente se dio cuenta que en realidad tenía hecha buena parte del trabajo desde la semana anterior. Ahora se podía concentrar más en cómo usar creativamente el material que tenía ante él. El esperar hasta el fin de semana para preparar los mensajes le dejaba poco tiempo para esa parte imaginativa y creativa. Tampoco le dejaba mucha oportunidad para pensar cuidadosamente en la aplicación del texto. Además, el dedicar varias horas al estudio intenso siempre le dejaba muy fatigado para esos otros aspectos de la preparación del sermón. La insistencia del doctor Ocampo de comenzar temprano le daba la oportunidad de descansar y entonces regresar fresco al trabajo.

Al leer de nuevo los versículos siguientes de Jonás 1, Pablo empezó a ver cómo surgía su sermón del texto.

«Jonás dormía en la bodega del barco mientras los marineros luchaban en la cubierta por salvar sus vidas», dijo Pablo para sí, pero en tono audible. El doctor Ocampo había enfatizado siempre el escribir sermones para el oído más que para el ojo. Al hablar en voz alta, Pablo podía pensar en cómo le sonarían sus palabras a la congregación. La biblioteca estaba vacía, de manera que se sentía cómodo haciéndolo así.

«Jonás durmiendo, los marineros asustados... Jonás durmiendo, los marineros orando a sus dioses. ¡Orando a sus dioses! ¡Exactamente!», exclamó Pablo. «¡El creyente está durmiendo mientras el mundo está orando! ¡Qué efecto tan extraño tiene en el planeta nuestra desobediencia! Lo cambia todo».

Pablo siguió leyendo el versículo 6. El capitán encuentra a Jonás, lo despierta y le pregunta: «¿Qué tienes, dormilón? Levántate, y clama a tu Dios; quizá Él tenga compasión de nosotros, y no perezcamos».

«El mundo le está pidiendo al creyente que ore», continuó Pablo hablando consigo mismo. Escribía con rapidez a medida que los pensamientos iban brotando: «El mundo diciéndole al creyente que despierte y ore. Eso es lo que sucede frecuentemente cuando

un no creyente enfrenta un desastre. El hijo de una mujer incrédula enferma gravemente y corre a su vecina creyente para pedirle que ore por su hijo. Quizá la creyente intentó antes hablarle del evangelio, sólo que ésta la dejó con la palabra en la boca. Pero cuando las tormentas de la vida golpean, la puerta del creyente es la primera a la que van a llamar los incrédulos».

«Eso no es nada extraño, pero lo que sí es extraño es que el creyente esté durmiendo mientras el mundo está orando», continuó Pablo, pensando en voz alta. «¿Pero es eso en verdad extraño? Quizá no. Quizá muchos de nosotros estamos durmiendo, aquí en esta congregación, mientras el mundo a nuestro alrededor clama en medio de la tormenta».

Pablo vio que iba surgiendo un mensaje poderoso. Su mente estaba llena de posibilidades emocionantes. Empezó también a pensar en su audiencia en particular. Eso le ofrecía una dimensión perdida habitualmente en sus mensajes, una dimensión que al empezar tarde la preparación del sermón rara vez podía ofrecer.

«¿Con respecto a qué aspectos del mundo somos ciegos? Jonás estaba tan atrapado en su propia rebelión que se hundió en la depresión y cayó dormido. Perdió todo interés por las personas arriba en el mundo. ¿En qué forma somos como Jonás?» Pablo dejó el bolígrafo y se echó hacia atrás en la silla para pensar en ello.

Repentinamente se fijó en el reloj que colgaba de la pared al otro lado de la sección de libros de referencia. Estaba tan absorto en su trabajo que ni se había dado cuenta que se le había pasado el tiempo.

«¡Qué diferencia tan grande de ese sentimiento de tarea desagradable que experimento los sábados por la noche!», dijo mientras se levantaba de la mesa.

—¿Me está hablando a mí? —preguntó la bibliotecaria perpleja.

Había aparecido de pronto en el cuarto. Aquella irrupción repentina en los pensamientos íntimos de Pablo lo sobresaltó e hizo que se sonrojara.

—Ay, no, sólo hablaba conmigo mismo —pudo llegar a decir, mientras recogía apresuradamente sus papeles y salía tropezando en dirección a la puerta de seguridad de la biblioteca.

9

Los ronquidos de Jonás

Aquella tarde, cuando Susana y los dos muchachos fueron con Pablo a disfrutar juntos de un helado, los chicos se veían muy animados en el asiento trasero. (Pablo había advertido a Susana que ponerles el nombre de Santiago y Juan, «los hijos del trueno», fue un gran error.) No obstante, su conversación aquella tarde era más humorística que atronadora.

Juan relataba un incidente de la clase de escuela dominical del día anterior. Una abeja había entrado en el aula a través de una ventana abierta y volaba por todas partes con su zumbido característico, causando a todos los alumnos algo de curiosidad y temor, y todo esto en medio de la lección. Las únicas que no se percataron de la presencia de la abeja fueron la señorita Moreno y María Isabel. Estaban enfrascadas en una animada conversación acerca de un personaje bíblico.

—¿De qué trató la lección, Juan? —interrumpió Susana.

—No recuerdo, mamá, lo olvidé. Todos estábamos muy preocupados a causa de la abeja. Iba zumbando por toda la clase —dijo Juan, mientras imitaba el zumbido de la abeja.

Después continuó, al tiempo que hacía gestos con las manos:

—Teníamos los ojos fijos en ella, procurando evitar que nos picara, mientras nos advertíamos unos a otros: «¡Cuidado, es una abeja!» Mientras tanto, María Isabel seguía moviendo las manos mientras respondía a la maestra. Ella siempre mueve las manos para presumir.

—Juan, sé amable —interrumpió esta vez Pablo.

—Justo en ese momento la abeja se posó sobre su pequeño zapato de charol, y empezó a subir por el calcetín.

—¿Y ella no la vio? —preguntó Santiago maravillado.

—¡No! ¡Ella no la vio! Siguió hablando con la maestra —replicó Juan—. Pero la abeja continuó ascendiendo por su pierna. María Isabel dejó de mover las manos para rascarse.

—¿No la picó? —gritó Santiago.

—¡Déjame terminar!

—¡Chicos! —intervinieron a la vez Pablo y Susana.

—Cuando tocó la abeja, ésta echó a volar otra vez con un zumbido, ¡pero esta vez se metió por debajo de su vestido! —dijo Juan, gritando al contar los dramáticos detalles.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? —preguntó Santiago sin poder contenerse.

—María Isabel empezó a gritar a pleno pulmón. Se levantó de la silla, se subió el vestido y se puso a dar saltos como una loca. No cesaba de decir: «¡No, no, ¡Vete de aquí, abeja! ¿Se ha ido ya?»

La manera en que Juan contó la experiencia hizo que todos se troncharan de risa, al punto de que se les salían las lágrimas cuando pararon en el estacionamiento.

—¿Qué pasó después? ¿Mataron a la abeja? —preguntó Santiago.

—No, la abeja salió por fin de debajo del vestido y se escapó por la ventana.

—¡Pobre chica! ¿Se lastimó o la picó la abeja? —preguntó Susana, mientras contenía la risa.

—¡No! No le pasó nada, mamá. Sólo estaba enojada y llorando, así que la maestra la llevó afuera para que tomara agua y se calmara.

—Así que surte efecto todavía el viejo truco del agua —dijo Pablo riendo.

—Por esa razón no recuerdo la lección, mamá —añadió Juan.

Aquella noche Pablo pensó otra vez en el incidente de la abeja cuando él y Susana se preparaban para ir a dormir.

—¡Qué expresivos son los niños! —dijo—. Le ponen emoción y entusiasmo a las palabras. Incluso con su limitado vocabulario son capaces de contar las cosas con tanta viveza. Usan todo su cuerpo en las descripciones.

—Eso es algo que perdemos a medida que crecemos. Nuestra manera de hablar resulta aburrida y sin vida comparada con la de ellos —hizo notar Susana. Agregando después medio en broma, mientras alargaba la mano para apagar la luz—: Quizá ustedes los predicadores deberían escuchar más cómo hablan los niños. Pueden aprender algo acerca de esa renovación que andan buscando.

«¿Qué pasaría si tratáramos de predicar de la manera en que hablan los pequeños?», continuó Pablo pensando para sí mismo, mientras Susana caía ya dormida.

La predicación se había convertido en el centro de su atención en esos días. No importaba lo que pasara a lo largo del día, él seguía relacionándolo todo con la predicación. Sucedía tal como le había anticipado el doctor Ocampo cuando le habló de las corrientes que fluyen hacia el púlpito en vez de alejarlo de él. La predicación se estaba convirtiendo rápidamente en la prioridad número uno de Pablo.

«Los niños son muy expresivos», siguió diciéndose a sí mismo. «Ellos agregan toda clase de efectos de sonido locos para demostrar lo que quieren decir: abejas que zumban, pupitres y sillas chirriando sobre el suelo, mientras la pobre María Isabel salta para hacer salir a la abeja de debajo de su vestido. Juan es excelente produciendo esos efectos de sonido.»

De repente, Susana, que dormía a su lado, soltó un sonoro ronquido, algo que le sucedía de vez en cuando al caer en un sueño más profundo.

«Roncar», pensó Pablo. «Qué gran efecto de sonido es el de roncar».

«¡Roncar!», pensó de nuevo mientras se recostaba en la cama. «¡Jonás roncando en el barco! ¡Por qué no hacer que Jonás ronque en el sermón del domingo! ¡Me gusta la idea! ¡Me parece que Jonás va a roncar el domingo en el templo!»

10

Resuma el propósito con un aforismo

—Así que les gustaron tus ronquidos —dijo el doctor Ocampo riendo.

—Al menos una vez durante un domingo el predicador dormía mientras la congregación estaba despierta —contestó Pablo.

—No, Pablo, no solo esta vez. Se debe a la manera en que tu predicación está mejorando. Te puedo decir que la congregación no se va a volver a dormir. Tu sermón sobre Jonás parece que fue bastante efectivo.

Los comentarios del doctor Ocampo fueron amables y edificantes. Pablo sintió deseos de echar a correr para empezar a prepararse para el siguiente sermón. La llama de la predicación se estaba avivando en lo profundo de su ser, y volvía otra vez a sentirse seguro de sí mismo.

—Escucha atentamente cómo hablan los buenos oradores, Pablo. Te sorprenderás de cuán a menudo ellos hacen sonidos y ruidos como el tuyo de roncar. Los buenos comunicadores saben cuándo usar efectivamente esos sonidos que no están en el diccionario. En realidad son tan buenos que no te das cuenta para nada de su técnica, sino de un mensaje enfatizado.

—Debo admitir que tenía mis dudas acerca de roncar durante el sermón. Me sentía incómodo acerca de ello.

—Con la práctica se hará más natural en ti. En realidad, empezarás a echarlo de menos cuando los oradores no lo incluyan, y te sonará poco natural. Empezarás a sentir que el pensamiento re-

clama un ruido descriptivo apropiado. Y ahora echemos una mirada detenida a tu sermón sobre Jonás.

—No estoy seguro de si la declaración de propósito de mi sermón, o «destino» como usted la llama, está escrita en la forma de un aforismo.

—De modo que ¿estudiaste algo acerca de los aforismos? —dijo el doctor Ocampo, bajando un poco sus lentes y mirando sonriente a su amigo.

Pablo se sonrojó.

—Para qué, doctor Ocampo, yo ya sabía esto de los aforismos desde hace mucho, ¡al menos una semana! Un aforismo es una frase breve y aguda que expresa una verdad o precepto; es una máxima o adagio.

Mientras los dos se reían, la momentánea situación embarazosa de Pablo quedó superada por la creciente admiración y amor de Pablo por su mentor.

—Me gustaría que todos los predicadores que conozco pudieran gozar de su enseñanza, doctor Ocampo.

—No, Pablo, no creo que tú quieras hacerle eso a la iglesia de Cristo Jesús. Ya tiene suficientes problemas. Además, no todos los predicadores tienen el corazón dispuesto para superarse como tú. Recuerda, el primer principio de la predicación renovada es determinación. El ser diferente demanda la fuerte disposición de trabajar duro y hacer de ello la más alta prioridad de tu ministerio. No, temo que hay pocos dispuestos como tú a ver la importancia de la predicación. Dejemos que los laicos lleven a cabo todos esos ministerios necesarios y que los predicadores se responsabilicen de la predicación.

»Cuando Jesús ascendió a los cielos dio dones a su iglesia —continuó el doctor Ocampo—. Uno de sus más grandes dones fue el de predicadores y maestros, que aparecen a continuación de los apóstoles, profetas y evangelistas, tal como nos lo presenta Efesios 4:11.

—¿De forma que como predicador soy un don de Dios a la iglesia? —cuestionó Pablo, con un poco de sarcasmo.

—¡Piensa en ello! Dios dio dones a la iglesia. En esta lista especial aparecen «predicadores y maestros». Lamentablemente, aquellos a quienes se les han confiado dones sagrados para la inspiración, exhortación, capacitación y edificación de la congregación se hacen inoperantes. Se dedican a confeccionar boletines, presidir comité tras comité, sentarse en reuniones ministeriales y...

—Ayudar a elegir las cortinas del salón social de la iglesia —continuó Pablo—. También a escuchar durante horas a hombres como Tomás Díaz que hablan de todos los problemas del mundo sin hacer nunca nada acerca de ellos.

—Una de las tácticas favoritas de Satanás es mantener bien ocupados a los predicadores haciendo el «trabajo de la iglesia» en vez de atender a los asuntos del Padre. Tenemos que aprender a decir no a muchos buenos ministerios a fin de llevar a cabo aquello a lo que Dios de verdad nos llamó.

—¿Cree usted que en buena medida ésta es una de las razones de la condición anémica y débil de la iglesia hoy?

El doctor Ocampo movió la cabeza afirmativamente, expresando tristeza en su rostro.

—La predicación superficial y de mala calidad ha dañado seriamente al cristianismo. Ésa es una de las razones por las que tantos creyentes inmaduros están desesperados buscando consejo todo el tiempo. Si conocieran la Palabra de Dios y estuvieran motivados cada semana por una predicación sólida e inspiradora, no se enredarían en tantas situaciones problemáticas.

—De modo que los predicadores debemos volver al verdadero llamamiento que el Señor nos hizo —resumió Pablo.

—Esto me recuerda a los niños jugando en Navidad con las cajas y envolturas de los regalos en vez de con los valiosos juguetes. En alguna parte, enterrado entre las envolturas y las citas del «ministerio», está ese don precioso dado por Dios, que es la predicación.

—¿De quién es la culpa, del predicador o de la iglesia?

—Es de ambos, por supuesto, pero el predicador debe ser el elemento catalizador del cambio, haciendo que la congregación y el consejo de diáconos sean conscientes de ello. Requiere educación y determinación el mantenerse fiel al llamamiento cuando los miembros bien intencionados tratan de cargarlo a uno con expectativas equivocadas.

—Creo que he caído en la trampa de tratar de agradar a todos en la iglesia. Parece como si cada miembro de la congregación fuera mi jefe, cuando mi verdadero jefe es el Señor.

—Pero tú estás dispuesto a hacer algo para corregirlo —dijo el doctor Ocampo sonriendo—. Sigue trabajando en ese estudio de control del tiempo y quizá estaremos listos para tratar ese asunto la próxima reunión.

—Volviendo al tema de los aforismos, doctor Ocampo. Resulta un poco difícil eso de expresar el propósito del sermón en la forma de un aforismo. ¿No piensa que requiere más creatividad que la que tienen muchos predicadores? Me doy cuenta de que Cristo predicó de esa manera, ¿pero cuántos de nosotros pueden hacerlo como Jesús lo hizo?

—Ninguno de nosotros podrá ponerse a su altura jamás, pero Él nos manda que nos esforcemos por lograrlo. Es cierto que se requiere un esfuerzo adicional para usar los aforismos en el sermón, pero muchos predicadores ni siquiera lo intentan.

—Muchos de nosotros probablemente ni siquiera hemos pensado en esa parte de la preparación del sermón —respondió Pablo.

—Pero el mundo sí se esfuerza por hacerlo. Apresta tus oídos y escucha. El mundo de la publicidad se empeña muchísimo en sacar lemas publicitarios y dichos pegadizos que permanezcan en las mentes de los consumidores mucho tiempo después de haberlos escuchado.

—¿Usted considera que eso son aforismos? —preguntó Pablo, muy confiado en su conocimiento de la definición que daba el diccionario.

—Muchos no lo son, pero algunos sí. Sin embargo, el principio es similar: las declaraciones son expresadas en forma pegadiza. Aun cuando no tienen sustancia, el anunciante quiere que el cliente crea que contienen gran sabiduría.

»Quizá el lugar más adecuado en donde buscarlos es en la industria musical —continuó el doctor Ocampo—. Una práctica común es componer una canción alrededor de un aforismo. El estribillo generalmente contiene el dicho, y las estrofas se van componiendo a su alrededor.

—¿Me puede dar un ejemplo?

—Tengo uno excelente para darte. Si te gusta, puedes usarlo en algún sermón. Escuché una vez una canción en la radio que repetía vez tras vez el tema: «Me pregunto cómo muere la otra mitad». Al escucharlo pensé inmediatamente en la declaración del apóstol Pablo: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia».

—Nunca pensé en ello antes, pero ¡qué tremendo aforismo es esa declaración! Ese es uno de mis versículos favoritos de la Biblia —interrumpió Pablo.

—También de los míos. Pero contrasta con la declaración en la canción: «Me pregunto cómo muere la otra mitad». ¿Cómo muere exactamente la otra mitad? ¿Aquellos sin Cristo? ¿Aquellos que no tienen la seguridad de que «morir es ganancia»? Creo que eso daría base para un sermón muy motivador sobre compartir nuestra fe con los perdidos.

—Ya veo lo que quiere decir. Me hubiera gustado haberlo sabido antes de mi sermón ayer. Mientras que Jonás estaba roncando, la otra mitad se enfrentaba a la muerte sin estar preparada.

—Quizá puedas usar todavía esa idea en un sermón posterior sobre el libro de Jonás. Pero hay otra cosa que quiero decirte antes de que se me olvide: el escritor de la canción tomó un dicho popular acerca de la «otra mitad» y le dio un pequeño giro. En vez de decir: «Me pregunto cómo vive la otra mitad», el escritor se preguntó cómo muere. Ésa es la razón por la que me llamó la atención. Un cliché gastado quedó renovado mediante una pequeña modificación.

—Recuerdo cuando era niño —hizo memoria Pablo—. Nuestro pastor tenía el hábito de repetir el dicho: «Tienes que tomar lo malo con lo bueno». Lo decía tan a menudo que empezamos a jugar a adivinar cada domingo si lo iba a repetir o no. Si lo hacía, apenas podíamos evitar reírnos como tontos en nuestros asientos.

Una de las razones por las cuales tantos creyentes se sienten desesperados por recibir consejería es por la predicación tan superficial y de mala calidad que reciben. Si se les estuviera motivando cada semana mediante una predicación firme e inspiradora, no estarían enredándose en tantas situaciones escandalosas.

—Me gustaría haber recibido una moneda cada vez que mi madre me decía: «Hijo, recoges lo que siembras» —dijo el doctor Ocampo riendo—. Lo decía cada vez que sacaba un cucharón de madera para disciplinarme con él. Pero ves lo que queremos señalar, Pablo. La razón por la que esos viejos clichés han quedado tan gastados es porque resumen una verdad en una forma corta y expresiva. Tu preocupación debe ser la de asegurarte de que no aburras a tu congregación repitiendo algo que han escuchado antes de la misma forma cientos de veces. De manera que una forma de crear un aforismo es usar uno antiguo y darle un nuevo giro.

—¿No sería eso también cierto con respecto a los lemas y jerga teológica, doctor Ocampo?

—Es una excelente observación. Hablaremos más acerca de palabras y frases en otra sesión. Disfrutemos ahora de un buen vaso de limonada. ¿Podrías sacar la jarra del refrigerador, Pablo? Luego, antes del almuerzo, hablaremos acerca de los vehículos que mencioné la semana pasada.

11

Cambie de vehículo

—Hablemos ahora de vehículos, las formas en que el propósito de tu sermón llega a su destino —dijo el doctor Ocampo, al tiempo que dejaba su vaso de limonada sobre la mesa.

—Cuando me hallaba metido en la rutina de la preparación a última hora —confesó Pablo—, apenas tenía tiempo para tomar unas notas sobre el pasaje, mucho menos para pensar en formas creativas de bosquejar mi mensaje.

—Al comenzar temprano dejas tiempo para trabajar en la estructura del sermón. Recuerda, tu declaración de propósito dice cuál es el destino del sermón, su «fin principal». El bosquejo viene a ser el vehículo que lleva el mensaje a su destino.

—¿Cuáles son los varios tipos de bosquejo que puedo usar?

—Hay muchas clases de estructuras. Es bueno variar de vez en cuando con el fin de mantener el interés de los oyentes, y el tuyo propio también. La manera en que ordenas tu sermón puede hacer que el resultado sea muy diferente.

»Tienes que iniciar esta parte de la preparación después de haber descansado de la tarea tediosa de la exégesis del pasaje. Tu mente debe estar en buen estado si quieres que el sermón sea de calidad y efectivo.

»Primero, arregla las ideas claves en forma clara y lógica. Después empieza a luchar con esos materiales como Jacob luchó con el ángel. Dile a las notas que tienes ante ti: "No las dejaré hasta que no me bendigan".

El profesor hizo una pausa para tomar un poco más de limonada y seguidamente buscó en una sección de su pequeño cuaderno de notas.

Leyó lo siguiente de W. E. Sangster:

> El hombre, cuya arquitectura es espléndidamente variada, logra despertar la curiosidad de la gente antes de que sean puestos los cimientos. Escuchan el texto y se preguntan inmediatamente: «¿Cómo va a edificar sobre eso?»

—¿Ves el efecto que la variedad tiene sobre la congregación? Si te esfuerzas en no usar siempre la misma rutina, a la iglesia se le despertará la curiosidad acerca de cómo vas a enfocar el pasaje incluso antes de que comiences. Tu reputación de predicar con una variedad agradable estimulará la expectativa semana tras semana.

Hay muchas clases de estructuras. Es bueno variar de vez en cuando con el fin de mantener el interés de los oyentes, y el propio también.

—¿Hay en alguna parte una lista de tipos de estructura de sermón que pueda usar? —preguntó Pablo.

—Tal vez sea mejor para nosotros compilar nuestra propia lista. ¿Me puedes mencionar algunas ahora mismo?

—Están las bien conocidas de predicación temática, textual y expositiva —respondió Pablo con rapidez.

—Exacto, y tú tienes tendencia al estilo expositivo, presentando versículo a versículo lo que el pasaje dice. Hay una clase de variedad natural en ese enfoque, porque la Escritura tiene variedad en sí misma.

—A veces siento que he exprimido todo el contenido y variedad del texto cuando he terminado con él.

—Los predicadores son culpables de reducir la Escritura, con toda su vitalidad, a una lista de declaraciones doctrinales inflexibles. La doctrina es importante, pero deberíamos comunicarla de la manera en que Dios lo hace en su Palabra.

—¿Qué otras maneras hay de estructurar el sermón? —Pablo iba elaborando la lista agregando breves notas explicativas.

—Una manera muy popular de predicar hoy es el sermón narrativo —continuó el doctor Ocampo—. Éste requiere gran esfuerzo e imaginación, pero si lo haces bien mantendrás el interés de la congregación. Hay poder en una historia bien contada.

—He evitado ese enfoque porque siento que no puedo comunicar mucha sustancia de esa manera. Me gusta darle a mi gente carne y no solamente leche. ¿No sacrifica la carne la predicación narrativa?

BIBLIOTECA

—En apariencia sí, pero al reflexionar más profundamente se demuestra que no es así. Recuerda que Jesús es la Palabra encarnada de Dios. Como Dios, Él podía abrumarnos con un vasto almacén de sabiduría expresado en términos técnicos, pero Él reconoció las limitaciones humanas cuando se dirigió a las masas.

—Calvino dijo que era como un padre que balbuceaba con sus hijos —recordó Pablo.

—Ésa es una buena manera de decirlo. Jesús usó relatos todo el tiempo. Enseñó mediante parábolas, como tú bien sabes.

—Nunca me olvidaré del curso sobre las parábolas que tomé en el seminario; fue una de mis clases favoritas.

—Una de las razones por las que las parábolas son atractivas es porque ese tipo de relato tiene gran apelación popular —continuó el doctor Ocampo, para remachar lo que quería decir—. Por consiguiente, Pablo, si Jesús conoció las limitaciones de sus oyentes y el poder de la parábola para comunicar, ¿por qué sus seguidores no la usan más a menudo? Por supuesto, Él es el Maestro, pero por lo menos deberíamos intentarlo.

—¿No está de acuerdo conmigo en que con ese enfoque se pierde sustancia? —preguntó Pablo.

—Sí y no. Algunos sermones bombardean a las personas con tantas verdades que quedan abrumadas. Al escuchar tanto recuerdan muy poco. ¿No sería mejor impresionarlas fuertemente con una sola verdad importante de manera que les cueste olvidarla? Eso es lo que una buena historia puede hacer. Piensa en el libro del que estás predicando ahora mismo. Yo considero a Jonás uno de los mejores relatos cortos de toda la literatura.

—Sí, yo nunca ceso de admirarme del poder que tiene —reconoció Pablo.

—En resumen, sí, puedes comunicar muchas verdades doctrinales por medio de un sermón narrativo, pero las verdades que *comunicas* permanecerán por más tiempo en la memoria de las personas gracias al poder de apelación que suele tener la narración.

»Pero sigamos adelante —agregó el doctor Ocampo mirando al reloj—. Relacionado con la predicación narrativa está lo que Andrew Blackwood llamaba la «predicación biográfica». Él se dio cuenta del poder que tiene la historia de la vida de las personas en otros. Observa con cuánta atención escuchan las personas cuando describes a un personaje como Sansón o Tomás, el que

BIBLIOTECA
SENDAS
5193

dudaba. Se ven a sí mismos reflejados en la vida de los personajes bíblicos.

»Prediqué una vez acerca de Pedro vacilando después de Pentecostés y cayendo en la hipocresía con respecto a los gentiles. Leí el pasaje de Gálatas 2 donde se nos dice que Pablo se opuso a Pedro cara a cara, a causa de su pecado. La congregación respondió bien al mensaje.

»Esa clase de sermón habla fuertemente a aquellos que quieren dejar la iglesia por causa del pecado e inconsecuencias del cuerpo de Cristo. Algunos quedaron muy sorprendidos al ver que incluso un apóstol puede caer en pecado e hipocresía.

El doctor Ocampo añadió rápidamente:

—La gran ventaja de los sermones narrativos o biográficos, o de cualquier sermón que sigue una secuencia histórica de los eventos, es la facilidad con que el predicador puede recordarlos. Aunque el viento se lleve las notas del púlpito, el predicador no se sentirá perdido.

—Y eso no sucede con los sermones doctrinales complicados —observó Pablo

—Sí, a eso me refiero exactamente. Si tú como predicador necesitas seguir muy de cerca las notas del sermón a fin de recordar lo que vas a decir, ¿cómo puedes esperar que los oyentes lo recuerden?

—Es muy cierto lo que está diciendo. Yo hasta me olvido a veces de lo que prediqué la semana anterior.

—Incluso aunque no uses el estilo narrativo, deberías trabajar con el bosquejo hasta que resulte simple y fácil de seguir. El bosquejo debería decirte todo lo que necesitas de un solo vistazo. Cuanto menos dependa el predicador de las notas, tanto más probable es que los oyentes recuerden lo que dice.

El doctor Ocampo repitió lentamente su último comentario mientras Pablo lo escribía. Después siguió:

—Puede que no *siempre* sea ese el caso, pero por lo general lo es. Si has sido capaz de estructurar tu mensaje en una forma sencilla, lógica, razonable y fácil de seguir, la congregación tiene una mejor oportunidad de recordarlo. Tu sermón tiene algo importante que decir, y tiene que decirlo bien, pero el bosquejo es el vehículo mediante el cual lo dices.

—¿Me puede dar unos pocos ejemplos de «vehículos», doctor Ocampo?

El anciano pensó por un momento, mientras sus dedos retorcidos tamborileaban sobre la mesa.

—Uno de mis favoritos es lo que podríamos llamar «sermón

antitético de dos extremos». El señor Jesucristo habló de esta manera cuando Él contrastó la luz con las tinieblas, la roca sólida con la arena, a Dios con Mamón, al hombre rico con el pobre Lázaro.

»Es un sermón fácil de ilustrar con el lenguaje corporal. Cuando hablas del reino de las tinieblas puedes hacer gestos y ademanes hacia la izquierda; y cuando te refieres al reino de la luz puedes hacerlo hacia la derecha, dándole así a la congregación una señal visual que les ayuda a seguir el mensaje. El contraste entre los dos es fácil de recordar y, aunque la congregación no retenga todos los puntos, al menos te aseguras de que retiene la *verdad principal*. Puedes tener la seguridad de que no la olvidarán.

—¿Me puede dar un ejemplo de sermón en el que se usa la antítesis?

—Recuerdo que usé una antítesis para un servicio de comunión, contrastando la muerte de Judas con la muerte de Jesús. Lo llamé: «Gólgota y Acéldama». Jesús murió solo en el Gólgota, adquiriendo para nosotros la vida eterna con el Padre. Judas también murió solo en Acéldama, sus treinta piezas de plata sirvieron para comprar el campo de sangre. Me limité a ir de uno a otro contrastando la comunión con Dios y el aislamiento.

—Me parece una idea excelente para un mensaje acerca de la Cena del Señor. ¿Le molesta si uso la idea alguna vez? —preguntó Pablo.

—Sería un placer que lo hicieras —dijo el doctor Ocampo riendo, y después agregó—: puedes variar el sermón antitético de dos maneras. La primera es contrastando las dos ideas a lo largo del mensaje. O bien, puedes exponer todo lo relacionado con una de las partes y después contrastarlo con la otra durante la segunda mitad del sermón.

—¿Tiene un ejemplo del segundo enfoque?

—Prediqué una vez un sermón sobre la predestinación titulado: «La historia de dos capítulos». En la primera parte del sermón bosquejé brevemente todas las maravillosas promesas de Romanos 8; y en la segunda mitad introduje Romanos 9, donde se habla de Jacob, Esaú y de Dios endureciendo el corazón del faraón.

—Suena como algo muy interesante. Nunca escuché a nadie abarcar dos capítulos de Romanos en un solo sermón.

—Ya había predicado durante varias semanas sobre Romanos 8, así que resumí de forma rápida todas sus grandes verdades: no hay condenación para los que están en Cristo; nada nos puede separar del amor de Dios en Cristo Jesús; el Espíritu de Dios intercede dentro de nosotros y el Hijo intercede a la derecha del Padre, etcétera.

—¿Y qué de Romanos 9? —preguntó Pablo.

—En aquella ocasión introduje Romanos 9 con la promesa de estudiarlo más en detalle en las siguientes semanas. Hice la transición entre los dos capítulos diciendo: «Esto es Romanos 8, pero no olvidemos que después de Romanos 8 viene Romanos 9. Allí se dice: a Jacob amé y a Esaú aborrecí; Dios tendrá misericordia de quien Él quiera. Es la misma Biblia, es el mismo libro, el mismo escritor, inspirado por el mismo Espíritu. No pueden recibir Romanos 8 a menos que estén dispuestos a aceptar Romanos 9».

—Me parece un enfoque muy interesante —dijo Pablo con admiración—. ¿Cómo reaccionó la gente?

—¿Qué te parece si hablamos de ello mientras almorzamos? Hace tiempo tengo deseos de comer comida china. ¿Te gusta la cocina china, Pablo?

12

Persuasión y procedimiento

Pececillos de color naranja brillante nadaban de lado a lado en un acuario gigante cerca de la mesa donde el profesor y Pablo fueron acomodados. Una réplica en pequeño de un barco hundido ubicado en la base del acuario lanzaba hacia la superficie una corriente continua de burbujas de aire.

Mientras Pablo observaba momentáneamente a los *pececillos* en el acuario, el profesor empezó a comentar sobre varias formas de estructurar los sermones. Su énfasis se centraba ahora en mensajes de «persuasión» y de «procedimiento».

—¿No debería ser todo sermón para persuadir, doctor Ocampo? —preguntó Pablo, volviendo su mirada del acuario al profesor.

—Sí, todo sermón debería persuadir, pero estoy pensando más bien ahora en ese tipo de predicación dedicada a probar y razonar mediante las Escrituras y la deducción lógica, la clase de predicación que Pablo usó en sus viajes misioneros. ¿Recuerdas cómo entraba en las sinagogas de cada ciudad para «razonar» y «persuadir» acerca de Cristo y de su resurrección?

»La predicación persuasiva incluye argumentar a favor de posiciones doctrinales tales como la Trinidad o la deidad de Cristo. A menudo tienes que tratar temas delicados, tales como el aborto o el hablar en lenguas. Tienes que ser muy sensible hacia tus oyentes cuando se tratan asuntos tan emocionales.

—Conozco a algunos predicadores que dicen que nunca se debería predicar sobre asuntos controvertidos desde el púlpito. ¿Cómo responde a eso? —preguntó Pablo.

—Creo que a veces es bueno plantear estos asuntos en un ambiente en el que pueda haber preguntas y respuestas presentadas con apertura y franqueza. Pero me temo que nuestros púlpitos se usan para hablar sólo de lo que tiene buena aceptación por la mayoría; se va tan a lo seguro que aburrimos a nuestras congregaciones. No creo que una dieta continuada de controversia sea buena, pero un sermón de vez en cuando sobre un tema controversial es saludable si la congregación percibe que ha sido tratado con equilibrio y equidad. Cristo Jesús no fue crucificado ni Pablo apedreado por predicar sermones con gran aceptación. Además, los oyentes probablemente deseen oír lo que la Palabra de Dios dice sobre ciertos temas polémicos. Ten la seguridad que nadie se va a dormir.

—¿Me puede dar un ejemplo de cómo ha manejado usted un tema controversial desde el púlpito?

—¡Tú siempre andas reclamándome ejemplos! Eso es señal de buen estudiante: no dejes nada como pura teoría. Dime un asunto que pueda ser controversial en tu congregación, y déjame que piense en un enfoque que sea sensible y respetuoso con tu audiencia.

—Eso es fácil. ¿Qué le parece el bautismo infantil? Nuestra denominación practica el bautismo infantil, pero muchos de nuestros miembros no creen en ello.

—Bautismo infantil —repitió el doctor Ocampo, mientras tamborileaba sobre la mesa con sus dedos huesudos y retorcidos.

Llegó en ese instante la mesera con una sopera china de la cual salía vapor y aroma de sopa, además de otros manjares.

—¡Me salvó la comida! —dijo el doctor Ocampo riendo—. En serio, Pablo, necesitas pensar en tus oyentes. Piensa en las actitudes de aquellos que se oponen al bautismo infantil. ¿Cuáles son algunas de las cosas que les oyes decir? ¿Cómo reaccionan sobre el asunto?

—Por lo general, piensan que el bautismo infantil se practica con base en la tradición y la superstición.

—Frecuentemente tienen razón en cuanto a eso —exclamó el doctor Ocampo.

—Y piensan que no hay ninguna evidencia bíblica que lo apoye.

—Las Escrituras parecen no decir nada al respecto. Tienes que admitir, Pablo, que no hay ningún mandamiento en el Nuevo Testamento que diga que bauticemos a los niños. ¿Qué más surge de sus actitudes?

—Una de las cosas que he escuchado muchas veces es que deberíamos ser como Jesús. Él fue bautizado de adulto y se metió en el agua, y nosotros deberíamos hacer lo mismo.

—Bien, ya tienes claras algunas de las actitudes claves y puntos de vista de aquellos que se oponen al bautismo infantil. Sería bueno confeccionar una lista de las ideas que hemos mencionado, y después preparar de tal manera un sermón que anticipe y responda a esas actitudes y objeciones.

—Doctor Ocampo, me parece que su sopa se está enfriando.

—Déjame que termine con lo que tengo en mente antes de comenzar a disfrutar de esta sabrosa comida china. Tu sermón debe hacer varias cosas a fin de tener éxito. Primero, debe ser amable y no mostrar que estás a la defensiva. Necesitas estar bien seguro de tus convicciones si vas a predicar sobre el tema. Debes asegurarte de que tu propia posición sobre el bautismo infantil no está enraizada en la tradición, la superstición o la lealtad denominacional.

»Segundo, quieres ganarles a aquellos que se oponen a tu posición. Puede que no los convenzas con un mensaje de que el bautismo infantil es correcto, pero sí debes convencerlos de que eres sensible a su posición y que aprecias su preocupación. Ellos te han retado de buena manera a examinar las Escrituras, con el fin de estar seguros de que te apoyas en la autoridad de la Palabra de Dios y no en tradiciones humanas. Por tanto, deberías empezar dándoles las gracias por ello.

»Pienso también en algo más. Puede que quieras incluir información acerca de abusos generados en la Reforma con relación al bautismo infantil. Siempre nos estamos jactando acerca de la Reforma, pero ésta es un área en la que algunos de los reformadores fueron extremistas y abusivos. Algunos creyentes murieron por causa de este asunto del bautismo. Un hombre en particular, llamado Félix Manz, fue arrojado al río para que se ahogara por aquellos que se oponían a su punto de vista acerca de la inmersión. Parece que se proponían lo siguiente: «¡Dejemos que los que quieren bautizarse por inmersión se sumerjan!»

»Quizá puedas empezar diciendo: «Es maravilloso que podamos estar en desacuerdo como hermanos en Cristo sobre el asunto del bautismo, y a la vez estar sentados juntos adorando al Señor». Después, da sinceramente las gracias a aquellos amigos bautistas, cuyos comentarios te han llevado a las Escrituras para buscar las respuestas bíblicas sobre el asunto del bautismo.

»La otra cosa importante es enraizar firmemente tu sermón en las Escrituras. Yo procuraría mantener todo mi razonamiento dentro de los límites de las Escrituras sin una sola apelación a la tra-

dición, pues vas a querer evitar toda apariencia de autoridad extra bíblica en la determinación de tu posición y práctica.

—Sé que siempre que he tenido la oportunidad de presentar la enseñanza bíblica sobre el bautismo —interrumpió Pablo—, muchos han quedado sorprendidos. Nunca habían escuchado una exposición bíblica de este tipo. ¿Pero qué de la acusación de que esto es superstición?

—Déjame disfrutar este rollo de huevo y responderé tu pregunta.

—Por favor, discúlpeme. Goce de la comida ahora que todavía está caliente.

—¡Allá va! —dijo el doctor Ocampo, ingiriendo el alimento—. En lo que se refiere a la superstición, tienes que admitir que hay personas que bautizan a sus hijos por pura y simple superstición. Después, enfatiza que el abuso de la verdad no cambia la verdad. Por ejemplo, algunos abusan de la doctrina de la salvación por gracia, haciendo de ella una licencia para pecar, pero eso no cambia la verdad de la doctrina misma. Aun mejor, algunos señalan al bautismo de adultos por inmersión como la prueba de su salvación; pero hay muchos que tienen una seguridad de salvación falsa y supersticiosa que descansa en esa acción. Tus amigos bautistas estarán de acuerdo con que la seguridad de la salvación, si no está respaldada por un cambio de vida, puede estar tan equivocada como la creencia supersticiosa de aquel que confía en el bautismo infantil para su salvación.

»Cuando tienes que tratar un asunto como este, Pablo, es muy importante hablar abiertamente con personas de diferentes posiciones antes de predicar el sermón. Recoge pistas acerca de sus percepciones, argumentos y actitudes. Nunca estarás demasiado bien preparado. Y después de que hayas completado todo tu trabajo, acuérdate de confiar en el Señor. No tienes que forzarlos a creer lo mismo que tú. Deja que sea el Espíritu de Dios el que haga los cambios.

Los dos se quedaron en silencio cuando la mesera les trajo los platos principales. Pablo había pedido una comida que le era «conocida», mientras que el doctor Ocampo se había atrevido con un plato nuevo de carne bien sazonada con especias. «Cuanto más sazonada mejor», había instruido a la mesera.

Después de progresar bastante en su comida, el doctor Ocampo volvió de nuevo por un momento al asunto de los sermones de procedimiento.

—El sermón de procedimiento es un mensaje práctico sobre «cómo hacer algo». En general, es temático por naturaleza y se

basa en varias porciones de las Escrituras a fin de obtener una visión multifacética en asuntos tales como: «Claves para ser un mejor padre», «Maneras de estudiar la Biblia», «Cómo dominar el enojo» o «Cómo perdonar cuando te han herido profundamente».

»Los sermones de procedimiento son muy populares porque hablan directamente sobre las luchas de los creyentes, pero corren el riesgo de ser triviales o artificiales. Para hacerlo bien tienes que dedicar bastante tiempo al estudio y la oración. Trata de profundizar, e ir más allá del nivel superficial.

»Ésta puede ser una de las pocas veces en las que el predicador necesita enumerar los puntos de su mensaje. ¿Eres consciente del riesgo que corres al decir cuántos puntos tiene tu mensaje?

—He visto a los miembros de mi iglesia echar mano de los himnarios en cuanto anuncio el último punto del sermón.

—A eso me refiero. En cuanto el predicador dice: «Y por último», los oyentes se preparan para marcharse. Por otra parte, nada es más frustrante para la congregación que seguir escuchando al predicador varios minutos después que ha anunciado el fin del mensaje. De manera que nunca vayas comunicando a la congregación los puntos de tu sermón, a menos que sea un mensaje que conste de varios pasos sobre cómo hacer algo, tal como la reconciliación y disciplina que Mateo 18 bosqueja para nosotros de la siguiente manera...

La camarera los interrumpió, trayéndoles las acostumbradas galletas chinas «de la fortuna» y la factura, de la que el doctor Ocampo se apoderó inmediatamente. Era sorprendente la rapidez con que el profesor podía mover aquellas manos débiles y artríticas cuando llegaba el momento de recibir la factura.

El doctor Ocampo sonreía divertido, mientras partía su galleta para leer la frase que tenía dentro.

—Recuerdo que hace muchos años, cuando iba con mis padres a restaurantes chinos, éste era para mí el mejor momento de la comida. ¿Qué mensaje contiene tu galleta, Pablo?

—Dice: «Camina un kilómetro en mis zapatos antes de criticar mi posición».

—Debió haber sido escrita por algún chino famoso —se rió el anciano—. Pero hay algo importante aquí, Pablo. Es un consejo excelente cuando te dispones a persuadir a tu congregación sobre algún tema controversial. Ponte por completo en los zapatos de la oposición antes de predicar el mensaje. Debes entender correctamente los sentimientos y razonamientos de los demás antes de tener el derecho de presentar tus opiniones.

—¿Qué frase viene en su galleta, doctor Ocampo?

—Tendrás que leerla tú por mí, la letra es demasiado pequeña.

El profesor entregó el pequeño trozo de papel a Pablo para que lo leyera en voz alta: «El águila nunca perdió tanto tiempo como cuando se sometió a aprender del cuervo».

La risa del doctor Ocampo dejó perplejo a Pablo. Volvió a leer el dicho otra vez para sí, mientras el profesor se levantaba de la mesa.

—¿No lo ves, Pablo? No deberías perder tu tiempo aprendiendo de mí. Tu predicación va a elevarse como las águilas, pero este viejo cuervo te está deteniendo.

—¡Usted no es ningún viejo cuervo para mí! —protestó Pablo con vehemencia. Se sonrió después, mientras movía la cabeza.

—Con seriedad, Pablo, ése no es un mal pensamiento. Necesitas dedicar tiempo a estudiar a los maestros de la predicación. Aprende a volar como las águilas del púlpito. Cuando vayas hoy a la biblioteca, búscate uno o dos libros de sermones. Úsalos para tu tiempo devocional y, a la vez, mantén tu sentido crítico listo para observar la técnica que usaron los grandes predicadores para comunicarse con tanta efectividad. Aprende a volar con las águilas.

Después de que el doctor Ocampo pagó la factura, los dos amigos se dirigieron hacia la salida camino al auto.

Al dejar al profesor en a la puerta de los departamentos, Pablo se acordó de entregarle la información que había recogido sobre su uso del tiempo. Seguidamente se encaminó hacia la biblioteca del seminario para empezar temprano con los mensajes del siguiente domingo y buscar un par de libros de sermones para leer.

13

El poder de la sorpresa

La serie de sermones que Pablo estaba preparando acerca de Jonás iba saliendo bien. Debido a que ya tenía hecha la exégesis del primer capítulo, podía concentrarse ahora en el arreglo más creativo de los materiales disponibles. Esto le hizo darse cuenta de que empezar el lunes con los preparativos de los sermones del domingo no era suficientemente temprano.

Fue entonces cuando se encendió la luz en su mente: «¡Sería formidable si pudieras tener lista la exégesis con dos semanas de antelación! ¡Imagínate lo que podrías hacer con todo ese tiempo adicional para prepararte!»

Después de pensar en ello por un momento centró su atención en Jonás 1:6-12. Casi inmediatamente le pasó por la mente una idea para el sermón del domingo al observar las cuatro diferentes preguntas que el capitán del barco le hizo a Jonás.

«Son preguntas que el mundo hace a la iglesia», dijo Pablo para sí mismo.

«Si reúno las preguntas que aparecen en el versículo 8 como una, me aparecen seis preguntas diferentes en total. No, no voy a numerarlas, porque así las congregación no anticipa el final del sermón», pensó, al recordar la conversación que tuvieron durante el almuerzo.

Las seis preguntas que Pablo usó aquel domingo fueros las siguientes:

1. ¿Qué haces durmiendo? (v. 6).
2. ¿Quién es el culpable de este mal que nos ha venido? (v. 8).
3. ¿Qué oficio tienes? (v. 8).
4. ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu tierra? ¿De qué pueblo eres? (v. 8).

5. ¿Por qué has hecho esto? (v. 10).
6. ¿Qué haremos contigo para que el mar se aquiete? (v. 11).

Con estas preguntas delante de él, Pablo empezó a ver toda clase de posibilidades para su mensaje. Su mayor problema sería limitar su tiempo mismo. Quizá el doctor Ocampo podría ver una serie de seis sermones en vez de uno.

Se maravilló al ver cuán diferentes eran estas preguntas comparadas con el pensamiento común de la iglesia. La tormenta en el mar era más un acto de juicio sobre Jonás que sobre los marineros paganos. La pregunta no era: «¿Qué hará Dios con los pecadores?», sino «¿Qué haremos nosotros los pecadores con este santo para calmar la tempestad?» Pablo se preguntó en voz alta cuántas de las tormentas de la vida en nuestra sociedad son culpa del fracaso y de la desobediencia del pueblo de Dios más que del mundo pecador. El mensaje completo tuvo un giro irónico. Todo quedó patas arriba.

Cuando Pablo llegó el lunes siguiente al departamento del doctor Ocampo, apenas podía contener su emoción al poner las notas de su sermón en las manos del profesor.

El anciano compartió su entusiasmo. Era conmovedor ver restaurado el gozo de la predicación en Pablo. Allí estaba este hombre que había perdido toda confianza en su habilidad como predicador, el celo de sus años posteriores al seminario y que había llegado a predicar de una manera débil y aburrida; de la noche a la mañana se estaba transformando.

—Doctor Ocampo, sé que el Señor me inspiró para preparar este mensaje. Surgió espontáneamente en mí.

—Estoy seguro de eso, Pablo. Por lo general, a la predicación requiere agonía y arduo trabajo, pero a veces la inspiración viene así como una ráfaga de viento. El Señor te dio un estímulo adicional esta semana.

—A la congregación le gustó mucho. Recibí más felicitaciones que en varios años juntos —dijo Pablo emocionado—. Tuvimos algunas visitas de fuera de la ciudad, y una de las hermanas estaba segura que era un comité de púlpito. Ella me dijo: «Confío en que no esté planeando dejarnos, pastor. Su predicación es muy inspiradora».

—Eso es bueno escucharlo —le respondió el doctor Ocampo—. He estado orando a diario por tu ministerio, Pablo.

Aquella revelación del anciano profesor tomó a Pablo por sorpresa. Lo dejó conmovido. Trató disimuladamente de enjugarse una lágrima con el dorso de la mano.

—Tú has descubierto varios principios que liberan poder y producen renovación en la predicación —dijo el doctor Ocampo, sintiendo que era el momento de seguir insistiendo.

—¿Yo he descubierto? —preguntó Pablo—. ¿Qué es exactamente lo que he descubierto?

—Primeramente, has empleado lo que Carlos Spurgeon llamaba «el poder de la sorpresa».

Pablo escribió en su cuaderno de notas: «el poder de la sorpresa».

—«El poder de la sorpresa» —siguió diciendo el doctor Ocampo—, es ese elemento que salta de las Escrituras y asombra al oyente atento. El problema está en que a menudo no permitimos que el impacto total del pasaje se apodere de nosotros. Quizá es que somos duros de oído, o quizá lo hemos escuchado tantas veces que no lo dejamos penetrar en nuestras mentes.

—¿Me puede dar algunos ejemplos del poder de la sorpresa? —preguntó Pablo.

—Tú lo usaste el domingo pasado. Viste cuán irónica y extrañamente diferentes resultaron las preguntas. Era el mundo el que se dolía y se horrorizaba ante los pecados del pueblo de Dios, más que Dios doliéndose por los pecados del mundo. Era el mundo el que sufría las consecuencias del juicio de Dios por los pecados del creyente, en vez de ser el creyente el que sufriera por los pecados del mundo. Ése es un giro inesperado. Ahí radica el poder de la sorpresa.

—A mí mismo me sorprendió el verlo. Había leído Jonás al menos una docena de veces antes, pero nunca lo había percibido de esta manera.

El poder de la sorpresa, es ese elemento que salta de las Escrituras y asombra al oyente atento.

—Eso es lo que quiero decir con el poder de la sorpresa, ante el cual estamos a veces ciegos y sordos. Déjame que te dé un ejemplo de ese poder en un sermón que prediqué una vez. Se basaba en Tito, capítulo 1. ¿Te acuerdas de la cita tan sorprendente que hace Pablo acerca de los cretenses?

—Sí, y siempre he tenido un poco de dificultad con ella —respondió Pablo. Él dijo: «Los cretenses siempre mentirosos, malas bestias, glotones, ociosos».

—Muy bien. Resulta sorprendente y perturbador. No he escuchado muchos sermones sobre este versículo, ¿y tú? No obstante, a menudo nos perdemos minas de oro al evitar esos pasajes difíciles. Los creyentes estudiosos quieren que se les explique estos textos. Siempre tendrás a la congregación bien atenta cuando predicas sobre ellos.

—Pero tiene que hacerse bien —respondió Pablo—. Yo fallé una vez miserablemente al intentar explicar los puntos de vista sobre el milenio.

—Eso sucede si te excedes en las explicaciones técnicas y detalladas. La congregación necesita ver cierta aplicación práctica o utilidad en el asunto, o de lo contrario les parece que son simples especulaciones frívolas de los teólogos.

—¡Claro! Es cómo hablar sobre cuál es el sexo de los ángeles.

—Nos estamos desviando un poco —dijo el doctor Ocampo, mirando su reloj—. Volvamos a Tito. El verdadero poder de sorpresa en Tito no está en esa cita difícil que hace Pablo sobre los cretenses. La verdadera sorpresa viene cuando comparas esa mención con lo que la precede. ¿Te acuerdas de los primeros versículos de Tito?

—Tienen que ver con las calificaciones de los ancianos. Yo uso esos versículos cada año en la instalación de los nuevos oficiales de la iglesia.

—Muy apropiado. Yo también había leído docenas de veces este pasaje, como tú habías leído a Jonás, hasta que un día me saltó a la vista de otra manera. ¿Cómo podía Tito encontrar ancianos piadosos en Creta? ¿Quién podía estar calificado para ministrar si «los cretenses son siempre mentirosos, malas bestias, glotones, ociosos»? ¿Cómo podía Tito encontrar líderes piadosos en ese lugar?

—¡Hmmm! Nunca había pensado en eso antes —confesó Pablo.

—Nunca conecté las dos partes antes, pero tan pronto como lo hice toda clase de ideas me vinieron a la mente. Por ejemplo, ¿qué clase de persona era Tito para que Pablo le confiara un lugar tan difícil como Creta? Si buscas sobre Tito en todo el resto del Nuevo Testamento, te maravillarás de cómo lo usó Pablo para llevar a cabo su ministerio.

—La verdad es que no recuerdo mucho acerca de Tito —admitió Pablo.

—Se requiere hacer un pequeño estudio para descubrirlo. El verdadero poder de sorpresa de este pasaje lo encontramos en el mismo evangelio. Tito 1:2 habla de la esperanza de vida eterna prometida por Dios, quien, al contrario de los cretenses, no puede mentir. Usé este mensaje en la ordenación al ministerio de uno de mis antiguos estudiantes. ¿Conoces tú a Daniel López?

—No, me parece que no —respondió Pablo.

—¿No? Posiblemente se graduó antes que tú. Bueno, le pregunté a Daniel si realmente creía en el poder del evangelio, el poder para cambiar a mentirosos, glotones y malas bestias en hombres y mujeres hijos de Dios. Le desafié a que levantara una iglesia en medio del infierno. Le recordé que Cristo había prometido que las puertas del infierno no prevalecerían contra su iglesia.

—Eso es muy estimulante y desafiante —dijo Pablo, mientras escribía unas notas para futuros sermones.

—Ese es el poder de la sorpresa en acción —enfatizó el doctor Ocampo—. La Biblia está llena de estas situaciones si abres los ojos para verlas. Está el padre del hijo pródigo corriendo para encontrarse con su hijo, cuando se suponía que eso no lo haría él; el samaritano que se convirtió en un héroe, y eso no era lo que debería suceder; la enorme sorpresa de que nos digan que nuestra justicia debe ser mayor que la de los escribas y fariseos. A la gente le debió entrar vértigo al oír aquello: ¿quién podría ser salvo entonces?

El doctor Ocampo continuó citando ejemplos:

—Hay pequeñas sorpresas ocultas a lo largo de las Escrituras. ¿Quién era el joven que huyó dejando la sábana con la que se cubría la noche del arresto de Jesús? ¿Fue Marcos? ¿Qué de las «otras barcas» que iban con la de los discípulos cuando Jesús calmó la tormenta en el lago (Mr. 4:35)? ¿Por qué se les menciona? Incluso la genealogía de Jesús contiene sorpresas como Rahab, la ramera, Tamar y Betsabé.

—¿Cómo respondió Daniel López ante ese mensaje de ordenación sobre Tito?

—Es muy interesante la historia. Daniel comenzó como pastor asociado responsable del ministerio entre los jóvenes de una iglesia próspera en una zona residencial. Unos pocos años después aceptó el desafío de dedicarse a plantar una iglesia en un barrio pobre, notorio por sus problemas de drogas y delincuencia. Cuando se trasladó allí, recibí una breve carta de su esposa Pilar, y todo lo que me decía era: «Daniel quiere que conozca nuestra nueva dirección y que sepa que está dispuesto a edificar una iglesia en medio del infierno».

—¡Caramba! Usted debió sentirse muy bien al saber el efecto que había tenido sobre su ministerio.

—No, si el Señor quería que Daniel plantara una iglesia en el barrio pobre de una ciudad, Él lo llevaría allí muy fácilmente sin mi influencia. Pero sí, me da mucho gozo el saberlo.

—¿Cómo le va en el trabajo? ¿Ha sabido de él últimamente?

—No, no he sabido. Creo que mi traslado a aquella zona desértica más aislada cortó muchas líneas de comunicación, incluida la de Daniel. Lo último que supe de él es que había tenido un comienzo lento pero sólido, y que el Señor lo había usado en unas pocas conversiones dramáticas.

»Quizá un día me dedique a investigar cómo le va. Pero volvamos ahora a ti. Busca el poder de las sorpresas en la Palabra de Dios. Nuestro Dios es un Dios que asombra y sorprende. Su Palabra y su mundo están llenos de hechos extraordinarios. Demasiadas veces el predicador de la Palabra retuerce esas deliciosas maravillas y las sirve con aburrida insipidez, quitándoles toda vida. La Palabra de Dios debe sorprenderte *a ti* primero, a fin de que *tú* puedas sorprender al pueblo de Dios que te escucha.

14

La creación de un diálogo interno

—Además del «poder de la sorpresa», tu sermón debería reflejar también el poder de las preguntas. Al plantear a los oyentes las preguntas que encuentras en Jonás 1:6-12 les estimulas a que las respondan en sus mentes. Ésa es una manera excelente de retener su atención. ¿Te has dado cuenta de cuán a menudo Jesús usó la pregunta cuando hablaba con la gente?

—Con franqueza, nunca había pensado en ello hasta ahora.

—Tengo el número exacto aquí en mi cuaderno de notas —dijo el doctor Ocampo, mientras iba pasando sus hojas amarillentas—. ¿Sabías que entre los cuatro evangelios contamos con 237 preguntas que Jesús hizo? Y apenas una de ellas fue para recibir información.

—Hay un gran poder de instrospección y convicción en una pregunta. Por ejemplo, Jesús habló en Mateo 5 de amar a nuestros enemigos. Él primero ilustró cómo lo hace el Padre, enviando la lluvia sobre justos e injustos sin distinción; después llegó a una conclusión convincente mediante una serie de preguntas penetrantes. Escucha, Pablo, sus palabras según los versículos 46 y 47:

> Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles?

»Fíjate en cómo el cuchillo corta más hasta el corazón con una pregunta que con una declaración afirmativa. ¿Puedes sentir cómo penetra más con cada pregunta adicional?

—Ya veo lo que quiere decir —contestó Pablo—. En vez de decirle a la gente cómo pensar, Jesús les pide que examinen sus corazones para ver si están en la relación correcta con Dios.

—Exacto. Sería un buen ejercicio para ti volver a leer los evangelios y señalar cada una de las preguntas de Cristo. Pregúntate cuál fue el efecto que tuvo cada una de esas preguntas, y cómo una declaración afirmativa directa podría haber debilitado lo que quería enseñar. Quizá algún día te animes a predicar una serie sobre «Preguntas que Cristo Jesús nos hace».

—Habiendo 237 preguntas, podría predicar durante una larga temporada —respondió Pablo riendo.

—Cristo también concluyó algunas de sus parábolas con una pregunta —se apresuró a agregar el doctor Ocampo—. En la parábola del Buen Samaritano no afirmó simplemente: «Tú también deberías ir y ayudar a tu prójimo», sino que preguntó: «¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?» La pregunta forzó a los judíos a reconocer a los samaritanos.

—¿Y qué de los profetas, doctor Ocampo? La predicación profética tiene una característica propia de examen, de forma que las preguntas serían muy apropiadas.

—Esa es una observación excelente, Pablo. Tienes razón. En realidad el libro sobre el que estás predicando ahora *termina* con una pregunta. Léela tú mismo.

Pablo buscó en Jonás 4:11 y leyó:

> ¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?
>
> ¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?

—¡Qué gran final para un excelente libro! —exclamó el doctor Ocampo—. Jonás está allí al lado de su calabacera marchita, en medio de un desierto ardiente, para ponderar el amor de Dios por las personas perdidas del mundo.

—En ese caso el profeta está siendo examinado por la pregunta, más que haciendo él el examen —observó Pablo.

—Es cierto, pero si miras el final del libro de Nahúm verás que aparece lo opuesto, y es sobre la misma ciudad, Nínive. Escucha la naturaleza obsesionante de la pregunta de Nahum:

> No hay medicina para tu quebradura; tu herida es incurable; todos los que oigan tu fama batirán las manos sobre ti, porque ¿sobre quién no pasó continuamente tu maldad?

—De nuevo, es un final perfecto para un libro que predice el juicio sobre la caída de una ciudad.

—Estás aprendiendo acerca del poder de las preguntas, Pablo. Un efecto importante de usar preguntas en los sermones es que haces que las personas lleven a cabo un diálogo contigo durante la predicación. En ocasiones, alguna persona puede incluso responder en voz alta, pero por lo general la conversación tiene lugar dentro de sus mentes.

—Ya que lo menciona usted, he sabido de predicadores que de vez en cuando estimulan a sus oyentes a responder en voz alta. Repiten sus preguntas hasta que las personas dan una respuesta vigorosa.

—Sí, y lo hacen para retener la atención de los oyentes y enfatizar algún punto importante. Observa a tu gente cuando haces preguntas. Algunos van a mover la cabeza, otros parecen intrigados mientras piensan en la respuesta. Puedes decir inmediatamente si están contigo, si te están escuchando o si están entendiendo.

»Algunas preguntas pueden ser del tipo: «¿Comprenden lo que estoy diciendo?» Ayudan a llamar la atención sobre algún aspecto difícil. Otras preguntas pueden sugerir: «¿Escucharon lo que dije?» Ayudan a enfatizar alguna verdad que no quieres que los oyentes pierdan.

—Ésas son del estilo en que Cristo usó el «De cierto, de cierto os digo...» o «El que tenga oídos para oír, oiga» —respondió Pablo, mientras se apresuraba a tomar notas sobre el propósito de las preguntas.

—Exacto. Aunque ésas no son en realidad preguntas, actúan en la mayoría de los casos para atraer la atención. Otra razón para plantear una pregunta es para ayudar a captar lo obvio en vez de declararlo, como una especie de pregunta retórica.

»Pero recuerda el efecto que se busca mediante las preguntas. Invitan a los oyentes a *pensar* y *responder*, no solamente a escuchar.

Estimulan a la gente a responder en lo profundo de su mente. Mientras que las personas se mantengan en diálogo mental contigo, los tendrás escuchándote. Están prestando atención y sus mentes estarán menos propensas a vagar.

En vez de decirle a las personas cómo debían pensar, Jesús les pedía que buscaran en sus propias almas para ver si tenían una relación correcta con Dios.

Eso sucede también cuando usas, adivinanzas y rompecabezas. Si le fórmulas a alguien una adivinanza o le planteas un problema, él instintivamente acepta el desafío e intenta resolverlo. Repito otra vez, está relacionándose contigo, aunque sólo sea en su pensamiento.

—La única adivinanza que viene inmediatamente a mi mente es la adivinanza que Sansón planteó acerca del león y la miel. ¿Hay otras en la Biblia? —preguntó Pablo.

—En un sentido, todas las parábolas de Cristo fueron enigmáticas o adivinanzas. ¿Recuerdas cómo los discípulos solían acudir a él más tarde pidiéndole que les explicara el significado de la parábola? Piensa en cómo funcionaba su curiosidad tratando de resolver el misterio antes de que Él les revelara la solución.

—Así que las frases enigmáticas y adivinanzas tenían un efecto aún más significativo que las preguntas directas, puesto que la multitud se marchaba y se quedaba pensando por días acerca de lo que cierta parábola pudiera significar —comentó Pablo.

—Por supuesto. Piensa también en cómo esa técnica fijaba la parábola y su interpretación en las mentes de los discípulos una vez que Jesús les daba a conocer la solución. Si tú alguna vez has trabajado duro para resolver un enigma, adivinanza o rompecabezas, sabes de qué manera todo ese esfuerzo hace que la solución se grabe para siempre en tu mente. La siguiente vez que alguien lo prueba contigo, generalmente recuerdas la solución de inmediato.

Pablo pensó en todas las horas que le llevó resolver un conocido rompecabezas de niños, que es un cubo con franjas de diferentes colores que debe coincidir, y que no había vuelto a tener en sus manos en varios años. Se preguntaba cuánto le costaría recordar la solución.

—Uno de mis ejemplos favoritos de adivinanzas que el Señor propuso lo encontramos en Marcos 12:35-37 —dijo el doctor Ocampo, mientras buscaba el pasaje en su desgastada Biblia.

Pablo pensó en cómo aquella vieja Biblia era tan frágil como el mismo profesor. Se preguntaba por qué la voz del anciano le parecía más débil hoy que la semana anterior.

—Mira este pasaje magistral que nos dejó el Maestro —continuó diciendo el doctor Ocampo, inconsciente de los pensamientos de Pablo.

Enseñando Jesús en el templo, decía: ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? Porque el mismo David afirma por el Espíritu Santo: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga tus enemigos por estrado de mis pies». David le llama Señor; ¿cómo, pues, es su hijo?

»Marcos termina con la observación de que el pueblo le oía de buena gana. ¿Pero te puedes imaginar lo que significó esto para los líderes religiosos? Quedaron en medio de una encrucijada y la obvia solución del mismo era el reconocimiento de la naturaleza mesiánica de Cristo Jesús. Era un rompecabezas que ellos no querían resolver; en realidad Mateo nos dice que rehusaron responderle y que nadie se atrevió a hacerle a Jesús más preguntas.

El doctor Ocampo volvió a buscar en su cuaderno de notas.

—Aquí está —dijo él, como si Pablo supiera lo que andaba buscando—. Jeremías nos da varios ejemplos más referentes al uso de adivinanzas que hacía Cristo. ¿Cómo podía ser Juan el Bautista el más grande de los hombres nacido de mujer, y a la vez ser el más pequeño en el reino de Dios? ¿Qué acerca de las enigmáticas palabras de Cristo sobre «Destruid este templo y en tres días lo levantaré»? Él también cita las tres clases de eunucos que se mencionan en Mateo 12:19 como un enigma.

—¿Qué le parece si el predicador plantea sus propias adivinanzas a la congregación? —preguntó Pablo.

—Algunas veces puedes sacarlas de las mismas Escrituras. Por ejemplo cuando Dios habla de «nosotros» en Génesis 1:26 y 11:6, ¿de quién está hablando? Si les preguntas eso a tus oyentes, ellos empiezan a ver la doctrina de la Trinidad velada en el lenguaje del Antiguo Testamento.

—¿Qué le parece contrastar Efesios 2:8-9 con las palabras de Santiago acerca de que el hombre es justificado por «obras y no sólo por la fe»? —sugirió Pablo.

—Excelente. Uno de los mensajes que más capta la atención en una puedas predicación es cuando presentas dos verdades o pasajes aparentemente contradictorios de las Escrituras; dejas que

la congregación viva la tensión por un momento, y entonces les ayudas a resolver el problema. Algunos miembros se han sentado durante años por años en las bancas del templo esperando que alguien les explique cómo es que nunca podemos ser separados del amor de Dios. Esto a la luz de que el escritor de Hebreos nos advierte acerca de la apostasía y del alejamiento de Dios. Ellos están esperando, pero la mayoría de los predicadores no se atreven a meterse en estos terrenos.

—Puede que ellos mismos no conozcan las respuestas. Usted no puede esperar que un predicador predique sobre lo que no sabe —exclamó Pablo.

—No, nunca prediques si estás inseguro acerca de la verdad principal de tu mensaje. Es triste, pero muchos predicadores no predican sobre estos problemas porque su programa diario está demasiado lleno de cositas en vez de la obra del Señor. Requiere tiempo, mucho trabajo y agonía buscar las respuestas para algunas de estas preguntas. Pero en vez de dedicar tiempo a profundizar en la Palabra de Dios, muchos viven dependiendo todavía de lo que aprendieron en el seminario años después de haber salido de él. No nos asombre que sus mensajes sean desabridos y sin poder.

—Hablando de itinerarios de tiempo y de trabajo, ¿podemos hablar acerca de cómo uso el tiempo, antes de marchar para la biblioteca? —preguntó Pablo.

Los comentarios del doctor Ocampo acerca del tiempo y prioridades le recordaron a Pablo la tarea que le había entregado la semana anterior.

—¡Por supuesto! Necesitamos que estés preparado para presentarlo bien ante el Consejo de diáconos. ¿Cuándo es la próxima reunión?

—En dos meses, cuando nos reunamos para hablar sobre planes para el otoño.

—Esos planes deben incluir algunos cambios en tu propio programa. Ahora sería un buen momento para empezar con ello.

El doctor Ocampo comenzó a ponerse de pie lentamente para ir hasta su escritorio y recoger el estudio que Pablo había hecho. En el momento en que iba a alcanzar su bastón, sonó el teléfono que estaba en la cocina. Tanto Pablo como él dieron un salto, sobresaltados por la inesperada interrupción.

—¿Quién me llamará a mí? Recibo ahora muy pocas llamadas.

Dándose cuenta del tiempo y el esfuerzo que le requeriría al anciano profesor llegar al teléfono y responder, Pablo se levantó y respondió por él. Quien llamaba era la hermana Nora, su secretaria. Le dolía tener que interrumpirlo, pero era un caso de auténtica emergencia. La señora Ester Gómez había llamado a la oficina para informar que su esposo, Antonio, acababa de sufrir un ataque al corazón en el trabajo. Se hallaba en estado crítico en la unidad de cuidado intensivo del hospital, y Ester quería que Pablo fuera a verlo inmediatamente.

—El hermano Antonio era el presidente del comité de púlpito cuando me llamaron como pastor. Llevaba varias semanas sin asistir a las actividades de la iglesia debido a toda la crítica que se estaba produciendo por mi mala predicación —explicó Pablo.

—Cuánto siento lo de su ataque al corazón. Lo recordaré en mis oraciones —dijo el doctor Ocampo, moviendo su cabeza.

Pablo recogió rápidamente su Biblia y cuaderno de notas, y se encaminó hacia el hospital.

15

El proyecto Nehemías

Mientras Pablo corría hacia el hospital, su instinto le decía que ésta iba a ser una de esas semanas tan habituales en la vida de un pastor. Podía resultar muy fácil dejar que los eventos le robaran el tiempo que tanto necesitaba para la preparación de los sermones, de forma que se prometió a sí mismo que, de ser necesario, se levantaría cada día más temprano a fin de disponer del tiempo que le faltara.

No sólo el hermano Gómez tuvo que someterse a una operación quirúrgica de emergencia, sino que Pablo también tuvo que llevar a cabo el funeral de un anciano enfermo y celebrar una ceremonia de bodas; ambos el sábado.

Toda la semana fue una locura de actividad. Hubo que hacer planes para atender por la mañana en el templo todo lo relacionado con el funeral y después cambiar rápidamente el salón social de la iglesia para la recepción de la boda en la tarde. El viernes por la noche se las arregló para pasar por la funeraria en el tiempo libre entre el ensayo de la boda y la cena para familiares y participantes en la ceremonia. Entre tanto, estuvo yendo y viniendo a diario al hospital para ver cómo iba la recuperación del hermano Gómez y confortar también a su esposa en la prueba.

Pablo experimentó emociones encontradas mientras visitaba a la familia Gómez. Allí estaba el hombre que con tanto entusiasmo le había extendido el llamamiento para ser el pastor de la Iglesia del Calvario. Pablo recordaba la noche lluviosa en la que Antonio y Ester aparecieron por su departamento con un grupo de miembros de la iglesia dispuestos a ayudarlos a trasladar sus pertenencias a la casa pastoral cerca del templo.

Después pensó en el hermano Gómez cuando dejó de asistir al

templo avergonzado por la falta de vida en la predicación de Pablo. En su intimidad se preguntaba que haría ahora el matrimonio Gómez si él sobrevivía a la operación quirúrgica de corazón. ¿Se sentirían en deuda con él y volverían a la iglesia? ¿O se mantendrían alejados?

En medio de todo, mantuvo su promesa de trabajar con tiempo los sermones, levantándose dos horas más temprano el martes, miércoles y jueves para dedicar ese tiempo y energías preciosas a su preparación.

Dos meses antes, Pablo hubiera dejado todo hasta el sábado por la noche después de la recepción de la boda; entonces se habría disculpado ante la iglesia por el mensaje sin preparar con base en todas las actividades adicionales que habían surgido durante la semana. Después de todo, a menudo los propios hermanos animaban esa actitud al simpatizar con él en la puerta del templo por haber tenido una semana tan ajetreada.

Pero ahora él se había reconsagrado a la importancia de la predicación. Se levantaría antes para tener tiempo de prepararse.

—No puedo creer lo motivado que estuve la semana pasada —le dijo Pablo al anciano profesor—. (El doctor Ocampo expresó su regocijo por el reavivado entusiasmo de Pablo.) No permití que mi predicación sufriera drásticamente a pesar de todas las emergencias. Pude incluso usar algunos de los eventos para incluirlos en la predicación, de forma que dieron más vida tanto al mensaje como a la congregación.

—No descuides el descanso, Pablo —le advirtió el doctor Ocampo—. No puedes permanecer mucho tiempo en la cumbre de las emociones. ¿Recuerdas cómo Cristo Jesús llevaba a sus discípulos a un lugar solitario para descansar, antes de que empezaran a explotar debido a la tensión acumulada? Tómate un respiro esta semana.

»Así como la preparación de los sermones debe seguir la pauta de ataque-descanso-ataque-descanso, tu cuerpo necesita descansar también. Dedícale tiempo adicional a tu familia. Tómate dos días de descanso o, al menos, un día y medio. Es mejor que regreses al trabajo deseoso de comenzar de nuevo, antes de que empieces a tenerle pavor.

—Sé por experiencia que tiene razón. Gracias por recordármelo. Eso me ayuda a no sentirme culpable si descanso un poco.

—Estupendo. Volvamos ahora a la predicación. Tendrás que esperar hasta mañana para descansar —bromeó el doctor Ocampo.

—Íbamos a hablar sobre la reunión de diáconos cuando la llamada telefónica nos interrumpió la semana pasada. Estoy lleno de curiosidad por oír sus ideas.

—Está bien, empecemos pues. Tu estudio revela el tipo de problemas normales que enfrentan los pastores. En tu mente sabes que tu capacitación y el deseo de tu corazón han sido ministrar la Palabra, predicar y orar, como lo expresa Hechos, capítulo 6. Pero la realidad del pastorado te somete a una tensión continua. Existe una lucha constante entre el ministerio «real» y el «trabajo de la iglesia». A menos que definas tu llamamiento claramente, delimites tus áreas de responsabilidad, y programes, entonces, tus prioridades cómo corresponde, nunca cumplirás bien con aquellas áreas verdaderamente importantes.

—¿Quién fue el que habló acerca de la tiranía de lo urgente? —preguntó Pablo—. «Lo urgente rara vez es importante, lo importante rara vez es urgente».

—Creo que fue Pablo Little, y estoy de acuerdo con él. Cristo hizo un esfuerzo consciente para evitar caer en la trampa del tiempo. Estaba demasiado ocupado en los negocios del Padre como para permitir que lo desviaran. ¿No es sorprendente que cuando llegó al final de su ministerio público reconoció delante del Padre que había hecho todo aquello para lo cual Él le había enviado?

—¡Yo pocas veces siento que he hecho aquello que el Padre quiere que *yo* haga! —confesó Pablo.

—Y nunca lo podrás hacer hasta que ceses de escuchar a los innumerables jefecitos que tienes y escuches la voz de tu Maestro. No puedes servir a dos señores.

—¿Cómo podré alguna vez aprender a hacerlo? —preguntó Pablo.

Cristo hizo un esfuerzo consciente para evitar caer en la trampa del tiempo. Estaba demasiado ocupado en los negocios del Padre como para permitir que lo desviaran.

—Parte del problema está en tu inseguridad en relación con otras personas. Los ministros, especialmente, encuentran difícil decir no a las muchas solicitudes que reciben. Deseamos ser amables, servir a las personas, y ser amados por todos. Pero si sabes cuál es tu llamamiento y tienes una clara comprensión de quién eres en Cristo, puedes ponerte más firme en ello. Puedes aprender a rehusar cortésmente ocuparte de aquellas cosas que otros deberían hacer en la iglesia.

—¿Por ejemplo? —preguntó Pablo.

—Por ejemplo, escribir y editar el boletín semanal de la iglesia. ¿Es que no hay nadie que pueda hacer esa tarea? ¿Viste la cantidad de horas que dedicaste al boletín y que aparecen registradas en tu estudio del uso del tiempo? Y esa es una obligación mensual.

—Sí, excepto cuando salgo de la ciudad. Pero no me incomoda elaborar el boletín.

—No es cuestión de que *te incomode* o no; lo que importa son *las prioridades* —señaló el doctor Ocampo.

—Pero no creo que alguien realmente lo...

—¿Haría como tú lo haces? —completó así el profesor los pensamientos de Pablo.

—Bueno, eso es en parte. Me temo que no se haría para nada. La iglesia no tuvo boletín durante un par de años, de forma que al final me encargué yo de ello. Creo que es importante.

—¿Y también cortar el césped? —presionó el doctor Ocampo.

—No pude soportar más el mal testimonio que dábamos al vecindario. Habían descuidado el césped por dos semanas, y vinieron entonces las lluvias. Además, fue un buen ejercicio para mí —protestó Pablo.

—¡Deja que crezca el césped! —dijo el doctor Ocampo con energía.

La fuerza de su voz sorprendió a Pablo.

—¡Pablo, estás descuidando el ministerio de la Palabra por servir a las mesas!

—¿Es que al cortar el césped no fui yo mismo un ejemplo de humildad y servicio? Creo que eso estimula a otros a seguir mi ejemplo.

Pablo se estaba sintiendo un poco herido. El anciano profesor parecía menos paciente esta mañana que otras veces.

—¿Hay alguien dispuesto a hacer esa tarea?

—Todavía no.

—Y me imagino que también remueves la nieve en el invierno, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? Pues sí, lo hago. Y déjeme decirle, ya que estamos hablando de esto, que pasé la primera semana de julio pintando mi oficina. Disfruto haciendo esa clase de tareas. Al menos puedo ver resultados inmediatos cuando pinto la oficina o corto el césped. A menudo trabajo durante años con las personas y no veo nada.

—¿Pero quién ha seguido tu ejemplo y ha venido a ayudarte? ¿No lo ves, Pablo? Cuanto más trabajo de esa clase realices, más

esperan ellos que hagas. Además, estoy seguro de que hay ciertos proyectos pendientes en tu propia casa que Susana desearía que acabes, ¿verdad que sí?

—Ella se enojó un poco conmigo cuando pinté la oficina, porque llevaba ya varias semanas insistiendo en que pintara unos cuartos de la casa y no lo había hecho.

—Tiene toda la razón para estar enfadada. Escucha, el Señor te ha dado el don de ser un siervo de la Palabra de Dios. Ése es tu ministerio. Por eso te levantaste temprano la semana pasada a fin de que tus mensajes estuvieran listos para el domingo. ¿No te sientes alguna vez resentido haciendo esas otras cosas: pintar, cortar el césped, quitar la nieve, preparar el boletín, y sacar incluso la basura de la iglesia?

—A veces sí, pero lo atribuyo a mi propia naturaleza pecaminosa —confesó Pablo.

—Tu resentimiento puede ser también una reacción instintiva al hecho de que no estás cumpliendo con tu llamamiento, mientras que otros están descuidando el suyo. Puede, incluso, ser fruto de la convicción del Espíritu Santo. Hay docenas de personas en tu iglesia capaces de cortar el césped y quitar la nieve. Si no lo hacen, debes incluirlo en el presupuesto de la iglesia y pagarle a alguien por ello. Pero tú no descuides tu llamamiento por servir a las mesas.

—Sé que tiene toda la razón, pero es que no puede soportar ver descuidados el edificio y los patios.

—Déjalo, pero al mismo tiempo informa bien a la iglesia por qué no lo estás haciendo tú. Los miembros de la iglesia son lo suficientemente inteligentes como para entender tus razones, pero tienes que comunicárselo a ellos de una forma que sea efectiva.

»Percibí otra pérdida de tiempo en lo que tú señalaste hace unas semanas —continuó el doctor Ocampo—. Permites que aparezcan por la oficina miembros de iglesia que aparentemente no tienen nada mejor que hacer que sentarse y mirar los pájaros. Tienes que encontrar la manera de limitarlo.

—Pero la iglesia insiste en tener un pastor que sea accesible, dispuesto al diálogo y disponible para la consejería.

Pablo estaba de acuerdo con el doctor Ocampo en este asunto, pero no podía ver una solución clara y rápida.

—Déjame repetirte que es muy importante comunicar, y hacerlo cuidadosamente. No quieres dar la impresión de que estás demasiado ocupado para las necesidades genuinas pero, a la vez, quieres que los hermanos conozcan el valor de tu tiempo. Una cosa es la consejería y otra es perder el tiempo.

»Sin embargo, hay un problema más profundo que subyace debajo de todo esto, Pablo. Tal como aparece ahora, los miembros de la iglesia te tienen muy poco respeto. Te elogian de labios, pero valoran muy poco tu tiempo y tu llamamiento. Para ellos tú eres el hombre que no tiene nada que hacer después del domingo. ¡Tienes que cambiar esa imagen! No con impaciencia o poniéndote a la defensiva, pero tienes que cambiarla.

—¿Qué plan tiene en mente? —preguntó Pablo—. ¿Qué sugiere usted?

—Primero, tienes que convencerte tú mismo de que hay que cambiar ciertas cosas. Tú puedes ser el mejor de la iglesia para preparar el boletín; puede que tú pintes, quites la nieve y cortes el césped muy bien, pero ésas no son tus responsabilidades. Puede que seas excelente matando el tiempo en conversaciones agradables, pero tu tiempo es demasiado valioso para perderlo. Tú tienes que *redimir* el tiempo, no malgastarlo.

»Tienes que establecer las prioridades correctamente en tu mente. Usa esa lista que separa las cosas que *tú* tienes que hacer de las que *otros* tienen que hacer. Recuerda Hechos 6 y Efesios 4. Te debes a Dios primero. Debes darle al Señor lo mejor de los dones de tu llamamiento.

»Entonces ve a la reunión del Consejo de diáconos con un plan bien pensado. Pero antes de hacerlo, sería bueno que dieras otros pasos preparatorios. ¿Hay algunos miembros del consejo en los que tú confíes y a los que puedas abrir tu corazón? —preguntó el doctor Ocampo.

—Para este asunto puedo pensar en tres o cuatro —respondió Pablo.

—Estupendo. Reúnete con ellos por separado o en grupo, quizá para cenar juntos. Muéstrales los materiales que has recogido. Comparte con ellos tus observaciones sobre lo que has descubierto en relación con el uso de tu tiempo.

»Entonces pídeles —y esto es importante, Pablo—, pídeles que te respondan a la pregunta: «¿Cómo ven ustedes mi llamamiento como pastor?» Pregúntales para qué creen que fuiste al seminario; qué piensan que significa tu capacitación especial allí; cuál fue el propósito de aprender griego, hebreo, homilética, historia de la iglesia, teología y ética.

»No debes transmitirles un aire de superioridad, pero necesitas comunicarles la convicción profunda de tu llamamiento y entrenamiento. Decirles que quieres hacer aquello para lo cual has sido escogido y formado.

Pablo pudo ver la conveniencia de preguntar de esa manera.

Esta forma de cuestionamiento tenía respuestas obvias para ellos. ¿Para qué gastar tanto tiempo, esfuerzo y recursos en una capacitación especializada si no tenía tiempo para usarla? ¿Cuál es el beneficio de los dones de Dios para la iglesia si no se dispone del tiempo para utilizarlos?

—Después de reunirte con esos pocos para ayudarlos a ver el problema, planea entonces ir con ellos ante todo el Consejo de diáconos con los mismos materiales.

—¿No cree, doctor Ocampo, que sería sabio para ellos preparar al Consejo de diáconos con algo de antelación, a fin de que no sientan que los tomo por sorpresa?

—Eso podría ayudar si tus confidentes son buenos comunicadores. No conviene que pongan a los demás a la defensiva, sino que compartan sinceramente con ellos tus preocupaciones. Sí, creo que eso sería excelente.

—¿Cómo podrían hacerlo? —preguntó Pablo.

—Pueden actuar de varias maneras. Primero, pueden clarificar tu presente descripción de tareas junto contigo, con el fin de redactar una nueva. Segundo, pueden comprometerse ellos mismos a atender las responsabilidades que van a quedar en el aire con los cambios. Pueden comunicar estas necesidades a la congregación y animarla a que dé un paso al frente para ayudar.

»Y, Pablo, no cometas el error de pensar que con un anuncio en el boletín va a ser suficiente. Es casi imposible excederse en el uso de la comunicación en la iglesia.

—¿Qué más puede hacerse? —preguntó Pablo.

—Una de las mejores cosas que los diáconos pueden hacer por ti es controlar las interferencias en tu trabajo. Es mucho mejor que estos hermanos que se dedican a perder el tiempo reciban un consejo de parte de ellos que no de parte tuya. Deberían dedicar tiempo, en sus conversaciones para edificar tu rol singular en la iglesia, al mismo tiempo que alertan a otros a no tomar éste a la ligera. Déjalos que se encarguen ellos de educar a los miembros.

»Tampoco olvides a tu secretaria. La hermana Nora puede ayudarte mucho controlando las llamadas telefónicas y las visitas a la oficina. Sé de un pastor que dedica las mañanas a estudiar. La congregación sabe que no debe interrumpirlo, excepto por auténticas emergencias. La secretaria le pasa los mensajes a las 11 de la mañana, y luego hace llamadas a fin de ahorrarle tiempo en caso de que la línea esté ocupada o la otra persona no pueda responder al teléfono en ese momento.

»Y si alguien necesita una cita, él ha dejado en su agenda

suficiente tiempo libre como para que ella concrete las citas por él. Después es informado de las mismas.

—Eso sería una gran ayuda. Mi gran necesidad es explicar todo esto al Consejo de diáconos y a mi secretaria, con el fin de que entiendan qué es lo que estoy tratando de hacer y por qué lo estoy haciendo —comentó Pablo.

—La comunicación es vital, ¿pero no creas que van a entenderlo, Pablo? Simplemente déjalos que piensen en por qué recibiste todo ese entrenamiento especializado. Esto los empezará a llevar en la dirección correcta.

—Sé de un colega mío que programa sus citas de abajo para arriba —recordó Pablo—. Instruye a la secretaria para que ponga la primera solicitud de cita para las 4 o 4:30 de la tarde, la segunda antes de eso, y así sucesivamente hasta la 1:00 de la tarde. Él dice que eso le proporciona tiempo adicional para estudiar y escribir en las tardes. ¿Qué piensa usted de esa idea, doctor Ocampo?

—Creo que todo depende, en cierto modo, de cada pastor. En mi experiencia personal, normalmente mi mente se encontraba ya saturada y cansada para la hora del almuerzo, de manera que procuraba organizar mis citas para después del almuerzo y durante la tarde. Podía regresar a mis estudios después de haber dado a mi mente unas horas de descanso. Tienes que experimentar lo que funciona mejor para ti.

—Así que, ¿ésa debería ser básicamente mi estrategia para la reunión de diáconos? —preguntó Pablo.

—Sí, tú puedes complementar los detalles. Pero por supuesto, no les sorprendas con todo esto la noche de la reunión. Trabaja primero con esos pocos que tú crees que mostrarían más simpatía hacia tus ideas. Después avisa a los demás con antelación acerca de lo que va a haber en la agenda. Entonces puedes ir a la reunión preparado para hacer cambios importantes en tu papel como pastor. Ve con fe, envuélvelo en oración ferviente, pero asegúrate de que has hecho bien tu trabajo preparatorio.

El doctor Ocampo hizo una pausa y a continuación agregó:

—Hazlo como Nehemías lo hizo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Pablo.

—¿Recuerdas como él se levantó en la noche y salió con unos pocos hombres de su confianza para inspeccionar los muros de Jerusalén? Él estudió el problema, recogió la información, elaboró sus planes, los compartió sólo con unos pocos de confianza, y después fue al pueblo con su plan de acción. Nehemías fue muy sabio. Te haría bien seguir su ejemplo. Lo puedes llamar tu «Proyecto Nehemías».

16

Peticiones sorprendentes

—Creo que ya hemos dicho bastante por ahora sobre el Consejo de diáconos, ¿no te parece?

El doctor Ocampo se quitó los lentes y se frotó sus cansados ojos con la mano. Se fue poniendo solemne, lo que no era muy característico en él.

—Estoy de acuerdo. Siento como si ya hubiera pasado la otra reunión de diáconos —dijo Pablo riendo, sin haberse dado cuenta todavía del cambio de ánimo de su mentor.

El anciano se quedó en silencio por un momento, después se puso de nuevo los lentes.

—Tengo un favor que pedirte, Pablo. Te puede parecer algo extraño, pero quiero que seas tú quien predique en mi funeral.

Pablo empezó instintivamente a protestar, pero el doctor Ocampo le indicó con la mano que no siguiera.

—Escúchame primero. Te lo estoy diciendo con toda seriedad. Hace años un colega y un servidor hicimos un pacto. José y yo nos conocimos en el seminario y fuimos amigos desde entonces. Acordamos que el que sobreviviera al otro llevaría a cabo el funeral del fallecido. Al principio era más una broma que otra cosa; pero cuanto más bromeábamos al respecto, tanto más sabíamos en nuestras mentes que eso era lo que queríamos. Poco después de que nos despidiéramos la semana pasada, recibí una llamada telefónica informándome que mi amigo había fallecido repentinamente mientras dormía. Prediqué en su funeral el jueves.

—¡Cuánto lo siento, doctor Ocampo! Estaba tan centrado en compartir mis propias actividades de la semana que no me di cuenta hasta ahora de lo que usted había estado pasando.

—Intenté decírtelo esta mañana, pero llegaste hablándome con tanto entusiasmo que no me atreví a nublar tu gozo. Pero te estoy pidiendo con seriedad que prediques en mi funeral —dijo el doctor Ocampo con firmeza—. No puedo pensar en nadie más apropiado para hacerlo que tú.

Pablo luchó para encontrar la respuesta apropiada.

—Me siento honrado con su petición. No sé que más decir.

—¡No, no tienes que decir más! —dijo el anciano, cambiando la expresión de su rostro—. He puesto por escrito mis deseos para el servicio funeral. Por favor, guarda esto en algún lugar seguro para cuando lo necesites.

Le entregó a Pablo un sobre de tamaño mediano con las palabras: «Para el servicio funeral del doctor Guillermo Ocampo» escritas a mano. Pablo tuvo el sobre en sus manos más tiempo del necesario para leer aquellas palabras, y seguidamente lo guardó con todo cuidado entre las páginas de su Biblia.

—Tengo también otra petición que hacerte —continuó diciendo el doctor Ocampo—. La última noche me vino a la mente una idea en relación con lo que tú y yo estamos haciendo juntos. Estaba leyendo 2 Timoteo 2, y fue el segundo versículo el que me llevó a tomar esta decisión.

Los dos abrieron sus Biblias en el pasaje citado y el profesor leyó:

> Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.

Repitió de nuevo la lectura y después cerró lentamente la Biblia.

Mientras Pablo estudiaba el rostro que tenía enfrente a él, se preguntaba cómo es que había sido tan insensible para no haber percibido antes el dolor evidente que tenía. La voz del doctor Ocampo lo devolvió a la realidad de lo que estaban conversando.

—Se me ocurrió antenoche que tú eres para mí como Timoteo para Pablo. Tú has llegado a ser mi hijo amado durante este tiempo que llevamos juntos. Pablo, quiero que hagas tú por mí lo que el apóstol Pablo instruyó a Timoteo que hiciera por él. Quiero que compartas tu experiencia de este tiempo con otros pastores que puedan estar necesitando estímulo y ayuda en su predicación.

—¿Quiere decir que invite a otros para que se reúnan con nosotros los lunes por la mañana?

—No, estaba pensando en que tú puedes desarrollar un cursillo o seminario sobre predicación, algo que pudieras enseñar a tus compañeros. Puedes crearlo basándote en las notas que vas recogiendo de nuestras conversaciones y enfocándolo a recuperar una perspectiva fresca y el celo por la predicación.

Pablo reaccionó ante esa idea:

—¿Quién soy yo para presentarme de repente como un experto en la predicación? Una cosa es tomar notas para mí mismo y otra muy diferente es enseñar a otros.

—Piensa en ello, por favor. Ha sido muy gratificante para mí ver el cambio que se ha operado en ti, y a mí ya no me queda el tiempo ni la energía necesaria para hacer esto con muchos otros. Pensé que quizá tú podrías hacer esto por mí. ¿No era eso después de todo lo que el apóstol Pablo estaba experimentando cuando escribió 2 Timoteo? Él estaba terminando su carrera y se preocupaba de que la obra continuara después de su partida. De manera que confió a Timoteo la tarea de enseñar a otros, quienes a su vez entrenarían a otros más.

—Déjeme que repase mis notas y vea lo que puedo hacer —respondió Pablo débilmente—. Pensaré en ello.

—Yo te ayudaré en todo lo que pueda. Tú has reconocido que hay una gran necesidad de esto, ¿no es cierto?

—Sí, estoy totalmente de acuerdo. Conozco a varios pastores que podrían usar el mismo estímulo que usted me ha dado para mejorar sus predicaciones.

—Entonces, trato hecho. Puedes empezar con aquellos que conoces.

—Pero yo no soy la persona adecuada para esta tarea. *Usted es* el profesor de homilética, no yo.

—No tienes que presumir de ser una gran autoridad en la predicación; lo único que tienes que hacer es compartir tu experiencia. Tu entusiasmo reavivado será una credencial más que suficiente. Enseña a otros lo que has estado aprendiendo aquí y anímalos, a su vez, a que ellos mismos transmitan a otros las lecciones. Una predicación inspirada es la necesidad en esta hora de la iglesia, y por la gracia de Dios tú puedes ayudar a satisfacer esa necesidad.

Pablo tuvo de repente una inspiración. Llevaba ya varias semanas dándole vueltas a la idea en su mente, y esto quizá le serviría para salir del dilema.

—Doctor Ocampo, ¿qué le parece si enseño una clase a los maestros de nuestra escuela dominical basada en los principios que usted ha compartido conmigo? Lo que quiero decir es esto: no hace mucho el director de nuestra escuela dominical me informó que estaba tenía dificultades en encontrar maestros de para

todas las clases. Los maestros se sienten cansados y quieren vacaciones.

—Estos principios, por supuesto, funcionan muy bien en la enseñanza —respondió el doctor Ocampo—. Por años fui el orador en la convención de escuelas dominicales del estado, y dirigí varios cursillos y seminarios sobre cómo enseñar la Palabra de Dios con entusiasmo y creatividad.

A Pablo se le iluminó el rostro:

—¿Respondió bien la gente a su seminario?

—Me pidieron que volviera cada año hasta que me jubilé.

—Me imagino que eso quiere decir que fue beneficioso —dijo Pablo riendo—. ¿Así que un curso de entrenamiento para maestros, satisfará su petición?

Al observar el rostro del profesor, Pablo pudo darse cuenta que aquella oferta no era suficiente. Los ojos del doctor Ocampo suplicaban que Pablo aceptara el compromiso.

Después de una larga pausa, Pablo respondió su propia pregunta.

—Le prometo trabajar en ello, haré todo lo que pueda.

—Gracias, hijo. Nada me complace tanto como eso en este momento de mi vida.

Entonces, con una sonrisa, el doctor Ocampo levantó la mano y añadió:

—Y por favor, prepara también la clase para los maestros. Tu iglesia va a estar muy agradecida por esa gran ayuda.

Una predicación inspirada es la necesidad en esta hora de la iglesia, y por la gracia de Dios tú puedes ayudar a satisfacer esa necesidad.

17

Una reserva de poder

Los eventos que rodearon el funeral del amigo del doctor Ocampo lo habían dejado agotado. Pablo ofreció marcharse con el fin de que pudiera descansar un poco, pero el anciano insistió en conversar sobre otro asunto clave.

—Debo hablarte acerca de lo que yo llamo «una reserva de poder», porque creo que ése es el ingrediente más importante en la predicación. Una reserva de poder no sólo será un poderoso estímulo, sino que también te ayudará a guardarte de la manipulación de ciertos principios de la predicación, que resultan en sermones desprovistos del Espíritu Santo. Pablo, ¿qué viene a tu mente cuando piensas en el término «reserva»?

—Pienso en un lago artificial o embalse.

—Exacto. Bernardo de Clairvaux hizo una vez una analogía excelente que contrasta embalses con tuberías de agua.

El doctor Ocampo leyó en su cuaderno de notas:

> Si eres sabio procurarás mostrar que tú eres más bien un embalse que una tubería de agua. Una tubería esparce el agua que recibe, pero un embalse espera hasta que está lleno y listo para rebosar. Entonces comparte sin pérdida para él, su superabundancia de agua.

—Déjame que te diga lo que pienso que significa. La tubería de agua da lo que saca de otra fuente, un poco cada vez. Si la otra fuente se seca, la tubería pronto deja de dar. No tiene recursos de reserva de los cuales sacar.

»El embalse o reserva también obtiene su agua de otra fuente,

pero con una diferencia significativa: recoge grandes cantidades de agua hasta que está a punto de rebosar. Usa su superabundancia para abastecer a otros por largos períodos de tiempo, hasta que las nuevas lluvias lo vuelven a llenar.

»Los predicadores deberían ser más como grandes embalses que como simples tuberías de agua. Deberían funcionar con base en la plenitud de la presencia de Dios en sus vidas, en vez de en los escasos recursos que van recogiendo de vez en cuando.

—Creo que sé lo que está diciendo, pero ¿podría, por favor, precisar un poco más el concepto? —pidió Pablo—. Así estaré mejor preparado para explicárselo bien a los demás.

—Si el abastecimiento que recibes de la Palabra de Dios lo pasas inmediatamente a las personas en tu ministerio, entonces estás siempre agotando los recursos que necesitas para llevar a cabo tu trabajo. Ése es el patrón de funcionamiento que emplean la mayoría de pastores. Sus estudios satisfacen solamente sus necesidades semanales: los sermones y estudios de la semana. Al final de la misma han dado todo lo que habían obtenido. Se encuentran vacíos de nuevo y deben empezar otra vez a luchar para encontrar nuevos recursos para la semana siguiente, cuando lo que deberían estar haciendo es llenar hasta el tope sus embalses y dejar que la abundancia que rebosa vaya para su pueblo.

—Reconozco que ésta ha sido mi propia pauta de estudio —confesó Pablo—. Por lo general, uso todo el fruto de mis esfuerzos en cada sermón y estudio que doy, cualquier semana. ¿Cómo puedo cambiar el hábito de ser una tubería a ser una reserva? ¿Qué hago para llenar mi embalse?

Pablo dibujó un embalse en su cuaderno de notas en anticipación de la respuesta del doctor Ocampo.

—Primero, no falles en llenar tu reserva con suficiente preparación y reflexión seria para los sermones y estudios de la semana. Deberías estar lleno de la abundante palabra de verdad que has descubierto en la preparación del sermón que tu iglesia sienta que no le has dado todo lo que podrías haberles dado. Deberían darse cuenta de que si el tiempo lo permitiera, fluiría del púlpito mucha más riqueza bíblica.

»Mucha de la predicación que escucho es poco profunda, muy superficial. Sólo roza la superficie de las Escrituras, nunca profundiza lo suficiente para sacar los tesoros escondidos. La congregación sabe que una lectura rápida del pasaje les va a producir igual beneficio como el recibido desde el púlpito. Lo que han experimentado es más parecido a un goteo que al rebosamiento de una reserva abundante.

—Sé lo que quiere decir —respondió Pablo—. Tengo un maestro de escuela dominical que nunca prepara la lección. Se excusa diciendo que él confía y depende del Espíritu Santo para que dirija el estudio.

—¿Y cuántos asisten a la clase?

—Sólo unos pocos, y más como un deber que con deseo.

—Eso es lo que supuse que sucedía. ¿Has observado cuántas veces el Espíritu Santo se niega a dirigir esos esfuerzos? ¿Por qué va a bendecir Dios la pereza?

»Por otra parte, Pablo, yo sé que también has experimentado la alegría que viene de descubrir los tesoros profundos y ocultos de la Palabra de Dios, los que no pueden ser desenterrados con un esfuerzo poco entusiasta y empleando la pala de juguete de un niño. Y cuando predicas, tu entusiasmo por esos descubrimientos no pueden hacer otra cosa que desbordarse desde el púlpito para bendición de tu pueblo.

Pablo asintió en conformidad, mientras el doctor Ocampo continuaba.

—Así que no descuides la erudición y el estudio serio de la Palabra. Ese trabajo adicional ayuda a llenar tu reserva, al tiempo que añade una dimensión significativa a tu predicación. La gente conoce la diferencia entre una preparación poco entusiasta y un esfuerzo total por encontrar la verdad de Dios.

—Sé lo que quiere decir, pero a veces aquello que *me* inspira a mí no le dice nada a mi pueblo. ¿Cuál es la diferencia entre el estudio serio que entusiasma a la gente y el otro que los aburre?

—Ésa es una excelente pregunta. Puedo responder con una sola palabra: ¡trivialidad! Al diablo le encanta que digamos trivialidades desde el púlpito, y nos alienta a que hagamos ostentación de conocimientos delante de la iglesia con el fin de elevar nuestro ego en vez de a Dios. Es igualmente fácil, por supuesto, enorgullecernos de comunicar conocimiento práctico y pertinente; sin embargo, esa clase de conocimiento tiene un poder en sí mismo que lleva a los oyentes a alejarse del predicador y acercarse al Señor. Dios puede ser glorificado en esa clase de verdad práctica, aunque el predicador pueda estar buscando su propia gloria.

—¿Es posible que alguien pueda ofrecer con humildad información trivial que satura el sermón, equivocándose sinceramente al pensar que el Señor lo está dirigiendo? —preguntó Pablo.

—Eso sucede muy a menudo, especialmente con los principiantes. La clave está en cuestionar constantemente si la información disponible ayudará al vehículo a llegar a su destino. Las trivialidades son como los desvíos.

Pablo dejó de escribir para hacer otra pregunta, pero vio que el doctor Ocampo miraba fijamente por la ventana. Sus ojos se veían tristes.

—Doctor Ocampo.

Su voz distrajo al anciano de sus distantes pensamientos.

—¿Oh? Discúlpame! ¿Dónde estábamos?

Experimenta la alegría que viene al descubrir los tesoros profundos y ocultos de la Palabra de Dios, los que no pueden ser desenterrados con un esfuerzo poco entusiasta y empleando la pala de juguete de un niño.

—Me estaba hablando de la importancia del estudio serio.

—¡Ah, sí! ¡Claro!

El anciano hizo un esfuerzo para concentrarse de nuevo y proseguir.

—El uso piadoso de la erudición bíblica abre ventanas de entendimiento para que los oyentes vean la grandeza de Dios, mientras que el uso impío de la misma es sólo una demostración de lo que el predicador sabe. Es una alabanza dirigida al rey-ego en vez de al Señor Jesús.

»Por esa razón, la erudición sola no va a llenar la reserva; también requiere oración. En alguna parte de este cuaderno de notas tengo una cita de E. M. Bounds tomada de su trabajo clásico sobre la oración. Aquí está.

El doctor Ocampo encontró lo que andaba buscando y leyó:

> Hemos enfatizado tanto la preparación del sermón que nos hemos olvidado de tener nosotros preparado el corazón. Un corazón preparado es mucho mejor que un sermón preparado. Un corazón preparado hará que preparemos el sermón.

De nuevo inició el ritual de cerrar cuidadosamente su desgastado cuaderno y dejarlo sobre la mesa.

—Es fácil usar las técnicas de la predicación en forma mecánica, manipulándolas para la promoción personal en vez de para la extensión del reino de Dios. Bounds nos recuerda la importancia de un corazón preparado.

—¿Cómo orar debidamente a fin de preparar el corazón para la predicación? —preguntó Pablo—. Quiero que mis motivaciones por alcanzar la excelencia sean puros, pero tengo que admitir que mi yo se entromete a menudo.

—El «yo» se inmiscuye incluso en la experiencia de los más santos predicadores, pero déjame darte unas cuantas ideas de cómo vencer ese problema.

El doctor Ocampo hizo una pausa momentánea. Se frotó los ojos de nuevo y, después de poner en orden sus pensamientos, continuó.

—¿Has probado dedicar todo un día, cada mes a la oración? Nada te va a llenar más con el sentido de la presencia y del poder de Dios que períodos largos, sin interrupción, de oración. Vete a pasear a un lugar apartado como Jesús lo hizo. Busca estar a solas con Dios. Y, si es posible, ora en voz alta. Yo he encontrado que orar en voz alta evita que mi mente se distraiga y me ayuda a abrir por completo mi corazón delante de Dios.

—¿Sobre qué cosas debería orar en esos momentos?

—Ten a mano una lista de los miembros de la iglesia y recuérdalos en oración. Concéntrate en lo que sabes de sus necesidades. Ora por el liderazgo espiritual de la iglesia; por tu familia y por ti mismo, pidiendo visión y sabiduría para guiar al pueblo de Dios. Tienes que gozarte en estar a solas con Dios antes de que puedas llevar a otros a su presencia.

»Además de un día al mes de oración, un «tiempo de oración personal a mitad de la semana» es crucial.

—¿Qué quiere usted decir con «un tiempo de oración personal a mitad de la semana»? —preguntó Pablo, mientras apuntaba la frase en su cuaderno de notas.

—Sucede que a menudo pasamos tanto tiempo recogiendo información para nuestros estudios que nos olvidamos de orar por ello. Nos lanzamos de cabeza a componer los bosquejos de nuestros sermones, sin buscar la dirección de Dios sobre cómo manejar el material que tenemos a mano.

»De manera que dedica tiempo a orar a mitad de la semana. Toma la información que has recogido para los sermones y ora pidiendo que Dios te dirija en su uso. Ora acerca de la composición actual y estado de ánimo de la congregación. Piensa en cómo un cierto joven, un soltero, un divorciado, un anciano viudo, un hermano sin trabajo, o uno que está sufriendo de una enfermedad grave o mortal pueden reaccionar a tu mensaje. Pide que el Espíritu de Dios te guíe para usar aquellos materiales de forma tal que ayuden a la vida y necesidades de la iglesia.

—He sabido de algunos predicadores que se sientan en las bancas en los lugares donde se sienta cada miembro y cada familia para orar por sus necesidades —comentó Pablo.

—Esa es una buena práctica, pero asegúrate de que agregas el elemento de orar por el sermón del domingo siguiente. Cometemos a menudo el error de separar nuestras oraciones por las personas del ministerio de la predicación de la Palabra a favor de esos mismos individuos. ¿Cómo debería ser preparado un sermón para que sea sensible a sus necesidades?

»Esta clase de oraciones agrega otra dimensión a la predicación. Creo que en esto pensaban los apóstoles cuando unieron la oración con el ministerio de la Palabra, como sus dos responsabilidades principales delante de Dios.

»Debes estar seguro de que esperas en Dios. Cuán pocos predicadores esperan en Dios en lo que se refiere a los sermones del domingo. Después de tu tiempo de oración a media semana, puedes entonces afinar tu mensaje como corresponde, permitiendo que se nutra de las reservas de agua de vida que el Espíritu Santo está llenando dentro de ti.

—Esas son unas sugerencias excelentes, doctor Ocampo. Ya me he hecho el propósito de tener mi primer «tiempo de oración de mitad de semana» este miércoles.

—Sin esos esfuerzos de oración, el mensaje se convierte en un testimonio de que tú confías en ti mismo en vez de que tu seguridad está en la fidelidad de Dios. El primero te glorifica a *ti*, mientras que el otro exalta a Dios. Te deberías sentir desnudo si vas al púlpito sin estar vestido de oración; y en realidad *estás* desnudo sin ella.

»Yo sé, Pablo, que tú has orado fervientemente por los miembros de la iglesia antes, pero mi énfasis aquí está en unir la oración más íntimamente con el propósito y dirección de tu predicación de la Palabra de Dios. Y hay otra área de la oración que es igualmente importante. Tiene que ver con tus motivaciones y tu corazón.

—¿A qué se refiere? —preguntó Pablo, picada su curiosidad.

—Los otros predicadores compañeros tuyos necesitan tus oraciones. ¿Con cuánta frecuencia oras por sus ministerios? Necesitas ser tan sincero en relación con su trabajo como lo eres con el tuyo.

—Apenas puedo encontrar el tiempo para orar por mí mismo como debiera, ¿y está usted diciendo que el orar por otros pastores es fundamental para conservar puros mis propias intenciones?

—Absolutamente. Pregúntate a ti mismo si de verdad puedes gozarte con aquellos que se gozan y llorar con aquellos que lloran en lo que toca a sus éxitos y fracasos en el ministerio. Debido a nuestra naturaleza pecaminosa, la tendencia es a hacer todo lo opuesto. Nos recreamos en los fracasos de otros y rechinamos los dientes por causa de sus éxitos.

—Sé que debería orar más por otros, y sé a qué se refiere exactamente cuando habla de motivaciones, pero encuentro difícil orar sinceramente por alguien cuando mi propio ministerio está tambaleando.

—Ora incluso cuando no sientas el deseo de hacerlo. El Señor honrará tus luchas en la oración honesta y fiel. Te llevará a la experiencia liberadora de regocijarte cuando otros consiguen mejores resultados visibles que los tuyos.

—Tengo la impresión de que está hablando por experiencia propia, doctor Ocampo.

—Los celos o envidias profesionales están tan presentes a nivel de seminario como en el pastorado o en cualquier otra profesión. La única manera en que he logrado aprender a vencerlos es por medio de la disciplina que incluye fuertes dosis de oración por mis colegas.

—¡Eso me asombra! Al fin y al cabo, los profesores de seminario son también humanos.

El doctor Ocampo sonrió débilmente al comentario de Pablo, más por cortesía que por otra cosa. El dolor que lo embargaba le dejaba poco espacio para el humor esa mañana. Volvió rápidamente al asunto que los ocupaba.

—La tercera manera de llenar tu reserva es por medio del estudio bíblico personal que va más allá de tus necesidades inmediatas del ministerio. Eso también te ayudará a probar tus motivaciones y examinar tu corazón.

»Aquellos que sólo estudian lo que tienen que enseñar deben cuestionar su propio amor por la Palabra de Dios. Pero si tú te apropias de porciones completas de la Palabra de Dios para tu propia edificación y como resultado de tu gran amor por la Biblia, sentirás dentro de tu corazón que estás bien con Dios. ¡Cuán pocos predicadores aman de verdad las Escrituras!

»G. Campbell Morgan tenía la costumbre de leer cada sábado un libro entero de la Biblia que no estuviera directamente relacionado con los sermones del domingo. Cuando subía al púlpito a la mañana siguiente estaba lleno de la Palabra de Dios. Morgan también observó cuán a menudo el Espíritu de Dios lo llevaba a usar lo que había leído el día anterior, aunque no había tenido el propósito de hacerlo. Su mensaje estaba empapado de las Escrituras, así como de oración y erudición.

»Lee los sermones de los grandes predicadores como Calvino, Lutero y Latimer, y observarás cuán grandes reservas de Escrituras hay en sus mensajes. ¿Has estado estudiando algunos de sus mensajes últimamente, verdad?

—Sí, lo he hecho. En realidad escogí estudiar primero a Latimer, porque nunca había leído ninguno de sus sermones. Fue un predicador extraordinario.

—Sí. Fíjate en el profundo lenguaje bíblico de esos sermones, no sólo las citas directas, sino también todas las alusiones bíblicas.

El doctor Ocampo se recostó en su sillón, suspiró profundamente, y empezó a resumir.

—Cuando pones los tres juntos —estudio serio o erudición, oración y estudio personal de la Biblia— comienzas a experimentar lo que se ha dado en llamar la unción, que es el Espíritu Santo obrando con poder en ti y por medio de ti cuando predicas. Spurgeon dijo que nadie sabe exactamente qué es la unción, pero la gente puede decir si el hombre que está en el púlpito la tiene o no.

»Habrás llenado tu embalse hasta rebosar y éste se desbordará como una fuente de agua viva cada vez que subas al púlpito. Tus oyentes notarán la diferencia. Es la diferencia entre un toquecito suave del Espíritu y una posesión total del poder de Dios.

»Ésa es, Pablo, la diferencia entre un embalse y una tubería de agua. Cuando des tu cursillo sobre predicación, no te olvides de enfatizar la «reserva de poder». Es el más importante de todos los ingredientes, porque mediante él, el *predicador mismo* está preparado, y no solamente el mensaje.

»Y con esto vamos a concluir el día de hoy. Por la voluntad de Dios estaré con mejor ánimo la próxima semana. ¿Me puedes perdonar, Pablo, si no te acompaño hoy hasta la puerta?

—Por supuesto que sí. Yo cerraré, doctor Ocampo. Estaré orando por usted esta semana. Si me necesita, no dude en llamarme.

—Gracias, Pablo. Me ayuda saberlo.

Pablo observó momentáneamente al anciano, mientras éste caminaba hacia su cuarto, antes de cerrar la puerta del departamento. Había llegado allí con muchos ánimos, pero ahora la tristeza se había apoderado de su corazón, y permanecería con él toda la semana.

18

Una visita al cementerio

Al llegar el jueves, Pablo no soportaba la espera: el bienestar de su amado maestro le había estado preocupando toda la semana. Durante el almuerzo Susana lo animó a pasar la tarde con el doctor Ocampo. Por su parte, ella planeó llevar de compras a Santiago y a Juan.

—¡Es asombroso lo bien organizada que eres! —exclamó Pablo—. La escuela no comienza hasta dentro de un mes.

—El secreto consiste en empezar con antelación —replicó ella—. Los almacenes están anunciando esta semana buenas ofertas en prendas y artículos para la escuela, y los pájaros que madrugan se quedan con los mejores gusanos.

—Ése es un aforismo perfecto para ir de compras: las compras de los pájaros —respondió Pablo.

—Tú y tus aforismos. No paras de hablar de aforismos desde que te reúnes con el doctor Ocampo. ¡Aforismos, aforismos, aforismos! —replicó Susana, fingiendo estar irritada.

—¡Tú y tus compras! Eso es todo lo que oigo. ¡Ofertas, ventas especiales, compras! —dijo Pablo, riendo al tiempo que la besaba despidiéndose.

Al ir saliendo del estacionamiento recordó el comentario de Susana de empezar temprano. La buena predicación no es la única que resulta beneficiada; la buena administración hogareña también.

El rostro del doctor Ocampo se iluminó cuando vio aparecer a Pablo en su puerta.

—No puedo creer que estés aquí. Estaba pensando en ti en este mismo momento.

—Bueno, yo llevo pensando en usted toda la semana. ¿Cómo le va, doctor Ocampo?

—Me siento mejor hoy, gracias. Especialmente desde que te veo aquí. Discúlpame por estar triste el pasado lunes, me temo que me mostré un poco irritable.

—No tiene por qué pedir disculpas. Usted ha estado por unos días difíciles, eso es todo.

—Pablo, ¿podría pedirte un gran favor?

—Dígame en qué puedo ayudarlo.

—¿Podrías llevarme al cementerio? No me gusta molestar, pero tengo un gran deseo de visitar la tumba de mi esposa.

—¿Pero no falleció ella en otra ciudad?

—Sí, así fue, pero hace años compramos unas parcelas en el cementerio donde están enterrados sus padres. Acordamos usarlas, incluso aunque nos trasladáramos a otro lugar. Siento molestarte con esto. Está tan sólo a treinta minutos de camino en auto. Yo pagaré los gastos.

—Con mucho gusto lo llevaré y olvídese de los gastos. ¿Pero está seguro que quiere ir?

—Sin duda que sí. Visitar la tumba de Emilia será una buena terapia para mí.

En el auto, el doctor Ocampo recordó cómo conoció a su esposa y se lo fue contando a Pablo. Le habló de su tiempo de noviazgo y de la ceremonia de boda. Su estado de ánimo parecía mucho mejor, aunque su voz delataba algo de tristeza.

Cuando entraron en el cementerio, dejó sus recuerdos y dirigió a Pablo hacia la tumba de su esposa.

—¿Cuál es el único consuelo en la vida y en la muerte? —preguntó, mientras el auto iba disminuyendo la velocidad para detenerse cerca del lugar marcado con el nombre Emilia Ocampo.

Pablo estaba a punto de responder, pero antes de que pudiera abrir la boca el doctor Ocampo continuó:

> Que yo, en mi cuerpo y alma, no me pertenezco a mí mismo ni en la vida ni en la muerte, sino que pertenezco a mi fiel Salvador Jesucristo, el cual ha pagado por completo todos mis pecados con su sangre preciosa y me ha liberado del dominio del diablo; y Él de tal manera me protege, que sin la voluntad del Padre no caerá ni un solo cabello de mi cabeza; incluso todo cuanto me suceda ha de servir para el propósito de mi salvación. Por lo cual, me da también, mediante su Espíritu Santo, la seguridad de la vida eterna y me hace dócil y dispuesto de corazón para vivir desde ahora para Él.

—«Catecismo de Heidelberg, pregunta número 1» —dijo el doctor Ocampo, volviéndose a Pablo.

—¿Y cómo vive la otra mitad sin esa seguridad? Emilia no puede volver para estar conmigo, pero algún día pronto terminaré mi carrera aquí en la tierra. ¡Veré, entonces, a mi Salvador y veré a mi esposa!

El doctor Ocampo sacó un pañuelo amarillento y arrugado del bolsillo de su abrigo. Sonrió débilmente y dijo:

—Discúlpame por comportarme de esta manera. ¿Te molesta si me quedo aquí solo por unos minutos?

—¡Claro que no! —respondió Pablo suavemente.

Echó a andar en dirección al amplio templo de ladrillo adyacente al cementerio, dejando al anciano junto a la sepultura de su esposa. Se detuvo debajo de un gigantesco roble cercano a la entrada principal del templo. Desde aquel lugar podía ver al doctor Ocampo apoyado sobre su bastón cerca de la tumba de Emilia. Parecía que estaba hablando en voz alta, pero Pablo no podía oír su voz. De vez en cuando el profesor se secaba las lágrimas de los ojos con su pañuelo. Pablo no pudo menos que reírse un poco del pañuelo. Parecía tan viejo como el mismo profesor.

Mientras seguía mirando en silencio a la sombra del árbol, una voz a su espalda lo sobresaltó:

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?

Al volverse pudo ver cerca de él a un caballero de rostro amable y cabello gris, que obviamente era el guarda templo, parado allí con una abultada bolsa de basura en cada mano.

—Perdone, no lo había visto. Gracias, estoy sólo esperando a mi amigo —dijo Pablo, señalando con la cabeza hacia el doctor Ocampo—. Pero ya que se ha acercado permítame preguntarle, ¿quién es su pastor? Pues no veo su nombre en el tablero de anuncios de la iglesia.

—No tenemos pastor ahora. El último se marchó hace unos cuatro meses.

—Así que el púlpito está vacante. ¿Quién fue su último ministro?

—El reverendo Juan Sánchez. ¿Lo conoce usted?

—No, creo que no. ¿Sabe usted por qué se marchó?

—Bueno, me imagino que él se cansó de nosotros y nosotros de él —dijo el guarda templo con una sonrisa nerviosa. Al principio, cuando vino, tenía un verdadero fuego y entusiasmo. Acababa de salir del seminario; pero después de unos pocos años parece que se le acabó la gasolina. La gente empezó a quejarse de su predicación; algunos, incluso, dejaron de venir y de congregarse

con nosotros, diciendo que no volverían hasta que no se marchara el pastor. Me imagino que después de estar predicando tres o cuatro años en la misma iglesia, ya no queda mucho más que decir. Finalmente, la presión fue tan grande que se fue.

—¿Adónde se marchó? —preguntó Pablo.

—Aceptó un empleo en la ciudad de la que era su esposa, para trabajar en el almacén de ferretería de su suegro. Parece que tienen el plan de quedarse con el negocio cuando él se jubile.

—De modo que dejó el ministerio por completo —dijo Pablo suspirando.

—Lo último que dijo al vaciar su oficina fue: «No me interesa si no vuelvo a predicar jamás otro sermón». Vendió todos sus libros, hasta el último.

Pablo movió la cabeza con tristeza, y dijo:

—Probablemente a algún joven y apasionado estudiante del seminario.

—¿Cómo lo ha adivinado? Eso fue exactamente lo que hizo.

Pablo pudo ver por el rabillo del ojo que el doctor Ocampo se encaminaba hacia el auto.

—Veo que mi amigo está listo para marcharse, así que debo irme. Ha sido un placer conocerlo y que Dios lo bendiga.

—Lo mismo a usted. Que tenga un buen día.

Pablo se las ingenió para sonreír ligeramente, mientras pensaba para sí: «¡Claro que sí! Tener un buen día. Otro predicador que muerde el polvo. Que tenga un buen día».

19

Las tres «Rs» de la predicación

Acomodados otra vez en el automóvil, Pablo pudo ver que el doctor Ocampo parecía aliviado; era como si le hubieran quitado una carga de encima. Pero la conversación con el guarda templo lo había deprimido. Le recordó un pensamiento que lo estaba acosando últimamente.

—Doctor Ocampo, me parece que ha llegado el momento para mí de ir a otra congregación.

—¿Cómo es eso?

—Sé que mi predicación ha mejorado y continuará así. He decidido conseguirlo. Pero he estado en esta misma iglesia desde que salí del seminario. Ésta es la única congregación que he conocido, y soy el único pastor que muchos de ellos han tenido. Se me están acabando las cosas nuevas que podría decirles. Estoy empezando a parecer disco rayado.

Hizo una pausa y después agregó:

—Quizá necesiten una nueva voz, alguien con ideas nuevas, un nuevo enfoque. Creo que debería dejarlos para que así crezcan más en el Señor.

—Puedo entender tus luchas, Pablo. Me has expresado tus sentimientos varias veces antes, pero creo que esta forma de pensar es equivocada.

—¿Qué hay de malo en ello? Me parece que tiene sentido.

—Primero, ¿qué nueva enseñanza puede añadir un nuevo predicador? Si es nueva, ¿es correcta? Y si es buena doctrina, ¿por qué no la enseñó el antiguo pastor?

—Quizá es que él mismo nunca la aprendió —sugirió Pablo.

—Si no lo hizo, ¿por qué? ¿Dejó de aprender después de que se graduó? ¿No sintió necesidad de saber más acerca del Señor?

—Quizá las muchas tareas del ministerio lo bloquearon por completo. No pudo encontrar el tiempo para estudiar y seguir creciendo.

—Ahora reaparece el asunto de las prioridades. Si ése es el caso, él necesita cambiar su estilo de vida. Lamentablemente, algunos piensan que la única salida es cambiar de iglesia o dejar el ministerio.

«Como Juan Sánchez», pensó Pablo para sí.

—Mucho del trabajo en el ministerio es ayudar a recordar. En realidad, en cuanto estemos en mi departamento, quiero que tomes unos apuntes sobre las tres «Rs» de la predicación.

—Usted debe haber escuchado a Susana hablar hoy acerca de las compras para la escuela —rió Pablo—. ¿Cuáles son las tres «Rs» de la predicación?

—La primera se refiere a *recordar* —dijo el doctor Ocampo—. Como ya he dicho, mucho del ministerio consiste en recordarles cosas a los creyentes. El apóstol Pablo declaró a los Efesios que en el tiempo de tres años les había enseñado todo el consejo de Dios.

—Sí, y entonces se trasladó a otra parte —añadió Pablo.

—Pero él se trasladó a causa de su llamamiento como apóstol de los gentiles. Pablo tenía siempre en mente el establecer nuevas iglesias. Su misión era plantar iglesias, no pastorear.

»En algún momento de tu ministerio empiezas, como es natural, a repetir ideas y pensamientos. Pero no hay nada malo en recordar las mismas cosas a los creyentes, con tal de que sea en formas nuevas. El apóstol dijo en Filipenses 3:1: «A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro». Él vio la importancia de recordar.

»¿Nunca leíste un pasaje conocido y en ese momento te diste cuenta de que habías fallado en aplicar esa verdad a tu vida diaria?

—Sin duda. Últimamente me sucedió con el libro de Jonás. Conocía la importancia de salir a buscar a los perdidos, pero Jonás me lo recordó. Había perdido el sentido de la urgencia.

—Eso es exactamente de lo que estoy hablando. Eso sucede a lo largo de toda la vida. Pasajes familiares nos parecen nuevos una y otra vez. Piensa en cómo Cristo exhortó a la iglesia de Éfeso a que volviera a su primer amor. En realidad, joven, cuando llegas a mi edad casi todo lo que escuchas es un recordatorio. Si tuviera que escuchar algo nuevo en cada sermón que oigo, no tendría mucha necesidad de ir al templo.

La mayor parte del ministerio consiste en recordarle a la gente. No hay nada de malo con recordarle a la gente, solo que se debe hacer de maneras frescas.

—Eso me preocupa un poco. Hay una señora mayor en mi iglesia que conoce la Biblia mucho mejor que yo. Me pregunto si ella escucha lo que yo digo desde el púlpito. Ella debería estar enseñándome a mí.

—Ella te necesita a ti para que le recuerdes la enseñanza de Dios por medio de la predicación. ¿Qué les dijo Pablo a los colosenses: «Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él». Ella necesita alimentarse cada semana de la Palabra de Dios; ése es su alimento espiritual. El que comas pan recién hecho esta semana no quiere decir que no lo vas a necesitar más.

—Sí, pero si los mensajes de este domingo fueran los mismos que los del anterior, la gente no se sentiría muy feliz. Eso no es lo mismo que comerse otra rebanada de pan recién hecho.

—Sí y no. Cuando comes pan recién hecho y caliente, elaborado con buenos ingredientes y cocido en un horno con años de experiencia, tú quieres disfrutarlo una y otra vez. Sirve tu sermón con ingredientes de calidad, recién hecho y caliente. Eso es pan del cielo, cocido en el horno de la experiencia pastoral. ¡Mm, ya lo estoy oliendo!

—Me parece que resulta mejor si cambio el mensaje de semana en semana.

—¡Claro que sí! Pero cada mensaje va a contener elementos recordatorios. Para los santos de muchos años, todo en el mensaje puede que sirva sólo para recordarles. Lo que hace que todo sea diferente es *la manera en que preparas y sirves esos recordatorios*. Por ejemplo, puedes predicar el mismo mensaje, pero usa nuevas ilustraciones. Sirve la vieja verdad como un plato nuevo. Es como comer papas gratinadas una semana y puré de papas a la siguiente.

—¡Usted le está sacando filo a mis colmillos! Entiendo lo que quiere decir; en realidad, estoy deseoso de probarlo. Así que la primera «Rs» se refiere a *recordar*. ¿Cuál es la segunda «Rs»?

—La segunda «Rs» tiene que ver con *repetición*. Con ello quiero decir la repetición palabra por palabra de una idea o tema. Puedes repetir la misma línea varias veces a lo largo del mensaje.

—Recuerdo un buen ejemplo de lo que está diciendo —replicó Pablo—. La famosa frase del sermón de Martin Luther King: «Tengo un sueño».

—Sí. En ese mensaje él repitió el tema una y otra vez. Puede que no recuerdes ni una sola de las ideas expresadas, pero su tema tan dominante permanecerá en tu memoria.

—Por lo general, cuando pienso en repetición, pienso en algo negativo. La gente se queja a menudo de que el ministro repite con frecuencia.

—Es cierto. Mucha de la repetición que se da es innecesaria. Pero esa otra repetición, hecha con propósito y bien preparada, es muy efectiva. La repetición pobre es con frecuencia una señal de mala preparación; sin embargo, yo estoy pensando en la repetición que está bien pensada y hecha deliberadamente.

—¿Qué es lo que hace que la repetición sea buena y esté bien preparada? —preguntó Pablo mientras frenaba ante el semáforo.

—Excelente pregunta. La buena repetición consta de tres elementos clave. Primero, un tema que vale la pena repetir; segundo, un material de apoyo en medio de cada repetición, y tercero, un ordenamiento estratégico de esos materiales a fin de que cada idea se vaya edificando una sobre otra, ampliando el mensaje y llevando el sermón a una conclusión poderosa. No cometas el error de debilitar la edificación del mensaje, porque eso resulta en un final pobre. Guarda la mejor y la más apropiada de las ilustraciones para lo último.

—Así que debo disponer de un tema fuerte, recolectar material de apoyo y ordenarlo todo en una manera tal que se vaya edificando hasta llegar a la conclusión poderosa. ¿Conoce algún ejemplo bíblico de repetición? —preguntó Pablo.

—Cuando Cristo pronunció los «ayes» sobre los fariseos en Mateo 23, ¿o es en Mateo 24? No, creo que es en el capítulo 23 —dijo el doctor Ocampo moviendo su cabeza, frustrado por la inseguridad, un factor que él atribuía a la edad.

»En cualquier caso, Cristo repitió: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!» varias veces. Su «ay» final, cuando los describe como los hijos de aquellos que mataron a los profetas y con sus manos manchadas con sangre, fue el más enérgico. Si estudias el sermón, descubrirás tres principios funcionales: un tema fuerte, evidencia de apoyo con un ordenamiento adecuado y, por último, una conclusión poderosa. ¿Recuerdas el mensaje del viernes santo de E. V. Hills?

—¿Se refiere a «Es viernes, pero el domingo se acerca»? —preguntó Pablo.

—Sí, ése es un ejemplo perfecto del poder de la repetición.

—Pienso que la gran fuerza de ese mensaje estaba en el tema mismo. Hace que la resurrección aparezca muy gráfica e intensa —observó Pablo.

—Exacto. El tema debe ser fuerte para que la repetición funcione bien. Pobre de la congregación que tiene que aguantar un mensaje que repite constantemente un tema mediocre. Dicho sea de paso, la repetición es otro de esos *vehículos* de los que hablamos. Es una forma estupenda de transportar tu sermón hasta su *destino*.

El doctor Ocampo se apresuró a concluir, cuando se dio cuenta de que Pablo entraba ya en la calle que llevaba a su edificio de departamentos.

—La tercera «Rs» tiene que ver con *reiteración*. Con esto quiero significar la repetición dentro de un pensamiento, no la repetición palabra por palabra de un tema. Puedes repetir la misma idea dos o tres veces dentro de un mismo párrafo, pero con diferentes palabras.

—¿Esto es porque alguien puede perder la idea si es expresada solamente una vez?

—Sí, o algunas personas pueden no captar todo el significado de tu pensamiento si sólo lo dices de una manera. Quizá no esté completamente claro para ellos o tal vez usas un término que no conocen o que los confunde.

»Antes de la invención de la imprenta, la gente entendía y usaba las técnicas de la comunicación oral mucho mejor que nosotros hoy —explicó el doctor Ocampo—. Pocos podían leer o escribir. Las noticias y las ideas eran transmitidas principalmente en forma oral. Las personas no podían volver y leer de nuevo lo que se habían perdido al escuchar. De manera que la reiteración era una técnica importante para ayudarlos a recordar.

—¿Usa la Biblia este método? Después de todo, pocos en los tiempos bíblicos sabían leer.

—La Biblia está llena de reiteraciones. Mira, por ejemplo, la poesía hebrea que abunda en pensamientos paralelos. Ese estilo te ayuda incluso a memorizar las Escrituras. Permíteme demostrarte lo que quiero decir. Isaías 53 describe al Siervo sufriente mediante el uso de varios pensamientos paralelos. «Mas él herido fue por nuestras rebeliones» se conecta con «molido por nuestros pecados».

—«Todos nosotros nos descarriamos como ovejas» se conecta con «cada cual se apartó por su camino» —recitó Pablo al darse cuenta de la idea.

—Muy bien. Cristo Jesús hizo lo mismo. Ésa es una de las razones por las que es tan fácil recordar sus dichos. El doctor Ocampo empezó otro ejemplo: «Ninguno puede servir a dos señores; porque aborrecerá al uno y amará al otro...»

Hizo una pausa para que Pablo lo completara:

—«...o estimará al uno y menospreciará al otro».

—¿Te das cuenta?

—Sí. La reiteración ayuda a los oyentes a oír y recordar la verdad, repitiéndola en forma diferente —resumió Pablo.

—Una manera de reiteración que no deberías olvidar es la ilustración que se usa en el sermón. Repite una idea de una manera interesante sin cansar a la gente. Ilustra esa enseñanza, arrojando luz sobre ella.

Al doctor Ocampo le vino entonces a la mente una advertencia:

—Al igual que la repetición, la reiteración se puede hacer de manera deficiente. Algunos predicadores la usan para llenar un vacío mientas recuerdan lo que sigue después. Uno de mis colegas tenía el hábito de repetir su pensamiento previo mientras revisaba sus notas para hallar el punto siguiente.

—Eso es muy fastidioso —dijo Pablo.

—Es irritante, y deja mucho tiempo a la gente para que se dé cuenta de lo que le pasa al orador. Pierden la atención por medio del mal uso de la reiteración. La repetición o reiteración que no tiene un propósito y que no está bien preparada debilita el mensaje. No permitas que estas técnicas te hagan quedar mal. Parecen simples, pero usarlas debidamente puede ser difícil. Déjame repetirte algo que te dije cuando empezamos a reunirnos: la clave de una predicación renovada es *agonía y trabajo duro*. Lo mismo sucede con la repetición y la reiteración.

—A usted le gusta *repetir* eso mucho, doctor Ocampo —bromeó Pablo mientras apagaba el motor.

—Sí, pero es hecha *a propósito* y *deliberadamente* —dijo el profesor riendo.

—Así que, ¿usted realmente piensa que es posible permanecer en la misma congregación durante muchos años y todavía hacer un buen trabajo? —preguntó Pablo, regresando a lo que había sido el motivo de empezar toda la conversación.

—No es sólo posible, sino que los ministerios de predicación más efectivos y exitosos han involucrado a hombres que han permanecido largos años en un mismo lugar, como Martin Lloyd Jones, Carlos Spurgeon y otros muchos.

—¡Oh, casi me olvido de ello! —exclamó el doctor Ocampo.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un sobre largo que entregó a Pablo.

—¿Qué es esto? —preguntó Pablo.

—Es tu asignación de trabajo.

—¿Tareas para hacer en casa?

—Es que yo voy a estar fuera unas pocas semanas visitando a mi hermana.

—Eso me parece una gran idea. Creo que es la medicina que necesita en estos momentos.

—Ella se dio cuenta por nuestra conversación telefónica del otro día que estaba decaído. Pensé que sería bueno darte unas pocas tareas para mantener el ritmo mientras estoy afuera. Tenía la intención de enviártelo por correo, pero ya que me has dado la sorpresa de la visita te lo entrego en persona y me ahorro el franqueo.

—¿Cuándo planea salir?

—Pienso salir por la mañana en autobús. Te iba a llamar esta noche, porque sé que no hubieras recibido la carta antes del lunes. En realidad, hay algo detrás de todo esto, aunque...

—Doctor Ocampo, no puedo creer cuán bien está encajando todo —interrumpió Pablo—. Nosotros vamos a salir de vacaciones la próxima semana, pero no quería decírselo hasta el lunes. Pensaba que la noticia podía desanimarlo aun más en estos días.

—¿Adónde van?

—A las montañas, vamos a pasar allí todo el mes.

—Te noto entusiasmado con la idea. Aquella parte del país es bellísima. No se olviden de visitar Paraíso.

—¿Paraíso?

—Así se llama el Centro Turístico en uno de los montes más altos. Y créeme, casi hace honor a su nombre. Escucha, una de las tareas que te he dado tiene que ver con ilustraciones. Las vacaciones son una excelente oportunidad para encontrarlas. No te olvides de tener a mano un cuaderno de notas para apuntar toda idea. No confíes en la memoria, porque cuando llegues a casa ya no te acordarás de muchas cosas.

»Procura renovarte también en este sentido. Esos gruesos volúmenes de ilustraciones para sermones contienen a veces materiales ya muy conocidos. Busca nuevas ideas en las cosas ordinarias de la vida. Eso es lo que Cristo Jesús hizo. Usó ejemplos como la luz y la sal, la arena y la roca, ovejas perdidas y monedas extraviadas. Al usar esa clase de ilustraciones Jesús hizo que sus oyentes vieran en los objetos comunes recordatorios de verdades espirituales.

»Bueno, discúlpame, no paro de hablar.

—A mí me encanta oírlo, podría pasar el día entero escuchándolo. Además, yo fui quien lo interrumpió hace unos minutos. Usted empezó a decirme que «había algo más» en su viaje. ¿Qué es lo que me iba a decir?

—Ay no, no era nada importante. Ya hacía varias semanas que había planeado visitar a mi hermana, pero cuando ella percibió por teléfono lo desanimado que me encontraba insistió en que fuera a su casa inmediatamente. De manera que llamé a la estación de autobuses para averiguar cuál era el mejor horario para mí, y ahora lo tengo todo arreglado para mañana.

»Así que ve ahora para tu casa. Susana debe estar esperándote y yo todavía tengo que terminar de preparar mi equipaje. ¡Llámame cuando vuelvas!

—Le enviaremos una tarjeta postal, una de esas que dicen: «Nos gustaría verlo aquí».

—¡Estupendo! No te olvides de ese sobre. Quizá puedas adelantar algunas cosas antes de que nos reunamos de nuevo. Pero no arruines tus vacaciones con demasiado trabajo de la iglesia.

—¡Procuraré no hacerlo! —respondió Pablo riendo.

—Te veré en un mes, Dios mediante.

—Exacto. Que disfrute la estadía con su hermana. Y, doctor Ocampo, gracias de nuevo por toda su ayuda y tiempo. Ha sido de mucha bendición para mí. Usted ha salvado mi ministerio.

—No, Pablo. Tú has sido llamado por Dios, y mediante su gracia nunca volverás atrás. Tú eres el que me ha ayudado a mí en este tiempo de soledad y dificultades. No sé que hubiera hecho sin ti, amigo mío.

Ambos se estrecharon la mano afectuosamente, y entonces el anciano profesor puso su mano suavemente sobre el hombro de Pablo. Por un momento buscó su mirada para tener toda su atención, y dijo:

—Pablo, ¿recuerdas cuál es el mandamiento más repetido de las Sagradas Escrituras?

Pablo se puso a pensar, pero antes que pudiera responder, el doctor Ocampo respondió su propia pregunta.

—«No temas». Las palabras «no temas» o sus equivalentes aparecen más veces en la Biblia que ningún otro mandamiento que Dios haya dado a sus hijos.

Pablo asintió con la cabeza, mientras el profesor continuaba.

—De vez en cuando, he percibido bastante temor en ti. Temor de que los miembros de la iglesia te rechacen; de fallar en tu llamamiento. Quizá, incluso, temor de que el Señor te desilusione.

Los ojos del doctor Ocampo mostraban gran amor por el joven pastor al fijarlos en los de Pablo.

—No, Pablo, yo no salvé tu ministerio. Tú tienes un gran Dios que te ama mucho más de lo que tú puedas amarte. Él empezó una obra en ti y no la dejará hasta que la termine. Te ha llamado a una tarea difícil, pero también ha prometido equiparte para ello y no dejarte abandonado en medio del camino. Si he sido de ayuda para ti, alaba a Dios por ello. Y recuerda, si Dios provee para tus necesidades en este tiempo de crisis en tu ministerio, Él lo volverá a hacer. No temas, Pablo. Recuerda siempre que Dios nunca te desilusionará.

A continuación el anciano abrazó cariñosamente a Pablo y después se encaminó hacia el edificio. Pablo se quedó observando mientras su amigo llegaba lentamente a la entrada principal. En la puerta, se volvió, sonrió, y se despidió saludándolo con la mano, para desaparecer después en el interior.

20

Las seis facetas en el camino de la lectura

La camioneta iba cargada al máximo por dentro y por fuera. El portaequipaje del automóvil estaba lleno de equipo para acampar: tienda de campaña, bolsas para dormir, útiles de cocina, colchones de aire, lámparas de gas, un hacha para cortar leña, e incluso ropa de invierno y equipo de lluvia para el caso de mal tiempo en las montañas.

Los Fernández salieron de su casa un poco después de las 4:00 de la mañana. Susana y los chicos dormían mientras Pablo manejaba en la oscuridad de la madrugada. Parecía rumiar alguna preocupación. Ni la espectacular salida del sol logró iluminar su decaído espíritu. Eran casi las ocho cuando Susana empezó a despabilarse.

—Estoy cansadísima de todos los preparativos —dijo bostezando—. ¡Necesito estas vacaciones!

—Cuánto me gusta esta camioneta. Es muy silenciosa y suave en comparación con el viejo cacharro que uso para mi trabajo —dijo Pablo con tono serio—. Estoy disfrutando de esta paz con esos dos durmiendo allá atrás.

—¿Estás seguro de que lo estás disfrutando? Me da la impresión de que estás enojado por algo.

—¿Qué quieres decir con eso? —respondió Pablo a la defensiva.

—Pues que ya llevo casada contigo el tiempo suficiente como para saber cuándo estás de mal humor. ¿Qué es lo que te está molestando?

—¡No puedo creer lo que ha hecho el hermano Peña! —explotó al fin Pablo.

—¡Baja la voz! —dijo Susana en un susurro—. Vas a despertar a los chicos.

—Preparé la lista de los predicadores que se necesitaban para cada domingo que voy a estar fuera —dijo Pablo bajando el tono de voz—. Entonces apareció por la oficina el hermano Peña con los ojos brillándole de alegría para decirme que el doctor Robles iba a ocupar el púlpito en mi ausencia.

—¿Qué? El doctor Robles va a predicar? ¿Cómo puede ser eso? ¿Y qué de la lista de predicadores que tú preparaste?

—Eso es lo que le pregunté a Peña. Él dijo que había consultado con todos los diáconos antes del culto de adoración y que había obtenido su «entusiasta» aprobación.

»Estoy enojado porque los diáconos le permitieron al hermano Peña hacer eso. Ellos me pidieron específicamente que yo buscara quiénes me sustituyeran. No me sorprendería para nada encontrarme con que el doctor Robles se ha convertido en mi *sustituto* permanente cuando regresemos a casa.

—¿No estás hablando en serio, verdad? Ellos no pueden hacer eso, ¿o sí? —Susana se sentó derecha en su asiento. Una expresión de alarma se reflejaba en su rostro.

—No sé si ellos pueden hacer eso, pero han decidido traerlo a mis espaldas. ¡Quién sabe lo que son capaces de hacer! Después de todo, el doctor Robles anunció recientemente que se retiraba de su intenso programa de campañas de evangelización. Dijo que le gustaría encontrar una iglesia sin pastor cerca de su ciudad natal para servir como pastor interino. Ricardo Peña idolatra a ese hombre. Podría hacer cualquier cosa para tenerlo como pastor en nuestra iglesia.

—¡Ay, no! —dijo Susana, quedando boquiabierta—. Pablo, ¿qué hacemos yéndonos de vacaciones si no sabemos si vamos a tener trabajo cuando regresemos a casa?

—¿Qué podía hacer yo? ¿Regresar a casa después del culto y decirte que no saldríamos de vacaciones? ¡Yo no sé si eso va a ocurrir realmente! Además, ¿qué iba a hacer? ¿Decirle a los diáconos que había cambiado de plan, que no nos íbamos de vacaciones? ¿Que cancelaran la venida del doctor Robles porque me sentía tan dedicado a la iglesia que había decidido, incluso, no tener vacaciones este año?

Pablo dijo esto último en un tono de voz lo suficientemente fuerte como para despertar a los niños. Santiago se estiró y bostezó y Juan se frotó los ojos.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Santiago—. ¿Por qué estás llorando? ¿Es que nos hemos dado la vuelta y regresamos a casa?

—No, hijo. Mamá está bien. ¿Tienen hambre ya? —preguntó Susana, cambiando la conversación.

—¡Sí! —dijo Juan—. ¿Podemos comer «panecillos con queso» de desayuno?

—Claro que sí —respondió Susana, esforzándose por parecer alegre—. Los «panecillos de queso» son nuestro desayuno tradicional en vacaciones.

—¡Estoy loco por comer esa carne tan especial que cocina papá cuando acampemos en las montañas —gritó Santiago—. ¿Vas a preparar carne este año, papá?

—Seguro que sí —respondió Pablo, esforzándose por sonreír.

—¡Estupendo! —gritaron Santiago y Juan al unísono.

—Escucha, Susana —dijo Pablo, mientras tomaba la salida de la autopista para buscar un restaurante—. No podemos hacer nada en relación con la situación que tenemos en casa. No sé qué va a ocurrir allí ahora, pero no podemos volvernos y aparecer allí. Todo esto se presentó de imprevisto ayer. ¿Qué hacemos, regresar a casa y asistir al templo mientras el doctor Robles predica?

Susana permanecía en silencio en su asiento con la cabeza vuelta hacia la ventanilla para ocultar sus lágrimas de los chicos. Después de que Pablo estacionó la camioneta, los muchachos echaron a correr hacia el restaurante para buscar una mesa libre, dejando a Pablo y Susana solos en el auto.

—Vete con ellos a desayunar —dijo ella sollozando—. No tengo mucho apetito en este momento.

—Está bien —respondió Pablo con resignación. Quitó las llaves del encendedor y abrió la puerta.

—¡Esto es estupendo, pastor Fernández! ¡Qué manera tan maravillosa de empezar unas vacaciones! —dijo Susana llorando. Después, imitando la voz de Pablo a los niños agregó—: ¡Vámonos de vacaciones, chicos! Disfrutaremos de lo lindo, Comeremos carne cocinada en las montañas. Subiremos al monte. Después regresaremos a casa y todavía tendremos un trabajo.

—Lo siento de veras, mi amor. Tienes razón al estar enojada conmigo —contestó Pablo calmadamente.

—Anda, vete y déjame sola. Los chicos te están esperando. Diles que no me siento bien como para comer ahora.

Después del desayuno, Pablo encontró a Susana de espaldas a él al final del estacionamiento. Se sorprendió de ver que en realidad estaba sonriendo cuando llegó a su lado.

—Todo saldrá bien, Pablo —dijo más calmada—. Esto tenía que

pasar por alguna razón. No sé cuál sea, pero creo que estás en lo cierto de que no podemos hacer nada en relación con lo que pueda pasar en la iglesia. Incluso, si nos volvemos ahora mismo, no podremos cambiar nada. De una u otra manera tenemos que olvidarnos de la iglesia por un tiempo y gozar juntos como familia.

Ella miró por encima de su hombro a Santiago y Juan, que estaban jugando a atrapar una pelota de béisbol en el estacionamiento. Vio a Santiago arrojar una pelota que Juan no pudo atrapar y que fue a dar contra un auto.

—¡Cuidado, chicos! —gritó—. ¡Si rompen algo, tendrán que pagarlo!

—¡Mira a nuestros dos *ángeles*! —le dijo a Pablo—. Están creciendo muy deprisa.

—En pocos años más se irán a la universidad —respondió Pablo, suspirando.

—Por eso tenemos que disfrutar de estas vacaciones. Ésta es una de las pocas veces en el año que estamos juntos como familia. No podemos dejar que la iglesia nos prive de este tiempo juntos.

—El Señor sabe que ya nos privan de mucho —dijo Pablo suspirando.

—Estoy lista para manejar yo ahora. Así que ¡vámonos!

—¿Estás segura de que no estás demasiado cansada para manejar? —preguntó Pablo—. Has estado trabajando mucho, preparando todo para el viaje.

—No te preocupes, estoy despierta. *¡Bien despierta!* —dijo riendo.

Mientras Susana manejaba, Santiago y Juan se entretenían con los nuevos juegos electrónicos que su mamá les había preparado. Ella había planeado una serie de pequeñas sorpresas para ayudar a los chicos a entretenerse durante el largo viaje.

Pablo, por su parte, estaba intentando terminar uno de los libros que el doctor Ocampo le había pedido que leyera.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Susana.

—Un libro sobre ilustraciones para sermones. Pasé por la biblioteca del seminario después de visitar al doctor Ocampo. Sabía que no podría volver allí antes de las vacaciones, y aproveché para leer unos pocos artículos y sacar unos libros que él me recomendó.

—¿Has hallado algunas buenas ilustraciones?

—Unas pocas, pero no es una colección de ilustraciones, sino que es un libro *sobre* ilustraciones: dónde encontrarlas, cómo clasificarlas y archivarlas, cómo adaptarlas al sermón, peligros que hay que evitar, y cosas como esas.

—Confío en que no estés planeando leer mucho en estas vacaciones. Quisiera tener a mi esposo conmigo.

—Prometo no estudiar mucho. El doctor Ocampo quiere que tenga a mano un cuaderno de ilustraciones para anotar las que vaya encontrando durante el viaje. Por eso quería terminar de leer este libro antes de salir de casa.

—¿Has podido leer ya mucho?

—Me quedan menos de cien páginas para terminar.

—¿Te ha sido de ayuda? —dijo Susana, fingiendo un bostezo.

—Lo que tú quieres es que te hable mientras vas manejando —respondió Pablo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya conozco a mi esposa bastante bien —replicó Pablo.

—Si no vas a dormir para estar listo para manejar otra vez, entonces sí. Es mejor que me hables a que leas un libro. ¿Qué es lo que tienes que aprender acerca de ilustraciones para sermones?

—¿Qué quieres decir con eso?

—A mí me parece que es bien simple: preparas un sermón y entonces buscas unas cuantas buenas ilustraciones para mantener a tus oyentes despiertos y ayudarlos a recordar los puntos principales. Todos sabemos que unas buenas ilustraciones son lo más importante del sermón. Cuando la gente llega a casa ya se ha olvidado del sermón, pero recuerda las ilustraciones. ¡Ya está! Ya te he explicado todo lo relacionado con las ilustraciones. Así que deja el libro a un lado y háblame. Yo te puedo enseñar más que el libro.

—Está bien, mi querida experta —dijo Pablo sarcásticamente—. Si sabes tanto, dime entonces qué significa la palabra.

—¿Qué palabra?

—*Ilustrar* ¿Qué significa *ilustrar*?

—No lo sé, contar un cuento acerca de alguna cosa —respondió Susana, sin mucho entusiasmo.

—Falso. Significa «iluminar, esclarecer, adornar». Una ilustración es un ejemplo o un relato que ayuda a iluminar o a esclarecer una verdad.

—Eso es lo que yo dije: «contar una historieta acerca de algo» —le respondió Susana. Después añadió—: escucha, te voy a dar una buena ilustración para tu archivo. Puedes usarla para un sermón sobre la familia.

—¿Cuál es? —preguntó Pablo un poco impaciente.

—Maridos, amen a sus esposas. Cuando salgan de vacaciones con su familia, no lleven trabajo con ustedes, porque entonces no

son vacaciones. ¿No es cierto? Conocí a un hombre, un predicador en realidad —dijo Susana, imitando una voz de púlpito—, que se llevó para las vacaciones una pila de libros sobre predicación. Descuidó a su esposa e hijos. Sus vacaciones no resultaron tales. Así que maridos, amen a sus esposas y a sus hijos también. ¡Dejen el trabajo en casa! Ya está, anótala en tu cuaderno de ilustraciones.

—Muy divertido. Escucha, te he dicho que me quedan menos de cien páginas. En cuanto termine éste no empiezo ninguno más.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Recuerda, soy un ministro, y los ministros nunca mienten.

—¿Y qué me dices de la pila de libros que has metido en tu maletín de mano?

—Los he traído a fin de empezar las «seis facetas en el camino de la lectura». Pero lo dejaré hasta que regrese a casa.

—¿Las «seis facetas en el camino de la lectura»? ¿Qué es eso? —preguntó Susana riendo.

—Es un método para la lectura. Es una de las tareas que me ha dejado el doctor Ocampo.

—Esto se pone cada vez mejor. Primero, lees acerca de las ilustraciones. Después lees un libro sobre cómo leer libros. Dicho sea de paso, ¿cómo pudiste encontrar tiempo para leer todo esto el pasado jueves?

—Leí sólo un capítulo y estudié tres o cuatro capítulos cortos o artículos. Eso fue todo.

—No voy a preguntar nada sobre los otros artículos, pero tengo curiosidad por saber más acerca de las «seis facetas en el camino de la lectura».

—No, tú no estás interesada.

—Sí lo estoy. No quiero perdérmelo. ¡Eso podría cambiar mi vida! —bromeó Susana.

—Escucha. Déjame terminar este libro y no leeré más hasta que regresemos a casa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Susana sonriendo.

—¿Papá?

—Sí, Juan —dijo Pablo suspirando, sabiendo lo que venía detrás.

—¿Cuáles son las «seis facetas en el camino de la lectura»?

—Sí, papá, yo también quiero saberlo —intervino Santiago.

—¡Susana, mira cómo manejas! —gritó Pablo.

La camioneta se había desviado repentinamente, regresando otra vez a la carretera.

—¡Lo siento, no puedo remediarlo! —dijo Susana, echándose a reír abiertamente—. ¡Vamos, Pablo, explícanos cuáles son las seis facetas en el camino de la lectura! Nos morimos todos por saberlo.

—Nos moriremos de verdad si sigues manejando de esa manera —replicó Pablo—. Consiste en que, en vez de leer sólo un libro, lees seis a la vez. Escoges cinco libros en cinco categorías diferentes, tales como novela, historia, biografía, diario y poesía. Eliges entonces otro en una categoría de interés personal. Lees todos a la vez, de modo que recibes información y conocimiento de diversas áreas, en vez de limitarte a un solo libro. Así recoges ilustraciones para sermones de todas esas categorías, por lo que aseguras gran variedad en tu predicación. ¡Esas son las facetas en el camino de la lectura! ¿Están ya todos contentos?

—Sí, excepto por una cosa —dijo Susana, procurando mantener una cara seria.

—Ya tengo temor de preguntar ¿Qué es eso?

—Si se supone que tienes que leer seis libros a la vez, ¿dónde están los otros cinco? Sólo veo uno. ¿Y cómo lees todos a la vez? ¿Te los colocas uno al lado del otro y vas leyendo de esta manera? —Susana abrió los ojos todo lo que pudo y empezó a mover la cabeza de un lado al otro, pretendiendo leer los seis libros al mismo tiempo.

—¡Nooo... y vigila cómo manejas! ¡Casi te sales de la autopista otra vez! —refunfuñó Pablo.

—¿Papá?

—¿Qué quieres, Juan? —gimió Pablo.

—Me parece que mamá tiene razón. Eso de tratar de leer seis libros a la vez parece bastante confuso —dijo Juan seriamente. ¿Cómo puedes *hacer* eso?

—¡Qué familia tengo! Está bien. Me rindo. Éstas van a ser una largas vacaciones —dijo Pablo riendo. Tomó el libro, lo metió debajo del asiento y seguidamente colocó una almohada bajo su cabeza, agregando—: Quizá lo mejor es que duerma un poco.

21

Iluminando el sermón

El primer día del largo camino llegaba a su fin. El sol se estaba poniendo, y Pablo sabía que oscurecería antes de que pudieran llegar al campamento. Estaba contento de que habían recorrido gran cantidad de kilómetros el primer día, pero ya todos se encontraban cansados.

—Papá, ¿cuándo vamos a parar?

—En unos treinta o cuarenta minutos.

—¿Papá?

—¿Qué, Santiago?

—¿Vamos a encender una fogata esta noche?

—Esta noche no, hijo. Tenemos que esperar hasta llegar al parque nacional para poder hacerlo.

—¡Bah! ¡Queremos una fogata esta noche! —dijo Juan.

La reacción de Juan le dijo a Susana que los chicos se estaban sintiendo cansados y malhumorados.

—Chicos, yo sé que están un poco desilusionados —dijo Susana suavemente—, pero tendremos muchas fogatas antes de que las vacaciones terminen. Hoy ha sido un día de mucho viajar.

—Es muy largo el camino hasta el parque nacional —añadió Pablo—. Queríamos avanzar hoy todo lo que pudiéramos y descansar un poco. Ya estamos cerca de donde vamos a detenernos para pasar la noche.

—Así que por fin terminaste de leer tu libro esta tarde —dijo Susana, procurando darle conversación a Pablo para mantenerlo despierto—. Me alegra que lo hayas hecho. ¿Aprendiste algo que te pueda ayudar?.

—Bueno, ya que parece que me preguntas esta vez en serio —

respondió Pablo—. ¿Sabías que las ilustraciones, a semejanza de los bebés, tienen la costumbre de nacer en momentos inoportunos?

—Me gusta eso. Es muy ingenioso. ¿Lo pensaste tú o lo leíste en el libro? Si se te ocurrió a ti, me has dejado de verdad impresionada.

—No, lo leí en el libro. Señala un problema que los predicadores enfrentan a la hora de buscar ilustraciones. A menudo los ejemplos surgen en los lugares más inesperados y en los momentos más inoportunos. Piensas para ti mismo: «Tengo que anotar esto en cuanto llegue a casa». Pero cuando quieres hacerlo ya lo has olvidado. Por eso el doctor Ocampo me insistió tanto en que cultivase el hábito de tener siempre a mano un cuaderno para anotar ilustraciones.

—¿Incluso en las vacaciones?

—Especialmente en las vacaciones. Cuando viajas te concentras más en observar el mundo que te rodea. Sueles ver cosas que, por lo general, te pierdes en el ritmo ajetreado que llevas en casa.

—Enciende las luces del auto, ya está oscureciendo.

—Este libro enfatiza la importancia de buscar ilustraciones en todo tiempo y guardarlas para el momento justo y para el sermón adecuado —dijo Pablo, mientras buscaba las luces para encenderlas.

»Un error que cometemos con frecuencia es que usamos una buena ilustración tan pronto la encontramos o escuchamos. Estamos demasiado deseosos de usarla o temerosos de olvidarla si la guardamos. En cualquier caso, terminamos incluyendo una buena ilustración en un sermón, aunque no vaya muy bien allí.

—Te he visto hacer eso de vez en cuando, especialmente después de asistir a algún retiro o conferencia. Usas en un sermón varias de las buenas ilustraciones que has oído, vayan bien con el mensaje o no.

—Sí, y eso confunde a la congregación acerca del significado del mensaje y priva a esa ilustración de su verdadero potencial.

—Parece que vas a mucha velocidad, Pablo. Todos los automovilistas te están haciendo señales con las luces. Quizá es que la policía está un poco más adelante.

—Eres muy chistosa. Parece que lo están haciendo desde que encendí las luces. ¿Es que acaso llevo puestas las luces en alta?

Pablo movió la palanca de las luces en sus distintas posiciones y aparecieron las luces largas, pero iluminando el aire, sin tocar para nada la carretera.

—Parece mentira, pero llevamos tan cargada la parte trasera de la camioneta que las luces altas ni tocan la carretera. Todos creen que las llevo puestas porque las luces medias van muy altas.

Pablo cambió las luces otra vez, pero los automovilistas que venían en dirección opuesta siguieron señalizando.

—¿Crees que deberíamos ajustarlas? —preguntó Susana—. Vamos a estar en la carretera muchos días.

—Quizá sí, pero ahora escríbeme una idea en el cuaderno de notas —gritó Pablo, mientras encendía la luz. ¡Escríbelo por mí, por favor!

—¿Escribir qué? —preguntó ella echando mano al bolígrafo y el cuaderno.

—Escribe algo relacionado con las luces altas que están tan desajustadas que no iluminan la carretera. Sólo unas pocas palabras para luego recordar. Mañana completaré los detalles.

—Me parece que las muchas horas de manejar te están trastornando. ¿De qué estás hablando?

—¿No lo ves? Esta es una ilustración perfecta sobre las ilustraciones. Ilustrar significa arrojar luz. Se supone que nuestras luces altas deben iluminar la carretera, pero en vez de eso se pierden en el vacío. ¡Son totalmente inefectivas!

Susana miró a Pablo con cara de no entender.

—Son como algunas ilustraciones, que en realidad no le dan luz al asunto que se supone van a iluminar.

—Todavía no entiendo. ¿Cómo vas a usar esto en un sermón? Me parece más apropiado para algo que tenga que ver con predicadores.

—Tienes razón. Lo usaré cuando tenga que hablarles a los predicadores sobre los peligros de las ilustraciones. Pero quizá pueda encontrar la manera de usarlo en algún sermón. A veces un evento o una idea te da vueltas en la cabeza, de manera que lo anotas aunque no estés seguro de cómo vas a usarlo. Tarde o temprano algo sucede que te permite aprovecharlos.

—Está bien, lo escribo, pero no veo cómo vas a usar esto en un sermón.

Las ilustraciones, a semejanza de los bebés, tienen la costumbre de nacer en momentos inoportunos.

—¿Qué más aprendiste acerca de las ilustraciones?

Susana no estaba tan interesada en saberlo, pero quería evitar que Pablo se dedicara a pensar en cuán cansado estaba. En el fondo de su mente estaba la iglesia y la situación que se había creado allí con el doctor Robles, pero estaba procurando que ese asunto

no saliera a la superficie, especialmente tarde en la noche cuando ambos estaban tan cansados.

—Es importante tener un buen sistema para coleccionar y archivar ilustraciones. No puedo confiar en que cada semana aparezca la ilustración precisa. Necesito un almacén de donde sacarlas.

—¿Por qué no confías en los libros de ilustraciones? Tú tienes unos cuantos en tu biblioteca.

—Ayudan sin duda, pero la mayoría de ellas ya son conocidas y están muy usadas. El resto de ellas son tan raras que uno tiene dificultades en creer que sean verdad.

—Entiendo lo que dices. Algunas de ellas son malísimas —dijo Susana riendo—. Y otras son viejísimas. Pienso en aquella de la granja que fue destruida por el fuego y que los pollitos salieron vivos de debajo de los restos calcinados de la gallina.

—¡Un momento! ¿No es ésta nuestra salida? —interrumpió Pablo.

—No, todavía nos quedan unos pocos kilómetros para llegar a ella. Dime ahora, dónde piensas que vas a encontrar todas estas ilustraciones.

—En todas partes. El problema está en que los predicadores esperan hasta el último momento para buscarlas. Para entonces puede ser tarde. A eso se refiere el libro cuando habla de que son semejantes a los bebés que nacen en momentos inoportunos.

—Como Santiago que decidió nacer el domingo de Resurrección. ¿Recuerdas lo asustado que estabas cuando comenzaron las contracciones dos horas antes del servicio a la salida del sol?

—Sí, y que pude conseguir en el último minuto que aquel pastor jubilado me sustituyera en el púlpito. No creo que estuviera muy contento de que lo llamara a las cinco de la madrugada un domingo de Resurrección para que ocupara el púlpito —comentó Pablo riendo.

»Pero a eso se refiere —continuó diciendo—. Las ilustraciones no vienen por si solas; hay que ir a buscarlas. De manera que estoy dispuesto a ensayar con las «seis facetas en el camino de la lectura» que te hizo tanta gracia esta mañana. Quiero pasar un día cada mes en la biblioteca revisando una pila de revistas. Eso me proporcionará una variedad de fuentes. Planeo, además, conservar este cuaderno de notas conmigo en todo momento para apuntar aquello que voy observando, y dedicar también unos pocos minutos cada día a crear mis propias ilustraciones.

—Puedes buscar las ilustraciones en los objetos que tienes a tu alrededor —sugirió Susana.

—Sí, Jesús usó los objetos ordinarios para ilustrar verdades divinas: el cabello de la cabeza, los pájaros, los lirios del campo. Las cosas que la gente veía a diario una y otra vez les recordaban las verdades que Él les había enseñado.

—Así que la clave está en no esperar hasta el último minuto para buscar lo que necesitas. Lo que haces entonces es revisar todas tus ilustraciones de vez en cuando a fin de recordar lo que tienes disponible en tu archivo.

—Eso es importante, y revisar también la lista de sermones que voy a predicar en las siguientes semanas con el fin de ir buscándolas con tiempo.

—Quizá deberías poner la lista de sermones en la parte interior de la tapa de tu Biblia como un recordatorio constante —sugirió Susana.

—Esa es una idea excelente. Voy a pensar en ello. Gracias.

—No tiene importancia. Ya te he dicho que si me escucharas a mí en vez de leer esos libros podrías aprender algunas cosas.

—Otro error que cometemos es elegir las ilustraciones demasiado temprano en la preparación del sermón —continuó diciendo Pablo, pretendiendo ignorar el último comentario de Susana.

—Eso me parece una contradicción. Primero dices que los ministros esperan hasta que es demasiado tarde para buscar las ilustraciones; y ahora dices que empiezan demasiado temprano.

—Lo que quiero decir es que si decides demasiado temprano que vas a usar determinadas ilustraciones, puedes tener dificultades haciéndolas encajar en el sermón. Superficialmente parece que todo estuviera bien, pero una vez que el sermón está formado ya no concuerdan. En vez de forzarlas para que se adecuen al mensaje, deberían ser dejadas para otra ocasión.

—En otras palabras, deberías escribir el mensaje primero, y después decidir qué ilustraciones se adecuan le van mejor. Creo que eso es bien evidente.

—¡Eres muy lista! —bromeó Pablo.

—Lo suficientemente lista como para avisarte que nuestra salida va a aparecer en unos segundos.

—Tienes razón, por poco me paso.

Pablo dejó la autopista y encontró pronto el campamento. Estacionó la camioneta estratégicamente a fin de que los faros iluminaran el lugar. El auto estaba estacionado cuesta abajo de frente al espacio donde acamparían, de forma que las luces altas estaban perfectas en esta ocasión. Mientras que Pablo y los chicos trabajaban armando la tienda de campaña, Susana sacaba los sacos de dormir y los colchones de aire.

—Bueno, ¡estamos de vacaciones! —dijo Pablo, anunciando lo obvio al tiempo que se metía en su saco de dormir—. Creo que debemos darle gracias al Señor por cuidarnos en el camino, porque la camioneta ha funcionado muy bien, y por todos los kilómetros que hemos podido recorrer.

Los cuatro inclinaron las cabezas y Santiago oró por Fisgona, la perra, que estaba pasando el mes de vacaciones en casa de la abuelita. Juan incluyó a Paco, Pepe y Quico, los tres peces de colores que se quedaron con el vecino de la casa de al lado.

Susana detectó un poco de preocupación y tristeza en sus oraciones.

—No tienen que preocuparse acerca de Fisgona y de los pececitos de colores. Ellos están bien —dijo ella dulcemente.

—Pero mamá, ¿y si mueren? —dijo Juan.

—Bueno, si los pececitos mueren, vamos y compramos otros. Esta vez los elegiríamos aún más bonitos, algunos de esos peces tropicales de colores tan lindos. Así que, no se preocupen por ellos.

—¡Mamá! —reaccionó Santiago asombrado— No puedo creer que tú hayas dicho eso. ¿Cómo te sentirías si yo le dijera a papá: «No te preocupes si mamá muere, vas enseguida a buscarte otra mamá nueva más bonita»? ¿Cómo te sentirías?

—¡Sí, mamá! —dijo Pablo riendo— ¿Cómo te *sentirías*?

Susana se echó a reír a carcajadas y parecía que no podía parar. Pablo encendió la luz de la linterna y pudo ver las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Todo su cuerpo se movía dentro de su saco de dormir, creando efectos de sonido extraños sobre el colchón de aire.

—¿Para qué enciendes la luz? ¿Qué haces? ¿Qué estás buscando? ¿A dónde vas, Pablo? —farfulló Susana, al tiempo que Pablo salía de su saco de dormir y se ponía los pantalones.

—Dejé mi cuaderno de notas en la camioneta. Tengo que anotar esto. Es una ilustración estupenda para un sermón que no quiero olvidar.

Abrió la puerta de la tienda y se encaminó hacia el auto. Al tratar a tientas de abrir el auto se dio cuenta de la bella noche con cielo despejado. Las estrellas parecían estar tan cerca, brillando con gran resplandor en aquella noche de verano sin luna. El aire era cálido y dulce.

—Señor, tus obras son tan esplendorosas y tu poder tan grande. Puedo confiar plenamente en que Tú cuidas de la iglesia mientras yo estoy aquí de vacaciones.

Pablo no podía creer lo que estaba diciendo, se asombraba de que su fe fuera tan pequeña cuando su llamamiento era tan grande.

22

¿Apelando al esnobismo o a los sentidos?

El tercer día empezó con una visita al Palacio del maíz. Pablo tomó notas de la atracción, pero ya de vuelta en el auto no paraba de mover la cabeza pensando por qué se les había ocurrido detenerse allí.

—No puedo creer que parásemos temprano ayer con el fin de no perdernos esta atracción —se quejó Susana—. ¿Quién fue el que te dijo que este lugar era maravilloso?

—Tomás Díaz —refunfuñó Pablo.

—¡Tomás Díaz! El más grande perdedor de tiempo del mundo. Me lo debí haber imaginado, ¿cómo es que escuchas a ese hombre?

—Tienes razón, fue un error. Me dijo que pasaríamos todo el día aquí. Afirmó que se había pasado horas mirando los corredores del palacio.

—¡Los pasillos del palacio! Esa no es mi idea de un palacio, amor mío.

—Reconozco que no es nada de lo que yo me había imaginado. Quizá pueda sacar una ilustración para un sermón de esto —dijo Pablo pensativamente— pero no puedo adivinar cuál pueda ser. Un edificio con cañas de maíz sujetas a sus paredes exteriores. Y pensar que todos los años hacen el esfuerzo de rediseñarlo.

—Es tan sólo un edificio común y corriente —agregó Susana—. Yo esperaba un verdadero palacio de maíz.

—No eres la única que estás decepcionada, mira a Santiago y

Juan. Ni los emparedados ni el helado a las 9:30 de la mañana ayudan.

»Bueno, lo anotaré como una experiencia más. Quizá algún día pueda usarlo como una ilustración para un sermón. Ahora mismo no se me ocurre nada.

—¡Tú y tus ilustraciones para sermones! Te diré cómo puedes usarlo para un sermón.

—¿Cómo?

—Piensa en la decepción, después de toda la expectativa y de todos los kilómetros recorridos para llegar aquí. ¡Qué chasco!

—¿Qué estás tratando de decir?

—Pregúntale a la congregación si alguna vez ha hecho planes de ir a alguna parte, esperando que fuera algo muy especial, y después se siente desilusionada al descubrir que no era nada de lo que se había imaginado. Yo estoy segura de que todos han tenido esta clase de experiencia.

»Entonces les hablas acerca de ir al cielo —continuó Susana—. Pregúntales a los hermanos algo así: «¿Temen íntimamente en su corazón que el cielo pueda no ser todo lo que se dice que es? Después de tanta expectativa, ¿tienen temor de quedar decepcionados cuando lleguen allí? ¿Se han preguntado alguna vez cómo Dios los podrá atender a todos por miles y miles de años, y que nunca se aburrirán o quedarán desilusionados?»

—Ya veo lo que quieres decir —respondió Pablo—. Eso tiene posibilidades.

—Tengo incluso la pregunta perfecta. Puedes preguntarles: «¿Serán aquellos palacios de marfil mucho mejores que este Palacio de maíz?»

—Se ve que el maíz te inspira —dijo Pablo bromeando—. Gracias por la idea.

—No es nada —respondió Susana, ya con mejor humor—. Creo que es mejor ver la parte positiva de las cosas. En vez de haber pasado todo el día en el palacio, hemos pasado sólo una hora. Según lo que veo en el mapa, podremos pasar por los páramos esta tarde y todavía tener tiempo de visitar el monumento antes de que anochezca.

Pablo y Susana sabían por qué ella estaba de mal humor sobre el Palacio de maíz, y no era precisamente por el edificio en sí. Pero ninguno expresó en voz alta lo que estaba pensando.

Los chicos ya habían terminado el helado y se habían quedado dormidos en el asiento de atrás. Los muchos kilómetros estaban ya pesando en toda la familia. Todos estaban ya un poco cansados. Pablo luchaba con la fatiga en el volante, así que empezó a

hablarle a Susana acerca de otra de las tareas que el doctor Ocampo le había dado.

—Tu licenciatura en la universidad fue en lenguas y Literatura, así que este tema cae por completo en tu campo.

Susana se enderezó un poco en su asiento.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella.

—El doctor Ocampo quiere que trabaje en mi «vocabulario de predicación». Me dio un par de tareas de lectura para empezar en la dirección correcta.

—Confío que por «vocabulario de predicación» no te estés refiriendo a esa terminología teológica que estudiaste en el seminario. Nunca olvidaré la vez que asistí al servicio de ordenación de Juan Nelson.

—Ya me acuerdo de qué estás hablando: de aquel predicador que alardeó de aquellas grandes palabras delante de todos.

—Exacto. ¿Cómo es que se le ocurrió a Juan invitar a aquel hombre a predicar?

—Era su profesor de homilética.

—¿Aquel hombre? ¿Un profesor de homilética? ¡No me asombra de que haya crisis en los púlpitos? ¿Recuerdas cómo los jóvenes empezaron a impacientarse? ¿Qué es lo que te decía Antonio García en voz baja?

—Me preguntó: «¿De dónde ha salido este hombre? ¿No te parece que habría que llamarlo 'Señor Diccionario'?» —dijo Pablo riendo—. Entonces empezaron todos a llamarlo Señor Diccionario. Otros empezaron a reírse de tal modo que se escondían detrás de los que tenían delante para que el predicador no los viera.

—Uno me comentaba después: «Si este hombre sigue hablando de esta manera dentro de poco pertenecerá a una especie extinta».

—Todo lo que yo recuerdo es que para evitar reírme me mordí la mano tan fuerte que casi me sale sangre —dijo Susana, mirándose a la mano como esperando encontrar todavía señales de sus dientes después de doce años.

—El tema de su sermón era: «El significado escatológico de la Parusía, en su relación con las diversas interpretaciones del problema mileniarista presentado por el escritor de Apocalipsis en el capítulo 20» —expresó Pablo en forma pomposa y tono grave.

—¡Eso es! —respondió ella riendo a carcajadas.

En el asiento trasero Juan gimió, cambió de posición y se volvió a dormir.

—¿Cómo puedes recordarlo después de todos estos años? —preguntó Susana—. Me gusta tu expresión también.

—Me sentía muy orgulloso de mí mismo porque era un estudiante de segundo año en el seminario y conocía el significado de todas esas palabras —respondió Pablo riendo.

—Probablemente eras el único. Confío en que no te estés refiriendo a eso cuando hablas de «vocabulario de predicación». Esa clase de lenguaje sólo consigue envolver el sermón en una niebla teológica.

—«Envolver el sermón en una niebla teológica» —repitió Pablo—. ¡Me gusta eso! Es muy bueno para despertar a alguien que está teniendo dificultades en mantenerse con los ojos abiertos. Lo triste acerca del mensaje de aquella noche es que el hombre tenía, en verdad, algunas cosas importantes que decir, pero nadie pudo entender su vocabulario tan ridículo.

»Lo que leí fue todo lo opuesto a eso —continuó Pablo—. Leí que el miembro de iglesia promedio suele emplear un vocabulario de unas 7.500 palabras, mientras que el predicador promedio usa un vocabulario de unas 12.000 palabras.

—¿Eso te hace sentirte listo y culto?

—Eres muy chistosa. Pero de las 7.500 palabras, un tercio son términos técnicos que tienen que ver específicamente con su trabajo. Eso deja en 5.000 las palabras que la congregación tiene en común. ¿Te suena correcto esto que estoy diciendo?

—No me extrañaría para nada. Nuestros compatriotas no sobresalen en lo que se refiere al dominio y uso de la lengua. ¿Pero a qué te refieres exactamente?

—Me refiero a mantener el lenguaje del púlpito dentro de los límites del vocabulario de la congregación. Si uso términos técnicos debo definirlos claramente.

—Incluso si te tomas el tiempo de definirlos todavía podrían resultar demasiado complicados, así que no lo hagas muy a menudo. Además, no recuerdo que Jesús usara palabras complicadas e impresionantes. Él habló con un lenguaje simple, pintoresco, para que la gente común pudiera entenderlo.

—De eso precisamente se trata: necesito cultivar el vocabulario que usa la mayoría de la gente, pero en una forma descriptiva, palabras que apelen a los cinco sentidos: vista, oído, olfato, gusto y tacto. De esa manera la gente sentirá lo que estoy diciendo, lo entenderá mejor y lo recordará por más tiempo.

—¿Cuál es, pues, tu plan? —preguntó Susana, mirando el paisaje—. Me gustaría empezar a ver algunos montes. Ya me estoy cansando de estas tierras tan llanas. Doy gracias por la fuente de alimentos que son las grandes llanuras, ¡pero qué aburrido es viajar por aquí! Si quieres puedo apuntar una observación en tu cuaderno de ilustraciones: «los contrastes son importantes para la vida. Si todos los días fueran igualmente llanos, la vida sería muy monótona. Necesitamos valles y montañas, no solamente grandes llanuras».

—Muy bueno, escríbelo. Pero también necesitamos las grandes llanuras en nuestra vida para mantener la estabilidad. Imagínate que todo fuera subir y bajar montes. El Señor, en su amor y misericordia, nos protege del excesivo contraste. No nos da más de lo que podamos llevar.

—Confío en que sea así —suspiró Susana.

Ambos se mantuvieron en silencio durante unos minutos bajo la presión de dolorosos pensamientos relacionados con la iglesia.

—Bueno —dijo Pablo, rompiendo el largo silencio—, la manera en que planeo empezar a fortalecer mi vocabulario de predicación es haciéndome mejor observador. Voy a buscar los cinco sentidos en todo lo que encuentro, y esforzarme por ser más descriptivo, creando más imágenes en las mentes de las personas.

»Cuando esté estudiando varios comentarios procuraré fijarme en el vocabulario nuevo y expresivo. A este efecto, estaré al acecho en todas mis lecturas.

—¿Sin plagios? —preguntó Susana.

—¡Claro! Sólo palabras individuales y frases cortas que me parezcan especialmente descriptivas. Por supuesto, si uso lo de otro de manera más completa le daré el crédito que corresponde.

—No uses demasiadas citas —advirtió ella—. Eso resulta tan pesado como las palabras y expresiones técnicas.

—Lo sé, lo sé.

—Quizá te convenga comprar un diccionario de bolsillo, revisarlo e ir señalando todas las palabras descriptivas que vayas encontrando. Eso te podría ayudar.

—¡Eso es una buena idea! Me compraré uno en el próximo pueblo esta noche.

—¡Ni hablar! ¡No vamos a parar en ningún lugar para que tú adquieras un diccionario! Queremos armar la tienda de campaña con tiempo.

—¡Está bien! ¡Está bien! Esperaré hasta que lleguemos a casa, pero me gusta tu idea. La cuestión no es cuán amplio es mi vocabulario, sino cuán bien uso el lenguaje de la gente común.

—Me parece que el profesor de homilética de Juan estaba más obsesionado con su brillantez que con su capacidad de comunicar claramente lo que deseaba decir. Pero esto que dices tiene sentido. Se me ocurre una manera ideal de resumir en siete palabras todo lo que me has dicho —dijo Susana.

Guardó silencio y esperó con una sonrisa muy pagada de sí misma.

—¿Sólo siete palabras? ¡Dímelo! ¡Vamos, quiero saberlo!

—*Apelar a los sentidos, no al esnobismo.*

—¡Apelar a los sentidos, no al esnobismo! ¡me gusta eso! ¿Puedes apuntarlo en el cuaderno de notas?

—Lo haré con gusto, con tal de que des crédito al que crédito merece cuando cites mis palabras. Y puesto que yo soy la especialista en Lenguas y Literatura, te anotaré una cita adicional mientras escribo la primera.

—¿Cuál es?

—A uno de mis profesores en la universidad le gustaba citar a Pascal, quien habló de «la elocuencia que menosprecia la elocuencia» —respondió Susana—. Eso es lo que realmente quieres en el vocabulario del púlpito: una manera de hablar que sea clara, nueva y poderosa y que, a la vez, no desvíe la atención hacia el orador. Quieres que la congregación se enfoque en el mensaje, no en el mensajero.

Totalmente de acuerdo —asintió Pablo—. «La elocuencia que menosprecia la elocuencia». La gente desdeña la elocuencia equivocada. Parece muy intelectual, pero levanta barreras de comunicación en vez de eliminarlas.

—Ahora que te he dado dos grandes citas, ya he cumplido bien con mi papel. Así que despiértame cuando estemos llegando, por favor.

Susana agarró la almohada y la apoyó contra la puerta de la camioneta, poniéndose lo más cómoda que pudo. Pablo continuó pensando sobre lo que habían estado hablando y sobre cómo podría usar la apelación a los sentidos en vez de la apelación al esnobismo en el lenguaje del púlpito. ¿Cómo podría obtener esa evasiva «elocuencia que menosprecia la elocuencia»? Después de todo, pensó él, ¿no es ésa la elocuencia de la Biblia? Un lenguaje simple, claro, pintoresco y poderoso. Un lenguaje que ha pasado la prueba de los siglos.

Las palabras que apelen a los cinco sentidos: vista, tacto, olfato, gusto y oído ayudan a las personas a desarrollar un sentir de lo que estás diciendo, lo entenderán mejor y lo recordarán durante más tiempo.

23

Luz en la niebla

Los páramos proveyeron a los Fernández de buenos ratos de entretenimiento familiar. Nuevas vistas de aquel paisaje extraño y maravilloso aparecían ante sus ojos en cada nueva curva que tomaba la camioneta en aquella sinuosa carretera del parque nacional.

Pablo paró varias veces para que Santiago y Juan subieran y bajaran corriendo por aquellas laderas extrañas. Todo el parque transmitía una sensación de hechizo debido a las formaciones tan curiosas esculpidas por la erosión del terreno. Mientas que los dos muchachos quemaban las energías que habían acumulado encerrados en el auto, Susana y Pablo daban breves paseos por senderos que se desviaban aquí y allá.

—Mira cómo se divierten los pequeños —observó Susana, mientras los dos chicos gritaban y saludaban desde lo alto de una elevación.

—Por eso es tan importante que disfrutemos este tiempo juntos, para olvidarnos de los asuntos que nos preocupan de la iglesia —agregó Pablo, al tiempo que retiraba con el pie una pequeña piedra del camino.

—¡Cuidado, chicos! —les gritó Susana, mientras respondía a su saludo. Estoy de acuerdo, Pablo. Sabes, he estado pensando acerca de la situación.

—¿Sí?

—Sí. No puedo imaginarme que el Consejo de diáconos haga algo incorrecto mientras nosotros estamos fuera. Creo que simplemente estaban tan entusiasmados acerca de tener allí al doctor Robles que ni siquiera pensaron que eso podría afectarte a ti.

—¿Y qué de los otros predicadores que yo había comprometi-

do? Nora tuvo que llamarlos a todos el lunes para cancelar el compromiso.

—Lo sé, pero de verdad no creo que el hermano Peña estuviera pensando en nada malo.

—Tú no has estado en algunas de las reuniones de diáconos —refunfuñó Pablo.

—Tengo el presentimiento de que las cosas no están tan mal como tú imaginas. Tu predicación ha mejorado realmente en las últimas semanas. Las personas han notado la diferencia también.

—¿No crees que es demasiado tarde? —preguntó Pablo.

—No lo creo, al menos confío en que no lo sea.

—Yo también confío —replicó Pablo—. Bueno, es mejor que regresemos al auto. Todavía nos queda un trecho largo por delante.

Mientras que Pablo y los pequeños armaban la tienda en el campamento a las afueras de la ciudad, Susana calentaba una cacerola de estofado de carne en la estufa de gas que llevaban.

—¡Hmmm! ¿Qué huele tan bien? —preguntó Pablo al detenerse para oler el aire.

—Sí, mamá, ¿qué tenemos para cenar? —gritaron los chicos—. ¡Estamos hambrientos!

—Ahora sí que aprecias que tu esposa estuviera toda la noche en pie preparando este estofado de carne para el viaje —dijo Susana—. Ya sé que estaban fastidiados en ese momento, pero yo también sabía que agradecerían una buena comida hecha en casa después de tres días de comer hamburguesas.

—Tienes toda la razón. Bueno, chicos, vamos a cenar. Tenemos que controlar el tiempo. Vamos a visitar el monumento inmediatamente después de cenar. He esperado años para verlo y no quiero perdérmelo ahora.

La comida fue perfecta para Santiago y Juan después de sus subidas y bajadas en los páramos. Los Fernández terminaron de cenar, limpiaron y recogieron los platos rápidamente, a fin de que no se les hiciera tarde para contemplar el juego de luces en el monumento.

—¿Papá? —dijo Santiago cuando ya estaban en la carretera.

—¿Sí, Santiago?

—Éste es mi lugar favorito —dijo, después de la tarde tan divertida que había pasado.

—El mío también —agregó Juan.

—Bueno, esperen hasta que vean el monumento iluminado esta noche. Es realmente extraordinario —respondió Pablo.

—No sé que será eso, Pablo —dijo Susana, señalando hacia los montes con una voz que denunciaba un poco de preocupación—. Parece que esa niebla espesa está empezando a tapar las montañas.

Los Fernández encontraron un espacio en el estacionamiento. Docenas de autos procedentes de todo el país para el mismo evento: la iluminación del monumento, los rodeaban por todas partes.

—Es mejor que corramos un poco —urgió Pablo—. Van a encender las luces de un momento a otro, y conviene tener buenos asientos.

Pablo tomó de la mano a Santiago y Susana a Juan. Los cuatro aceleraron el paso para pasar a los turistas que iban más despacio por el camino.

Al llegar al anfiteatro al aire libre, la música comenzaba a sonar por los altavoces. Al otro lado del abismo que tenían enfrente se erigía el monumento. Y justo encima de sus cabezas la niebla descendía rápidamente.

—¡Vamos, empiecen ya! —dijo Pablo impaciente al ver la niebla—. ¡Enciendan las luces!

—Un guardia del parque me ha dicho que todavía hay que esperar como quince minutos. Se necesita que oscurezca un poco más —dijo Susana.

Observaron con frustración cómo la niebla bajaba implacablemente sobre las montañas. Al fin los altavoces anunciaron que la iluminación iba a empezar. Hubo un redoble de tambores y la multitud se fue quedando en silencio esperando el acontecimiento. Se encendieron las luces y todo el mundo se lamentó.

—¡Niebla! ¡Eso es todo lo que veo! ¡Hemos manejado durante 2.400 kilómetros desde casa hasta lo alto de esta montaña para ver iluminada la niebla!

—Papá, no veo nada —dijo Santiago—. ¿Dónde está el famoso monumento?

—Está allí en la montaña —replicó el papá—. En algún lugar detrás de la niebla.

Se quedaron allí sentados, observando durante un rato, mientras las luces trataban de penetrar la niebla, confiando en que se despejara pronto. Pero no sirvió de nada. Poco a poco la multitud desilusionada fue desapareciendo camino a sus automóviles, creando un enorme problema de tránsito en la carretera de montaña. En el fondo resonaba el discurso pregrabado, haciendo más ridícula la ocasión.

—No sólo la niebla impidió que viéramos el monumento, sino que también impide que veamos bien la carretera —se quejó Pa-

blo en el camino de regreso al campamento—. Estas tontas luces altas que llevamos se proyectan tan arriba en el aire que lo único que iluminan es la niebla. No puedo ver para nada la carretera.

De repente se le ocurrió una idea:

—Juan, pásame, por favor, tu linterna. Te vi jugar con ella en el camino de subida a la montaña.

—¡Claro que sí, papá! ¿Qué es lo que vas a hacer con ella?

—Quizá pueda iluminar con ella la carretera hasta que bajemos un poco y salgamos de este banco de niebla.

Apagó las luces altas del auto y encendió las cuatro luces intermitentes. Bajó después el vidrio de su ventanilla y fijó la linterna fuera, dirigiendo la luz hacia la raya blanca que separaba los carriles en la carretera. Cambió a una marcha inferior y empezó a descender de la montaña llevando detrás una fila de autos de varios kilómetros.

De regreso en el campamento, Pablo tomó su cuaderno de notas y empezó a apuntar la experiencia pasada. Los chicos se habían quedado dormidos durante el descenso de la montaña, pero él quería tomar unas notas antes de ir a la cama. Susana también se había quedado dormida poco después de que al fin salieron de la zona de niebla.

—¡Vaya! ¿Qué tienes que escribir ahora? ¿Qué gran ilustración has podido sacar de este desastre? —dijo Susana sarcásticamente.

El ruido que producían al pasar las hojas del cuaderno de notas al pasar la habían despertado. Eso, más el escribir rápido de Pablo y las desilusiones de los eventos del día, hicieron que se sintiera fastidiada.

—Una bastante buena —respondió Pablo, procurando no parecer demasiado entusiasta acerca de ello—. Hemos caminado por fe y no por vista. Aunque la niebla cubría el monumento, nosotros sabemos que está allí en la roca. Miles de turistas subieron la montaña para verlo, y mañana miles más tratarán de hacerlo. ¿Por qué? Porque sabemos que está en ese lugar. Y aunque Santiago y Juan nunca lo han contemplado, ellos confían en la palabra de su padre. Lo mismo sucede con nuestro Dios. Sabemos que está allí incluso cuando nuestras vidas están envueltas en niebla. Confiamos en Él en la oscuridad.

—Pablo, nosotros no hemos visto nada, mucho menos Santiago y Juan. Yo me pregunto si de verdad hay algo allí arriba. No quiero oír más acerca de ese asunto. Hemos viajado todo este tiempo para ver el monte por vista, no por fe. Vámonos a la cama. Ya he tenido suficiente por este día.

—Dame un par de minutos para terminar de escribir estas notas.

—Despiértame cuando termines —gimió Susana suavemente.

Al ir anotando, echó un vistazo a lo que ella había escrito sobre el lenguaje del púlpito justo antes de sus últimos comentarios. Pablo recordó las palabras que ella le había dicho acerca de la niebla que a veces envuelve al púlpito.

«Esa clase de niebla es peor que la que nosotros hemos experimentado esta noche», pensó para sí, mientras escribía sus notas. «Algunas pobres congregaciones tienen que buscar a tientas semana tras semana a través de una predicación nebulosa. No tienen ni idea de dónde empieza el sermón, qué camino toma y cuál es su destino final. Sólo pueden confiar en que el rostro de Cristo está oculto en alguna parte detrás de toda aquella niebla. Si a pesar de todo sobreviven, es sólo por medio del estudio bíblico y de su vida devocional personal; algo parecido a lo que yo tuve que hacer cuando usé la linterna de Juan para ver la carretera, puesto que las luces largas del auto iluminaban el aire y no la carretera».

«¡Caramba!», exclamó Pablo para sí. «Esto también va bien con el artículo que el doctor Ocampo me pidió que leyera en relación con el lugar de las aplicaciones en el sermón. Decía que deberíamos poner *primero* la aplicación en el sermón en vez de hacerlo al final del mensaje. Cuando las personas saben desde el principio que un mensaje las ayudará a vencer sus temores o les enseñará verdades importantes que les servirán para mejorar su vida, escucharán más atentamente».

«A veces los predicadores trabajan con cuidado presentando bien la exégesis del pasaje a la congregación, pero haciéndolos esperar hasta el final para saber cómo se aplica todo eso a sus vidas. Se les debería dar suficiente exégesis para entender el pasaje, pero sin excederse. Al ir dándoles pistas desde el principio acerca de la dirección del sermón, los predicadores pueden hacer que se levante la niebla de los ojos de la congregación y tengan buenas razones para escuchar atentamente. El doctor Ocampo también me dijo que éste es el único lugar donde se debería usar 'una escopeta en vez de un rifle'.»

—¡Estupendo! —bostezó Susana—. ¡Dispárale a la congregación!

—No, la escopeta esparce perdigones por todas partes, mientras que el rifle dispara un solo tiro al blanco. Cuando empiezas a predicar deberías disparar un cartucho de perdigones con el fin de que todos en la congregación sepan que el mensaje tiene algo para cada uno.

»Por ejemplo, si voy a predicar sobre el temor podría empezar

mencionando varias clases de temores que las personas pueden tener: temor al fracaso, de caer, de volar, de estar encerradas, de las alturas, de...

—Temor de perder tu trabajo —interrumpió Susana.

—Muy graciosa. Sí, también temor de perder tu puesto de trabajo —respondió Pablo—. Al disparar la escopeta consigues la atención de las diferentes clases de personas que tienes en la congregación. Si hablo tan sólo acerca del temor a las alturas, todos aquellos que no lo sufren pueden ausentarse mentalmente pensando que el mensaje no se aplica a ellos.

—¿Has terminado ya? —preguntó Susana con tono de cansancio.

—Sí, ya he terminado — respondió Pablo, guardando el cuaderno de notas y el bolígrafo.

Cuando las personas saben desde el principio que un mensaje las ayudará a vencer sus temores o les enseñará verdades importantes que les servirán para mejorar su vida, escucharán más atentamente.

—Vamos a acostar a los chicos. Mañana tenemos otro día bien largo de viaje. Confío que el parque nacional no sea una decepción.

Se volvió para despertar a los muchachos, pero estaban profundamente dormidos.

—Yo me encargo de ellos —se ofreció Pablo—. Ya están grandes y pesados, pero creo que todavía puedo con ellos.

Abrió la puerta trasera, tomó en brazos a Santiago y lo llevó a la tienda. Susana se había adelantado para abrir su saco de dormir. Entonces, mientras ella preparaba y abría el saco de Juan, él regresó al auto. Se dio cuenta, por la manera de respirar de Juan, que se estaba haciendo el dormido, pero no hizo comentario alguno. Los hijos se sienten muy a gusto cuando el papá los lleva a la cama de esa manera, y él no quiso privar a Juan de este placer, especialmente debido a que Santiago ya lo había disfrutado.

Después de que los dos niños estaban ya acomodados en sus sacos de dormir, Pablo y Susana se acostaron también en los suyos. Había sido un largo día y estaban de verdad cansados. Habían empezado con el Palacio de maíz, atravesado los páramos y habían concluido en lo alto de un monte nublado.

—Mi amor —susurró Pablo.

—¿Dime?

—¿Ya estás dormida?

—Casi. ¿Por qué?

—Quería tan sólo hacerte una pregunta.

—Si es acerca de la predicación, creo que te estrangulo.

—No, no es sobre eso.

—Vamos, termina, que quiero dormir —refunfuñó Susana— ¿Qué quieres preguntar?

Pablo apenas podía contenerse. Por fin, después de lograr controlarse, dijo:

—¿La estamos pasando bien, no es cierto?

Lo que sintió después fue el golpe de una almohada sobre su nariz.

24

Reflexiones sobre la predicación

Cuando las personas saben desde el principio que un mensaje las ayudará a vencer sus temores o les enseñará verdades importantes que les servirán para mejorar su vida, escucharán más atentamente».

Una noche, en el camino hacia el parque nacional, Pablo les ayudó a Santiago y a Juan a preparar y encender la fogata de campamento que tanto habían deseado. Después de la cena se acomodaron juntos cerca del fuego para tener su momento de devoción familiar. Pablo leyó el Salmo 1 y dirigió una pequeña discusión con Susana y los chicos sobre la importancia de escuchar el consejo de las personas piadosas más que el de los impíos.

Concluido el tiempo devocional, Susana señaló que mucho del poder de los salmos consistía en el uso descriptivo de las imágenes que había en ellos.

—Lo que hace que el Salmo 1 sea tan vívido y fácil de recordar son las imágenes que transmiten sus palabras: el árbol plantado junto a las aguas en contraste con la paja que se lleva el viento —dijo ella con entusiasmo.

»Estos son símiles porque usan la palabra *como* para establecer la comparación. Sin embargo, si no se usara esta palabra, serían metáforas: «Los piadosos son árboles plantados junto a corrientes de aguas».

Pablo se fijó en su rostro cálido y alegre a la luz del fuego chisporroteante. Observó cómo el ajetreo de la vida en la iglesia

se había filtrado en sus relaciones familiares. Las vacaciones estaban sirviendo para reavivar la relación. Se sentía muy agradecido de haber podido confiar en el Señor como para irse de vacaciones y dejar a un lado los asuntos de la iglesia durante ese tiempo.

—Pablo, ¿estás escuchando? —preguntó ella al darse cuenta, por el aspecto de su rostro, que parecía estar en otra parte.

—Sí, claro que sí. Me estás dando una conferencia sobre lengua y literatura.

—No, es sobre predicación. Escucha ahora la diferencia entre estas dos declaraciones —continuó ella—: «Yo soy la vid, vosotros sois los pámpanos».

—Eso está en Juan 15 —observó Pablo.

Mientras tanto, Santiago y Juan se las habían ingeniado para encontrar la bolsa con las barras de chocolate y las galletas de avena, y estaban calentando los malvaviscos en el fuego con el fin de prepararse unos suculentos bocados de dulce.

—Ya sé que se halla en Juan 15, pero escucha cuál es la diferencia.

—¿Lo sabías de verdad? —la retó Pablo bromeando—. Si te hubiera preguntado dónde se hallaba, ¿habrías podido responder Juan 15?

—Señor Fernández, ¿va usted a callarse y a escucharme?

—Lo ves, no lo sabías.

—¡Si sigues así te ensarto en una de estas varas y te aso en el fuego!

Santiago y Juan se pararon a observar. La última frase de Susana les había llamado la atención y esperaban con gran expectativa lo que sucedería después. Sabían que todo era una broma, pero querían ver qué iba a pasar con las varas. Para su desilusión, Pablo dejó que Susana continuara con su pequeño discurso.

—Si cambio la metáfora anterior en un símil, escucha como queda: «Yo soy *como* la vid, y vosotros sois *como* los pámpanos».

—Ya no tiene la misma fuerza —dijo Pablo riendo.

—Exacto, el símil debilita la tensión en la analogía; la metáfora tiene más vigor, más garra. Debido a la imagen de estas dos clases de comparaciones, las personas las recuerdan mucho mejor. Y al recordar las imágenes, las vuelven a conectar con la enseñanza de la analogía.

»Por ejemplo, tú una vez preguntaste: «¿Qué tienen en común un cuerpo, una novia, un edificio y un batallón?»

—¿De verdad recuerdas tú ese sermón?

—Todas son metáforas de la iglesia. ¿Ves la fuerza que tiene la metáfora? Aristóteles dijo que «lo más grande era poder dominar la metáfora».

—¡Ahora estás citando a Aristóteles! ¡Me tienes impresionado!

—¡Lo único que te va a quedar impresionado es esta vara! —dijo Susana fingiendo enojo, mientras mantenía en alto la vara de Juan para asar malvaviscos.

—Hablando de varas, dámela —dijo Pablo—. Me muero de ganas de comer uno de esos dulces.

—Claro que sí la vas a tener —respondió ella, golpeando cariñosamente a Pablo con la vara y dándosela después, para proseguir con la conferencia.

»Cristo les dijo a sus discípulos que eran «la luz del mundo» y la «sal de la tierra» y nadie lo ha olvidado desde entonces. También le gustaban los símiles. ¿Recuerdas cuán a menudo dijo: «El reino de los cielos es semejante a...»?

—«A un grano de mostaza», dijo una vez —respondió Pablo—. Sí, veo lo que quieres decir. Recuerdo también lo de «sepulcros blanqueados», y en el Antiguo Testamento Efraín fue comparado con una «torta no volteada», es decir, a medio cocer. Tienes razón, esas imágenes son fáciles de recordar.

—Y mantienen a las personas pensando acerca de la comparación. Así que procura usar más metáforas y símiles en tus sermones. Siempre que quieras que una enseñanza se comunique de una manera eficaz, trata de pensar en una buena analogía o forma figurativa para describirla.

—Dicho sea de paso —preguntó Pablo—, ¿cómo es que conoces tanto acerca de metáforas y símiles en la Biblia?

—¿Es que no recuerdas que fui a una universidad cristiana? A nuestro profesor de inglés le encantaba darnos tareas basadas en las varias formas de redacción que encontramos en la Biblia.

Cuando llegaron al parque nacional, Pablo se hallaba completamente relajado. La asombrosa belleza del glaciar les ayudó a olvidarse del trabajo de la iglesia. Ricardo Peña, Tomás Díaz, y las cortinas del salón social quedaron tan distanciados como los miles de kilómetros que los separaban. Pablo envió una tarjeta postal al doctor Ocampo, sin relacionar su amistad para nada con los problemas de la iglesia.

Había dieciséis kilómetros de excursión para llegar hasta el lago y regresar. Estaban también las cabras blancas y peludas con sus caras y barbas tan chistosas, tan domesticadas, que Santiago y Juan se habrían acercado a ellas para acariciarlas si su preocupada madre no hubiera intervenido.

De vez en cuando Susana tenía que recordarle a Pablo que anota-

ra ilustraciones de lo que iban viendo. Una en particular fue la del monumento conmovedor en el centro para visitantes. Susana descubrió una placa en memoria de un joven quien había muerto a causa de una caída, mientras trepaba la montaña. Lloraba mientras leía:

> En memoria amorosa del doctor Carlos Bauer, quien se encontró con el Salvador Jesucristo en su monte preferido; este monte del parque nacional.

—Murió el 31 de mayo de 1986. Tan solo tenía 29 años.

—Qué testigo para el Señor —respondió Pablo sobriamente.

—Y de tantos lugares en que pudo haber quedado, está aquí en un centro para visitantes, en el parque nacional.

—Mira el amor de Cristo reflejado en los ojos de este hombre, Pablo.

Señaló su retrato al lado de la placa en memoria de él. Debajo de esta, se encontraban otros elementos de su equipo de alpinismo, como el lazo.

Lo que realmente les sorprendió fue el hecho que ninguno de los empleados a quienes se les preguntó, en el centro para visitantes, siquiera sabían que la placa conmemorativa estaba allí.

—Seguro que voy a usar esta ilustración en un sermón cuando lleguemos a casa —dijo Pablo. —He aquí un gran testigo de Jesucristo en el mundo y el mundo pasa de largo sin percibirlo.

Escribió la cita textualmente como estaba en la placa, al dorso de uno de los folletos del parque. Más tarde lo transcribió a su libreta de apuntes.

El último día en el parque condujo a una discusión acerca del lugar del humor en el sermón. Un joven seminarista había predicado el domingo en el centro de adoración del parque y su mensaje había estado lleno de chistes y frases ingeniosas de principio a fin.

—Parecía más un cómico que un predicador —se quejó Susana.

—A mí no me molestaron los chistes, pero el mensaje no tenía mucha sustancia —añadió Pablo—. Sin embargo, lo que más me gustó fue estar sentado junto a mi familia.

—Sí, fue muy bueno tenerte a nuestro lado —coincidió Susana—. La gente se sorprendería de saber que una de las cosas que más me desagradan del ministerio es lo que ha hecho con nuestros fines de semana. Los sábados estás tan absorbido con los preparativos del domingo que, aunque estés en casa, no estás con nosotros. ¿Te acuerdas de nuestros primeros años de casados? El domingo era mi día favorito de la semana.

—El mío también —dijo Pablo—. Nos ayudaba a relajarnos el

ir al templo, sentarnos y pasar todo el día juntos. Ahora sólo logramos cuatro semanas al año.

—Me gustó el chiste acerca del mosquito que picó al predicador y salió cantando: «Hay poder, sin igual poder en la sangre...» —dijo Santiago, riéndose tontamente.

—A mí no me gustó —respondió Susana seriamente—. Yo pensé que era algo sacrílego.

—¿Qué clase de religión es esa, mamá? —preguntó Juan.

—Es la religión más popular —dijo Pablo riendo—. Mientras que algunos se despiertan el domingo por la mañana para ir a adorar al templo, millones más se quedan adorando al colchón. Asisten al templo de Santa Cama.

—No entiendo a los predicadores, papá —replicó Juan.

—Habla en serio, Pablo —dijo Susana—, esforzándose por mantener una cara seria. Mi amor, la palabra «sacrilegio» se refiere a cuando las personas hacen chistes de las cosas santas de Dios.

—Cuando la mamá dijo que ese chiste era sacrílego —añadió Pablo—, quería decir que nunca deberíamos haces chistes acerca de la sangre de Cristo. Él pagó un precio tan alto por nuestra salvación que no es justo bromear acerca de ello.

—Me gusta el humor que es natural —comentó Susana—. Me agrada cuando alguien ve humor en las situaciones normales de la vida más que en los chistes malos y juegos de palabras.

—Puede ser, pero recordemos que Jesús usó juegos de palabras —replicó Pablo—. La palabra aramea para camello es *gamla* y para mosquito es *galma*. ¿O es al revés? En cualquier caso, les dijo a los fariseos que ellos colaban el *galma* y se tragaban el *gamla*.

—No sabía que habías estudiado arameo.

—No, no lo estudié, pero ya me conoces mi afición por los juegos de palabras.

—No estoy segura de ello —gimió la esposa—. Prefiero el humor de la exageración y de la hipérbole. Usando el ejemplo que acabas de mencionar, ¿te puedes imaginar a los fariseos colando mosquitos y tragando camellos?

—¿Joroba y todo? —preguntó Santiago.

—Joroba y todo —respondió Susana riendo.

—No comprendo. ¿Cómo puede alguien tragarse un camello completo? —contestó Santiago.

—De eso se trata. No se puede... Ay, olvídate del asunto, Santiago —dijo Susana frustrada de no poder explicarlo mejor—. Algún día lo entenderás.

—Así que te gusta esa clase de humor que los niños no pueden entender —se rió Pablo.

—Muy gracioso. Es más natural porque lo puedes ajustar al propósito del sermón. Los chistes que cuentan los predicadores rara vez tienen que ver con el mensaje. Hacen más mal que bien, porque desvían a la congregación por una tangente.

—Pero el humor ayuda. Alivia las tensiones y hace que pase el tiempo más deprisa. Mantiene a la congregación despierta y escuchando. Creo que es importante —contestó Pablo.

—Pero debería fortalecer el mensaje, no debilitarlo. Cuántas veces se va la gente a casa el domingo diciendo: «¿Cómo fue el chiste que contó el predicador? Mañana se lo contaré a mis compañeros en el trabajo». Nunca conectan el chiste con el mensaje, de manera que no sacan ninguna enseñanza práctica para sus vidas.

—Los chistes del joven seminarista casi no tenían relación con el mensaje.

—¿De qué manera, pues, ha sido Dios glorificado?

Susana miró a su esposo, quien de repente parecía hallarse a mucha distancia.

—¿En qué piensas, Pablo?

—Oh, en nada —dijo encogiéndose de hombros—. Estaba pensando en cómo estamos nosotros aquí sentados criticando a ese joven seminarista, y me pregunto qué comparaciones estarán haciendo allá en la iglesia. El doctor Robles es un gran predicador. ¿Qué es lo que la gente dice acerca de mi predicación cuando no estoy cerca?

—No te preocupes acerca de eso. Estoy segura de que están hablando bien de la manera en que has estado predicando durante los dos últimos meses.

—Confío en que sea así —Pablo continuaba sin convencerse a pesar de los esfuerzos de Susana para afirmarle y darle seguridad.

A la mañana siguiente, los Fernández emprendieron temprano la marcha hacia la montaña.

Allí, Paraíso resultó ser lo que el doctor Ocampo les había dicho: *casi* un paraíso.

—Me imagino que no es tan maravilloso cuando estos bellos prados de flores están cubiertos con varios metros de nieve —comentó Pablo al leer en un folleto informativo la cantidad anual promedio de nieve que caía en el parque—. Ningún lugar en la tierra es realmente el paraíso.

—Sólo el cielo es el cielo —agregó Susana—. Pero esto realmente es un anticipo. El Señor es realmente bueno, Pablo. ¡Cuán afortunado eres de tener una tarea que te permite disfrutar de un mes completo de vacaciones con tu familia!

—¡Papá! ¡Mamá! —gritaron los chicos al ir aumentando su entusiasmo— ¿Cuándo podemos jugar con la nieve!

—¿Quién dijo que podían jugar en la nieve? —preguntó Susana.

—¡Aquel chico que está allí! —grito Juan, señalando a un muchacho que estaba jugando cerca de un vehículo al otro lado de la carretera.

—¡Me dijo también que no necesitas abrigo ni guantes para jugar en la nieve, pues no hace frío! —añadió Juan todo emocionado—. ¿Podemos ir ahora mismo? ¿Podemos? —suplicaron los niños.

—Iremos después de desayunar —dijo Susana. ¿Te puedes imaginar esto, Pablo? ¡Nieve en medio del verano!

—Me imagino que si hay nieve en el verdadero paraíso, tendrá que haberla en el verano también —se le ocurrió decir a Pablo.

Cuando llegó el momento de dejar ese lugar, Pablo y Susana estaban embargados por el mismo pensamiento. Las vistas eran tan extraordinarias y emocionantes que no sintieron necesidad de seguir viajando. Decidieron emprender el regreso a casa.

—Ya llevamos durmiendo en esta tienda más de dos semanas, estoy empezando a echar de menos mi vieja cama —dijo Pablo.

—Yo también —asintió Susana—. Además, debemos dejar algo para ver en el futuro, si es que volvemos alguna vez al noroeste.

25

La experiencia con las grabaciones

—¿Estamos ya listos para ordenar los platos? —preguntó la joven camarera.

—No sabía que usted iba a comer con nosotros —replicó Pablo.

—Por favor, no haga caso de las bromas de mi esposo —dijo Susana, al tiempo que se sonrojaba y le daba un codazo a Pablo—. Su sentido del humor es a veces un poco extraño.

—Pero ella preguntó: «¿*Estamos* ya listos para ordenar los platos?» —persistió Pablo.

—¡Olvídelo! —exclamó Susana.

La cara de ignorancia de la camarera mostraba que no sabía de qué estaban hablando. Aquella familia hambrienta solicitó el menú que más les satisfacía, y después esperaron impacientemente a que se lo sirvieran.

—Me desagrada cuando haces eso —dijo Susana con brusquedad después de que la camarera se marchara—. ¡La gente nunca sabe cómo tomar esa clase de humor!

—Pero ella dijo: «¿*Estamos* ya listos para ordenar los platos?» —citó Pablo— ¿Por qué hablan así las camareras? ¿Por qué no preguntan: ¿*Están ustedes* listos para ordenar?

—No lo sé. Probablemente por la misma razón que ustedes los predicadores usan siempre el *nosotros* en vez del *ustedes*.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Pablo, un poco a la defensiva.

—Como tú aquella vez que predicaste acerca del arrepentimiento de Zaqueo, el publicano engañador. Dijiste a la congregación, y cito las palabras textuales: «Debemos confesar nuestros pecados cuando engañamos en los impuestos, como Zaqueo lo hizo.» La manera en que lo dijiste sonaba como que *tú* estabas engañando en *tus* impuestos.

—¿Estabas engañando, papá? —preguntó Juan, mirándolo pasmado de asombro.

—No, no lo ha hecho —le aseguró la mamá—. Pero la manera en que lo dijo daba la impresión de que lo hacía.

—¿Qué sugieres que debería haber dicho?

—Quizá deberías tratar de hablar en la segunda persona para cambiar. Decir: «Deben arrepentirse» en vez de «debemos arrepentirnos».

—De esa forma ofendo a las personas porque parece que las estoy acusando —refunfuñó Pablo—. Sólo necesito hacer eso para que se vayan unos cuantos más de la iglesia.

—Pero ésa es la manera en que predicó Cristo. Él dijo: «¡Ay de vosotros, fariseos!»

—¡Pero yo no soy Jesús! Él era sin pecado, ¿no lo recuerdas? Yo soy un pecador. Hay una gran diferencia.

—Juan el Bautista fue un pecador, pero él habló de esa manera. Aunque se sentía indigno de desatar las correas de las sandalias de Jesús, él confrontó a los pecadores con la verdad, y fue decapitado por su valor.

—¿Estás sugiriendo que mi predicación no es lo suficientemente valiente? ¿O es que quieres que me corten la cabeza también a mí? —el enojo y el dolor de Pablo aumentaban con cada intercambio de palabras.

—No, mi amor —respondió ella, suavizando las cosas—. Pero si usaras la segunda persona adecuadamente, el mensaje tendría más sentido a veces, y creo que transmitiría más poder. Me parece que el *nosotros* debilita el mensaje. Da la impresión de que los predicadores deben primero dispararse a sí mismos antes de dispararle a la congregación.

—¿Quién quiere dispararle a la congregación? Todo lo que estoy tratando de hacer es compartir con ellos la Palabra de Dios —replicó Pablo.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca recordó la conversación con el doctor Ocampo acerca de la diferencia entre rifles y escopetas, y de cómo el mensaje debería ser dirigido al corazón de los oyentes con toda la precisión de un experimentado tirador de rifle.

El mensaje debería ser dirigido al corazón de los oyentes con toda la precisión de un experimentado tirador de rifle.

—Bueno, quizá soy así, en un sentido —masculló Pablo entre dientes.

Ella lo miró sorprendida, pero antes de que pudiera seguir con aquella extraña admisión, la camarera regresó con los alimentos.

—¿Quiere comer con nosotros? —preguntó Pablo bromeando.

—Muchas gracias, pero tengo otros clientes esperando —respondió ella atentamente. Entonces se marchó, pero temerosa de haberlo ofendido regresó y dijo—: Quizá la próxima vez no esté tan ocupada y con gusto me uniré a ustedes. Gracias por su generosidad.

Susana casi se ahoga en ese momento con el bocado de ensalada que se había metido a la boca.

—¡Eso sucede por empezar a comer antes de orar! —dijo Pablo. Su mal humor le llevó a reprimir la risa.

Después de comer se sintió más contento otra vez. Se dio cuenta de que algo de su irritabilidad se había debido al hambre. Pero él sabía que la razón principal de la misma era la situación que tenía en la iglesia. Ahora que estaban en el camino de regreso a casa la ansiedad sobre lo que podía estar pasando había hecho que se le formara un nudo en el estómago. Pero el darse cuenta del problema le ayudó a adaptarse y a levantar el ánimo otra vez.

Susana manejó durante la tarde, mientras él dedicó el tiempo a leer el Sermón del Monte y porciones de sermones en Hechos. La intuición de Susana acerca de la predicación en segunda persona demostró ser una idea valiosa. Se sintió apremiado por encontrar algún lugar donde los apóstoles usaran el «nosotros» en vez del «ustedes».

También se dedicó a escuchar las cintas de los sermones sobre Jonás con sentido crítico. Con el fin de librar a su familia del suplicio de oír otra vez tres horas de su predicación, se puso los audífonos. Mantuvo el cuaderno de notas a la mano y, de vez en cuando, paraba la cinta para hacer anotaciones sobre áreas que necesitaba mejorar.

Escuchó con atención su propio uso del «nosotros» en vez del «ustedes». Tomó nota de declaraciones clave y luego paró lo suficiente como para reescribirlas en la segunda persona. Por el sim-

ple cambio del «nosotros» al «ustedes» sus mensajes ganaron en un sentido de urgencia y poder.

Otra área clave tenía que ver con introducciones y conclusiones, puesto que también carecían de poder y propósito. Descubrió que a veces repetía en la introducción muletillas fastidiosas, hasta que se sentía seguro. Recordó que el doctor Ocampo le había dicho que éste era el lugar donde se debía disparar con una escopeta, a fin de ganar la atención de los diferentes grupos de individuos que componían la congregación.

«Mis sermones comienzan más con un ruido sordo que con la explosión poderosa y segura de un arma», se lamentó Pablo para sí. «Debo preparar mejor mis introducciones».

Notó, de igual manera, que sus sermones terminaban a menudo más con un lloriqueo que con una apelación poderosa, porque fallaba en llevar el mensaje a conclusiones apropiadas. Por lo general, esto reflejaba la falta de una declaración de propósito clara como el blanco y destino de su sermón. La conclusión era el esfuerzo final para llegar con el mensaje al corazón de los oyentes.

Pablo pensó en la posibilidad de usar sermones completamente escritos para superar estos problemas, pero sabía cómo reaccionaría la congregación a sermones leídos. Además, se dio cuenta de cuán pobre sería el contacto de los ojos entre el predicador y la audiencia si recurría a ellos. Decidió disciplinarse a sí mismo y escribir las introducciones y conclusiones, junto con declaraciones claves que vencerían el problema del titubeo en las transiciones. Aunque podía llevarse al púlpito esas partes escritas del sermón, tenía la intención de memorizarlas lo suficiente como para no necesitar leerlas a la congregación.

También se dio cuenta de la realidad dolorosa de que sus sermones a veces eran de verdad aburridos y de que su voz no era tan expresiva y fuerte como él pensaba que sonaba. Esto le sorprendió, porque esas cosas difícilmente se perciben desde el púlpito, pero eran fáciles de notar desde las bancas.

Hizo una lista de maneras como podía corregir y limpiar sus sermones de estas cosas. Primero, tenía la intención de poner un letrero visible desde el púlpito con una palabra escrita en él: *¡Entusiasmo!* Esto serviría para recordarle que tenía que predicar con vigor y entrega. Quería también practicar con las cintas para familiarizarse más con el volumen de su voz.

También incluyó en la lista la necesidad de un vocabulario más pintoresco y la necesidad de rehacer o desechar clichés desgastados y frases que solía repetir semana tras semana en el púlpito. El escuchar varios sermones seguidos, uno tras otro, le sirvió para

descubrir patrones tediosos. Agregó también a la lista la necesidad de usar ilustraciones y de emplear un humor apropiado.

Reflexionó sobre cómo los frecuentes anuncios comerciales en la radio y la televisión habían condicionado a la mente moderna a espacios cortos de atención. Necesitaba mantener constantemente el sermón en movimiento, sin interrupciones frecuentes, a fin de conservar mejor el interés de los oyentes. «Si es digno de ser dicho, es digno de ser dicho de forma interesante», escribió para sí en su cuaderno de notas. «¿De qué sirve una buena idea si las personas se desconectan de mí antes de que la comparta?»

Sucedió que a mitad del cuarto sermón empezó a cabecear, se quedó dormido y comenzó a roncar sonoramente. Susana y los niños se rieron todo lo que quisieron del predicador que se dormía escuchando sus propios sermones. Sus risas, aunque bien ruidosas, no lo despertaron. Ellos sabían que él nunca se olvidaría de aquello mientras viviera.

Después de la cena, Pablo decidió que manejaría sin parar durante todo el resto del camino a casa.

—¡Estás bromeando! —dijo Susana—. Nos quedan todavía casi 800 kilómetros para llegar a casa.

—O hacemos eso o tenemos que plantar la tienda otra noche más. Personalmente prefiero manejar toda la noche. Ustedes pueden dormir mientras tanto; yo después me desquitaré durmiendo todo lo que quiera en la buena cama que me espera en casa.

—Bueno, con tal de que no te salgas de la carretera y te caigas en un barranco. ¿No tienes temor de dormirte sobre el volante?

—No temas. Me encuentro bien y creo que puedo hacerlo.

—Pero me tienes que prometer que no vas a escuchar ninguna de las cintas de tus sermones —bromeó Susana.

—Eres muy chistosa. Parece que se han propuesto divertirse a costillas mías.

Los Fernández hablaron y rieron durante todo el camino hasta la media noche. Era tan cálido y acogedor estar todos juntos en la camioneta. Sin embargo, pronto se terminarían las vacaciones. Volvería el ajetreo de la vida normal y de la iglesia, tratando de robarles muchos de estos momentos preciosos de vida familiar.

Mientras Pablo manejaba durante la noche, Susana cayó en un sueño profundo a su lado. Sonrió al mirar por encima de su hombro a los muchachos. Ellos se movieron una y otra vez en el asiento. La cabeza de Juan estaba en un extremo del asiento y la de Santiago en el otro. Sus piernas estaban enroscadas entre sí de una manera extraña.

Al decidir regresar a casa antes de lo pensado y con el plan de

manejar toda la noche, llegaría a casa con toda una semana de anticipación. En la tranquilidad de las primeras horas pensó en los pequeños proyectos que llevaría a cabo en la casa aquellos días adicionales. Se sentía feliz de no tener que predicar otro domingo, pero el pensar en la presencia del doctor Robles en el púlpito hizo que disminuyera rápidamente su entusiasmo.

Mientras manejaba en la noche estrellada, se preguntaba que habría estado ocurriendo durante su ausencia en la iglesia. Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en las sorpresas desagradables que recibió al regresar de vacaciones anteriores. Procuró no dejarse impresionar por las dificultades, recordando las palabras de Mateo 5—7 que había leído antes. «No te preocupes por el día de mañana», se dijo a sí mismo. «Dedica el tiempo a alabar a Dios por estas estupendas vacaciones y esta maravillosa familia que Él te ha dado. No te llenes de ansiedad por la iglesia. Todo puede esperar hasta que llegues a casa.»

26

¡Al fin en casa!

Pablo tocó suavemente el codo de su esposa.

—Ya estamos en casa —anunció en voz baja.

Susana abrió los ojos lentamente.

—Mi amor, ¡deberías de mirarte en un espejo ahora mismo! —dijo Pablo riendo.

Ella empezó a estirarse lentamente, pero se detuvo de repente y se quejó. La incómoda postura que había mantenido durante el sueño en las pasadas horas la había dejado adolorida por todas partes.

—Pues no sé de qué presumes tú —refunfuñó ella entre dientes—. ¿Cómo lograste hacerlo? ¿Dónde estamos realmente?

—Estás dentro del garaje de casa. He cerrado la puerta para que nadie se dé cuenta de que hemos llegado. Me voy a la cama. No permitas que nadie me despierte.

—Mira esos hijos del trueno —dijo Susana señalando hacia el asiento trasero—. ¿No los amas cuando están durmiendo? Son tan preciosos.

—Si tanto lo son, ¿por qué lo dices sólo cuando están durmiendo? —preguntó Pablo sonriendo.

Pablo abrió la puerta de la camioneta y bajó con dificultad mientras Susana despertaba a los niños. Lentamente desenredaron sus piernas y salieron a gatas del auto.

—¿Hemos recogido ya a Fisgona? —preguntó Santiago medio dormido.

—No, mi amor —replicó Susana—. Nos preocuparemos de ella y de los peces de colores más tarde. Ahora vamos todos a dormir. Y si se despiertan antes de que papá y yo lo hagamos, por favor,

no hagan ruido. Recuerden que mientras ustedes estaban durmiendo, papá estuvo manejando toda la noche.

—¿Qué hora es? —preguntó Juan bostezando.

—Son las 5:30 de la mañana. Así que vayan a sus camas ahora y duerman unas horas más.

Pablo se detuvo a ver la montaña de correo que los vecinos habían depositado fielmente sobre la mesa de la cocina. Habían ido a la casa durante los días que los Fernández estuvieron ausentes para verificar si todo estaba bien, recoger el correo y echarle agua a las plantas.

—¿Algo importante? —preguntó Susana, mientras subía las escaleras camino al dormitorio.

—Muchas facturas y toneladas de publicidad.

Pablo se quedó dormido tan pronto cayó en la cama. Bien avanzada la mañana, el sol asomó por la ventana de la alcoba, haciendo que la temperatura dentro fuera insoportable. Pablo se despertó bañado en sudor. Al moverse, sintió que todo el cuerpo le dolía como si un camión le hubiera pasado por encima.

Oyó que Susana hablaba suave en el teléfono de la cocina. Estaba levantada desde las 9:30, gracias a Santiago y a Juan. Así que organizó a los chicos para que vaciaran la camioneta mientras ella organizaba el enorme montón de ropa para lavar. Cuando Pablo se despertó, ella había hecho prácticamente todo, excepto guardar las maletas. Los sacos de dormir y las cobijas colgaban en el tendedero, y la ropa ya estaba seca y doblada en la cesta azul del lavadero.

No pudo menos que reírse cuando Pablo entró en la cocina. Sus cabellos estaban revueltos e iban en todas direcciones, y la almohada había dejado señales de arrugas extrañas por toda su cara.

—Mamá, ¿te gustaría ver a tu hijo ahora mismo? —dijo ella por el teléfono—. Se acaba de despertar. No creo que lo puedas reconocer.

—Saluda a mi madre de parte mía —dijo él entre dientes—. No puedo creer que hayas hecho ya todo este trabajo. Si no estuviera tan caliente allá arriba, habría seguido durmiendo.

—Ella te retorno el saludo y que te quiere mucho —dijo Susana, mientras tapaba el micrófono del teléfono y transmitía el mensaje.

—Mamá, te llamaremos más tarde. Voy a dedicarme a cuidar de tu hijo. Besos de parte de todos. Recogeremos a Fisgona mañana. ¿Está bien? Adiós.

Después que Susana lo pusiera al corriente de las últimas noticias familiares, Pablo se fue al baño y se dio una prolongada ducha fría. Luego fueron todos al supermercado para reabastecer la despensa y, de paso, pararon en su heladería favorita.

A la mañana siguiente, Pablo se acercó al templo y entró en la oficina, donde su secretaria lo saludó amablemente.

—¡Pastor, ya está de vuelta! ¿Cómo les fue en el viaje?

—Ya le contaré todo después, deme primero las malas noticias de la iglesia —dijo Pablo con una risa nerviosa—. ¿Quién ha fallecido mientras estábamos fuera? ¿Quién más ha anunciado que se retira de la iglesia?

—¡Qué pesimista está este hombre de Dios! —respondió Nora riendo—. Se sorprenderá de saber que todo ha ido bien en su ausencia.

—Eso es lo que más me preocupa —replicó él.

—Todos están bien de salud. Incluso Antonio y Ester Gómez están viniendo otra vez al templo.

—¡Los Gómez! —exclamó Pablo

—Sí, los Gómez. Se le ve todavía a él un poco pálido después de su operación de corazón abierto, pero parece que se está recuperando bien. ¿Por qué ese ceño fruncido, pastor?

—Recuerdo ahora que Antonio tiene gran admiración por el doctor Robles. Probablemente deje de venir otra vez en cuanto yo regrese al púlpito.

—No lo creo, al menos no es eso lo que está diciendo. Creo que la operación quirúrgica le ha ayudado a darse cuenta de cuán importante es esta congregación para él.

—Confío en que esté en lo cierto —dijo Pablo dudando—. Él y Ricardo Peña han debido estar en la gloria con el doctor Robles aquí durante mi ausencia.

—¡Cuidado, pastor! —advirtió ella—. El hermano Ricardo está en alguna parte del templo en estos momentos. Un par de bancas se aflojaron por que los niños estuvieron muy revoltosos, y usted sabe como es Ricardo. Dice que las va a sujetar al suelo si es necesario.

—¿Se refirió a los niños o a las bancas? —dijo Pablo riendo.

—Espero que a las bancas.

—Mejor es que vaya y lo salude. Regreso en unos minutos.

Pablo encontró al hermano Ricardo donde Nora supuso que estaría, sobre su estómago debajo de una de las bancas del templo, sosteniendo un taladro eléctrico en la mano, sudando por cara y cuello, y con la camisa empapada. Todas las ventanas se hallaban cerradas, atrapando el aire húmedo en el interior.

—¿Qué hace usted ahí debajo con ese taladro? —dijo Pablo, dando aviso de su presencia—. ¿Está tratando de hacer que este

lugar sea más santo?

—Una broma así sólo puede venir de una persona —dijo Ricardo mientras salía de debajo de la banca—. ¡Me alegro de verlo, pastor! ¿Han regresado temprano, verdad?

Extendió la mano y estrechó la de Pablo con calor. Pablo se sorprendió de la intensidad de su saludo tan entusiasta.

—¿Qué tal las vacaciones? ¿Todo bien?

—¡Estupendas! Fue una gran experiencia familiar. Llegamos con un par de días de antelación y no pude resistir pasar por aquí y saber cómo iba todo. Dicho sea de paso, ¿cómo se encuentra el doctor Robles?

—Está bien. Mi esposa y yo los invitamos a cenar después del culto del último domingo. ¡Qué gran hombre de Dios! Su venida aquí significa mucho para mí.

Al hablar Ricardo del doctor Robles, Pablo observó el brillo de la admiración en sus ojos. Procuró evitar que eso le molestara, pero en pocos minutos los viejos sentimientos de dolor retornaron.

—Pastor, creo que nunca le conté como conocí al doctor Robles.

—No, no recuerdo que me lo dijera —respondió Pablo, esforzándose por sonreír cortésmente.

—Acababa de regresar de la guerra, siendo todavía bastante joven —dijo Ricardo, dejando el taladro sobre la banca—. Fui fuerte durante todo ese tiempo. Mientras otros se volvían locos bajo la gran tensión que sufríamos, yo me mantuve bastante cuerdo. Pero cuando regresé a casa empecé a hundirme, estaba bastante confundido. Francamente, me sentí perdido.

»Una noche, unos viejos amigos de la escuela secundaria fueron a verme y sugirieron que asistiéramos a unas reuniones evangelísticas en una iglesia vecina. Ellos pensaron que allí la pasaríamos bien, viendo cierta clase de espectáculo religioso. Era lo último que yo quería hacer, pero al fin me convencieron y fui con ellos.

Pablo escuchaba con creciente interés. En todos sus años en aquella iglesia nunca había conocido esa faceta de la vida de Ricardo.

Los ojos del hermano Peña se llenaron de lágrimas al continuar:

—Aquella experiencia resultó ser un momento clave en mi vida. Por supuesto, el orador de aquella noche era el doctor Robles. En aquel tiempo era todavía el pastor Robles y todos lo trataban con mucha familiaridad.

»Bien, me senté y empecé a sentirme violento, pensando que había preparado el sermón exclusivamente para mí. Por un momento me enojé acerca de ello. Pensé que alguien le había ido con el cuento de mi vida. ¿Cómo entonces podía saber él lo que pasaba en mi corazón?

»Me di cuenta, entonces, cuán necio era al pensar así. Dios me estaba hablando a mí aquella noche, no el doctor Robles. El resto de mis amigos siguieron riendo y tonteando en el fondo del templo, pero cuanto más hablaban ellos tanto más escuchaba yo. Al fin, se levantaron para marcharse en medio del sermón, pero yo me negué a salir con ellos. Después de aquello, mis amigos se burlaban de mí cada vez que me veían. Sabía que lo iban a hacer, pero no me importaba. Nunca antes pensé que necesitaba a Dios, pero aquella noche me di cuenta de cuán débil e incapaz era sin Cristo.

»Al final del mensaje, el doctor Robles invitó a que todos aquellos que quisieran poner su fe y confianza en Cristo pasaran al frente para orar con él. Yo no había estado en un templo desde que acudía de niño a la escuela dominical, y no tenía ni idea de lo que iba a pasar ahora, pero aquella noche casi eché a correr hacia el frente.

»Me quedé sorprendido al ver que fui el único que pasó, pero eso no me preocupó. Sabía que Dios me estaba llamando y eso era todo lo que importaba.

»Mi vida nunca volvió a ser la misma. Comencé a asistir a aquella pequeña iglesia cada semana, y también a leer la Biblia y a orar. Sucedió después que conocí a Vilma, en uno de los cultos, y comenzamos a salir juntos. Cuando llegó el día de la boda, el doctor Robles nos casó. Cuando nuestros niños nacieron, el doctor Robles los bautizó. Me siento muy en deuda con ese hombre, pastor. No sabe usted cuán agradecido estoy con él.

Las lágrimas rodaban por las mejillas del hermano Peña. Parecía extraño ver llorar a este ex soldado, duro y veterano. Pablo sintió en lo profundo de su ser como si le hubieran golpeado con un pesado martillo.

—Es un testimonio maravilloso, hermano Peña. ¿Por qué nunca me lo había contado antes?

—Cuando usted llegó a la iglesia era un joven recién salido del seminario, pastor. Yo soy todavía un soldado en mi corazón, y usted no sabe cómo son los soldados. Usted nunca ha estado en el ejército, y cuando llegó era joven y sin experiencia. Creo que no me sentí cómodo hablándole a usted de estas cosas. Siento de veras haber tardado tanto en contárselo.

—No, está bien, tiene más significado para mí que esperara hasta este momento. El doctor Robles es un gran predicador. Lo escuché una vez en la capilla del seminario cuando estudiaba allí.

Nos causó una gran impresión a todos los estudiantes.

—Dado que han vuelto a casa antes de lo esperado, lo podrá escuchar el próximo domingo.

—Me temo que no. Susana y yo tenemos otros planes.

—Cuánto lo siento, pero me gustaría que algún día pudiera presentarlos.

—A mi también me gustaría.

—Pastor, quiero que sepa algo. El doctor Robles ya no es el predicador que fue. Muchas de las experiencias e ilustraciones que usó durante este mes aquí ya se las había escuchado antes. Eso me hizo apreciar cuán duro tiene que trabajar usted. Usted tiene que predicar semana tras semana a las mismas personas. Alguien como el doctor Robles selecciona sus mejores sermones e ilustraciones y los usa una y otra vez en distintos sitios a donde le invitan. Pero usted tiene que venir con algo nuevo y diferente.

»No quiero criticar al doctor Robles, pero su uso del mismo material año tras año me lleva a preguntarme si él ha estado involucrado en oportunidades concretas de testimonio. Para mí, parte del poder del sermón está en escuchar a alguien que está ahí en las primeras líneas de batalla luchando con las situaciones actuales. Las batallas se están peleando *hoy* por Cristo, y hay soldados en las trincheras luchando por él. El doctor Robles sigue predicando los mismos sermones que le escuché predicar hace años. En aquel entonces esos sermones estaban frescos y poderosos, pero hoy suenan tan pasados como las noticias de ayer.

—Pero el evangelio es siempre el poder de Dios para salvación. Nunca pasa de moda —contestó Pablo amablemente.

—Lo sé, y lo creo. Pero ésa es exactamente la razón por la que las ilustraciones de cómo el evangelio está alcanzando al mundo deberían venir de los frentes de guerra de hoy, no de los de ayer.

—Tiene razón en lo que está diciendo. Hay una emoción especial en oír que ayer mismo o la semana pasada alguien ha sido conquistado por el poder de Cristo.

—A eso exactamente me refiero.

El hermano Peña hizo una pausa; entonces, mirando fijamente a los ojos del pastor, continuó:

—No pude decirle esto antes, pero puedo hacerlo ahora. Su predicación ha mejorado drásticamente en los últimos meses. Ahora siento que usted va al púlpito cada semana después de haber tenido un nuevo encuentro con Cristo y que regresa del campo de batalla para darnos un informe actualizado de las victorias alcanzadas.

»Alguien encendió un fuego en usted, pastor —continuó diciendo el antiguo soldado—. No sé quién, qué o cómo, pero sea lo que sea, siga adelante con ello. Sé que no he estado a su lado muy a menudo; le pido disculpas, y le prometo que las cosas serán diferentes de ahora en adelante.

Pablo estaba allí pasmado escuchándole. Por lo común, él sonreía un poco ante la terminología militar que el hermano Peña usaba en su conversación; pero ahora estaba allí mudo. Finalmente, balbuceando, pudo decir gracias.

El hermano Peña extendió su mano y estrechó la de Pablo de nuevo. Lo hizo con su habitual firmeza, pero el entusiasmo con que lo hizo era genuino y de corazón.

—Creo que debo continuar arreglando las bancas. Mi esposa me espera temprano. Así que nos veremos al domingo siguiente.

—Permítame una cosa más, Ricardo —dijo Pablo, viendo que ésta era una oportunidad de oro para poner en marcha su «Proyecto Nehemías».

—Claro que sí, ¿qué es?

—Una diferencia en mí ha sido mi determinación de hacer de la predicación mi prioridad número uno en el ministerio. He hecho un pequeño estudio de cómo uso mi tiempo en la iglesia, y quisiera compartir los resultados con el Consejo de diáconos. De esa forma podremos pensar en formas en que puedo usar mejor mi tiempo. Usted notó ya una diferencia, pero todavía me queda un largo camino por recorrer. Quiero seguir mejorando, tanto por el bien de la congregación como por el mío propio. Pero eso va a requerir hacer algunos cambios en mi papel aquí.

—Me suena bien, pastor. Me gusta eso. Estoy de su lado. Cuente conmigo en lo que pueda ayudarle.

—¿Podría desayunar con usted y con otros dos miembros del Consejo cuando regrese la próxima semana? Quizá podamos darle a esta temporada de otoño un gran comienzo.

—Me parece una idea excelente. Llámeme la próxima semana.

Pablo regresó a la oficina de la iglesia un poco aturdido.

—Hermana Nora, nunca creerá la conversación que acabo de tener con el hermano Peña.

—¿Se refiere a que a él realmente le gusta su predicación? —preguntó ella riendo.

—Eso y más.

—Ya sé. Él estuvo aquí antes y me comentó acerca de la gran mejora que había notado en sus sermones. Me dijo que a pesar de cuánto amaba él al doctor Robles, estaba esperando con ganas su regreso para escucharlo de nuevo en el púlpito.

—No puedo creer lo que está pasando. ¡Los Gómez están de

vuelta y Peña me dice ahora, que le gusta mi predicación! Es mejor que regrese a casa y empiece de nuevo el día. Creo que de tanto manejar de automóvil se ha afectado mi cerebro.

—No ha sido el manejo del auto, pastor, ha sido la oración y el trabajo duro. Usted sabe que muchos de nosotros hemos estado orando ferviente y constantemente por usted durante este año. Lo amamos y nos damos cuenta de cuán duro ha sido este año para usted y Susana.

—Muchas gracias, hermana Nora. Parece que el Señor ha estado respondiendo a todas esas oraciones.

Pablo sintió que estaba a punto de echarse a llorar, de manera que prefirió dejar la conversación para otro momento.

—Es mejor que regrese a casa y me recupere de estas emociones. Si alguien me busca, dígale que estoy en terapia y que no pueden verme.

Parte del poder de un sermón es escuchar que alguien está allá en la brecha, en este mismo instante. El subir al púlpito cada semana después de haber tenido un nuevo encuentro con Cristo, habiendo regresado del campo de batalla para dar un informe actualizado del progreso alcanzado.

En el camino a casa, Pablo lloró de gozo por la sorprendente recepción que había tenido de parte de Ricardo. Al mismo tiempo alababa al Señor y reflexionaba sobre las ideas que el hermano Peña tenía sobre la predicación. Lo que él observó como una debilidad en la predicación del doctor Robles se presentaba con el potencial de un desastre en la predicación semanal de un pastor. Pablo se dio cuenta, una vez más, de cuán importante era vivir el ministerio en las primeras líneas de batalla de la vida. Sus sermones no sólo debían incluir testimonios de encuentros recientes con los perdidos, sino que deberían reflejar sus conversaciones con creyentes y no creyentes en relación con todo el consejo de Dios. Se daba cuenta de que tenía que hacerlo sin traicionar las confidencias en tiempos de consejería personal. Quizá podía consultar con varias personas, tanto miembros de la iglesia como asistentes, respecto a sus sentimientos y creencias acerca del tema

que emprendería en el siguiente sermón. De esa manera podía tomar el pulso de la congregación y de la comunidad que los rodeaba, y entonces, armado con ese conocimiento, ir al púlpito mucho más preparado para dar en el blanco. Las consultas no serían científicas, sino informales.

El entusiasmo de Pablo por esta idea aumentaba. Podía incluso usarla como una oportunidad de testimonio. Sus preguntas podían picar el interés de aquellos a los que estuviera consultando y, de esa manera, abrir la puerta para futuras conversaciones. Pablo decidió probar con esta nueva idea durante los meses siguientes y hacerla parte de su seminario, gracias a la visión e ideas sobre predicación de Ricardo Peña.

«Quizá si escucho con más atención a los miembros de la iglesia, pueda obtener más ideas», pensó Pablo para sí al doblar por su calle.

Estacionó el auto frente a la casa y corrió para compartir con Susana las última noticias. Al escucharlas, se echó a llorar.

—¿Puedes creerlo, mi amor? —preguntó Pablo—. ¡Después de toda la ansiedad en relación con la iglesia!

—Me alegra escuchar estas noticias —dijo ella llorando de gozo—. Había empezado a pensar que tendríamos que trasladarnos. Eso significa que podemos quedarnos en esta iglesia; conservar nuestra casa y que los niños pueden seguir yendo a la misma escuela con sus amigos y condiscípulos. ¡Qué feliz me siento, Pablo!

—No me había dado cuenta de cuánto te afectaba a ti todo esto —dijo él. Tú siempre te muestras tan serena y tranquila.

—Tú estabas muy desanimado. Siento mucho el haberte regañado. Procuraba no ponerte bajo más presión de la que ya tenías. Yo creo en el poder de la oración, aunque a veces me sorprende la manera en que Dios nos responde —dijo ella riendo y llorando al mismo tiempo.

—Tengo que llamar al doctor Ocampo. Se pondrá contento de saber estas cosas. ¡Ese hombre ha orado mucho por mí!

Los esfuerzos de Pablo por encontrar al doctor Ocampo no tuvieron éxito.

—Me pregunto si estará todavía en la casa de su hermana —dijo al poner el teléfono en su sitio.

Llamó otra vez más tarde en el día, dejando que el teléfono sonara varias veces para darle tiempo al anciano a que pudiera alcanzarlo. Pero no obtuvo respuesta.

Toda la familia estaba todavía un poco mareada por los efectos de la carrera maratoniana para llegar a casa. Después de un viaje

rápido para recoger a Fisgona, regresaron a casa y se acostaron temprano. Santiago y Juan habían estado especialmente irritables en el auto y necesitaban descanso.

Tarde aquella noche, el sonido del teléfono sobresaltó a Pablo y a Susana en lo más profundo de su sueño. El reloj despertador sobre la mesa de noche registraba las 11:15 de la noche.

—¿Quién es tan desconsiderado que llama a esta hora? —gruñó Pablo al sentarse en la cama—. Debería dejar que suene y no hacer caso. Estamos todavía de vacaciones.

—Es mejor que respondas. Puede ser algo importante —dijo Susana, mientras lo empujaba fuera de la cama suavemente.

—Está bien, ya voy —le gritó al teléfono.

27

La llamada nocturna

—Dígame

—¿El pastor Fernández? —preguntó la voz al otro lado de la línea.

—Sí, yo soy. ¿En qué puedo ayudarla?

—Pastor, gracias a Dios que lo encuentro. Temía que todavía no estuviera en casa. Soy Estela, la hermana del doctor Ocampo —dijo ella.

—¿La señora García? Sí, claro. El doctor Ocampo me habló acerca de usted.

Al hablar, Pablo se dio cuenta de que pasaba algo. Acercó una silla y lentamente se sentó junto a la mesa de la cocina.

—¿Se encuentra bien el doctor Ocampo? —preguntó.

—Siento llamar para darle malas noticias, pastor, pero mi hermano falleció esta mañana temprano.

Pablo terminó de caer por completo sobre la silla.

—No puedo creerlo. ¿Qué sucedió?

Susana también había bajado del dormitorio y se hallaba sentada en los primeros escalones de la escalera. Desde allí observaba y escuchaba. Pablo tapó el micrófono del teléfono y le dijo en voz baja:

—¡Ha fallecido el doctor Ocampo!

—Mi hermano se estaba recuperando bastante bien de la operación. En realidad, el doctor nos dijo ayer...

—Espere un momento, por favor —interrumpió Pablo—. ¿Qué operación? Yo no sabía nada acerca de eso.

—Disculpe, me olvidé que usted no sabía. Eso debe causarle aún más sorpresa y dolor.

—No sé cómo describirlo —dijo Pablo suavemente.

—Él nos dijo que tenía la intención de habérselo dicho de antemano, pero al saber que se iba de vacaciones pensó que la noticia sólo le causaría preocupaciones innecesarias durante el viaje.

—No puedo creerlo —dijo Pablo—. Me dijo que usted había insistido en que fuera a pasar unos días allí porque un amigo íntimo había fallecido.

—Sí, es cierto. No lo iban a operar hasta el lunes de la semana pasada, pero cuando me di cuenta de lo deprimido que estaba lo animé a que viniera aquí antes. Lo que no le dijo a usted es que el pasado mes de julio su médico le descubrió un tumor en el pulmón izquierdo. Cuando el médico insistió en que se operara, mi hermano le pidió que le recomendara un especialista en nuestra área, a fin de que pudiéramos cuidar de él durante su recuperación.

»Se iba recuperando bien, pero a la noche siguiente de haber salido del hospital tuvo un paro cardíaco. Lo estuvieron atendiendo durante varias horas, pero no se recuperó. Pensaron que quizá un coágulo se desprendió y llegó hasta el corazón. Los médicos no están realmente seguros.

—Parece que él no sufría mucho por causa del tumor, o al menos no lo mostraba claramente —dijo Pablo—, aunque sí me di cuenta de que a veces le costaba bastante respirar. Sin embargo, pensé que se debía a su problema de artritis o al trabajo que le costaba caminar con el bastón.

—Fue para nosotros una completa sorpresa —respondió la señora García.

»El médico le había dicho varias veces que esta clase de cáncer no causa mucho dolor hasta que llega a sus etapas finales.

—No puedo creerlo —siguió repitiendo Pablo.

—Es una bendición que haya fallecido, pastor. El cáncer ya se había extendido a otros órganos, de manera que habría sido necesaria la radioterapia y la quimioterapia tan pronto como su organismo fuera capaz de soportarlo. Nosotros veíamos que iban a requerir más operaciones y mucha terapia en este proceso. El Señor ha sido misericordioso en llevárselo al hogar celestial.

—Sí, él está ahora con el Señor —repitió Pablo—. En la compañía del Señor y con su amada esposa. ¿Qué planes tienen para el funeral?

—Por eso me alegro tanto de haberlo encontrado, pastor. Lo llamé al teléfono de la iglesia esta tarde alrededor de las cinco, pero me respondió el contestador automático. Llamé después a su número personal, pero no había nadie en casa.

—Fuimos a visitar a mi mamá y recoger a la perrita. A esa hora es cuando usted probablemente llamó.

—Mi hermano ya tenía todos sus planes bien elaborados. No hemos hecho todavía todos los arreglos, pero tan pronto como tengamos todo en orden lo llamaremos de nuevo. ¿Le sería posible dirigir el servicio viernes o sábado?

—Sí, estoy a sus órdenes.

—Lo llamaremos entonces mañana tan pronto como tengamos noticias.

—Estaré en casa todo el día.

Pablo y Susana se sentaron a la mesa de la cocina y conversaron durante un rato mientras iban asimilando la noticia. Cuando regresaron a la cama, los pensamientos de Pablo saltaban una y otra vez entre las experiencias que había tenido con el profesor durante el verano y los detalles del funeral mismo. Sabía que le había hecho una promesa a su anciano amigo y que tenía que cumplirla.

Dándose cuenta de que no podía dormir, saltó de la cama y fue a su despacho. Abrió el cajón del escritorio donde guardaba el sobre que contenía las instrucciones del doctor Ocampo para su funeral. Aunque Susana se había mostrado curiosa acerca de su contenido, él había rehusado firmemente abrir el sobre. No hubiera querido encarar este día, pero ahora había llegado.

Pablo quedó embargado por la emoción al leer las instrucciones. No podía creer que esto estuviera ocurriendo

El doctor Ocampo había dispuesto un tiempo para que los familiares y amigos pudieran verlo, a fin de que, cómo él lo describió, «eso les ayude a todos a encarar la realidad de mi muerte». El servicio en el cementerio, según los deseos del profesor, sería únicamente para los familiares. Después del entierro se celebraría un servicio memorial en la capilla del seminario.

Los García llegaron a la ciudad el jueves y se quedaron en el departamento del doctor Ocampo. Pablo fue a encontrarse con ellos. Cuando llamó a la puerta, una amable señora le abrió inmediatamente.

—Usted debe ser el pastor Fernández —dijo ella al recibirlo—. Por favor, pase y siéntese. Mi esposo y yo estábamos a punto de salir para ir a la funeraria. Iba a dejar una nota en la puerta del departamento indicándole que nos encontraríamos allí, pero me alegro que nos veamos antes de salir. Tengo algo que necesito entregarle.

Un anciano salió de uno de los cuartos. Pablo se levantó para saludarlo.

—Hola, pastor, soy José García, el cuñado del doctor Ocampo. Veo que ya conoce a mi esposa.

—Sí, acabo de conocerlo. Es un placer. Nunca sabrá cuánto significó su hermano para mí —dijo Pablo, dirigiéndose a la señora García.

—Yo diría que ese sentimiento era mutuo —respondió ella mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo, para después continuar—: Sí, pastor, difícilmente pasó un día sin que hablara de usted. Se preguntaba cómo les iría en sus vacaciones, y cuando recibió la tarjeta postal...

—¿Recibió mi tarjeta? Cuánto me alegra eso —dijo Pablo sonriendo.

—Le llegó a los pocos días de haber salido de la operación. Le divirtió mucho leer que su esposa le estaba dando clases sobre predicación en relación con metáforas y símiles. Se rió y dijo: «Nunca pretendí que se pasara las vacaciones hablando acerca de la predicación».

»Eso me recuerda algo —dijo la señora García—. Discúlpeme un momento, por favor.

Se levantó de la silla, entró a uno de los cuartos y regresó con una bolsa de papel. Al sacar su contenido, Pablo reconoció inmediatamente el cuaderno de notas del doctor Ocampo. Tomó aquel cuaderno en sus manos y suavemente pasó sus dedos por aquellas páginas des gastadas y amarillentas.

—Mi cuñado nos dijo una docena de veces —explicó el señor García—: «Si algo llega a pasarme y no salgo de la operación, quiero que el pastor Fernández reciba mi cuaderno de notas». Nos lo describió y nos dijo dónde podríamos encontrarlo en su escritorio.

—Sí, prácticamente nos volvió locos —añadió la señora García—. No dejó de insistir en: «Si algo llega a sucederme...» Un día lo interrumpí y le dije: «Guillermo, olvídate ya de eso. Deja de enterrarte a ti mismo. Ya verás como sales bien de la operación. ¡Nosotros nos habremos muerto y tú todavía seguirás comiendo sobras de pizza fría para el desayuno!»

Su voz se quebró y rompió a llorar de nuevo. El esposo, que parecía menos afectado por las emociones, continuó con la conversación.

—¡Guillermo y su pizza! —dijo riendo—. ¿Sabe pastor que nos hizo salir a comer fuera para quedarse con una pizza días antes de la operación? ¡Yo no puedo aguantar ese olor! Pero él se llevó a casa los trozos sobrantes y no se imagina lo que hizo con ello.

—Se los comió fríos a la mañana siguiente para el desayuno —añadió Pablo sonriendo.

—¿Cómo lo adivinó? —preguntó el señor García sorprendido.

—Bueno, me parece que es hora ya de salir hacia la funeraria. Pastor, usted sabe por las instrucciones de mi hermano que las personas pueden verlo hoy y mañana, que el servicio en el cementerio es sólo para los familiares, y que el servicio memorial se llevará a cabo en la capilla del seminario después del entierro.

—Exactamente. Leí las instrucciones la otra noche después de que usted me llamó. Dicho sea de paso, ¿qué debemos hacer con respecto a los hijos?

—Alfredo y su esposa Irene sirven como misioneros en las Filipinas. Me parece que Alberto y su esposa Sandra son los únicos que estarán aquí. A ellos los esperamos a últimas horas de la tarde.

—Ése es parte del precio que tienen que pagar nuestros misioneros —observó Pablo.

—Sí, pero Guillermo lo hubiera preferido así. Él estaba muy orgulloso de sus hijos.

—Quizá podamos coordinar la grabación del servicio en una cinta y enviársela a Alfredo e Irene —sugirió Pablo.

—Ya se lo he pedido al presidente del seminario y él me ha asegurado que todo el servicio será grabado en casete y también en vídeo.

—¿En vídeo también? —gimió Pablo.

—¿Qué decía, pastor?

—No, nada. El vídeo será un buen recuerdo para ellos —dijo sin mucho convencimiento.

—Entonces, ¿nos veremos más tarde en la funeraria?

—Allí estaré. Supongo que se trata de la funeraria Flores.

—Sí, la familia Flores lleva dirigiendo esa funeraria varias generaciones. Los conocemos desde hace muchos años; el joven David se encarga ahora de la administración. Su esposa tiene también licencia para esta clase de servicio.

—Mi amor, no creo que el pastor Fernández esté ahora interesado en la historia de esa funeraria —interrumpió el esposo.

—Tienes razón. Disculpe, pastor. En cualquier caso, la funeraria está ubicada en la misma calle que el seminario.

—Sé donde está. Acostumbrábamos bromear acerca de ciertos profesores que enseñaban como si ya estuvieran...

Pablo de repente se dio cuenta de lo inapropiados que eran sus comentarios. Se puso rojo al darse cuenta y rápidamente añadió:

—Los llamaré por la noche.

Los García no se dieron cuenta de lo que estaba diciendo o, por cortesía, lo ignoraron.

Al dirigirse hacia el auto, Pablo se sintió mal por no haber cerrado la visita con una oración, pero temía que quizá no hubiera atinado a controlar sus emociones. En el camino a casa, tomó la decisión de pedirles disculpas cuando los viera en la noche.

Al llegar a casa fue a su despacho para releer las instrucciones del doctor Ocampo sobre su funeral. Susana entró, puso sus manos sobre los hombros de su esposo y permaneció detrás de él.

—¿Cómo se encuentran los García? —preguntó.

—Tan bien como se podría —contestó él de manera algo distante.

—¿Qué piensas acerca de ello?

—No puedo creer que el doctor Ocampo quiera que yo haga esto —dijo él—. Lee esto. ¿Cómo voy a hacer yo *eso* en su servicio funeral?

Le pasó a Susana la carta, señalando el párrafo que le preocupaba. A medida que ella lo leía se dejó caer lentamente al suelo detrás de su silla.

—Yo tampoco lo puedo creer, pero tienes que hacerlo, Pablo. Él lo subraya y lo enfatiza tan fuertemente que no veo la manera en que puedas escaparte. ¿Puedes?

—Creo que no. Me parece que es prudente que advierta a la familia acerca de esto. Si yo fuera ellos, me gustaría saber con anticipación lo que va a pasar —Pablo se rascó la cabeza y sonrió, agregando—: ¡Doctor Ocampo, doctor Ocampo! Cómo se le ocurre meterme a mí en esto.

El doctor Ocampo estaba en la funeraria vestido con el traje azul bien conocido que usaba para toda ocasión. Su hermana pensó en comprarle uno nuevo, pero después cambió de parecer. No tenía mucho sentido hacerlo.

Pablo observó que el director de la funeraria había colocado el bastón del doctor Ocampo dentro de la caja, paralelo al cuerpo. Los visitantes comentaron uno tras otro acerca del bastón: cómo había llegado a ser parte de su personalidad, cuán apropiado era haberlo puesto a su lado.

La expresión del rostro del doctor Ocampo no era muy natural. La boca la tenía muy apretada, al punto que no se parecía mucho al conocido profesor. Este hecho extrañamente consolaba a Pablo. Le ayudó a darse cuenta de que aquello era sólo un cuerpo. Este siervo de Dios estaba ahora en presencia de su Señor.

La idea de predicar en la capilla del seminario tomó a Pablo desprevenido; sin embargo, le fue de ayuda. El pensamiento de estar delante de antiguos miembros de la facultad y de compañeros en el ministerio lo hizo sentirse un poco nervioso, pero la tensión lo obligó a enfocarse más en el mensaje y menos en su dolor emocional.

Si bien se sentía profundamente honrado por la elección del doctor Ocampo, se imaginaba, al mismo tiempo, que algunos se preguntarían cómo y por qué había sido escogido. Podía pensar en otros que, a su parecer, eran mucho más apropiados y estaban mejor calificados que él.

El sábado por la mañana Pablo y Susana dejaron a los niños con los abuelos, y siguieron para encontrarse con los familiares cercanos del doctor Ocampo y encaminarse todos hacia el cementerio. Recordaba el día en que el profesor deseó tanto ir allí para visitar la tumba de su esposa, la última vez que lo vio vivo.

Antes de que cerraran el féretro y el pequeño grupo emprendiera la marcha hacia el cementerio, Pablo se acercó para retirar el bastón. La señora García dio su aprobación, asintiendo con la cabeza.

La insistencia del doctor Ocampo en que tomaran parte sólo los familiares cercanos creó un pequeño problema en el cementerio. El director de la funeraria, su asistente, dos empleados que los recibieron a la entrada, el hijo del profesor y Pablo tuvieron que ayudar todos a transportar el féretro desde el coche fúnebre hasta la sepultura. Pablo, en realidad, se sintió honrado por la oportunidad de ayudar a llevar el cuerpo de su amado profesor hasta su lugar de descanso final. Una vez allí procedió con un sencillo y breve servicio, en conformidad con las instrucciones de su maestro.

Los García y los Fernández se separaron después hasta el momento del servicio memorial, que se celebraría por la tarde. Pablo utilizó el tiempo para ordenar sus pensamientos y revisar sus notas para el culto. Él y Susana tomaron un almuerzo rápido, pero el creciente nudo que sentía en el estómago le previno de no ingerir alimentos sólidos. Terminó pidiendo sólo algunas bebidas.

Al regresar al auto, Pablo sacó la pequeña sierra de juguete que había tomado prestada de la caja de herramientas de Santiago.

Midió cuál sería el centro del bastón del doctor Ocampo y aserró allí cuidadosamente. En la mitad de la tarea, se detuvo a examinarlo.

—Creo que eso servirá para el propósito —le dijo a Susana.

Tomó el bastón con ambas manos e hizo como si fuera a partirlo sobre su rodilla derecha.

—¡No lo rompas! —advirtió Susana.

—No, no te preocupes... sólo probaba si estaba todo listo.

28

Una promesa cumplida

Pablo observó con cierto nerviosismo cómo se iba llenando la capilla para el servicio. Se acordaba de que la última y única vez que había predicado allí fue cuando era un joven seminarista y casi se había desmayado del susto. Pero ahora la conversación con el doctor Ocampo sobre «No temas» vino a su mente, y sonrió con tristeza. Ésa había sido la palabra de despedida del doctor para Pablo. «¡Qué despedida!», pensó Pablo.

La larga carrera docente del doctor Ocampo y su maravillosa personalidad le habían granjeado muchos amigos. Pablo reconoció a varios profesores y antiguos condiscípulos. También vio a unos pocos pastores que había ido conociendo en el transcurso de los años en el ministerio.

Pronto el aire cálido de aquella tarde se llenó con las notas del himno favorito del doctor Ocampo. La inclusión de «Sé tú mi visión» (Himnario Bautista 226, CBP) emocionó de manera especial a Pablo, ya que este himno se había cantado también en su ordenación.

El rector del seminario y unos pocos miembros de la facultad se hallaban sentados en el estrado junto a Pablo. Cada uno de ellos pasó por el púlpito para cumplir con varias partes del servicio. Pablo podía ver desde su posición al hombre joven que, instalado en el anfiteatro, lo filmaba todo en vídeo.

Llegó el momento de la predicación. Pablo empezó a acercarse al púlpito, pero después de unos pasos regresó a su silla y reco-

gió con mano temblorosa una bolsa de papel que se hallaba detrás de ella. Se acercó al púlpito por segunda vez y colocó la bolsa a un lado. Un enorme florero sirvió para ocultar la bolsa de la vista de la congregación.

Al abrir su Biblia sobre el púlpito y ordenar sus notas, vio a Susana sentada en la primera línea de bancas, luciendo en su rostro una cálida sonrisa de aliento. Su voz tembló ligeramente al leer el Salmo 90; sin embargo, cuando terminó de leer y de orar, sintió que le había vuelto la seguridad, al contrario de lo que le había sucedido la primera vez que predicó allí.

Comenzó su mensaje. Pablo había ensayado estas palabras introductorias varias veces en los dos últimos días cuando iba solo en el auto. Pero cada vez que las pronunciaba se echaba a llorar como un niño. Rara vez había perdido el control de sus emociones en público, pero nunca había predicado en una ocasión como ésta. En medio de sus lágrimas, oraba clamando: «¡Oh, Señor Jesús! ¿Cómo voy a ser capaz de predicar este sermón? ¡Ayúdame, Señor!» En este día, la gracia de Dios llenó su corazón al estar frente a la congregación.

«Quiero compartir con ustedes cómo Dios, en su gracia providencial, envió a su siervo, el doctor Guillermo Ocampo, a mi vida. Tuve primero el privilegio de asistir a su clase de homilética hace más de doce años en el seminario. Él fue un profesor excelente y amable, como muchos de ustedes saben».

Pablo notó como muchas cabezas asintieron aprobando sus comentarios.

«El año en que me gradué, el doctor Ocampo se jubiló. No supe nada de él durante los diez años siguientes, hasta hace unos pocos meses en que nuestros caminos se cruzaron de nuevo. Si no creyera tan fuertemente en la soberanía de Dios, pensaría que nuestro encuentro fue puramente accidental. En esas fechas yo había perdido mi celo y entusiasmo inicial por el púlpito y el pastorado».

«Mi ministerio no estaba simplemente casi apagado, sino que estaba también al borde del desastre. Mis sermones eran tan insípidos y aburridos como lo estaba mi espíritu. Estaba considerando seriamente dejar por completo el ministerio. Si es que quedaba en mí algún rescoldo encendido el día en que me encontré con el doctor Ocampo, era ese 'pequeño pábilo humeante' que el Señor Jesús prometió que nunca se apagaría.»

Al continuar, la voz de Pablo fue resonando cada vez más fuerte. Hablaba cada vez con más seguridad y gozo, sin por eso minimizar el genuino dolor que todos estaban sintiendo.

«Entonces tropecé con el doctor Ocampo», dijo sonriendo cariñosamente. «Todavía lo puedo ver sentado en la biblioteca, con su bastón al lado. Como la gallina hace con sus polluelos, él me tomó bajo sus alas y me ayudó a restaurar mi confianza en el llamamiento y en los dones de Dios para el ministerio».

Tienes un Dios muy grande, que te ama más de lo que te amas a ti mismo. Él te ha llamado a esta tarea difícil, pero también ha prometido equiparte para ella y nunca abandonarte ni desampararte en el camino.

«El doctor Ocampo también me ayudó a entender y establecer bien mis prioridades para el pastorado. Me mostró en la Palabra de Dios que en realidad tengo dos responsabilidades claves para con mi pueblo: la oración y el ministerio de la Palabra.»

«Me enseñó nuevas técnicas y habilidades para la preparación y predicación de sermones, al mismo tiempo que me recordó otras que hacía tiempo había olvidado, todos aquellos principios que renuevan y dan vitalidad a la predicación.»

«No quiero que crean sólo en mi palabra. Pregunten a mi iglesia. Ellos han notado la diferencia, y estoy viendo un cambio en su actitud como consecuencia. Hay un entusiasmo renovado en ellos. Por esto y por mucho más le estoy agradecido al Señor por darme el privilegio de conocer a su siervo fiel».

«Pero antes de seguir, debo admitir que hay una cosa que me preocupa en mi corazón en este día. ¿Cómo es que Dios en su plan llama a su presencia a alguien que tiene tanta riqueza de conocimiento y experiencia a causa de toda una vida de caminar con Cristo? Hay muchos jóvenes predicadores que necesitan desesperadamente lo que este hombre fue capaz de darme a mí. ¿Cómo es que el Señor permite estas pérdidas para su amada iglesia?»

«La muerte del doctor Ocampo me recuerda el bello follaje de los árboles del otoño. Las hojas cambian de verde a rojo, amarillo, oro y marrón. Entonces, tan repentinamente como cambian de color, empiezan a caer. Para principios del mes siguiente han desaparecido, dejando atrás las ramas desnudas. Como Robert Frost lo expresó: 'Nada dorado dura.' Yo sé que nuestro Dios es perfectamente bueno y sabio en todos sus caminos, pero esto es todavía un gran misterio para mí».

Fue sólo en este momento cuando se quebró la voz de Pablo en todo el mensaje. De nuevo, muchos en la audiencia asintieron concordando con él. Varios hombres lucharon por contener sus lágrimas, mientras que algunas mujeres lloraban abiertamente.

Pablo recuperó rápidamente la compostura.

«Ya es suficiente acerca de mí. Dije esto solamente para honrar a este hombre que me ha llegado a ser tan precioso. También sé que está ahora bastante enojado conmigo por presumir tanto acerca de él», dijo Pablo sonriendo. «Me dio instrucciones explícitas de jactarme sólo en el Señor y en su gracia salvadora. Ustedes deben saber que antes de que el doctor Ocampo fuera un predicador, o profesor, o algo relacionado con la fe y el camino cristianos fue, ante todo, un pecador salvado por la gracia de Dios. Aunque fue criado en un hogar cristiano por dos padres piadosos, él les confesaría que pasó por un período de rebelión contra Dios en sus años juveniles antes de regresar al Señor buscando su perdón y gracia».

Pablo continuó enfatizando el mensaje del evangelio, llamando a aquellos que no habían puesto todavía su confianza en Cristo a que examinaran sus corazones y consideraran el costo de su incredulidad. Los desafió con las siguientes palabras:

«¿Qué sucedería si la situación fuera al revés, que éste fuera su funeral en vez de ser el del doctor Ocampo? ¿Tendría en su corazón la seguridad y la paz de que todo estaría bien con usted? Créame, he dirigido muchos funerales de aquellos cuyas familias no tenían esta seguridad. Si usted ha participado alguna vez en los mismos, habrá experimentado el vacío y desesperación que los acompaña. ¡Qué cosa tan terrible es caer en las manos del Dios vivo sin haber conocido su amor redentor! Mis amigos, les advierto, si ustedes no van a Cristo como Salvador y Señor en esta vida, se encontrarán con él como Juez con toda seguridad en la vida venidera».

«Las Escrituras son muy claras en este aspecto. Dicen: 'Hoy es el día de salvación', no mañana, o la semana que viene. ¿Qué pasaría si éste fuera su funeral? ¿Sabe usted con seguridad que si muriera en este día iría al cielo?»

Pablo comentó lo apropiado que era hacer este llamamiento de acudir a Cristo en este día en que se reunían para recordar el ministerio de alguien tan dedicado a este menester. Él oró para dar la oportunidad a todos los que no tuvieran a Cristo en su corazón para que no salieran de la capilla sin depositar su confianza en el Señor Jesucristo.

Después de la oración tuvo palabras de consuelo para los familiares que sentían el dolor de la muerte del doctor Ocampo. En un momento determinado miró directamente a la cámara para dirigir palabras apropiadas a aquellos que se encontraban lejos en el trabajo misionero e imposibilitados de asistir, asegurándoles que ellos estaban donde el Señor y su padre querían que estuvieran en este día especial

Llegaba el momento de concluir el mensaje. Condujo a los oyentes a leer 2 Corintios 4, comenzando a partir del versículo 16. Pablo sentía la presencia del Espíritu de Dios más poderosamente que nunca antes.

«El apóstol Pablo nos declara mediante el Espíritu Santo que el hombre exterior —esto es, este cuerpo— se va desgastando. Habla de las pruebas y aflicciones de la vida como una 'leve tribulación momentánea'. Recuerda sus propias aflicciones: su espina en la carne, sus muchos azotes y persecuciones, sus encarcelamientos, las burlas y humillaciones experimentadas por causa del Señor. Habla de todo eso como una 'leve tribulación momentánea'.»

«Esto les puede sonar como algo increíble a ustedes, pero quiere decir exactamente lo que dice. ¡Todo eso comparado con la eternidad es como nada! ¡Efímero! ¡Momentáneo! Como un poco de vapor, que ahora está, y en un momento desaparece.»

«¿Y qué es lo que hay en el otro lado? Sí, ¿qué hay en el otro lado? Escucho a un hermano que ya está allí decir que en el otro lado de la muerte nos espera 'un excelente y eterno peso de gloria'. ¡Imagíneselo! '¡Un excelente y eterno peso de gloria!'»

La voz de Pablo resonó con énfasis y victoria.

«Tomemos este bastón, por ejemplo», dijo agachándose para sacar de la bolsa de papel el bastón de madera del doctor Ocampo. Levantándolo en alto para que todos lo vieran, continuó: «Guillermo Ocampo se apoyó en este bastón durante años. Desde 1977 no pasó ni un solo día sin su asistencia. Ni un solo día, esto es, hasta ahora. Hoy ya no lo necesita. Y él me instruyó que hiciera lo que voy a hacer en un instante como una señal visible, que nos sirva como un recordatorio inolvidable de que donde él está no se necesitan bastones, ni sillas de ruedas, ni gruesos anteojos, ni ayudas para sordos. No hay brazos ni rodillas artificiales. Allí los que padecen de asma no necesitan ayuda para respirar; no hay tampoco escasez de fuerzas para los debilitados por la enfermedad; ni cáncer de pulmón; ni quimioterapia, ni radioterapia. Nada de eso.»

«Por favor, estén seguros, mis queridos amigos, que el doctor Ocampo no me pidió que hiciera esto como una manifestación de animosidad personal contra Dios en el cielo o contra este bastón

de madera en la tierra. Vivió sus últimos años con gratitud por su apoyo y ayuda. No había el menor rastro de enojo o amargura en este hombre de Dios.»

«Pero desde ahora en adelante, cuando piensen en el doctor Guillermo Ocampo, no se lo imaginen como un hombre débil y tullido, caminando por las calles de oro con un bastón en la mano. **¡Ya no necesita este bastón! ¡Alabado sea el Señor! ¡Ya no lo necesita!»**

Al decir Pablo estas palabras asió el bastón que estaba al lado del púlpito y lo tomó con las dos manos. Por el rabillo del ojo pudo ver a la hermana del doctor Ocampo, quien con un pañuelo en la mano, sonriendo radiante entre las lágrimas, esperaba con pleno conocimiento lo que estaba a punto de suceder.

Sosteniendo el bastón en alto para que todos lo vieran, lo bajó con fuerza contra su rodilla levantada. El claro y rotundo ruido del bastón partiéndose retumbó contra las paredes de la espaciosa capilla. Levantando entonces en alto las dos mitades del bastón partido, su faz brillando con el resplandor del Espíritu de Dios, clamó con fuerte voz:

«¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?»

Habiendo dicho esto, Pablo guardó lentamente las piezas rotas del bastón en la bolsa de papel y regresó a su asiento. Después de que el rector del seminario pronunció la bendición, los participantes en el servicio abandonaron el estrado y se encaminaron por el pasillo central hacia la puerta principal de salida. Susana abandonó rápidamente su asiento para acompañar a Pablo hacia la puerta. Tomó su mano y la apretó firmemente en el momento de pararse juntos para saludar a los asistentes a medida que se retiraban.

29

Los resultados

El doctor Macías, rector del seminario, se hallaba también en la puerta junto a Pablo y estrechó su mano con entusiasmo.

—Pastor Fernández, su mensaje fue excelente. Estoy seguro de que el doctor Ocampo se siente muy satisfecho con lo que usted ha expresado hoy, y *cómo* lo ha dicho.

Pablo se sonrojó al escuchar el elogio del rector.

—Recuerdo cuán aficionado era el doctor Ocampo a la definición de predicación de Phillipis Brook: *La verdad a través de la personalidad*. Me imagino que él se lo mencionó alguna vez —continuó diciendo.

—Sí, creo recordarlo —respondió Pablo—. ¿Por qué lo menciona usted?

—Una de las facetas más fuertes del profesor Ocampo era la manera en que su personalidad acompañaba la verdad de su mensaje. ¿Recuerda usted cómo el apóstol Pablo le dijo a los creyentes que sus vidas deberían *adornar* la doctrina de Dios?

—Sí, en el segundo capítulo de la carta a Tito.

—Exacto. Estoy convencido de que nuestras personalidades, cuando predicamos (y cuando no lo hacemos también) deberían *adornar* la verdad en vez de *oscurecerla*. Ocampo fue un maestro en esto, tanto en su estilo de vida como en su predicación.

—Es cierto. No he conocido a nadie como él —respondió Pablo con admiración.

—Creo que acabo de conocer a otro igual a él —contestó el rector—. Hermano Fernández, puedo decir que usted ha sido su estudiante. La verdad brotó, resplandeciendo a través de su personalidad esta tarde.

—Rector, no sé qué decir —objetó Pablo.

—¡No tiene que decir nada! Es cierto. Otro hombre podría haber predicado el mismo mensaje; podría haberlo recitado palabra por palabra y, no obstante, no habrían sido recibidas de la misma manera. Brooks tiene razón acerca de la importancia de la personalidad del predicador.

»Algunos de nuestros estudiantes y graduados me preocupan seriamente —continuó diciendo el rector en un tono serio—. Su teología es ortodoxa y sus sermones son excelentes exposiciones bíblicas; no obstante, la efectividad de su ministerio se dificulta por su determinación de divorciar la personalidad de la predicación. Insisten en proclamar la verdad a sus congregaciones impasiblemente, sin emoción ni calor. Dan la impresión de ser individuos insensibles y sin interés.

¡Frecuentemente, el predicador cuela las maravillas y delicias de la Palabra y las sirve en forma opaca y aburrida, carente de toda vida!

»Al mismo tiempo, en conversaciones privadas con ellos, he comprobado que tienen un gran corazón para con Dios. Muchos de ellos vienen a mí llorando por la falta de resultados visibles en sus ministerios. Me gustaría que pudieran entender que las Escrituras les enseñan que deben adornar su predicación con el calor de sus personalidades. En realidad, estoy pensando en hacer copias de su mensaje y dárselas a ellos. Quizá no sea demasiado tarde para que ellos aprendan.

Mientras Pablo se encontraba allí aturdido por estas frases elogiosas del rector, alguien tomó del brazo al doctor Macías y se lo llevó, cortando la conversación. Estaban ultimando los preparativos de la cena que el seminario iba a ofrecer en homenaje y recuerdo del doctor Ocampo, y necesitaban ponerse de acuerdo acerca de los últimos detalles.

Cuando Pablo le daba las gracias al rector, lo saludó Jorge Ramírez, un antiguo condiscípulo del seminario. Iba finamente vestido, con su corbata bien puesta, su cabello cuidadosamente peinado, y los zapatos limpios y relucientes.

—¡Jorge! ¡Qué alegría verte, hombre!

—Oye, Pablo, quiero felicitarte —dijo Ramírez mientras le estrechaba la mano—, tu mensaje fue tremendo.

—Gracias, Jorge, eso significa mucho para mí. Dime, ¿cómo van tus cosas?

—¿Quién sabe? —dijo Ramírez ignorando la pregunta—. Quizá si me hubiera encontrado con el doctor Ocampo hace cinco años...

Se detuvo en medio de la frase, incapaz de completarla. Entonces, soltando la mano de Pablo, se encaminó rápidamente hacia la puerta.

—¿Te quedas para la cena? —preguntó Pablo—. Resérvame un asiento para que podamos conversar.

—No, no me quedo, tengo prisa. Ya voy con retraso a una cita con uno de mis clientes. Es alguien muy importante y no puedo dejarlo esperando.

—¿Cuándo te iría bien que nos viéramos? —dijo Pablo casi gritando. Jorge bajaba ya los escalones de salida de la capilla.

—Yo te llamaré uno de estos días —respondió él, mientras se apresuraba hacia el estacionamiento.

—Seguro, Jorge —dijo Pablo en voz baja—. Esperaré saber de ti pronto.

Volviéndose a Susana preguntó:

—¿Viste su reloj de pulsera? ¿Era un Rolodex?

—Un Rolodex no es un reloj, es otra cosa. ¡Quieres decir un Rolex! —respondió ella riendo.

—Ya sé, ya sé. Estaba bromeando.

—No era un Rolex. Ramírez todavía no ha llegado a la categoría de un Rolex.

—Con todo, se ve que le va bien.

—Si Dios te ha llamado a predicar el evangelio... —recordó Susana.

—Ya sé, ... no te rebajes en el camino para convertirte en rey. Pero a veces eso de vestir como un rey resulta atractivo.

El siguiente que se acercó para saludar a Pablo era todo lo contrario a Jorge. El traje que llevaba, además de que estaba grande, también estaba arrugado y gastado; llevaba la corbata con el nudo mal hecho y torcida, y el cabello despeinado y descuidado.

—Reverendo —empezó diciendo, tratando de contener las lágrimas—. Soy el portero del edificio de departamentos donde vive, vivía, (se corrigió a sí mismo) el doctor Ocampo. Hoy es la primera vez que entro en un templo desde que era niño. Ore por mí, por favor. He pedido a Jesús que sea mi Salvador, como usted dijo; pero después de todos estos años, ¿cree usted que él aceptará a un viejo como yo? Después de todo, míreme.

—Por supuesto que sí —respondió Pablo con vehemencia—.

Ésas son las buenas noticias. No es cuestión de cuán jóvenes o viejos seamos, quiénes sean nuestros antepasados, o cómo nos vestimos. Tampoco vamos al cielo por nuestra buenas obras. Llegamos allí al creer en Cristo y poner nuestra confianza en Él, quien murió por nuestros pecados en la cruz. ¿Habla en serio cuando dice que quiere confiar en Cristo? Si es en serio, su vida será diferente de ahora en adelante.

—Sí, hablo en serio, esté seguro de ello. He observado a ese hombre desde que fue a los departamentos, y me preguntaba qué era lo que lo hacía ser tan diferente de todos los demás. Hoy usted me dijo en qué consistía la diferencia. Sí, estoy hablando en serio, pastor.

—Eso es estupendo —respondió Pablo—. Los ángeles del cielo se están gozando hoy. Dicho sea de paso, hay una buena iglesia al otro lado de los departamentos. Yo sé que el pastor enseña fielmente la Palabra de Dios, así que, ¿por qué no va allí mañana por la mañana y le dice al pastor que yo lo envié? Dígale que usted estuvo hoy aquí y que aceptó a Cristo como su Salvador. Él lo ayudará a entender todo lo que esto significa.

—Lo haré. Mañana mismo voy.

Entonces el pobre portero miró su ropa, se quitó la chaqueta, y preguntó:

—¿Está bien ir al templo con esta ropa, pastor?

—¡Claro que sí, hombre! Creo que el servicio de adoración y predicación empieza a las 11 de la mañana, pero, para estar seguro, verifíquelo en el anuncio que tienen en la puerta.

—Así lo haré, y muchas gracias por todo.

Al darse la vuelta el anciano portero para salir, Susana lo despidió:

—¡Hasta pronto y que Dios lo bendiga!

—Dios la bendiga a usted, señora, y a usted también, pastor.

Pablo continuó saludando a las personas. Un jovencito estaba fascinado por el rompimiento del bastón.

—¿Usted sabe karate o algo así, pastor?

—No, no sé nada de eso.

—¿Cómo pudo, pues, romper el bastón de esa manera?

—Es un secreto. Fue magia —bromeó Pablo.

—¡Vamos, Pablo! —urgió Susana—. Dile cómo lo hiciste.

—Bueno, está bien, te contaré el gran secreto. Usé una sierra para cortar un poco la madera con el fin de que se partiera fácilmente cuando tuviera que romperlo. Cuando lo saqué de la bolsa de papel, procuré que las personas no vieran que estaba un poco cortado.

—¡Ay! —fue la respuesta desilusionada del muchacho. El chico continuó su camino sin decir nada más.

—Quizá debió haberse quedado con la idea del karate —dijo Susana riendo—. A propósito, ¿qué te hizo pensar en cortar el bastón de esa manera?

—¿Te acuerdas de la primera vez que serví la Cena del Señor? Traté de partir en dos la pieza de pan al tiempo que decía: «Éste es mi cuerpo que por vosotros es partido».

—Sí lo recuerdo —dijo Susana riendo—. Procuraste partirlo pero no pudiste. Te pusiste rojo como un tomate.

—Al final logré partirlo, pero después de aquella experiencia siempre cortaba un poco por detrás la pieza de pan para que se partiera con facilidad.

—Así que eso es lo que te llevó a cortar el bastón.

—Sí. Ya sé que no estás a la altura de mis ideas brillantes.

Después de que todos salieron de la capilla, Pablo y Susana se dirigieron hacia la cafetería. Pablo llevaba la bolsa en la que guardaba el bastón partido en dos. Puso allí también su Biblia y las notas del mensaje. Los dos se tomaron de la mano al caminar.

—¿Qué vas a hacer ahora con el bastón? No puedes simplemente tirarlo a la basura. ¿No crees?

—Perdone, ¿pastor Fernández? —los interrumpió un hombre que se hallaba en la puerta de la cafetería.

—Sí.

—¿Me permite hablar con usted sólo un momento? —preguntó mirando hacia Susana.

—Pablo, ¿por qué no voy yo a hacer fila? —se ofreció ella—. Te reservaré asiento en la mesa de los García.

—Asegúrate de reservarme también algo de comida —bromeó él.

—¿Puedo llamarlo Pablo? —preguntó el hombre.

—¡Claro que sí! ¿Y cuál es su nombre? —dijo Pablo, mientras estudiaba al hombre que tenía frente a sí. Supuso que ya pasaba de los cuarenta y parecía ser un ministro.

—Me llamó Carlos López. Soy el pastor de una pequeña iglesia congregacional ubicada en el otro lado de la ciudad. Llevo ya sirviendo como ministro ordenado por casi veinte años, pero en todos estos años nunca he escuchado un sermón como el que usted ha predicado hoy.

—Fue una situación diferente —respondió Pablo, algo incómodo con el elogio.

—Fue un gran mensaje. Mientras usted hablaba yo sentía como si me hubieran hecho entrar a la misma presencia de Dios.

—Usted es muy amable, pero...

—Le estoy hablando en serio —dijo el hombre—. Al escucharlo hablar acerca del doctor Ocampo y la manera en que él lo ayudó, no pude menos que desear que estuviera todavía vivo. Como usted dijo en su sermón, yo también me pregunto por qué Dios llama a su presencia a aquellos santos que han crecido y madurado tanto en el Señor.

—Es interesante que usted menciona eso —respondió Pablo—. Un anciano varón de Dios se me acercó hace unos momentos cuando estaba en la puerta y me dio una sugerencia de por qué Dios lo hace así.

—¿De verdad? ¿Qué dijo?

—Dijo que quizá Dios lo hace así porque Él sabe que si no llamara al cielo a los viejos creyentes, los jóvenes no aprenderían nunca a crecer en los caminos del Señor. Cada generación tiene dirigentes como Moisés, que deben ser llamados al cielo para que los jóvenes como Josué crezcan y ocupen su lugar. Así que mi consejo es: «ocupe el lugar que le corresponde en los planes de Dios; olvídese de Guillermo Ocampo y aférrese a la mano de Dios. Así como usted rompió hoy ese bastón delante de todos nosotros, Dios le ha quitado ese otro bastón llamado Guillermo Ocampo. Aprenda a confiar en Dios. Él es el mismo ayer, hoy, y por todos los siglos. Él puede atender a todas sus necesidades conforme a sus riquezas en gloria, y lo hará».

—Eso es una gran verdad —exclamó Carlos—. Irónicamente, ésa es la clase de sabiduría que nosotros los jóvenes necesitamos tanto.

—Tiene usted toda la razón —contestó Pablo.

—Quizá lo que le voy a decir esté fuera de toda posibilidad —continuó diciendo Carlos—, pero me preguntaba si usted estaría dispuesto a compartir conmigo algunos de los principios de predicación que mencionó en su sermón hoy. Mi propia predicación está por los suelos. He ido de iglesia en iglesia, y en todas partes sucede lo mismo: me aceptan con entusiasmo durante un año poco más o menos, pero para el tercer año están cansados de mí. Y tienen razón, pues hay algo que no funciona en mi predicación, y necesito saber qué es lo que pasa.

»La presente congregación en la que ministro está lista para cerrar las puertas. Yo estaba desesperado por encontrar un trabajo y ellos por tener un pastor. Fue la única iglesia dispuesta a llamarme.

—No me va a creer —respondió Pablo—, pero le prometí al doctor Ocampo que haría exactamente lo que usted me está pidiendo. De hecho, estoy ahora repasando mis notas para preparar un seminario breve sobre la predicación. Deme un par de semanas para que me organice después de las vacaciones, y empezamos.

—¿De verdad? ¡Eso me parece estupendo! —el rostro de Carlos se iluminó—. Usted no sabe cuánto orgullo espiritual tengo. Me ha llevado todo este tiempo admitir que el problema está en mí. He estado acusando a los miembros de la iglesia de ser poco espirituales y duros de oído. He señalado con el dedo a todos menos a mí mismo. He acusado incluso a mi esposa de exigirme más tiempo del que puedo darle. No puedo creer cuánto me he engañado a mí mismo.

—Escuche —dijo Pablo—. No tiene que decirme nada más. Sé exactamente por lo que está pasando.

Después de intercambiar sus respectivos números de teléfono y de señalar una fecha para su primera reunión, Pablo se unió a Susana en la mesa de los García.

Cuando más tarde se encaminaban hacia el auto en el estacionamiento, Susana le preguntó de nuevo a Pablo que pensaba hacer con el bastón del doctor Ocampo.

—Bueno, el doctor Ocampo mismo dejó establecido lo que tenía que hacer al respecto —respondió Pablo. Parece que no leíste el final de sus instrucciones y por eso me preguntas.

—No, tú sólo me mostraste la parte en la que hablaba de romper el bastón. Así que dímelo rápido. Me muero de curiosidad.

—Sus instrucciones son que guarde el bastón partido hasta que una tarde de nieve y frío, cuando estemos todos en casa, encendamos el fuego en la chimenea. Entonces tengo que sacar el bastón, mostrárselo a los chicos, hablarles de la muerte y de la bendición que es para los creyentes. Quiere que lea Apocalipsis 14:13, donde dice: «Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor».

»Entonces, después de que hayamos tenido ese pequeño servicio como familia, tengo que dar una parte del bastón a Santiago y la otra a Juan y dejarles que las echen ellos al fuego.

—¿Y entonces qué?

—Después sentarnos cómodamente y mirar como se consumen en el fuego, y disfrutar del calor del mismo. Siempre me dijo que después de su muerte para lo único que serviría su bastón sería para leña en la chimenea. Me escribió que el calor de las llamas podría ayudarnos a mantener sus recuerdos ardiendo fuertemente hasta que nos viéramos de nuevo.

—¡Vaya con el doctor Ocampo! Sabe hacer las cosas con estilo, ¡hasta morirse! —dijo Susana riendo.

El estacionamiento estaba casi vacío ahora. El sol empezaba a esconderse detrás de los árboles al oeste del seminario. Una suave brisa de verano empezó a soplar, refrescando el rostro de Pablo después de aquel día largo, cálido y emocionalmente agotador. Dentro de sí sintió tristeza mezclada con un gozo inexplicable.

Al llegar al auto, se detuvo para abrir la puerta y colocar la bolsa en el asiento trasero. Después tomó de la mano a Susana y comenzaron a caminar. Ella lo miró un poco sorprendida cuando pasaron de largo el auto y empezaron a salir del estacionamiento.

Al ir caminando frente al seminario y bajar por la calle, pararon brevemente delante de la que fuera la vieja casa de los Ocampo.

—Piensa un poco —dijo Pablo, al ver por la ventana a otra persona en la sala de estar—. A pesar de cuánto amaron los Ocampo su hogar aquí, ellos están ahora en un sitio mucho mejor, aquel lugar que Cristo ha preparado para ellos desde antes de la fundación del mundo.

Al seguir caminando pasaron por el viejo departamento del seminario donde ellos habían vivido, y comenzaron a recordar cuánto habían cambiado las cosas en diez años. Santiago y Juan habían nacido, y con ellos la vieja Fisgona y los peces de colores. Al pensar en los chicos, Susana se sobresaltó, pues había sido temprano en la mañana cuando habían dejado a los muchachos.

—Pablo, es mejor que nos marchemos ya. Ha sido un día muy largo.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó él sonriendo.

—Por una razón, no es justo dejar a los chicos tanto tiempo con los abuelos. ¿Y por qué tienes tú esa mirada pícara en los ojos, marido mío?

—Escucha —dijo Pablo sonriendo abiertamente—. He hecho arreglos para esta noche. Los chicos van a dormir en casa de los abuelos, y tú y yo vamos a pasar la noche juntos, solos, en nuestro hotel favorito.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Te explicaré, ¿tengo que predicar mañana?

—No, pero...

—¿No es raro que yo tenga un fin de semana libre y más raro aún que estemos los dos solos, debido a nuestros dos hijos?

—Sí, pero...

—¿No pasamos la primera noche de luna de miel en ese hotel tan elegante en el centro de la ciudad?

—Sí, pero necesitamos ropa y...

—Hay una pequeña maleta dentro del auto. Además, ¿qué nos impide pasar por alguna de tus tiendas favoritas y comprar lo que necesites si no te gusta lo que he puesto en el maletín? Las reservas están hechas; los chicos están bien con los abuelos. Tenemos, pues, toda la noche y todo el día de mañana para nosotros solos.

Susana abrazó estrechamente a Pablo y sonrió.

—Sabes, no he tenido oportunidad de decirte cuán bien predicaste hoy en la capilla del seminario. Tu mensaje fue realmente excelente.

—A veces, cuando la gente dice que le dan la gloria a Dios, suena muy trillado, como si ni siquiera pensaran en lo que están diciendo. Pero esta noche puedo decir y realmente lo siento: ¡A Dios sea la gloria! Nunca lo hubiera logrado sin su gracia.

Al ir cayendo la noche sobre la ciudad, la dulce brisa del verano rehusaba morir y acarició sus rostros. Pablo sintió en lo profundo de su ser otra brisa que también había estado soplando últimamente, una brisa que trajo renovación y celo a su supremo llamamiento. Él sabía ahora que nunca podría apartarse de aquel, incluso aunque alguien le ofreciera un reino en su lugar. Por primera vez en muchos años miraba con entusiasmo hacia la nueva temporada de otoño que se aproximaba.

30

Un seminario acerca de una predicación refrescante

Pablo cumplió con su promesa al doctor Ocampo y a Carlos López: se estuvo reuniendo con Carlos cada lunes por la mañana desde septiembre hasta Navidad. Juntos estuvieron revisando los principios de predicación que Pablo había conservado en sus notas y tareas de estudio.

Se pusieron de acuerdo también en predicar sobre el mismo pasaje cada semana y, de esa forma, beneficiarse aún más del tiempo que pasaban juntos. Cada uno preparaba un bosquejo básico de su sermón con una semana de antelación, de manera que podían compartir ideas y puntos de vista y dialogar sobre los problemas que iban teniendo.

Pablo organizó las notas de su seminario en cuatro partes. La primera tenía que ver con el alto llamamiento de la predicación. La segunda sección abarcaba el estudio del texto, el descubrimiento de su propósito, y la composición del bosquejo del sermón. La tercera enfocaba la aplicación de varios principios al cuerpo del sermón para desarrollar un mensaje renovado, actual y vigoroso. La última parte incluía la sección de planificación a largo plazo para una predicación renovada.

El hecho de repetir todo el proceso nuevamente ayudó a Pablo a mejorar su asimilación de los principios y su habilidad para aplicarlos en la predicación. La reacción semanal de la congregación era cada vez más positiva. Por primera vez en varios años la asistencia del domingo iba en aumento.

¿Recuerdan cómo el apóstol Pablo le decía a los esclavos que sus vidas debían adornar la doctrina de Dios? Nuestra personalidad, mientras predicamos, debería adornar la verdad en vez de oscurecerla.

Para Carlos el proceso resultó mucho más difícil. Le dio muchísimo trabajo romper con hábitos formados durante veinte años de mala predicación. Los comentarios del doctor Macías acerca de predicar la «verdad por medio de la personalidad» fueron casi proféticos. Éste era precisamente el más grande de los problemas de Carlos, como descubrió Pablo al escuchar uno de sus mensajes grabados. El contenido del mensaje era sólido y bien elaborado, pero la proclamación era impersonal y fría.

Cuando Pablo le preguntó acerca de su filosofía de la predicación en relación con la personalidad, se quedó muy sorprendido por la respuesta de Carlos. Evidentemente el pastor que contribuyó al llamamiento de Carlos al ministerio le había enseñado, entre otras cosas, a «no mirar nunca a los ojos de los oyentes. Observar siempre por encima de sus cabezas hacia un punto imaginario en la parte posterior del santuario. De esa manera nadie podría pensar que se le estaba predicando a él específicamente».

También le urgió a evitar el uso de ilustraciones personales y toda intrusión de emociones en el mensaje. El resultado de sus consejos y ejemplo habían sido veinte largos años de predicación seca, llevada a cabo sin emoción o contacto visual. Como el rector Macías había observado, la verdad quedaba *oscurecida* más que *adornada* por la personalidad.

Poco a poco Carlos comenzó a cambiar, predicando de una forma más cálida. Para principios de diciembre Pablo notó ya una mejoría bien marcada tanto en su actitud como en su predicación, con resultados positivos.

Mientras tanto, la existencia de la pequeña congregación de Carlos, aunque había empezado a experimentar una mejoría, todavía colgaba de un hilo. El ser una iglesia tan pequeña añadía problemas especiales a su desafío como pastor.

Sin embargo, al acercarse la Navidad, una familia nueva comenzó a asistir. Como no habían oído nunca antes la predicación de Carlos sólo podían compararla con la de su pastor anterior. Su

respuesta tan positiva fue el estímulo que él necesitaba. Desde ese momento, tanto su entusiasmo como su búsqueda de la excelencia se aceleraron.

Los esfuerzos de Pablo por ayudar a Carlos se vieron aún más recompensados en el servicio de Navidad. Un joven que asistió al culto en compañía de su novia respondió a la invitación de Carlos de recibir el don de la vida eterna, el verdadero regalo de la Navidad que nos llegaba por medio del Hijo de Dios. Después del culto, aquel joven saludó a Carlos en la puerta dándole la noticia de que había aceptado a Cristo aquel día. Carlos estaba tan contento que llamó a Pablo al día siguiente.

Carlos aportó una observación importante hacia el final del seminario. Cuando reflexionó acerca de su impaciencia anterior por ver resultados inmediatos, se dio cuenta de que tres o cuatro meses eran un tiempo demasiado corto para ver mucho progreso comparado con los veinte años de ministerio que habían pasado.

Darse cuenta de eso fue causa de esperanza y tristeza: esperanza en las mejoras futuras, pero tristeza por veinte años de pobreza. Carlos se reprendía a sí mismo por haber esperado tanto tiempo en buscar ayuda, y expresó el fuerte deseo de ayudar a otros pastores en situaciones semejantes, que necesitaran apoyo. En general, a los predicadores les resulta muy difícil admitir que su predicación es pobre, puesto que ésta es central en su llamamiento.

Al final del seminario, Pablo y Carlos se resistían a dejar de reunirse. Al haber forjado una buena amistad no querían ahora que se enfriara, de manera que continuaron con sus reuniones semanales para dialogar sobre sermones futuros y evaluar los esfuerzos de semanas anteriores. El adelantarse dos semanas en su exégesis del texto bíblico los ayudaba a que sus sermones resultaran bien enfocados y preparados.

Carlos pronto se dio cuenta, sin embargo, de cuán fácil era olvidarse de usar los principios de renovación que había aprendido de Pablo, así que preparó una página de verificación con las ideas clave que había aprendido. Redujo la página al tamaño adecuado para pegarla en la cara interior de la tapa de su Biblia, de manera que pudiera usarla para la revisión final antes de decidir que el sermón estaba totalmente terminado.

Puso otra copia sobre su escritorio y le entregó un ejemplar de la lista de verificación a Pablo, por si él también quería usarla. Él vio que era muy valiosa y la incorporó a sus notas del seminario como un resumen de los principios del doctor Ocampo sobre la predicación.

LISTA DE VERIFICACIÓN PARA LA PREDICACIÓN

La preparación inicial del sermón

1. ¿Planea las series de mensajes con anticipación?
2. Empiece temprano: exégesis, no eisegesis.
3. Descubra el propósito del Espíritu Santo.
4. Haga del propósito del Espíritu el propósito de su sermón.
5. Comience a trabajar con antelación en el material; a menudo, con intervalos de descanso durante el estudio.
6. Moldee a manera de *aforismo* el propósito o *destino* del sermón.
7. Si es necesario, exprese de otra manera los viejos clichés.

La preparación del bosquejo del sermón

1. Escoja el mejor *vehículo* para llevar el sermón a su *destino*.
2. Varíe de vehículo cada semana para estimular la curiosidad de los oyentes.
3. Posibles vehículos a usar:
   - Sermón expositivo, versículo por versículo
   - Sermón temático
   - Sermón narrativo-biográfico (relatos en primera persona)
   - Sermón antitético
   - Sermón de procedimiento
   - Sermón de persuasión
   - Sermón de repetición
4. Que el bosquejo sea lógico y fácil de seguir.

Para mejorar el cuerpo del sermón

1. Utilice una *introducción* fuerte, directa, que vaya al grano.
2. Use el *poder de la sorpresa* cuando sea posible.
3. Procure crear *diálogo interno* por medio de preguntas, adivinanzas, enigmas y rompecabezas.
4. Las tres «Rs» de la predicación: recordar, repetir y reiterar.
5. *Ilustraciones apropiadas* (termine el bosquejo con tiempo suficiente para buscarlas).
6. *Tiempo de oración a mitad de semana*: busque la dirección de Dios para su aplicación a la audiencia.
7. Vocabulario: *Apele a los sentidos, no al esnobismo*. Utilice palabras que creen imágenes.
8. Si es necesario, use sonidos no incluidos en el diccionario.
9. Use *metáforas* y *símiles*.
10. Use la *segunda persona* (usted-tu/vos) en la predicación.
11. El *humor* debe ser natural, no enlatado. Use la *hipérbole* y la *exageración*.

12. Busque *conclusiones fuertes* para fijar bien el mensaje dado.
13. ¿Está lleno con una *reserva de poder*: erudición apropiada, abundancia de oración, *unción* del Espíritu Santo, lectura de la Palabra?
14. ¿Ha *sondeado* a la congregación sobre el tema?

Claves para la renovación a largo plazo

1. Lea sobre temas diversos.
   Utilice las «seis facetas en el camino de la lectura», leyendo en seis áreas diferentes a la vez (novela, historia, biografía, diarios, poesía, y algún tema de gran interés y actualidad).
2. Busque ilustraciones.
   Reserve un día al mes para buscar, archivar y revisar ilustraciones.
   Recopile ilustraciones de artículos de periódico y revistas en bibliotecas públicas, de las «seis facetas en el camino de la lectura», y de los eventos personales diarios.
   Procure crear sus propias ilustraciones. Pida a miembros ancianos y enfermos que lean libros que usted no tiene tiempo de leer para buscar ilustraciones que ellos piensen que usted pueda usar.
3. Autoevalúese.
   Escuche sus sermones grabados; pida que le hagan algunos videos para examinarse a sí mismo; busque la ayuda de su esposa o de otros pastores amigos; haga una crítica de su voz, de lo oportuno o no que puede ser su mensaje, y de su «personalidad» en el mismo.
4. Estudie los sermones de grandes predicadores.
   Libros de sermones de los grandes maestros del pasado; cintas y videos de los actuales; radio y televisión del presente. Aprenda a usar sus habilidades, pero no los imite.
5. Lea un buen libro sobre predicación cada año.
6. Asista a seminarios y cursos sobre predicación.
7. Planifique su serie de sermones con un año de antelación.
8. Lleve una copia de su programación dentro de la Biblia, como un recordatorio.
9. Deje que «el hierro afile al hierro» por medio de diálogos con otros compañeros de ministerio.

Incluimos en la página siguiente una lista de verificación resumida con el fin de proveer un acceso fácil a esta información.

LISTA DE VERIFICACIÓN PARA LA PREDICACIÓN

La preparación inicial del sermón

1. ¿Planea las series de mensajes con anticipación?
2. Empiece temprano: exégesis, no eisegesis.
3. Descubra el propósito del Espíritu Santo.
4. Haga del propósito del Espíritu el propósito de su sermón.
5. Comience a trabajar temprano con el material; a menudo, con intervalos de descanso durante el estudio.
6. Dé forma de *aforismo* al propósito o *destino* del sermón.
7. Si es necesario, exprese de otra manera viejos clichés.

La preparación del bosquejo del sermón

1. Escoja el mejor *vehículo* para llevar el sermón a su *destino*.
2. Varíe de vehículo cada semana para estimular la curiosidad de los oyentes.
3. Posibles vehículos a usar:
   - Sermón expositivo, versículo por versículo
   - Sermón temático
   - Sermón narrativo-biográfico (relatos en primera persona en forma de narración)
   - Sermón antitético
   - Sermón de procedimiento
   - Sermón de persuasión
   - Sermón de repetición
4. Que el bosquejo sea lógico y fácil de seguir.

Para mejorar el cuerpo del sermón

1. Utilice una *introducción* fuerte, directa, que vaya al grano.
2. Use el *poder de la sorpresa* cuando sea posible.
3. Procure crear *diálogo interno* por medio de preguntas, adivinanzas, enigmas y rompecabezas.
4. Las tres «r» de la predicación: recordar, repetir y reiterar.
5. *Ilustraciones apropiadas* (termine el bosquejo con tiempo suficiente para buscarlas).
6. *Tiempo de oración a mitad de semana*: busque la dirección de Dios para su aplicación a la audiencia.
7. Vocabulario: *Apele a los sentidos, no al esnobismo*. Utilice palabras que creen imágenes.
8. Si es necesario, use sonidos no incluidos en el diccionario.
9. Use *metáforas* y *símiles*.
10. Use la *segunda persona* (usted-tú/vos) en la predicación.
11. El *humor* debe ser natural, no enlatado. Use la *hipérbole* y la *exageración*.
12. Busque *conclusiones fuertes* para fijar bien el mensaje dado.
13. ¿Está lleno con una *reserva de poder*: erudición apropiada, abundancia de oración, *unción* del Espíritu Santo, lectura de la Palabra?
14. ¿Ha *sondeado* a la congregación sobre el tema?

Claves para la renovación a largo plazo

1. Lea sobre temas diversos.
   Utilice el «camino séxtuple de lectura», leyendo en seis áreas diferentes a la vez (novela, historia, biografía, diarios, poesía, y algún tema de gran interés y actualidad).
2. Busque ilustraciones.
   Reserve un día al mes para buscar, archivar y revisar ilustraciones. Recoja ilustraciones de artículos de periódico y revistas en bibliotecas públicas, de su «camino séxtuple de lectura», y de los eventos personales diarios. Procure crear las suyas propias. Pida a miembros ancianos y enfermos que lean libros que usted no tiene tiempo de leer para buscar ilustraciones que ellos piensen que usted pueda usar.
3. Autoevalúese.
   Escuche sus sermones grabados; pida que le hagan algunos videos para examinarse a sí mismo; busque la ayuda de su esposa o de otros pastores amigos; haga una crítica de su voz, de la oportunidad de su mensaje, y de su «personalidad» en el mismo.
4. Estudie los sermones de grandes predicadores.
   Libros de sermones de los grandes maestros del pasado; cintas y videos de los actuales; radio y televisión del presente. Aprenda a usar sus habilidades, pero no los imite.
5. Lea un buen libro sobre predicación cada año.
6. Asista a seminarios y cursos sobre predicación.
7. Planifique su serie de sermones con un año de antelación.
8. Lleve una copia de su programación dentro de la Biblia, como un recordatorio.
9. Deje que «el hierro afile al hierro» por medio de diálogos con otros compañeros de ministerio.

SEMINARIO DEL PASTOR FERNÁNDEZ SOBRE PREDICACIÓN REFRESCANTE Y CON PODER

I. LA PRIORIDAD DE LA PREDICACIÓN

A. Hechos 6:1-4 y Efesios 4:8-12
   1. Haga de la oración y del ministerio de la Palabra su supremo llamamiento.
   2. Concepto de Beecher sobre *Predicación: La prioridad del predicador*.
   3. Las corrientes, ¿fluyen hacia el púlpito o en dirección opuesta al mismo?
   4. Filtre todas las actividades a través de Hechos 6:1-4.
   5. ¿Está ocupado en la «tarea de la iglesia» o en los negocios del Padre?

B. Empiece a reordenar su vida conforme a las prioridades de Hechos 6:1-4.
   1. Haga un estudio del uso del tiempo para evaluar su situación presente.
   2. Presente al Consejo de diáconos los resultados del estudio.
   3. Planee con los diáconos la reestructuración del tiempo.
   4. Planee con los diáconos la manera de comunicar los cambios a la congregación.

C. Vea la importancia de comenzar temprano
   1. Planee las series de sermones con anticipación.
   2. Empiece pronto en la semana la preparación del sermón.
   3. Use la táctica de atacar-descansar-atacar-descansar.

D. Evite la trampa de presiones excesivas y destructivas.

E. Aprenda a dirigir las energías creativas.

II. LA PREPARACIÓN DEL BOSQUEJO DEL SERMÓN

A. Haga una exégesis temprana para no caer en la eisegesis.
   1. Descubra el propósito del Espíritu Santo para inspirar el texto.
   2. Haga que su propósito coincida con el del Espíritu Santo.
   3. Su propósito se convierte, entonces, en la meta o *destino* del sermón.
   4. Exprese la declaración de propósito en la forma de un *aforismo*.
      Aforismo: Frase breve y aguda que expresa una verdad o precepto; máxima o adagio.
      a. Ejemplos: Mateo 6:21: «Porque donde esté vuestro tesoro...»; Mateo 6:24: «Ninguno puede servir a dos señores...»
      b. Exprese con otras palabras viejos y desgastados clichés en forma de un nuevo aforismo.

B. Escoja a continuación el mejor *vehículo* para llegar a su *destino*.
   1. Varíe el bosquejo cada semana para estimular la curiosidad

de la congregación, incluso *antes* de que usted empiece a predicar.
2. Los bosquejos deberán ser sencillos, cada punto tiene que ayudarle a recordar el siguiente, fluyendo de manera natural y lógica.
3. Nunca le diga a la congregación cuántos puntos tiene su sermón, porque ellos empezarán a contarlos. Evite decir cosas como: «El último punto es...»

Varios tipos de bosquejos de sermones y de enfoques para escoger:

1. Sermón *expositivo*. Las Escrituras contienen de por sí gran variedad.
2. Sermón *temático*. No retuerza el pasaje para que sirva a sus propósitos.
3. Sermón *narrativo* o *biográfico*.
   a. ¿Sacrifica la sustancia? Tal vez comunica menos verdad, pero lo hace de una manera fácil para recordar (parábolas).
   b. Biográfico: las personas escuchan atentamente al identificarse con el carácter de los personajes bíblicos.
   c. Es más fácil para los predicadores recordar el sermón; se necesitan menos notas, y existen más posibilidades de contacto visual con la congregación.
   d. Si su bosquejo del sermón es tan complicado que necesita seguirlo cuidadosamente, ¿podrán recordarlo sus oyentes?
4. Sermón *antitético*.
   a. Común en las Escrituras: luz-tinieblas; Dios-riquezas; arena-roca; hombre rico-pobre Lázaro, etcétera.
   b. La congregación puede seguir fácilmente las comparaciones.
   c. Use el lenguaje corporal para indicar elementos opuestos.
   d. Aunque la congregación no vaya a recordar cada aspecto de la comparación, recordará la verdad principal.
5. Sermón *persuasivo*.
   a. Todo sermón debe persuadir, pero éste se refiere a la clase de predicación que Pablo usó en Hechos: «razonando y persuadiendo».
   b. Para tratar temas doctrinales como la Trinidad, bautismo, las lenguas, etcétera.
   c. Para tocar cuestiones éticas como el aborto, ética médica, etcétera.
   d. Pasos importantes para la preparación de estos mensajes:
      1) Anticipe las actitudes y objeciones de los oponentes.
      2) Sea amable y no esté a la defensiva; manténgase seguro en su posición.
      3) Muestre auténtico interés por las preocupaciones de los oponentes.
      4) Agradézcales el haberlo animado a examinar la verdad con cuidado.
      5) Si es necesario, reconozca los abusos en su posición.
      6) Presente sólidas evidencias bíblicas y lógicas.
      7) Arregle los argumentos cuidadosamente, situando el clímax al final.
      8) Abunde en la oración.
      9) No descuide el diálogo con los oponentes *antes* y *después* del sermón. ¡No se esconda detrás del púlpito!
      10) Hable con vigor y sin disculparse por la verdad.
6. Sermón de *procedimiento*. Mensajes prácticos sobre «cómo hacer algo».
   a. Evite el tratamiento trivial y superficial de los problemas.
   b. Profundice, dedique tiempo al estudio y a la oración, dialogue con otros que están tratando el tema.
   c. Éste es un sermón en el que puede enumerar las partes. Por ejemplo: «Cuatro pasos hacia la experiencia del perdón»; «Los pasos de la disciplina en la iglesia».
7. Sermón de *repetición*. La buena repetición involucra tres elementos.
   a. Un tema digno de repetirse. Ejemplo: «Es Viernes Santo, pero el Domingo de Resurrección se acerca».
   b. Evidencias y materiales de apoyo entre cada repetición del tema.
   c. Una adecuada ordenación de los materiales, de manera que cada parte se edifique sobre la anterior, llevando a una conclusión poderosa y dramática.

III. TÉCNICAS A EMPLEAR EN EL CUERPO DEL SERMÓN

A. Use el *poder de la sorpresa*.

A menudo pasamos por alto la naturaleza sorprendente de las verdades de Dios, como aparecen en el texto. Ejemplos: «Las otras barcas» que se dice están allí cuando Jesús calmó la tormenta en el lago, o bien cuando Pablo cita a filósofos paganos que dicen que los cretenses son siempre «mentirosos, malas bestias, glotones, ociosos» y, a pesar de todo, espera que Tito encuentre hombres piadosos para servir como ancianos.

B. Cree un *diálogo interno* en las mentes de los oyentes mediante:
   1. Preguntas (no para ser respondidas en voz alta, sino íntimamente en la mente de los oyentes). En los evangelios aparecen 237 preguntas que Cristo formuló, no buscando obtener información sino estimular a otros a pensar.

2. Ofrezca adivinanzas, enigmas y rompecabezas para que la audiencia resuelva (ejemplo: ¿Cómo puede ser Cristo a la vez Hijo de David y su Señor? Véase Marcos 12:35-37).

C. Use las *tres «Rs» de la predicación*:
   1. *Recordar*. La mayor parte de la predicación es un recodatorio semana tras semana. (La clave está en hacerlo en maneras y términos renovados.)
   2. *Repetir*. Ver sección II. B. 7.
   3. *Reiterar*. Repetir una idea en otras palabras:
      a. Por lo general, dentro del mismo pensamiento o párrafo.
      b. La predicación es para que el oído oiga, no para que el ojo vea.
      c. La reiteración permite que la idea penetre en la memoria.
      Ejemplos: la poesía hebrea en versos paralelos (Isaías 53); el Sermón del Monte (Dios y las riquezas); las ilustraciones reiterativas.

D. Encienda la luz de las *ilustraciones*. (Definición: «Arrojar luz, iluminar, esclarecer»).
   1. Manténgase alerta: tenga siempre a mano un cuaderno de notas. «Las ilustraciones, a semejanza de los niños, tienen el hábito de aparecer cuando menos se las espera».
   2. Dónde encontrarlas: revistas, libros, periódicos, objetos e incidentes de la vida diaria, revistas sobre predicación.
   3. Clasifíquelas y archívelas. Aprenda de las hormigas (Pr. 6:6-8) y de José: ahorre en los tiempos buenos para los días malos.
      a. Escoja el sistema que más le convenga: fichas, carpetas, listas por computadora, etcétera.
      b. Revíselas periódicamente como un recordatorio de lo que tiene.
      c. Mantenga una carpeta de las «mejores ilustraciones» para usar en otros compromisos.
   4. Adáptelas para que vayan bien con el sermón. Ejemplo: si las luces largas del auto no están bien ajustadas, iluminarán el aire en vez de la carretera.
      a. No fuerce las últimas ilustraciones que ha escuchado para su próximo sermón si no van bien con éste.
      b. Siéntase libre para eliminar los detalles de la ilustración que convengan a fin de que encaje mejor en el sermón (sin cambiar la verdad de la ilustración).
   5. Peligros a evitar.
      a. Ilustraciones que hacen que la congregación se vaya por la tangente.
      b. Ilustraciones que opacan el mensaje del sermón. Ejemplos: la broma o el chiste que no van con el mensaje; una anécdota demasiado interesante que cambia todo el sermón.

   6. No trate de incorporar las ilustraciones demasiado pronto.
      a. Espere hasta que tenga claro el bosquejo del sermón.
      b. No ajuste el sermón a la ilustración; elija ilustraciones que encajen bien con el mensaje.
   7. No espere a última hora para buscar las ilustraciones.
      a. Búsquelas y archívelas durante todo el año.
      b. Termine el bosquejo con la suficiente antelación para encontrar las ilustraciones (el sábado por la noche es, por lo general, muy tarde).

E. Mejore su *vocabulario de predicación*.
   1. Apunte a quedarse dentro del vocabulario de la congregación. El vocabulario «común» promedio es de unas 5.000 palabras.
   2. Procure la «elocuencia que menosprecia la elocuencia» (Pascal).
   3. Use la *apelación a los sentidos*, no *al esnobismo*.
      a. Evite palabras que impresionen a otros por su conocimiento.
      b. Use palabras que impresionen a otros con la verdad: cinco sentidos (vista, oído, olfato gusto, tacto).
   4. Ejercicios para mejorar el vocabulario de predicación:
      a. Busque palabras y frases nuevas en los comentarios.
      b. Busque en otras lecturas diferentes.
      c. Estudie y subraye palabras que apelan a los sentidos en diccionarios de bolsillo.
      d. Escriba y reescriba porciones clave del sermón según corresponda. *Evite los peligros de un pobre contacto visual; esté bien preparado, de modo que sólo tenga necesidad de unas pocas notas en el púlpito.*
      e. Aprenda a crear «imágenes con las palabras» en la mente de los oyentes.

F. Use *sonidos fuera del contexto denotativo* para comunicarse mejor. Ejemplo: Imite el roncar de Jonás mientras la tormenta azota la cubierta.

G. Use más la segunda persona en la predicación. Ejemplo: pase de «¿Estamos caminando en Cristo?» a «¿Está usted caminando en Cristo?». Note el cambio importante en enfoque y poder que se produce en su predicación.

H. Aprenda a usar mejor la *metáfora y los símiles*.
Aristóteles: «Lo mejor es, llegar a 'dominar la metáfora'».
   1. Definiciones y diferencias: los símiles requieren el uso de «como» o «semejante a»
   2. Los símiles debilitan la tensión de la analogía.

I. Use el poder del *humor*: su lugar e importancia.
   1. El humor natural en contraste con los chistes enlatados.
   2. El uso de la *exageración* y de la *hipérbole*.

3. Los beneficios del buen humor:
   a. Ayuda a descansar después de pensar intensamente.
   b. Alivia la tensión y abre los corazones al mensaje.
   c. Conserva la atención de los oyentes y hace que el sermón no quede estático.
   d. Ayuda a que la idea se recuerde mejor. Ejemplo: colar el mosquito y tragar el camello.

IV. CLAVES PARA UNA PREDICACIÓN FRESCA Y CON PODER A LARGO PLAZO

A. Vaya al púlpito con una *reserva de poder*.
   1. ¿Está su sermón lleno de estudio serio?
      a. No para impresionar a los oyentes con su conocimiento.
      b. No para perderlos por ser «demasiado profundo».
      c. No para bañarlos en trivialidades bíblicas.
      d. Para darles ideas claves de las costumbres y de los tiempos.
      e. Ideas que enfoquen sus ojos en Cristo, no en usted.
   2. ¿Está usted lleno de la Palabra de Dios? Cada semana lea todo un libro o una porción amplia del mismo (además del estudio del texto para el domingo).
   3. ¿Está usted lleno de oración?
      La oración ferviente muestra su dependencia de Dios, no de usted mismo.
      a. Tenga un tiempo de «oración a mitad de semana», centrado en la dirección del sermón y en las necesidades de la congregación.
      b. Acuérdese de orar por otros compañeros de ministerio. Ésta es una buena prueba de su búsqueda sincera de la gloria de Dios.
   4. ¿Está usted lleno del Espíritu Santo?
      a. La *unción* es difícil de definir.
      b. La gente sabe si usted la tiene o no.

B. Practique una constante *evaluación de sí mismo*.
   1. Escuche sus propios sermones grabados.
      a. Observe si emplea *introducciones* y *conclusiones* llenas de vigor.
         1) Use la introducción para indicar a los oyentes cómo se aplica el sermón a sus vidas. Despiérteles el apetito desde el principio.
         2) Asegúrese de que la conclusión cumple con lo prometido en la introducción.
         3) Tenga valor para dejar fuera del sermón la información innecesaria que obtuvo en su preparación del mensaje.
         4) Incluya la suficiente exégesis para demostrar la autoridad bíblica que apoya sus conclusiones.

      b. Elimine todas las muletillas y formas de hablar molestas.
   2. Use videos si es posible, o la ayuda de su esposa o de otros.
      a. Vigile los movimientos corporales molestos y extraños.
      b. Sus gestos y ademanes ¿comunican debidamente?
      c. ¿Corresponden los gestos al contenido del sermón? Ejemplo: ¿Frunce las cejas cuando habla del cielo y sonríe cuando habla del infierno?
   3. La voz; sus inflexiones y entusiasmo.
      a. Vigile el decaimiento del entusiasmo a medida que avanza la predicación.
      b. ¿Son las inflexiones de su voz tan fuertes como se imagina?
      c. Evite el tono de «predicador». Adopte un estilo más conversacional.
      d. ¿Decae mucho su voz al final de las frases?
      e. ¿Le da suficiente variedad de tono e intensidad a su voz?
   4. Tiempo: busque evitar «extenderse» en el mensaje.
      a. No explique un solo punto en exceso (señal de mala preparación).
      b. Añada ilustraciones apropiadas, humor, cambios de voz, etc.
      c. Aprenda a «leer» la situación de la audiencia y a ajustar el sermón en conformidad.
   5. ¿Es el sermón claro y descriptivo en su expresión?
   6. ¿Es el bosquejo de su sermón lógico y fácil de seguir?
   7. ¿*Adorna* u *oscurece* su personalidad el sermón?
      a. ¿Es usted demasiado impersonal? Póngale ilustraciones cálidas y personales. Incluya toda la variedad de las emociones humanas.
      b. ¿Se muestra usted demasiado centrado en sí mismo? ¿Demasiadas ilustraciones personales, demasiada presunción, se exalta a sí mismo?
      c. ¿Cuál es el tono fundamental de su personalidad? ¿Se muestra usted siempre enojado? ¿Tiene una actitud de justicia propia en sus declaraciones? ¿Es demasiado suave, insípido y no le gusta correr riesgos? ¿O brota de sus mensajes una personalidad bien equilibrada y llena de gracia?
   8. ¿Refleja su sermón el pulso de su iglesia y de su comunidad?
      a. ¿Ha sondeado usted la opinión de los miembros y del «hombre de la calle» para el tema de su sermón? (¡No se pierda esta oportunidad de testimonio!)
      b. ¿Hay una renovación que viene como consecuencia de estar en «el frente de batalla» en relación con su tema?
      c. ¿O tiene que investigar en el pasado para hallar una ocasión en que habló de ese asunto con alguien?

C. Cultive la lectura amplia en temáticas ajenas al ministerio.
   1. Las seis facetas en el camino de la lectura.
      a. Lea seis libros diferentes a la vez en lugar de uno solo.
      b. Escoja seis categorías, tales como: novela, historia, biografías, diarios, poesía y una última de su preferencia.
      c. Elija una de un tema bien actual o de interés personal.
   2. Pase un día al mes en la sala de revistas de la biblioteca.
   3. Use la biblioteca del seminario si está disponible.
   4. Recoja, archive y revise ilustraciones constantemente.

D. Practique la planificación a largo plazo.
   1. Evalúe las debilidades de la congregación y sus necesidades a largo plazo.
   2. Use el descenso del nivel de actividad en el tiempo de verano para planificar los sermones de todo un año.
   3. Mantenga el programa de predicación dentro de su Biblia como un recordatorio.

E. *Análisis de sermones*: aprenda de los maestros de la predicación.
   1. Estudie los sermones de grandes predicadores.
   2. Escuche los mensajes de grandes predicadores.
   3. Estudie los videos o predicaciones televisadas de grandes predicadores.
   4. Aprenda especialmente de sus puntos fuertes.
   5. Mantenga un cuaderno de notas con sus habilidades.

F. *Repase*: estudie y revise las técnicas de predicación.
   1. Revise periódicamente las notas del seminario como un recordatorio.
   2. Lea un buen libro sobre predicación cada año.
   3. Relaciónese con otros colegas predicadores. Deje que »el hierro afile al hierro».
   4. Aproveche los seminarios y cursos que se ofrezcan.

Otros libros de EDITORIAL PORTAVOZ

LIDERAZGO ESPIRITUAL — **J. Oswald Sanders**
Un clásico en la enseñanza de los principios de liderazgo. El autor presenta e ilustra dichos principios por medio de las biografías de eminentes hombres de Dios como Moisés, Nehemías, Pablo, David Livingstone y Charles Spurgeon. Texto completamente actualizado con guía de estudio. (192 pp.)

CÓMO PREPARAR MENSAJES BÍBLICOS — **James Braga**
El autor expone con claridad y lógica el proceso gradual de preparación y proclamación de un sermón eficaz. Después de tratar exhaustivamente los principales tipos de sermones bíblicos y de destacar el valor de la predicación expositiva, el autor desglosa y considera cuidadosamente la mecánica de la preparación de los sermones. (4ª ed., 320 pp.)

CONSEJOS PARA JÓVENES PREDICADORES — **Ernesto H. Trenchard**
Un libro práctico de homilética elemental, muy útil especialmente para el predicador laico. Trata de los siguientes temas: la predicación y el predicador, la preparación del predicador, la preparación general del mensaje, la preparación de distintas clases de mensajes, y el predicador ante su auditorio y ante Dios. (8ª ed., 96 pp.)

DOSCIENTAS ANÉCDOTAS E ILUSTRACIONES — **Dwight L. Moody**
Aquí podrá leer las estremecedoras anécdotas e ilustraciones de Moody con las que mantenía la atención de la gente (19ª ed., 128 pp.)

APUNTES DE SERMONES — **Charles H. Spurgeon**
Ciento noventa y cuatro bosquejos de sermones desde Génesis hasta Apocalipsis del «príncipe de los predicadores». (4ª ed., 432 pp.)

AUXILIAR BÍBLICO PORTAVOZ — **Harold L. Willmington**
Comentario de toda la Biblia, estudio de doce doctrinas, resumen tópico de la Biblia, resumen histórico de los más importantes pueblos bíblicos y otras ayudas. Un caudal de información. (2ª ed., 992 pp.)

PREDIQUE POR UN AÑO #1—#4 — **Roger F. Campbell**
Ciento cuatro bosquejos de sermones bíblicos, ¡suficientes para predicar dos sermones cada domingo del año! Al final del libro hay un índice completo de referencias bíblicas que guía al predicador a pasajes específicos. (224 pp.)

BIBLIA DE BOSQUEJOS Y SERMONES — **Anónimo**
Esta serie de libros contiene un bosquejo versículo o pasaje por pasaje de cada libro de la Biblia, cabecera de temas encima de la porción bíblica, subpuntos que expanden y aclaran el texto bíblico donde sea apropiado, estudios a fondo que amplían fuentes griegas y puntos importantes. Habrá trece tomos en la edición del Nuevo Testamento.

31365 - 28/5/98